EL GRAN SAQUEO

TOMO II – LA CAMPAÑA DE EGIPTO



ROBERT CASANOVAS

NOVELA HISTÓRICA



Resumen

El gran saqueo, Tomo II — La Campaña de Egipto (1798–1801)

Segunda entrega de una saga histórica en cuatro tomos consagrada a los expolios napoleónicos, esta novela narra la más espectacular de todas las razzias: la expedición a Egipto. El 19 de mayo de 1798, trescientos navíos zarpan de Tolón. A bordo: un ejército de cuarenta mil soldados y ciento sesenta y siete sabios. Su destino es secreto. Su misión, en cambio, sólo lo es para el público. En sus notas privadas, Berthollet denomina la empresa operación de adquisición. Bonaparte la llama expedición científica. Son dos nombres para una misma realidad — la que la novela sigue paso a paso, desde la toma de Malta hasta las orillas del Nilo, y hasta los talleres parisinos donde nacerá la Descripción de Egipto. A través de los cuadernos de Denon, los teodólitos de Jomard, los frascos de Geoffroy Saint-Hilaire y los silencios de Berthollet, se revela la mecánica íntima del pillaje ilustrado: la belleza del gesto erudito y la violencia de la razzia que disimula. Y en los márgenes, Hassan ibn Youssef — intérprete, testigo, memoria — anota lo que los hombres de saber no escriben. Al término del viaje, una pregunta queda sin respuesta: ¿qué diferencia hay entre llevarse una cosa y llevarse su imagen? La Piedra de Rosetta está en Londres. Los grabados están en París. Egipto, por su parte, permanece a orillas de su río.

El Autor

Robert Casanovas, que ya ha publicado «La habitación robada», «El testamento era una falsificación» y «Saqueo», es profesor agregado honorario y miembro de la Sociedad Francesa de Autores. Jurista apasionado por la historia de las colecciones artísticas, ha dedicado largos años al estudio de la apropiación de obras de arte por parte de los Estados. Como presidente de la ONG International Restitutions, ha producido numerosos trabajos académicos sobre el tema.

ISBN 9782488999298

El gran saqueo
Novela histórica en cuatro tomos
Robert Casanovas
casanovas@hotmail.com
Depósito legal abril de 2026 – libro electrónico y versión impresa
© 2026 Casanovas. Todos los derechos reservados
ISBN: 978-2-488999-29-8
www.international-restitutions.org

Portada: Reproducción a tamaño real de la piedra de Rosetta insertada en un teatro óptico, en el Museo Champollion de Vif (Isère, Francia)
17 de julio de 2022 – Julien Peytard



Versión española

Tomo II 1798-1801 – La campaña de Egipto
Edición definitiva revisada y corregida

Del mismo autor:
La habitación robada (novela histórica)
El testamento era falso(novela histórica)
Saqueo (novela histórica)
El gran saqueo – Tomo I – El nacimiento del sistema (novela histórica)

ADVERTENCIA

Esta novela es una ficción histórica basada en investigaciones reales.Las obras mencionadas existieron realmente y, en su mayoría, fueron requisadas durante las conquistas francesas entre 1794 y 1813.

La mayoría de los personajes existieron.

El desarrollo de los acontecimientos refleja hechos auténticos y comprobados.

Por necesidades de la narración, se han podido imaginar personajes, escenas y diálogos.

La versión original de la novela, redactada en francés, ha sido traducida a varias lenguas extranjeras. Las versiones traducidas pueden contener errores lingüísticos, contrasentidos o aproximaciones.

ÍNDICE

Tomo II

Capítulo I : El Oriente en armas

Capítulo II : La remontada del Nilo

Capítulo III : El tiempo de los sabios

Capítulo IV : La debacle y el regreso

EL GRAN SAQUEO

Novela histórica en cuatro tomos

TOMO II - LA CAMPAÑA DE EGIPTO (1798-1801)

CAPÍTULO I : EL ORIENTE EN ARMAS

I - De Tolón a Malta

En la mañana del 19 de mayo de 1798, Claude-Louis Berthollet recogió del muelle de Tolón un trozo de cabo alquitranado y se lo llevó a la nariz. A su alrededor, más de trescientos navíos levaban anclas en medio de un estruendo de cadenas y de voces de mando.

El cabo olía a brea de pino de Escandinavia, a sal del Mediterráneo y, más suave, a una resina vegetal que tardó un momento en reconocer —almáciga de Quíos, sin duda—. Se lo guardó en el bolsillo para analizarlo a bordo. El muelle vibraba bajo sus pies. Aquel olor le recordaba al *Bel Paese*.

En 1796, Bonaparte lo había enviado a Italia con Gaspard Monge para elegir, en las colecciones de los príncipes italianos, lo que merecía ir al Louvre. Habían recorrido los palacios de Milán, de Bolonia, de Roma, anotando los títulos y las dimensiones. Los cuadros habían viajado después en cajas, enmarcados por separado, envueltos en mantas. Algunos habían llegado dañados. Otros, no.

La expedición haría lo mismo que en Italia, a mayor escala. Lo que Bonaparte llamaba expedición científica, Berthollet lo llamaba, en sus notas privadas y con más exactitud, operación de adquisición.

La diferencia era Egipto. Italia tenía coleccionistas, mercados, precios. Egipto tenía tumbas selladas desde hacía tres milenios.

7

En la cubierta del *Orient*, buque insignia de ciento veinte cañones, Bonaparte observaba cómo la flota se ponía en marcha. Los hombres ignoraban cuál era su destino.

Monge garabateaba ecuaciones en la tapa de su cuaderno mientras los navíos maniobraban. No miraba el muelle, ni nada de lo que no se dejara calcular. La mina chirriaba sobre el cartón.

Más abajo, en la entrecubierta C, Edme-François Jomard tensaba una cuerda entre dos poleas para medir la longitud de un pasillo. Antiguo alumno de la primera promoción de la Escuela Politécnica, de veinte años, abandonaba Francia por primera vez. La cuerda marcó tres metros sesenta y dos. Contó las cuadernas que bordeaba el pasillo, relacionó su medida con la separación entre ellas y dedujo una estimación de la eslora del navío, con unos pocos metros de error. Nadie se lo había pedido.

Joseph Fourier, matemático de treinta años, se había instalado en un camarote de la cubierta superior con una pila de memorias sobre ecuaciones algebraicas que no abriría durante la travesía. Lo había decidido a embarcar la idea de tener una civilización entera que medir. De ciencia de campo no tenía ninguna práctica.

Dominique-Vivant Denon, escritor y diplomático, embarcado en la fragata la *Junon*, que abría la marcha de la escuadra con otras dos fragatas, contempló largamente el horizonte vacío.

En su camarote, angosto, ordenaba el material por tercera vez desde el embarque. Primero los cuadernos de bocetos, clasificados por formato. Los carboncillos en su estuche de cuero. Las plumas, las tintas negra y bistre, los pinceles de distintos grosores en un rollo de tela. Aquella organización se la sabía de memoria —cada herramienta en su sitio—, como un gramático conoce su lengua. Rehacerla le daba la impresión de controlar algo. Egipto seguía sin tener forma en su mente. Su material, en cambio, sí la tenía. Si todo lo demás salía mal, al menos tendría sus carboncillos en orden.

Bonaparte lo había reclutado con una carta de diez líneas. *Dibujará usted los monumentos.* Le había bastado. Había aceptado sin preguntar dónde, ni cuándo, ni en qué condiciones.

La flota tardó varias horas en salir de la rada. En la orilla aún se agitaban pañuelos cuando las primeras velas doblaron la punta. Denon vio alejarse la costa.

—¿Tiene miedo? —le preguntó un oficial de la *Junon*.

—¿Miedo? No, señor. Impaciencia. No es en absoluto lo mismo.

Mientras los navíos ganaban mar abierto, dibujó las costas y las islas a la luz de la mañana. Aquel boceto figuraría años más tarde entre las láminas de la primera edición de su *Voyage*.

Seis semanas separaban Tolón de Egipto, con una escala en Malta. La flota cruzó el Mediterráneo manteniendo un relativo silencio de navegación y eludiendo a Nelson tanto por suerte como por disciplina.

Los primeros días, el mar estuvo en calma. Los sabios invadieron las cubiertas con sus instrumentos, anotando la dirección de los vientos. Jomard calculaba la velocidad de la flota contando los nudos. Los naturalistas pescaban especímenes con red. Los cuadernos de Denon se llenaban de velas hinchadas, de cascos oscuros, de reflejos en el agua. Dibujaba el mar peor que los monumentos, pero lo intentaba.

Bonaparte, por su parte, pasaba los días leyendo. Había embarcado una biblioteca de campaña minuciosamente seleccionada. Las campañas de Alejandro, los comentarios de César, la historia de Polibio, los relatos de los viajeros árabes en Egipto. Leía deprisa, doblando las esquinas de las páginas, anotando los márgenes con una letra apretada. Una mañana, Monge lo sorprendió releyendo el relato del viaje de Volney a Siria y a Egipto, publicado once años antes.

—Volney es pesimista —dijo Bonaparte sin levantar la vista—. Solo vio la decadencia. Nosotros veremos las fuentes.

Bonaparte cerró el libro y lo dejó sobre sus rodillas. Monge conocía ese rasgo. Bonaparte no leía para que lo contradijeran, buscaba precedentes de lo que ya quería hacer. Monge no insistió.

La biblioteca del *Orient* hacía las veces de institución. Bonaparte había hecho de ella una pequeña academia flotante, con lecturas en voz alta por la noche y discusiones sobre la historia antigua de Egipto. En torno a la mesa del gran camarote se reunían los principales sabios y los oficiales con gusto por las letras. Se leía a Heródoto, se discutía sobre Tucídides, y se acababa a menudo, muy tarde, en las causas de la caída de Roma. Bonaparte presidía e intervenía a menudo, mostrando una cultura histórica que impresionaba a los profesores del Instituto.

—Por qué mueren las civilizaciones, me es igual. Por qué duran, eso es lo que quiero comprender. Egipto resistió tres mil años. ¿Qué mantiene en pie a un Estado durante tres milenios?

Fourier avanzó una hipótesis sobre la regularidad de las crecidas del Nilo y la previsibilidad de las cosechas. Le gustaban los ejemplos históricos porque daban a las ideas abstractas el peso de la duración. Milenios de crecidas regulares constituían una demostración que las matemáticas por sí solas no podían producir. Veía allí una civilización que había resuelto el riego, la arquitectura, la astronomía, mucho antes del álgebra que él enseñaba a sus alumnos. Hablaba de ello con cifras más que con palabras. Berthollet habló de la concentración del poder en una administración central. Denon, invitado aquella noche a bordo del *Orient*, confesó que no sabía nada y que contaba con los monumentos para decírselo.

Bonaparte se inclinó hacia Berthollet.

—En Italia negociamos con príncipes. Aquí no hay príncipes. Solo hay tumbas y monumentos que nadie reclama. Lo que nos llevemos hace mucho que no tiene propietario vivo. Es una diferencia considerable.

—La ausencia de propietario vivo, general, nunca ha equivalido a la ausencia de propietario.

Berthollet lo había dicho en voz baja, y Bonaparte ya había retomado su libro. Desde Venecia, desde Milán, sabía que la palabra justa y la palabra eficaz no siempre eran la misma. Era el precio de la expedición, aceptado al subir al *Orient*. Aún mantuvo un rato los ojos en la llama de la lámpara, que humeaba.

Al décimo día cambió el tiempo. Un viento del noroeste obligó a la flota a modificar su rumbo. Los navíos se dispersaron antes de reagruparse bajo las órdenes del almirante Brueys. Algunos soldados cayeron enfermos. Varios sabios también, entre ellos Monge, que pasó dos días tumbado en su litera, pálido, con una palangana al alcance de la mano, incapaz de abrir un libro por primera vez en años. No se quejaba. Esperaba a que su cuerpo tuviera a bien reanudar el trabajo, y quienes lo conocían sabían que aquel silencio no era serenidad.

Denon continuó sus dibujos desde la cubierta, insensible al mareo. El mar tenía un azul que nunca había visto en pintura. Un azul violento, que nada tenía que ver con las marinas de Claude Lorrain. Para plasmar aquel azul se imponía otra manera de pintar el mar. No conocía a nadie que lo hubiera hecho.

La cuestión del destino quedó mucho tiempo sin respuesta.

Bonaparte había entregado a los oficiales instrucciones selladas que solo debían abrirse en alta mar. Los soldados especulaban. Se oían los nombres más diversos. Inglaterra, Portugal, Irlanda, las Antillas, Malta, la India. Los mejor informados murmuraban Egipto, pero ese nombre parecía tan lejano que pocos se atrevían a creerlo.

Unos días después, Bonaparte dio a entender a sus oficiales superiores cuál era el destino, que la proclamación a todo el ejército solo revelaría oficialmente el 22 de junio, después de Malta. Egipto. La costa africana del Mediterráneo. El Nilo, las pirámides, los desiertos, las ruinas de Tebas y de Menfis. El rumor circuló

con rapidez entre los sabios. Berthollet pensó enseguida en las aguas del Nilo y en el natrón egipcio. Monge, todavía pálido, dijo que esperaba sobre todo que se encontrara agua potable. Jomard no preguntó nada. Prefería saber de antemano lo que iba a ver, y pasó dos horas encerrado en su camarote releyendo sus notas sobre los sistemas de riego antiguos.

Denon sacó a Heródoto de su morral. El libro se abrió por sí solo en la evocación de las pirámides. Recorrió la descripción del lago Meris, del laberinto de Hawara, de las pirámides de Guiza vistas por el viajero griego cinco siglos antes de nuestra era. Dos mil trescientos años separaban a Heródoto de aquel momento. Las pirámides, por su parte, seguían allí. Denon cerró el libro sin marcar la página.

Tras bordear la costa de Sicilia a prudente distancia, la escuadra había puesto rumbo al sudeste. El sol salía más temprano, se ponía más tarde, y el calor subía. Para muchos soldados que jamás habían salido del norte de Francia, aquel mar era ya el borde del mundo conocido. Miraban el horizonte con una curiosidad inquieta, acodados en las bordas ardientes.

La noche del decimoctavo día fue la más clara de la travesía. El aire conservaba el calor del día y olía a brea y a sal. Ni una nube. Una luna en cuarto menguante, salida hacía poco, posaba sobre el agua una luz fría y precisa. Las velas blancas de las fragatas brillaban como papel húmedo. Los cascos negros de los navíos de línea recortaban sombras nítidas sobre el agua en calma. Apenas se oían las olas —solo el lento crujido de los mástiles, el batir sordo de las velas que buscaban el viento— y, de muy lejos, una voz humana, o el grito de un pájaro nocturno.

Hacia medianoche, un bote del *Orient* atracó junto a la *Junon*. Bonaparte había adquirido la costumbre de esas rondas nocturnas, solo o casi, mientras sus oficiales dormían, y visitaba a veces las fragatas de vanguardia. Se reunió con Denon y se acodó en la borda sin decir nada durante largo rato.

—Dibuja usted mejor de noche que de día.

—La noche suprime los detalles inútiles. Solo quedan las formas. Es más honesto. Allí… —buscó la palabra— allí, nada nuevo, todo ha sido visto ya. ¿Dibujado con precisión? Nada. Heródoto describe las pirámides sin hacer su levantamiento. Estrabón las menciona sin comprenderlas. Yo quisiera traer imágenes de las que nadie pueda decir que son aproximadas.

Bonaparte no respondió. Era una manera de pensar que comprendía. A lo lejos, a babor, se distinguía una línea oscura que podía ser la costa siciliana o una masa baja de nubes. Ninguno de los dos preguntó al oficial de guardia qué era.

Esa misma noche, a varios días de mar hacia el oeste, la escuadra de Nelson buscaba la flota francesa sin saber dónde se hallaba. Si los vientos hubieran soplado de otro modo, todo lo que Denon llevaría en sus cuadernos se habría hundido con los navíos.

El 9 de junio, tras tres semanas de navegación, los navíos franceses se presentaron ante La Valeta.

La isla de Malta, en manos de la Orden de San Juan de Jerusalén desde 1530, custodiaba la entrada del Mediterráneo oriental con sus fortificaciones, que se tenían por inexpugnables.

Bonaparte convocó ante las murallas a sus principales generales y a los sabios.

—Estas murallas resistieron a cuarenta mil turcos en 1565. Pero los caballeros que las defienden hoy son viejos, están divididos y carecen de dinero. No tendremos necesidad de un asedio. Bastará con desembarcar.

El general Louis Desaix, un oficial de aspecto ascético que mandaba una de las divisiones del ejército, intervino.

—General, esas divisiones de la Orden, ¿son seguras sus informaciones?

—Divididos en facciones rivales. El Gran Maestre es débil. No lucharán. Entraremos en breve.

Monge se creyó en el deber de plantear una pregunta.

—General… Malta no está en guerra con Francia. La Orden es soberana, reconocida desde hace siglos. El papa, las potencias católicas… ¿Qué justificación dará usted?

—Monge, querido amigo, tú eres matemático. Calcula cuánto tiempo podemos resistir en Egipto si los ingleses nos bloquean las rutas. Malta es el cerrojo. En cuanto a la justificación diplomática, no es asunto tuyo. Mi ayudante de campo se ocupa de ello.

Monge calló. Acababa de aprender dónde pasaba el límite.

El desembarco se efectuó simultáneamente en varios puntos de la isla y cogió desprevenidos a los defensores. La resistencia duró dos días. Malta capituló el 12 de junio.

El inventario reveló cantidades asombrosas de metales preciosos, de sobra para financiar varios meses de campaña. Denon, que había podido desembarcar el 14 de junio, recorrió la gran sala del tesoro, que los comisarios inventariaban caja por caja.

La riqueza de la Orden era ante todo monetaria, hecha de lingotes de plata, monedas de oro, orfebrería litúrgica. Varios millones de francos, según la estimación de Berthollet.

Pero lo que lo retuvo estaba en otra parte. En la sacristía de la catedral de San Juan, los soldados descolgaban cuadros. La bóveda de la nave —un ciclo monumental de Mattia Preti sobre la vida de san Juan Bautista, pintado directamente sobre la piedra entre 1661 y 1666— era imposible de tomar. Demasiado grande, demasiado fija. La dejaban. Pero los cuadros de caballete sí se podían llevar.

Identificó varios lienzos, entre ellos retratos de grandes maestres de la Orden, en particular una gran *Resurrección de Lázaro* de escuela napolitana que enrollaban sin precaución alguna.

Denon vio también lo que no se llevaban. En el oratorio de la catedral se encontraba la *Decapitación de san Juan Bautista*, el lienzo más grande de Caravaggio, tres metros sesenta por cinco metros

veinte de tormenta negra y roja. El verdugo se inclina sobre el cuerpo decapitado, cuya sangre forma un charco. En esa sangre, el pintor trazó su firma, *f. Michelangelo*. El único cuadro que firmó jamás.

Un soldado se acercó para calcular si se podía descolgar. Denon le puso la mano en el brazo.

—Ese no se irá. Fue pintado para esta pared. Moriría en un barco.

El soldado miró a Denon un instante, después el lienzo, después se encogió de hombros y se fue a mirar a otra parte. El cuadro se quedó.

Anotó en su cuaderno las dimensiones, el tema, la firma, y luego permaneció ante el lienzo sin escribir. Aquel cuadro tenía una propiedad rara : examinaba a su vez al espectador. El verdugo, inclinado sobre el muerto, o el carcelero que vuelve la cabeza, parecía interrogar a quien contemplaba la escena —y tú, ¿qué te llevas?

La orfebrería del Hospital de la Orden —palanganas de mesa, candelabros, copones— fue confiscada por entero. El hospital de Malta tenía suelos de mármol, tapices, una vajilla de plata que se decía única en Europa. Se fundiría en barras. Los enfermos que acudieran allí serían atendidos con escudillas de estaño.

Cada conquista pagaba la siguiente, siempre el mismo mecanismo, pensó, mientras veía pasar un candelabro de mano en mano.

Había también *La Tenture des Indes*, serie de tapices tejidos en los Gobelinos a partir de cartones inspirados en pinturas traídas de Brasil por el príncipe Juan Mauricio de Nassau-Siegen —elefantes, loros, fortalezas tropicales, escenas de corte—, de colores aún vivos. El rey de Francia había dado a la Orden lo que el ejército de Francia, esta vez, dejaría en su sitio.

Anotó las dimensiones. Dos metros cincuenta de alto, unos cinco metros de ancho los más grandes. Lana y seda. Podían enrollarse.

Nadie las enrollaba. Los soldados no habían tenido tiempo o no habían comprendido su valor.

—Deje los tapices —dijo Denon al suboficial que supervisaba el inventario—. Vienen de Francia, Luis XIV se los regaló a la Orden.

Fuera, se cargaban las cajas en las chalupas. El oro, la plata, los cuadros designados. La biblioteca de la Orden, con miles de volúmenes en latín, en francés, en árabe, en turco, quedaría casi entera en sus anaqueles. Sin sitio. Sin tiempo. Los soldados de la Revolución saqueaban deprisa. Los eruditos recogían lo que quedaba.

Había allí incunables, manuscritos medievales, tratados de navegación y de cartografía acumulados desde el siglo XII. Los soldados no sabían qué hacer con los libros. Un sargento preguntó si valían algo. Denon respondió que sí, algunos. El sargento hizo notar que no tenía cajas. Denon encontró dos y metió él mismo en ellas los manuscritos más antiguos. Un centenar de volúmenes, escogidos por instinto, sin catálogo, fiándose solo de un pergamino más amarillento que los demás. El resto quedó en los anaqueles.

Allí permanecería. La biblioteca de la Orden se convertiría, tras la partida de los franceses, en la biblioteca pública de Malta.

«Flandes había sido metódica, Italia sabia, Malta apresurada. Cada campaña saqueaba según el tiempo disponible y los hombres presentes. Egipto sería otra cosa. No una ciudad que vaciar en tres días, sino un país que recorrer durante meses. El saqueo allí sería lento». Berthollet lo escribió en sus observaciones, mientras veía alejarse hacia los navíos las chalupas cargadas.

La flota levó anclas al anochecer del 19 de junio. En cubierta, Denon veía alejarse La Valeta. Una ciudad de piedras rubias, unas murallas que descendían hasta el mar, unos campanarios barrocos. Ya sabía que no volvería a ver Malta. En las bodegas, las

cajas estaban apiladas con el oro y la plata labrada. En sus cuadernos, las fortificaciones, la catedral, el puerto.

El oro se refundiría. Los cuadros enrollados en las bodegas, nadie los traería de vuelta.

II - De Alejandría al Nilo

El 1 de julio, tras una travesía durante la cual los franceses habían eludido a Nelson en varias ocasiones, los vigías avistaron las costas bajas de Egipto. Un olor a arena caliente y a sal. Monge estaba en cubierta desde el alba.

—Alejandría. Euclides, Eratóstenes, Ptolomeo. Setecientos mil volúmenes quemados. ¡Miren lo que queda! —exclamó Bonaparte.

Monge escrutó la costa.

—Esperaba… en fin, otra cosa, general. Una aldea ruinosa. ¿Dónde están los templos, los palacios? ¿La gran biblioteca?

Bonaparte sonrió.

—Desaparecido. Romanos, bizantinos, árabes, otomanos. Solo quedan las piedras. Por eso estamos aquí.

El desembarco comenzó al anochecer, con un fuerte oleaje. Las chalupas depositaron a los soldados en los bajíos. Saltaron al agua y chapotearon hasta la playa en la oscuridad cálida. El olor los alcanzó antes que las casas. Sal, piedra caldeada, pescado, humo de una ciudad antigua que no esperaba ser sorprendida.

Los sabios desembarcaron al día siguiente, al caer la tarde, una vez tomada la ciudad. Alejandría no era lo que habían leído. Diez mil habitantes, calles estrechas, casas de adobe que se desmoronaban.

Denon puso por primera vez el pie en suelo egipcio y miró a su alrededor con una decepción que no trató de ocultar.

—¿Es de verdad esto? ¿Ruinas y casuchas?

La columna de Pompeyo se alzaba a quinientos metros, solitaria en el cielo de arena. Veintisiete metros de granito rojo de Asuán sobre un pedestal de sillares. No guardaba ninguna relación con Pompeyo. Había sido erigida hacia el año 297 de nuestra era en honor del emperador Diocleciano, después de que este aplastara una revuelta alejandrina.

El fuste era monolítico, un solo bloque de veinte metros y medio de altura, casi trescientas toneladas, pulido hace quince siglos, todavía liso al tacto bajo el polvo. El capitel corintio de la cima había perdido algunas hojas de acanto, pero seguía siendo reconocible. Jomard le tomó las medidas con sus instrumentos. Diámetro en la base, dos metros setenta y uno; en los dos tercios superiores, unos dos metros cincuenta. La columna era ligeramente ahusada. Los artesanos habían calculado la ilusión óptica que haría parecer perfectamente recto el fuste a quien lo mirase desde el suelo. El cálculo seguía en pie.

En el pedestal, bloques dispersos llevaban fragmentos de inscripciones jeroglíficas, probablemente arrancados de un templo faraónico anterior. Los romanos habían saqueado los templos para construir, los árabes las construcciones romanas, los otomanos las construcciones árabes. La columna de Pompeyo estaba asentada, ella misma, sobre piedras que ya habían servido en otro lugar.

Denon dibujó la columna desde tres ángulos distintos. De frente, de tres cuartos, de perfil desde el norte. El monumento se quedaría allí, condenado a servir de punto de referencia a los navíos que entraban en el puerto. Su dibujo se uniría a las láminas de la *Description*, e iría a París, a Londres, a Viena.

Alejandría decepcionaba, demasiados siglos se superponían en ella. Los sabios miraban ya hacia el Nilo.

La toma de la ciudad había costado unos ciento cincuenta muertos y heridos franceses. Kléber, herido en la cabeza, había sobrevivido. Bonaparte había establecido su cuartel general en el palacio del gobernador otomano y convocado a los notables para

explicarles, en una proclama traducida al árabe, que el ejército francés venía a liberar Egipto de la tiranía mameluca y a castigar a quienes ultrajaban al sultán otomano, amigo de Francia.

—Pueblos de Egipto —proclamaba el texto—, os dirán que vengo a destruir vuestra religión. No lo creáis. Responded que vengo a restituiros vuestros derechos y a castigar a los usurpadores, y que respeto, más que los mamelucos, a Dios, a su Profeta y al Corán. Nosotros también somos verdaderos musulmanes. ¿Acaso no fuimos nosotros quienes destruimos al papa, que decía que había que hacer la guerra a los musulmanes? ¿Acaso no fuimos nosotros quienes destruimos a los caballeros de Malta?

Mientras Bonaparte organizaba la administración de Alejandría, los sabios comenzaban sus primeros trabajos. Denon buscó las huellas de la grandeza ptolemaica. Encontró pocas, algunos bloques reutilizados en muros de ladrillo.

Denon pasó su primera noche en vela. Las calles seguían rumoreando con una vida nocturna que nunca había oído hasta entonces. Voces en árabe, perros callejeros, el rumor de una fuente en un patio invisible, las llamadas a la oración que resonaban desde los minaretes antes del alba. Se instaló junto a la ventana con su cuaderno y dibujó lo que no veía, con los oídos guiándole la mano. Los trazos eran inciertos. Los dejó serlo.

A la mañana siguiente salió con Jomard a recorrer la ciudad. Este llevaba su teodolito y tomaba medidas en cada encrucijada. Denon esbozaba las fachadas, los rostros en los zocos, un dromedario echado en el polvo, un grupo de niños que veían pasar a los soldados con una mezcla de curiosidad y recelo. Ninguno de los dos hablaba árabe. Se comunicaban con los habitantes por gestos y por monedas.

—Mire esta puerta —dijo Denon sin levantar el lápiz de los motivos geométricos de la madera tallada—. Aquí nada es de una sola época. Capas, miles de años de capas, y ninguna ha borrado del todo a la anterior.

—Lo que complica los levantamientos —dijo Jomard—. Un bloque de granito antiguo en el muro de una casa del siglo XVIII… ¿cómo lo fecho? ¿Según el bloque o según el muro?

—De los dos, querido. Es el fastidio, y es el encanto.

El mercado de pescado había revelado a Étienne Geoffroy Saint-Hilaire, joven naturalista miembro de la Comisión de Ciencias, una decena de especies mediterráneas que nunca había visto en ejemplar alguno. Compró varias cuyo nombre ignoraba, las envolvió con cuidado en sal y las hizo llevar a su alojamiento para disecarlas por la noche. Sus compañeros de cuarto protestaron por el olor. Él respondió, con el escalpelo en la mano, que la ignorancia olía peor.

Por su parte, Berthollet se interesó por los tintes del mercado. Las telas expuestas por los mercaderes presentaban colores que él no reconocía. Índigos muy profundos, rojos que no tenían el matiz de la rubia, amarillos que tiraban a azafrán. Berthollet recogió muestras de fibras teñidas, las enrolló en papel y las etiquetó con esmero.

Bonaparte, por su parte, no tenía tiempo de pasear.

Había que organizar la guarnición, establecer relaciones con las autoridades locales, resolver los asuntos de abastecimiento, preparar la marcha hacia El Cairo. Recibió a los notables sentado en un sillón que había hecho traer de su navío, rodeado de sus ayudantes de campo. Se presentaron con la cautela de quienes siguen sin saber si los recién llegados se quedarán.

El ejército también se preparaba. Los soldados llenaban sus cantimploras, cargaban las mulas, comprobaban sus municiones. Se había contratado a guías egipcios. Hombres que conocían la ruta del desierto y los puntos de agua. Miraban aquellos preparativos con fatalismo. Habían visto pasar muchas tropas por aquel corredor entre el mar y el desierto.

Bonaparte observaba el desierto. Desde la terraza del palacio donde se alojaban los sabios se veía al sur la línea nítida en que la

ciudad terminaba y empezaba la arena. Una línea recta. A un lado, las casas, los jardines, las palmeras, la presencia humana organizada desde antiguo. Al otro, nada. Una extensión uniforme hasta el horizonte, sin una sombra, sin una variación de color.

El 6 de julio, Bonaparte dio la orden de marcha. Doscientos veinte kilómetros separaban la costa de El Cairo. Entre ambos se extendía el desierto, y nadie se lo había dicho con claridad a los sabios.

Cuarenta grados a la sombra desde la primera hora. Ni una gota de agua entre pozo y pozo. Había soldados que morían andando, sin haber visto al enemigo. No se moría de golpe. Uno se detenía. Caía de rodillas. No volvía a levantarse. Las columnas seguían. Nadie rompió el paso para quedarse con un hombre caído.

Bonaparte marchaba a menudo a pie como sus soldados, en columnas paralelas a través del desierto. Los sabios, mal adaptados, seguían como podían. Varios se desmayaron. Denon dibujaba los paisajes mientras caminaba.

Monge se tambaleaba apoyándose en un bastón improvisado. Bonaparte, al verlo en aquel estado, ordenó que le dieran agua de su propia reserva.

—Bebe, Monge —dijo Bonaparte tendiéndole su cantimplora—. Tienes que sobrevivir a esta marcha.

Monge bebió unos sorbos de agua tibia con sabor metálico. Estuvo a punto de dar las gracias y se contuvo. A un general no se le daban las gracias por un sorbo de agua como a un amigo. Devolvió la cantimplora. Bonaparte ya había apartado la vista.

—Todas las grandes empresas tienen sus pruebas —prosiguió Bonaparte—. Alejandro, ocho años de marcha hasta la India. Marco Polo, veinticuatro años lejos de Venecia. Nosotros resistiremos.

Las columnas avanzaban por un paisaje donde casi no crecía nada. Unos cuantos arbustos espinosos. De vez en cuando, una aldea de adobe. Fellahs que veían pasar al ejército desde sus puertas.

21

El calor era distinto de todo lo que los soldados habían conocido. Subía del suelo tanto como del cielo. Las cantimploras se vaciaban. Se rellenaban en los pozos cuando se encontraba alguno. El agua sabía a tierra y a sal, pero nadie se quejaba.

Al cuarto día, hacia el mediodía, un murmullo recorrió las columnas. Los soldados alzaron la cabeza. Ante ellos, más allá de la línea temblorosa de calor, se dibujaba en el horizonte una franja verde. El Nilo. Algunos echaron a correr. Los oficiales no los detuvieron. Ellos también corrieron.

Cuando las primeras filas alcanzaron la orilla, los hombres cayeron de rodillas en el agua sin siquiera quitarse las mochilas. Bebieron, se lavaron la cara, permanecieron inmóviles en la corriente como si se negaran a salir de ella. Detrás, las columnas seguían llegando, levantando nubes de polvo que volvían a caer sobre el agua.

Denon se instaló en la orilla con sus carboncillos. Ante él, la ancha superficie de agua reluciente bajo el sol de julio, la franja fértil de unos kilómetros de verde intenso y luego el desierto, que empezaba justo allí donde terminaba el riego.

—Ah, Jomard —dijo Denon al joven ingeniero geógrafo que se había dejado caer a su lado—. Aquí está por fin el verdadero Egipto.

—La línea, sobre todo —dijo Jomard, con la mano a modo de visera—. Las palmeras, los cultivos, luego el desierto. A unos pocos kilómetros de la orilla. Se la trazaría a cordel.

Todo dependía del río. Egipto no era más que un corredor de agua en un continente de arena.

El agua potable ya estaba disponible. El ejército recobraba fuerzas, los sabios sus instrumentos. Jomard desplegaba su regla graduada, Monge trazaba ecuaciones en sus hojas sueltas, Denon abría su cuaderno de bocetos. Los ingenieros estudiaban los sistemas de riego. Sakiehs, shadufs, canales de distribución. El agua del Nilo elevada a fuerza de bueyes o de brazos hasta campos

situados unos metros más arriba, mediante técnicas inalteradas desde los faraones y todavía en uso. Los botánicos recolectaban palmeras datileras, sicomoros, lotos, papiros y plantas aromáticas desconocidas en Europa. Geoffroy disecaba aves —ibis, garzas— y llenaba cajas. La fauna del Nilo se le ofrecía, con sus cocodrilos en las orillas, sus hipopótamos ya raros, sus aves migratorias a millares.

—Mire esos ibis —exclamó Geoffroy a Berthollet, señalándolos con la barbilla—. Los egipcios los momificaban. Habían hecho del ibis el dios Tot. La sabiduría, la escritura. Un ave que se ve cada mañana a orillas del Nilo.

—Adorar a un pájaro, mi querido Geoffroy… El colmo de la superstición. Las Luces han corregido eso, me parece.

Geoffroy no respondió. Pensaba que venerar un ibis quizá no era pura superstición, sino la forma que adoptaba, en una civilización dada, la observación rigurosa de la naturaleza. Los egipcios habían advertido que el ibis aparecía con las crecidas del Nilo. Hicieron de él un dios. Los naturalistas del siglo XVIII advertían lo mismo y lo convertían en ecuaciones, otro lenguaje para la misma atención. Se guardó la comparación y volvió a sus pájaros.

Denon había empezado a comprar desde el primer mes. No se lo contaba a sus colegas. Fourier, Monge y Berthollet no habían zanjado la cuestión —recolección científica o apropiación personal— y ninguno planteaba la pregunta en voz alta.

Más tarde, en los meses que siguieron a la entrada del ejército en El Cairo, el 24 de julio, se había instalado un mercado en Saqqara en cuanto los soldados franceses habían demostrado que compraban. Fellahs de las aldeas vecinas traían lo que encontraban en los campos y en las tumbas. *Ushebtis* por decenas, escarabeos por centenares, fragmentos de papiro, amuletos, monedas ptolemaicas verdes de pátina. Denon acudía por la mañana, antes de que el calor hiciera agotadora la caminata. Avanzaba despacio entre los puestos improvisados, esteras de junco tendidas en el suelo, los objetos dispuestos encima. Se ponía en cuclillas.

Sopesaba. Miraba. Lo que lo detenía no era siempre lo más antiguo ni lo más espectacular. Un *ushebti* de madera pintada, figura funeraria de quince centímetros, con los brazos cruzados sobre el pecho en la actitud de Osiris, el rostro hierático, la peluca azul surcada de líneas de oro finamente trazadas. El rostro tenía la precisión serena de los retratos de corte. Alguien lo había mirado, alguien había querido que fuese reconocido en el más allá. Aquel *ushebti* había acompañado a un muerto durante treinta siglos en una cámara funeraria sellada. Ahora estaba allí, sobre una estera de junco, en Saqqara, bajo el sol. El *ushebti* fue envuelto en un trapo y Denon lo guardó en su morral.

El fellah que lo había puesto allí dijo una frase. Denon no la entendió. Se volvió hacia Hassan, el intérprete que la Comisión le había asignado. Hassan escuchó, se miró los pies y luego tradujo en voz baja.

—Dice que es la tumba de su antepasado.

Hassan volvió solo al vivac aquella noche. Bordeó el mercado, que se vaciaba, con los vendedores desvanecidos en el polvo del atardecer junto con sus piastras. Se detuvo en el lugar donde el fellah había extendido sus objetos. La estera seguía allí. Una depresión en la arena señalaba el sitio donde había reposado el *ushebti*. Intérprete desde hacía cuatro años, había traducido a mercaderes, a notarios, a oficiales otomanos, ahora a sabios franceses. Había aprendido que traducir es elegir entre palabras que nunca coinciden exactamente. La frase del fellah —la tumba de su antepasado— la había traducido con exactitud. Lo que no había traducido era el tono.

Durante los días siguientes, Denon hizo otras adquisiciones.

Escarabeos. Uno de fayenza azul con el cartucho de Tutmosis III, sexto faraón de la dinastía XVIII, grabado en la parte plana con una precisión que comprobó con la lupa. El tablero, el escarabajo, el disco solar. Tres mil doscientos años y el trazo estaba intacto. Un segundo, de esteatita negra, representaba un coleóptero con los élitros finamente detallados. Los egipcios habían

observado al escarabajo rodar su bola de estiércol hacia el sol y habían visto en él al dios Khepri empujando el sol al amanecer. Lo habían puesto en las tumbas, sobre el corazón de los muertos, para asegurar el renacimiento.

Amuletos. El ojo udjat de fayenza turquesa, el ojo de Horus, arrancado por Set en el combate y luego reconstituido. Tres centímetros, una pupila pintada, líneas de arte cosmético que imitaban el plumaje del halcón. Un Tot con cabeza de ibis en lapislázuli que los escribas lucían para que su cálamo se mantuviera certero. Una Sekhmet de cornalina rojo oscuro. Se la llevaba para que la guerra y las epidemias no alcanzaran a uno.

Denon compró también dos vasos canopos de alabastro —un tapón con cabeza de chacal, otro con cabeza de babuino—, guardianes de las entrañas del difunto. Dieciséis centímetros de alto, el alabastro translúcido dejando pasar la luz en tono de miel. Fragmentos de papiro cubiertos de escritura hierática, adquiridos sin saber qué decían.

Lo que decían, los orientalistas lo aprenderían años más tarde. Fórmulas del *Libro de los Muertos*, invocaciones protectoras para el paso al otro mundo. Un papiro semejante, comprado en Tebas por el ingeniero Simonel y conocido más tarde con el nombre de papiro Cadet, contiene pasajes de treinta y ocho capítulos o fórmulas del *Libro de los Muertos*.

El papiro Cadet ingresaría en el Gabinete de Manuscritos de la Biblioteca Nacional, con la signatura *Égyptien 1 à 19*.

Pero aquella mañana en Saqqara aún no sabía nada de todo eso. Lo que lo detenía, lo compraba. El mercado se vaciaba. El calor aumentaba. Al día siguiente habría otras esteras, otros objetos, otras transacciones de las que no escribiría todas las frases.

Una mañana, al amanecer, Geoffroy tenía doce páginas de notas y una convicción. El cocodrilo del Nilo y el caimán de Sudamérica compartían una arquitectura ósea tan próxima que no podía

ser fortuita. Aquella convergencia anatómica a través de miles de kilómetros y de un océano planteaba una cuestión para la que la biología de su época no tenía respuesta.

Geoffroy aún no se lo había contado a nadie. La idea chocaba demasiado con lo que se enseñaba en París.

En noviembre, en Saqqara, Geoffroy pediría a Denon que le mostrase las representaciones de animales en los bajorrelieves. Pasarían media jornada comparando los ibis de las pinturas con los ibis vivos. Las pinturas y las aves se parecerían a la perfección, como si tres mil años no hubieran cambiado nada. Denon dibujaría a los dos, uno junto al otro —el vivo y el muerto pintado— sin saber cuál se parecía más al original.

III - La batalla de las Pirámides

El 21 de julio, el ejército divisó las pirámides.

Las siluetas triangulares se dibujaban en el horizonte desde unos diez kilómetros de distancia. Los soldados se detuvieron por sí solos. Nadie había dado orden alguna. Bonaparte, a caballo, las miró largo rato.

Luego se volvió hacia sus hombres.

—Soldados, desde lo alto de estas pirámides, cuarenta siglos os contemplan.

Hizo una seña a sus generales sin bajar la voz.

—General Bon, división izquierda. General Desaix, división derecha. No nos movemos. Dejamos que vengan.

Luego, más bajo, solo para sí, frente a las pirámides.

—Que sea al menos ganando.

Los sabios fueron enviados al interior de los cuadros de infantería con los bagajes y los heridos. Se encontraron apretujados entre las mulas y los furgones de municiones, a la altura del hombro de los soldados de las últimas filas. Monge casi no veía nada.

Desde donde estaba, solo se podía ver lo que ocurría a la altura de un hombre. Los pies que se juntaban, los fusiles sujetos con ambas manos, el sudor en las nucas. El polvo que se alzaba por el sur. La caballería mameluca que se acercaba, todavía invisible. Un soldado a su izquierda murmuraba en alsaciano. Monge no lo entendió. El tono bastaba. Se preguntó, por primera vez desde Tolón, qué hacía un geómetra allí, entre dos mulas, mientras una caballería cargaba.

El fragor precedió al ruido de los cascos, una vibración de la tierra bajo las suelas. Luego las primeras filas dispararon y el humo negro lo ocultó todo. Las descargas se sucedieron con cadencia regular. En los intervalos se oían gritos, los de los hombres que caían del caballo.

Lo que Monge no podía ver desde el interior del cuadro, los oficiales a caballo lo veían. Murad Bey había dispuesto sus fuerzas al sur, en la llanura que se extiende entre la aldea de Embabeh, atrincherada a orillas del Nilo, y las pirámides. Seis mil jinetes mamelucos, quizá siete mil, agrupados en formaciones ondulantes. Sin líneas, sin filas fijas. Una caballería que se desplegaba como el agua sobre una superficie irregular. Los caballos árabes, más pequeños que las monturas francesas, galopaban en grupos de cincuenta, de cien, cambiando de dirección a la señal de un jefe al que no se veía. Tras ellos, una polvareda ocre se alzaba hasta ocultar el cielo.

Bonaparte había formado sus divisiones en cinco grandes cuadros. Veinticinco mil hombres, de los treinta y ocho mil embarcados en Tolón, distribuidos en seis filas de profundidad, con las bayonetas caladas, los oficiales en el interior con los bagajes. Era la formación teórica que se enseñaba en la Escuela Militar, la que nunca debía ceder ante una carga de caballería. Nadie en el ejército había visto jamás seis mil jinetes cargar a la vez.

La primera carga llegó del sudeste. Unos mil jinetes, separados del grueso del ejército mameluco, se lanzaron directamente hacia el cuadro de Desaix. Una aristocracia guerrera a caballo más que

un ejército, cada jinete combatiendo por su propia gloria, sin orden colectivo. Cimitarras, pistolas al cinto, carabinas en bandolera. Algunos llevaban cotas de malla que brillaban al sol. Otros, túnicas de seda bordada.

Cargaron a todo galope durante trescientos metros. El cuadro de Desaix esperó. Doscientos cincuenta metros. Los oficiales gritaban que mantuvieran las filas. Doscientos metros. Los fusiles se alzaron. Ciento cincuenta metros. Bonaparte, desde su posición central, miraba sin moverse. Cien metros. La distancia a la que un infante podía distinguir el rostro del jinete que cargaba. Setenta y cinco metros. La orden de fuego.

La primera descarga golpeó de lleno la carga. Las balas herían primero a los caballos, más anchos que los hombres, y luego a los jinetes, que se desplomaban hacia delante o de lado. A cincuenta metros, la carga se frenó. No se detuvo, se desmoronó. Los caballos se negaban a avanzar hacia las bayonetas. Algunos jinetes aislados lograron llegar hasta el cuadro. Golpeaban con sus cimitarras contra los fusiles cruzados, pero no podían penetrar las seis filas de profundidad. La segunda descarga los derribó a quemarropa.

Los supervivientes se replegaron. Siguieron otras cargas. Murad Bey lanzaba sus escuadrones en oleadas sucesivas, con la esperanza de encontrar una grieta en las formaciones francesas. Cada oleada se estrellaba contra los fusiles. Al cabo de una hora, los cuadros seguían en pie. El suelo frente a las posiciones francesas estaba sembrado de caballos muertos y de jinetes heridos. El humo de la pólvora se estancaba en el aire inmóvil, formando una niebla gris que ocultaba las pirámides al fondo.

Denon dibujaba a ciegas. Espaldas, fusiles, humo, un rincón de pirámide por encima de las cabezas. La nuca del soldado alsaciano que tenía delante, los fusiles que se alzaban y volvían a caer, el humo acre. Lo que acababa de ocurrir fuera —las cargas, las descargas que quebraban los escuadrones mamelucos, el

contraataque de la caballería francesa— no lo vería. Solo conservaría el humo, el calor, el sudor y el ruido.

El combate duraba ya más de una hora cuando Bonaparte lanzó las divisiones de Bon y de Vial al asalto del campo atrincherado de Embabeh, a orillas del Nilo. Las columnas de infantería avanzaron a la bayoneta, menos para perseguir al enemigo que para asestarle un golpe de ariete destinado a quebrar su cohesión. Los mamelucos, atrapados entre las columnas y el río, retrocedieron. Algunos se ahogaron al intentar cruzarlo a caballo. Otros fueron abatidos en las orillas por la infantería francesa que los perseguía.

Murad Bey comprendió que la batalla estaba perdida. Sus jinetes, magníficos uno por uno, nada podían contra una infantería disciplinada que mantenía sus posiciones. Dio la orden de retirada general. Menos de dos horas después de iniciado el combate, los mamelucos supervivientes galopaban hacia el sur, abandonando el campo de batalla a los franceses. Dejaban tras de sí varios miles de muertos. Las bajas francesas sumaban menos de trescientos entre muertos y heridos.

Denon dibujó las pirámides con los muertos en primer plano. Las pinturas de triunfo se encargarían más tarde.

El ejército reanudó la marcha, y las pirámides regresaron. No como habían aparecido por la mañana, siluetas lejanas en el polvo, sino como cosas de otra naturaleza. Crecían a medida que uno se acercaba de un modo que nada tenía que ver con la perspectiva ordinaria, y dejaban de ser comparables a nada conocido. A doscientos metros, Denon comprendió que había pasado toda su vida imaginando monumentos a escala humana. Aquellas pirámides habían sido construidas a la escala de la idea que los constructores se hacían de lo que debía durar. Eran enormes, impúdicas en su tamaño. Ningún edificio europeo se les aproximaba.

Jomard, el joven politécnico, sacó sus instrumentos de medición y comenzó sus primeros levantamientos. Las cifras que anotó aquella noche —longitud de la base, ángulo de inclinación de las caras, altura estimada— constituirían apenas un esbozo, que

retomaría con método en 1799 durante el levantamiento de las pirámides de Guiza.

Denon examinó las pirámides y luego el ejército que acampaba a sus pies. Aquellos monumentos pesaban millones de toneladas. No irían a ninguna parte. Pero los objetos que contenían eran otra cuestión. Las estatuillas que se encontraban en las tumbas, los papiros, los escarabeos de fayenza, todo eso cabía en una caja de campaña.

La noche cayó deprisa sobre la meseta de Guiza. Los soldados encendieron sus hogueras de vivac. La luz anaranjada de las llamas enrojecía la base de las piedras. Denon se quedó de pie largo rato después de que Jomard se tendiera sobre su manta, con los ojos abiertos hacia el cielo.

Pasada la medianoche, tomó sus carboncillos y se acercó a la Gran Pirámide. Los centinelas no lo detuvieron. Les habían advertido de que aquel civil del cuaderno se paseaba por todas partes y no daba problemas. Bordeó la base hasta encontrar un ángulo donde la luna iluminaba directamente la cara oeste. Los bloques eran más altos que un hombre. Tras escalar dos, tres bloques, se sentó en el cuarto.

La piedra aún estaba caliente. No con el calor difuso del aire. Un calor propio, interior, como si la masa de caliza hubiera absorbido el sol del día y lo devolviera lentamente a la noche. La palma apoyada de plano. Más de ciento treinta metros de piedra por encima de él, invisibles en la oscuridad. Solo veía las primeras hiladas de bloques que ascendían hacia la negrura.

Denon intentó dibujar. La luna daba luz suficiente para distinguir las juntas entre las hiladas, la ligera irregularidad de las superficies talladas a mano, la sombra profunda de los intersticios. La línea del horizonte trazada allí donde la pirámide cortaba el cielo, las hiladas sucesivas de bloques que subían en gradas. Más sencillo que el dibujo del día, sin humo ante el cuaderno.

Jomard lo encontró allí hacia la una de la madrugada. Se encaramó al bloque vecino, examinó el boceto en el cuaderno, luego la pirámide, y de nuevo el cuaderno. Denon habló por fin.

—Una batalla ganada, y dentro de mil años… Murad Bey huyendo hacia el sur, ¿quién lo sabrá? Mírela. Ha visto cien como la nuestra. No las cuenta.

—Nuestros cuadernos lo escribirán —dijo Jomard—. Lo cual, hablando con rigor, no es lo mismo que recordarlo.

—Cuadernos. Y pirámides. Eso es lo que queda de las victorias, querido amigo.

Jomard no respondió enseguida. Buscaba con la vista la cima, que no se veía.

—He calculado esta noche que la Gran Pirámide contiene unos dos millones trescientos mil bloques. Si los obreros hubieran trabajado diez horas diarias, trescientos sesenta y cinco días al año durante veinte años, habría sido necesario colocar un bloque cada dos minutos aproximadamente, sin interrupción. Sin pausa. Sin error. Dos millones de veces. Lo que me turba es que el cálculo funciona. Hicieron exactamente lo que se habían propuesto hacer.

A lo lejos, las hogueras de vivac de los soldados titilaban en la llanura. En algún lugar hacia el nordeste, El Cairo dormía.

Denon examinó el croquis por última vez. La línea de la pirámide contra el cielo nocturno, simple, absoluta. Nunca había dibujado nada tan difícil de malograr.

Jomard se levantó, se sacudió el polvo del pantalón y volvió a subir hacia el campamento.

A la mañana siguiente, Jomard penetró en la Gran Pirámide con Monge y Denon. Entraron por el pasadizo que el califa al-Mamún había forzado en el siglo IX. Un túnel abierto en la mampostería, tan estrecho que había que avanzar doblado por la cintura, con las antorchas humeantes en la mano. El calor de la víspera había abandonado la meseta. La piedra estaba fría.

En el corredor ascendente se cruzaron con un soldado que bajaba. Un joven, de dieciocho años quizá, con la antorcha en la mano izquierda y la derecha cerrada. Se apartó contra la pared para dejarlos pasar. Jomard entrevió lo que la mano derecha sostenía. Un escarabeo de fayenza azul, del tamaño de una nuez, hallado en un nicho lateral. El soldado lo miró. Jomard también. Ninguno de los dos dijo nada. Estatuillas, Denon las llevaría más tarde en su propio equipaje. Entre el bolsillo del soldado y las cajas de los sabios, Jomard presentía ya que solo habría una diferencia de grado. El soldado siguió hacia la salida, con la mano derecha todavía cerrada.

La Gran Galería los detuvo en seco. Cuarenta y siete metros de longitud, ocho metros y medio de altura, con las paredes de caliza pulida alzándose en saledizo hacia la cumbre. El corredor proseguía con una inclinación de veintiséis grados hacia la Cámara del Rey. Con la antorcha en alto, la luz no llegaba hasta la cima, y solo se veían las dos paredes que se aproximaban en la oscuridad.

—Miren eso —dijo Monge, con la nariz alzada hacia los muros—. Los romanos hacen bóvedas, los egipcios, saledizos —¡el mismo problema, amigos míos, el mismo!—. Y no se conocían.

—Con unos pocos milenios de margen —respondió Denon—. Este corredor es dos mil setecientos años más antiguo que el Panteón de Roma.

Monge avanzó contando sus pasos. Se había provisto de una cuerda graduada que desenrollaba tras de sí, anotando la longitud exacta en cada cambio de dirección. Denon sostenía el nivel de burbuja.

En la Cámara del Rey hicieron un alto. El sarcófago vacío ocupaba la mitad oeste de la cámara. Una cuba monolítica sin tapa, sin inscripción ni ornamento. Alguien había roto el ángulo nordeste en una época indeterminada. Los saqueadores no habían dejado nada más.

Jomard midió la estancia en sus tres dimensiones. Longitud, diez metros cincuenta. Anchura, cinco metros veinte. Altura, cinco metros ochenta. Anotadas las cifras, las comprobó y volvió a anotarlas. Luego calculó la relación entre longitud y anchura. Cercana a dos a uno. Cercana al doble cuadrado.

—Miren. Dos a uno, más o menos. En el azar no creo gran cosa. Una geometría de las proporciones, que estamos redescubriendo… No la escribieron. La edificaron.

Sentado en el borde del sarcófago vacío, Monge dibujaba la estancia a la luz de su antorcha. Aquel sarcófago había contenido algo. O quizá nada. Tal vez siempre había estado vacío. Seguramente la propia cámara era la tumba y no el cofre de piedra. Nadie lo sabía. Ningún jeroglífico adornaba las paredes para decirlo. Aunque los hubiera habido, no habrían sabido leerlos.

Volvieron a la superficie al cabo de dos horas. El sol de la mañana caía sobre la meseta de Guiza. Monge se sentó en un bloque de caliza y cerró los ojos un momento. Pensó en la estancia de abajo, en su silencio absoluto, en su oscuridad perfecta, en el sarcófago vacío que había esperado allí durante siglos a que alguien viniera a posar las manos sobre él. Cuando volvió a abrir los ojos, la luz le hizo hacer una mueca.

Jomard abrió su cuaderno. Bajo las cifras de la Cámara del Rey, con una escritura menos apretada, añadió tres frases. «Se entra en una pirámide como se entra en una frase de la que no se comprende ni el principio ni el final. El sentido está ahí, organizado, preciso. Pero nos falta la lengua».

Por la tarde, mientras Denon terminaba sus mediciones de la cara este, Jomard se alejó hacia el sur de la meseta. Quería ver la Esfinge de lejos antes de acercarse a ella. Se detuvo a trescientos metros y miró.

La cabeza emergía de la arena en el horizonte, recortada contra el cielo blanco de calor. La proporción resultaba inquietante. Demasiado grande para un hombre, demasiado pequeña para un

monumento, algo a medio camino que no correspondía a ninguna categoría que él conociera. Trazó la silueta con precisión. Cuatro líneas. La fractura de la nariz mutilada. El borde del nemes. El tocado rayado que enmarcaba el rostro. La sombra proyectada sobre la arena.

Al acercarse se fueron sumando los detalles. La caliza de un amarillo pálido, desgastada por milenios de viento cargado de arena. Los estratos geológicos eran visibles en la roca. La Esfinge había sido tallada en el acantilado natural. Los obreros habían seguido las capas de la piedra como un escultor sigue la veta de la madera. Las orejas, medio borradas, conservaban aún su forma. Los ojos eran ahora oquedades, pero las cejas en relieve indicaban que había sido preciso excavarlos deliberadamente.

Jomard se sentó en la arena, al pie de la cabeza, en la estrecha sombra que esta proyectaba al final de la tarde. Era el único lugar fresco de la meseta a esa hora. Dibujó el rostro desde abajo, bajo el ángulo que ningún pintor había representado todavía, el de alguien sentado al pie del monumento y alzando la vista.

—Hay que volver al campamento, ciudadano —vino a decirle un soldado del destacamento de protección. Jomard levantó la mano sin volverse y no se movió. El soldado se alejó encogiéndose de hombros. Quedaba luz para unos veinte minutos.

Pensó en lo que la Esfinge custodiaba. O en lo que se suponía que custodiaba. Los antiguos egipcios, se sabría más tarde, la habían llamado Hor-em-akhet, Horus en el horizonte. El dios halcón que era también el sol naciente. Aquel rostro miraba hacia el este, exactamente hacia el este, hacia el sol en su orto —un cálculo astronómico, ejecutado con una precisión que sus propios instrumentos no harían sino confirmar.

Todo allí era intencionado, nada era decorativo por el mero placer de decorar. Cada proporción, cada orientación, cada material elegido respondía a una lógica que los constructores llevaban en la cabeza y que no habían juzgado necesario explicar porque sus sucesores también la conocían. Después los sucesores habían

desaparecido, y la lógica con ellos, y solo quedaba la piedra, precisa y muda, bajo el lápiz de un ingeniero de veinte años.

Cuando la luz se volvió insuficiente, se levantó y miró el rostro una vez más. La ausencia de nariz no disminuía la expresión, si es que aquello era una expresión. De serenidad, no habría jurado. Se sacudió la arena de los faldones y retomó el camino del campamento.

La toma de El Cairo, el 24 de julio, fue asombrosamente rápida. Las puertas de la ciudad se abrieron sin combate serio, pues las autoridades locales preferían negociar a enfrentarse a un ejército cuya potencia de fuego acababan de presenciar. Bonaparte entró en la capital de Egipto al frente de sus tropas, atravesando callejuelas donde la población permanecía prudentemente en el interior.

Los soldados no salían de su asombro. Tras días de desierto y luego de marcha a lo largo del Nilo, descubrían una ciudad de trescientos mil habitantes. Sus bazares bulliciosos, sus innumerables mezquitas, sus jardines de palmeras y naranjos, sus fuentes. Para la mayoría de ellos, era la ciudad más grande y más extraña que habían visto jamás.

Geoffroy Saint-Hilaire recorrió el barrio de Khan el-Khalili la misma noche de la entrada. Dibujando mientras caminaba, anotando al paso. La ciudad se le antojaba un mundo completo y coherente, organizado según una lógica cuyas claves no tendría hasta pasados unos meses.

Khan el-Khalili era el corazón mercantil de El Cairo desde el siglo XIV. Un laberinto de callejuelas cubiertas donde se apiñaban orfebres, tejedores, mercaderes de especias, libreros, fabricantes de cobre y de latón. Geoffroy llevaba una hora vagando por él con el cuaderno abierto, incapaz de fijar sus dibujos porque el movimiento no se detenía nunca. Los rostros, las telas, las mercancías. Todo se sucedía demasiado deprisa.

Un viejo vendedor de caligrafía árabe reparó en él y le hizo señas de que entrara en su tienda. Geoffroy aceptó. El hombre extendió ante él unas hojas cubiertas de signos que no podía leer, pero cuyo valor estético reconoció de inmediato. Las líneas curvas, los puntos diacríticos dispuestos con una precisión que tenía tanto de dibujo como de escritura. Compró tres por una suma modesta. El mercader le regaló una cuarta como muestra de bienvenida.

Aquel gesto lo impresionó, después de los tiroteos de Alejandría y de la desconfianza palpable de las calles. Nada tenía que ver con una simpatía por Francia. Era más bien la hospitalidad tal como existía en aquel país antes de los franceses, antes de los otomanos, antes incluso de los árabes. El anciano ya había vuelto a sus cálamos.

Jomard, más pragmático, se interesó de inmediato por las dimensiones de la ciudad. Trescientos mil habitantes eran más de la mitad de la población de París. Pero repartidos en una superficie mucho más reducida, en callejuelas estrechas por las que solo pasaban dos asnos de frente. Anotó la anchura de las calles, las alturas aproximadas de las fachadas, la proporción entre las superficies edificadas y los patios interiores. Esos datos le servirían más adelante para sus estimaciones demográficas.

Bonaparte, por su parte, vio El Cairo como un problema administrativo. Trescientos mil habitantes a los que había que gobernar con un ejército de veinticinco mil soldados exhaustos. La proporción no era favorable. Hacían falta aliados locales, una administración por delegación, una legitimidad prestada. Se puso a trabajar la misma noche de la entrada en la ciudad, mientras sus soldados se desplomaban de fatiga.

Monge y Berthollet se reunieron en el patio de un palacio abandonado para beber café egipcio servido por un criado que la intendencia había contratado aquella misma mañana.

—¡Pues bien, ya estamos aquí! —dijo Monge alzando su taza—. Seis semanas de mar, Malta, el desierto, una batalla… y este café,

pruébeme este café, espeso como una salsa. ¡En un palacio mameluco!

—Queda lo esencial —dijo Berthollet, sin tocar la suya.

—¿El qué?

—Comprender lo que tenemos delante. Este país… Lo demás —la conquista— era la parte fácil, Monge.

Monge dejó su taza y observó el patio. Una palmera, el estanque de piedra, las estrellas sobre los muros. Había pasado cincuenta y dos años creyendo que la ciencia abría el mundo. Lo abría, en efecto, y no había previsto que eso pudiera dar miedo. El Cairo seguía sin dormir. En las calles vecinas, el ejército se instalaba para pasar la noche. Órdenes voceadas, caballos, el ruido sordo de las cajas al depositarlas.

IV - La batalla de Abukir

El 1 de agosto, Nelson atacó a los navíos franceses en la bahía de Abukir. El combate duró una noche. Al amanecer, once navíos de línea de trece habían sido hundidos o capturados. El *Orient*, el buque insignia, había estallado.

La flota francesa estaba fondeada en línea en la ensenada poco profunda de Abukir desde los primeros días de julio, a la espera de las órdenes del almirante Brueys. Trece navíos anclados costado con costado, con los flancos de estribor vueltos hacia el mar y los de babor hacia tierra. Era la disposición clásica de una flota fondeada, la que protegía un flanco apoyándose en la costa. Brueys había elegido esa posición porque el puerto de Alejandría era demasiado poco profundo. Pensaba que Nelson solo podría atacar de frente.

Pero Nelson había comprendido la debilidad de aquella disposición. Si la bahía era lo bastante profunda para trece navíos, lo era también para navegar entre esos navíos y la costa. Los franceses se habían protegido del lado del mar abierto. Habían dejado

expuesto su flanco de babor, creyendo que nadie se atrevería a adentrarse en los bajíos. Nelson se atrevió.

El ataque comenzó a las seis y media de la tarde, cuando el sol descendía sobre el horizonte. Trece navíos de setenta y cuatro cañones y el *Leander*, de cincuenta, entraron en la rada, pero el *Culloden* varó en el bajío y no tomó parte en el combate. Cinco de ellos, por iniciativa del capitán Foley, pasaron entre la línea francesa y la costa. Los demás atacaron por el lado del mar abierto. Los franceses se vieron atrapados entre dos fuegos, con sus cañones de babor inutilizados porque no habían previsto combatir por esa banda.

La batalla se desarrolló en una oscuridad creciente. Los primeros navíos franceses de la línea, cogidos por sorpresa, fueron desbordados antes de poder hacer regresar a sus tripulaciones dispersas en tierra. El *Guerrier*, el *Conquérant* y el *Spartiate* fueron machacados a quemarropa por los cañones británicos. A las ocho era noche cerrada. Ya solo se combatía a la luz de los cañonazos, de las llamas que se alzaban de las cubiertas dañadas y, más tarde, de la luna que salió sobre el Mediterráneo.

El *Orient*, el buque insignia de ciento veinte cañones, se hallaba en el centro de la línea francesa. Era el más grande del mundo, construido en Tolón en 1791. Brueys lo había mandado, herido pero negándose a abandonar su puesto, hasta que una bala lo mató. A las nueve de la noche se declaró un incendio en la toldilla, donde andaban esparcidos botes de pintura y aceite, y alcanzó las cubiertas inferiores. El fuego se propagó hasta las santabárbaras. Los marinos intentaron sofocarlo, pero las bombas habían sido destruidas por los disparos anteriores.

A las diez de la noche, el *Orient* estalló. La deflagración fue visible desde Alejandría, a más de veinte kilómetros de distancia. Una columna de llamas se elevó cien metros en el cielo nocturno. El estruendo de la explosión resonó por toda la costa. Durante diez minutos, ni británicos ni franceses volvieron a disparar. Restos en llamas volvían a caer sobre el mar. Cuerpos de marineros

salían despedidos por los aires y caían al agua a centenares de metros del navío. Del *Orient* no quedó nada. De mil hombres de tripulación, solo se rescató a un puñado de supervivientes.

El combate se reanudó tras el silencio. Los navíos franceses que habían sobrevivido intentaron defenderse, pero estaban cercados y sus tripulaciones diezmadas. Al alba del 2 de agosto, once navíos franceses habían sido destruidos o capturados. Solo dos lograron escapar hacia alta mar, el *Guillaume Tell* y el *Généreux*. Huirían hacia Malta. Los demás estaban hundidos, varados en la costa o en manos de los británicos.

La batalla de Abukir fue la mayor victoria naval de Nelson, y el Mediterráneo volvía a ser británico. Las pérdidas francesas ascendían a varios miles de hombres muertos, heridos o prisioneros. Los británicos no habían perdido ni un solo navío.

Sin flota, el ejército francés era prisionero en Egipto, sin refuerzos ni avituallamiento, sin medio de regresar. Treinta y ocho mil soldados y ciento sesenta y siete sabios aislados del mundo.

La noticia llegó a Bonaparte el 14 de agosto, de camino a El Cairo, a la vuelta de Salhieh, por un oficial de estado mayor que Kléber le había enviado desde Alejandría. Nada más llegar a la capital, convocó un consejo de guerra.

—Brueys fondeó en la bahía de Abukir. En lugar de poner la flota a resguardo en Alejandría. Nelson atacó de noche. La flota ha sido destruida. Esta es nuestra situación.

Caffarelli —cuarenta y dos años, general de ingenieros, con una pierna de madera desde el sitio de Mannheim, la franqueza como vicio profesional— formuló la pregunta que todos se abstenían de formular.

—General Bonaparte, ¿cuál es la estrategia a largo plazo? ¿Hasta cuándo nos quedamos aquí?

Bonaparte vaciló.

—Controlamos el Nilo, Caffarelli. Egipto alimentará al ejército. Malta nos ha dado con qué resistir. No dependemos del

Directorio. Sigamos adelante. El ejército de Oriente está cortado de Francia… pues bien, nos vemos obligados a hacer grandes cosas. ¿Por mar, no? Entonces por tierra. Siria, Turquía. O bien nos quedamos aquí, hasta que cambien las circunstancias.

—Prisioneros, entonces —dijo Monge, con una risita que no prendió—. ¿Por cuánto tiempo?

Berthollet, más estoico, fue a buscar un precedente.

—Alejandro estuvo once años fuera de Macedonia, Monge. Casi nadie lo compadece. Nuestro trabajo aquí durará después de nosotros… Aténgase a eso.

Tras el consejo, Caffarelli encontró a Fourier en el pasillo del palacio y lo detuvo con una mano en el brazo. Caffarelli era el único general del ejército que no fingía ante los civiles. El único también que no pedía permiso para plantear una pregunta desagradable.

—Ha oído a Bonaparte. Ha dado la orden de continuar. ¿Usted qué piensa?

—Pienso que no tiene elección. Y que lo sabe.

—¿Y nosotros?

—Nosotros tampoco.

Caffarelli no respondió nada. Soltó a Fourier y se dirigió de nuevo hacia sus oficiales, con la pierna de madera resonando sobre el enlosado.

Toda la empresa dependía ya de que un almirante hubiera fondeado en el lugar equivocado.

La noticia de la destrucción de la flota llegó a los sabios de maneras diversas según su posición en la jerarquía del campamento. Algunos la supieron por un oficial de estado mayor que cruzaba el patio. Otros, por un criado egipcio que había oído hablar a unos soldados.

Aquella noche, antes de volver a su alojamiento, Jomard pasó por las dependencias septentrionales del palacio de Hassan-Kashif,

donde se guardaban las colecciones. Linterna e inventario manuscrito en la mano.

Las cajas estaban allí, las cajas etiquetadas de su puño y letra y las colecciones oficiales de Monge y Berthollet. En el ángulo noroeste, contra el muro del fondo, veintitrés cajas sin etiqueta. Sin número de serie. Sin nombre de comisario. Madera ordinaria, cerrada a toda prisa con clavos hincados en diagonal. Intentó levantar una de ellas. Demasiado pesada para un hombre solo. Sus dedos se deslizaron por una rendija entre los tablones. Tela. Algo duro debajo. No forzó la apertura. Las había visto tres veces antes de esa noche, desde el comienzo de la expedición. La primera en Alejandría, sin prestarles atención, entre otras cajas. La segunda unos días antes, cuando había ido a comprobar las colecciones a la luz de la linterna. La tercera la víspera. No se habían movido, y nadie las había reclamado. Existían al margen del sistema, de los formularios, de los mandatos, de los cuadernos de inventario. Eran la parte de la expedición que no tenía nombre.

Anotó la existencia de esas veintitrés cajas en su diario personal, al pie de una página, con la fecha y esta mención : «Procedencia desconocida. Contenido no verificado». No habló de ello con nadie. Esas cajas pertenecerían a alguien. Alguien las reclamaría, o no las reclamaría.

Al día siguiente por la tarde, Jomard fue al mercado de especias de Khan el-Khalili para ver si la noticia se conocía en la ciudad. Nada, a primera vista, lo mostraba. Los mercaderes vendían. Los compradores compraban. Los precios de la pimienta y la canela no habían cambiado respecto a la semana anterior.

Un mercader de telas al que conocía de vista le hizo señas de que se acercara. El hombre pronunció unas palabras en árabe, señalando el cielo, luego el mar, hacia el norte, y después hizo un gesto con las dos manos juntas que separó bruscamente. Las mantuvo abiertas un momento, con las palmas vacías, sobre los rollos de algodón.

—Lo saben —dijo Jomard a su intérprete.

—Lo saben desde anoche. Las noticias corren deprisa en los zocos. Dicen que la flota francesa ha sido destruida y que ahora son ustedes prisioneros aquí.

—¿Y qué piensan de eso?

El intérprete intercambió unas frases con el mercader. Luego se volvió hacia él.

—Dice que los franceses no son los primeros en quedar atrapados en Egipto, que los mamelucos también creían que se quedarían, que el Nilo seguirá fluyendo cuando ustedes se hayan marchado, y también que, si quieren comprar tela, les ofrece una buena ganga hoy mismo.

Jomard compró un trozo de tela índigo. No le servía para nada. El color era hermoso, y quería haber hecho algo concreto en aquella jornada.

En las horas siguientes, otra pregunta lo ocupó más. ¿Cómo volverían a Francia sus propios cuadernos, los dibujos de Denon, las colecciones de Geoffroy?

Llegada la noche, habiéndose acabado de difundir la noticia por la ciudad, los sabios se reunieron en el patio interior del palacio. Nadie había propuesto reunirse allí. Estaban allí, uno tras otro, atraídos por la misma necesidad de no quedarse a solas con la noticia.

Berthollet llegó unos minutos más tarde con una hoja de cálculos en la mano. Sentado, con la hoja sobre las rodillas, dijo a Monge sin preámbulos :

—He estimado las provisiones disponibles. Harina, aceite, arroz, carne seca. Con un racionamiento adecuado, el ejército puede resistir dieciséis meses sin abastecimiento exterior. No moriremos de hambre. Algo es algo.

—No es el hambre lo que me preocupa —dijo Monge—. Es más bien…

—Lo sé. Pero el hambre, puedo calcularla.

Fourier estaba sentado aparte, bajo el pórtico, y no había dicho palabra. Lo que las palabras no contenían, lo confiaba a las matemáticas. Perder la flota era un problema de múltiples variables —las provisiones, los refuerzos, las posibles rutas de retirada— cuyas ecuaciones se le escapaban. Aun así las buscaba. Era su manera de tener miedo.

—¿Y nuestras colecciones? —dijo Geoffroy—. ¿Y ellas, cómo vuelven?

Nadie respondió de inmediato. Era la pregunta que todos se habían planteado y que nadie había querido formular el primero.

—Los cuadernos vuelven en nuestros bolsillos —añadió Jomard—. Las mediciones, las notas, los croquis. Unos pocos kilos por hombre, no más. Eso puede atravesar cualquier cosa.

—¿Y las cajas? —dijo Geoffroy—. Mis especímenes. Las muestras de Berthollet. Las cerámicas, los papiros, las estatuillas. Lo que pesa.

Berthollet dobló su hoja de cálculos.

—Lo que pesa es vulnerable. Hay que admitirlo cuanto antes. Si los ingleses toman el control del Mediterráneo oriental, todo lo que quisiéramos embarcar podría ser capturado.

Un gato cruzó el enlosado y desapareció bajo el pórtico. En algún lugar de la ciudad, el muecín comenzó la llamada de la noche. Una voz larga, sinuosa, que subía y bajaba según una melodía que él había oído cada noche desde el 1 de julio y que no dejaba de parecerle extraña.

—Bonaparte ha dicho que si el mar… en fin, que volveríamos por Siria si no podíamos hacerlo por mar —dijo Monge.

—Bonaparte dice muchas cosas —respondió Berthollet—. En este momento hace bien en decirlas. El ejército necesita creer en ellas.

Permanecieron una hora en el patio, sin decidir nada.

Se levantaron uno tras otro y volvieron cada uno a su cuarto, por no tener nada más que hacer.

Geoffroy se instaló en su mesa de trabajo y escribió.

«Perdimos la flota hace catorce noches, sin que lo supiéramos. Digo "perdimos" porque es la palabra justa. Esta pérdida es colectiva aunque yo no estuviera en Abukir, aunque no sea marino. Lo que he perdido con la flota es la certeza de que lo que he visto aquí no volverá a Francia, o al menos no de una forma que yo haya elegido. Mis cuadernos, mis láminas, las setenta especies de peces, de aves y de reptiles que he reunido desde Alejandría, en los mercados y con los pescadores. Todo ello es ahora rehén de una situación militar sobre la que no tengo ningún control».

Se detuvo, releyó. La última frase era demasiado quejumbrosa. La tachó de un trazo y empezó de nuevo.

«Lo que me ocupa esta noche no es el miedo. No creo que vayamos a morir aquí. Bonaparte encontrará algo, siempre encuentra algo. Lo que me ocupa es una cuestión más abstracta, la de saber para qué sirve el testimonio si el testigo no puede volver. Las láminas que he hecho del cocodrilo, del ibis, de los peces del Nilo, tienen valor si alguien las ve. Encerradas en una caja en El Cairo, no valen más que los animales que representan».

Dejó secar la tinta.

Sus cuadernos de notas y de láminas pesaban, todos juntos, unos diez kilogramos. Los especímenes en sus frascos y sus cajas de madera, unos cuarenta kilogramos. Un hombre podía cargar doce kilogramos a la espalda durante una larga marcha. Cuarenta kilogramos exigían un caballo o una mula. Los caballos y las mulas del ejército no estaban disponibles para las colecciones personales de un naturalista civil.

Hizo una lista de lo que podría llevar él mismo si la situación lo exigía. Los cuadernos, en prioridad absoluta. Sus instrumentos de disección —escalpelos, tijeras, pinzas—, unos pocos kilogramos. Entre los especímenes, los más pequeños y preciosos eran

las pieles de aves, los cráneos de reptiles, los peces secos, un ibis momificado. Lo que cupiera en una bolsa de cuero.

El resto —los grandes peces en frasco, los cocodrilos, los cráneos de mamíferos— se quedaría. Si se partía a pie por Siria, como decía Bonaparte, no se podían cargar frascos a la espalda de un hombre en marcha por el desierto.

Esta selección forzosa le enseñaba algo que no había previsto. Desde el principio creía documentar Egipto para llevarlo de vuelta a Francia. Lo que traería de vuelta dependería menos de lo que él hubiera elegido que de lo que pudiera viajar físicamente. La historia que se cuenta sobre un país es la historia de lo que pudo regresar.

Escribió una última línea.

«Si estos cuadernos llegan a tus manos y yo no, es que han viajado solos. Seguramente sea la mejor manera de viajar. Los objetos pesan menos que los hombres».

Dobló la hoja y la deslizó en el primer cuaderno, entre las páginas de Tolón. Luego despabiló la mecha y esperó el amanecer.

V - El Instituto de Egipto

Tres semanas después de Abukir, el 22 de agosto de 1798, veintinueve días después de la toma de El Cairo, Bonaparte fundó por decreto el Instituto de Egipto.

La misión oficial del Instituto consistía en estudiar el país en todas sus dimensiones —natural, histórica, económica— y en responder a las preguntas que la administración militar no sabía resolver por sí sola. El Instituto tenía su sede en el palacio de Hassan-Kashif. Bonaparte era su vicepresidente, Monge su presidente. Cada cinco días, los sabios se instalaban en la gran sala y retomaban sus trabajos.

Monge presidió la primera sesión.

Había enseñado geometría descriptiva a hijos de artesanos que aprendían a leer al tiempo que estudiaban las secciones cónicas. La Escuela Politécnica se había fundado para que el mérito sustituyera al nacimiento. Para él, Egipto era menos una conquista que la prueba de la capacidad de la Francia revolucionaria para producir lo que las monarquías jamás producirían, una expedición científica en el corazón de una campaña militar.

Abrió los debates con unas breves palabras.

—Estamos aquí para comprender, amigos míos. No para conquistar —otros se encargan de ello muy bien—. Les pido que no lo olviden nunca.

Sentado en la última fila, Geoffroy anotó la frase.

Bonaparte acudía a menudo, y los sabios no eran insensibles a la atención de un hombre que detentaba el poder.

—Señores, Egipto fue el país más civilizado del mundo. Tres milenios de historia sepultados. Exhúmenlos. Midan, dibujen, recojan. Y también el Egipto de hoy —la ciencia sirve a los vivos, o no sirve para nada.

A principios de octubre, Denon, que había seguido al ejército desde Alejandría y había visto las pirámides la noche de la batalla, volvió para pasar varios días dibujándolas desde todos los ángulos. Jomard trepó con él hasta la cima de la Gran Pirámide. Media hora de escalada por bloques que les llegaban al pecho, con las palmas en carne viva. Desde allí arriba, el desierto al oeste, el valle del Nilo al este, El Cairo al nordeste.

—Todo Egipto de una sola mirada —murmuró Jomard.

—Sí… Mire la luz en la cara este. Desde aquí podré fijar mis perspectivas sobre las cuatro caras.

Midieron los restos del templo de Ptah, dios creador de Menfis. En el polvo yacían los fragmentos de un coloso de granito rosa,

una muñeca ancha como un tronco de árbol, trozos de piernas, una cabeza, que más tarde se atribuirían al reinado de Ramsés II.

El trabajo era ingrato. La estatua estaba rota en varios trozos dispersos entre la hierba. Había que reconstruir las medidas por adición, compensar las lagunas, estimar las partes que faltaban.

Hacia el mediodía, Jomard se refugió a la sombra de la cabeza, de casi dos metros de altura, con el granito tibio contra la espalda.

Examinó el rostro. La boca era ligeramente sonriente, de esa sonrisa que se tallaba en los colosos del Imperio Nuevo trece siglos antes de nuestra era, ni benévola ni amenazante. La nariz había sido rota, probablemente por soldados de la Edad Media que creían destruir un poder destruyendo el rostro. El uraeus —la cobra real sobre la frente, signo de soberanía divina— había sido arrancado y solo quedaba la huella. El nemes estaba intacto, con sus rayas paralelas aún legibles bajo el polvo.

En el cinturón —a la altura de las caderas, allí donde las piernas rotas se habían llevado el resto— Jomard distinguió un cartucho. Dos óvalos alargados, cercados por una línea continua, los nombres reales, que nadie sabía aún leer.

La cabeza, en cambio, no se podría llevar. Varias toneladas, de un solo bloque de granito rosa extraído de las canteras de Asuán.

Un anciano en cuclillas a la sombra de la cabeza colosal llevaba un rato observando a Jomard. Un guardián, quizá, o simplemente alguien que se había sentado allí antes que él y no se había movido. Jomard le mostró su cuaderno, el esquema de los cálculos. El viejo habló, pero Jomard no comprendió. Luego tomó una ramita y trazó en el polvo, junto al pie de la estatua, dos líneas paralelas y tres trazos oblicuos que las cruzaban. Un esquema. Distinto del suyo, pero reconocible, el de una carga en movimiento sobre un plano inclinado. Se quedaron así un rato, dos hombres y dos esquemas en el polvo. Uno tenía los instrumentos. El otro tenía la memoria. Calculó mentalmente. La estatua entera, antes de su caída, había pesado ochenta toneladas. Sobre una

barca. Las barcas del Nilo eran conocidas. Embarcaciones planas, ligeras, capaces de cargar ocho toneladas como máximo. ¿Cómo se transportaban ochenta toneladas sobre el agua?

Evidentemente, no sobre una sola barca. Sobre varias ensambladas en una balsa flotante, atadas entre sí, con la estatua colocada sobre maderos que la unían a todas las embarcaciones. El cálculo indicaba que harían falta al menos diez barcas de tamaño estándar sujetas en formación cerrada.

Diez barcas. Cientos de metros de cordaje. Cientos de hombres. Para transportar una estatua hasta un templo.

La hazaña técnica, difícil pero realizable, le asombraba menos que la decisión de emprenderla. Decidir transportar ochenta toneladas a lo largo de novecientos kilómetros de agua suponía una certeza. La certeza de que el resultado merecía el esfuerzo, de que la estatua seguiría allí dentro de mil años, de que el imperio que el faraón pretendía glorificar perduraría.

El imperio no había durado. La estatua yacía en el polvo, rota, pero allí, mensurable.

Jomard se preguntó si la grandeza del Egipto antiguo no se debía menos a lo que había logrado que a lo que había previsto dejar a quienes vendrían mucho después. Afiló su lápiz contra la rodilla de granito.

Denon pasó, con su cuaderno de bocetos bajo el brazo, y se detuvo ante él.

—¿Medita usted?

—Mido. Que viene a ser lo mismo.

A principios de noviembre, Berthollet contó lo que se había hecho desde julio. Cientos de cuadernos llenos, millares de especímenes, memorias sobre la geología, el regadío, la momificación, la agricultura, las lenguas. Más de tres meses de trabajo, que cabían en un solo registro.

Desaix perseguía a Murad Bey por el Alto Egipto desde finales de agosto. Bonaparte decidió enviarle a un dibujante para estudiar los monumentos tebanos; una comisión más numerosa no lo seguiría hasta el otoño de 1799. Denon se ofreció voluntario y debía partir a principios de diciembre.

La cuestión de las colecciones incomodaba ya a todo el mundo, y nadie quería zanjarla. Los sabios recogían especímenes naturales —minerales, animales disecados, plantas secas— con el consentimiento tácito de Bonaparte, que veía en ello los cimientos de un futuro museo egipcio en París. Las antigüedades eran otra cosa. El acuerdo, en ese caso, resultaba más difícil de confesar.

Geoffroy Saint-Hilaire volvía del mercado de pescado de Embabeh con ocho especies que nunca había visto.

Para él, la disección de un pez desconocido era una conversación. Cortes, observaciones, anotaciones, comparación con sus recuerdos anatómicos de especies europeas. La organización interna de los peces era notablemente constante de una especie a otra. Los mismos órganos en las mismas posiciones, con variaciones que reflejaban modos de vida distintos. Un pez de fondo tenía los ojos situados de modo diferente a un pez pelágico. Debajo, el plan seguía siendo semejante.

Esa constancia del plan anatómico a través de la diversidad de las especies era lo que empezaba a entrever sin saber aún formularlo. Si las especies habían sido creadas por separado, como sostenía la doctrina dominante, ¿por qué compartían un plan tan preciso? La respuesta —que derivaban de un antepasado común— era una idea peligrosa. Cuvier, profesor del Museo de Historia Natural, la rechazaría. La Academia la miraría con recelo.

El cuarto pez estaba abierto sobre la tabla cuando Denon entró, con un pañuelo ya bajo la nariz.

—¿Otra vez con sus peces? Su sala huele a lonja de pescado.

—Peces elefante. El Nilo, los grandes ríos de África. Ahí, bajo la cola, órganos eléctricos. Los peces de la Amazonia tienen otros

semejantes, desarrollados a ocho mil kilómetros de distancia, sin contacto. ¿Una coincidencia? No. Una restricción anatómica, creo.

Entre las ocho especies traídas aquella mañana, una atrajo su atención. Se la había comprado a un pescador que no entendía por qué el francés se interesaba por un pez tan corriente.

Depositaron el pez en su cuenco de observación, una vasija de barro cocido llena de agua del Nilo. Medía unos sesenta centímetros, de color pardo dorado, cubierto de escamas gruesas como escudos articulados. Nadaba despacio, con dignidad de reptil.

Lo que detuvo a Geoffroy fueron las aletas pectorales.

No eran aletas planas, radiadas, como las de todos los peces que había disecado desde los veinte años. Eran apéndices carnosos, lobulados, sostenidos por una estructura interna que se asemejaba a un miembro.

Pasó la noche observando el pez vivo y luego disecándolo. La aleta ocultaba un hueso largo y central, del que partían radios, y que tenía todo el aspecto de un húmero. Este pez, al que bautizaría como *Polypterus bichir*, nada tenía que ver con los peces de la Amazonia. Sin embargo, sus aletas compartían con ellos el mismo plan anatómico fundamental. Al alba, el agua del cuenco se había teñido de rosa.

Geoffroy escribió a Cuvier la noche siguiente. Cuvier se había quedado en París, pues la expedición le había parecido demasiado arriesgada, demasiado incierta. Sus cartas se cruzaban por los mares con meses de retraso.

«Mi querido amigo —escribió Geoffroy—, he encontrado aquí algo que por sí solo justificaría nuestro viaje. Un pez que parece tener brazos. No brazos, claro está, sino aletas. Pero un plan interno que recuerda al de un miembro, y que es el mismo, exactamente el mismo, en especies que jamás han podido cruzarse. Sigo sin saber qué pensar. Pero no puede ser casualidad».

Cuvier tardó varios meses en responder sobre este punto. Las semejanzas, escribió entonces, no implicaban un origen común. Dios podía muy bien haber empleado el mismo plan en circunstancias distintas.

VI - La revuelta de El Cairo

Desde los primeros días de octubre de 1798, Jomard había empezado a llevar un diario de la ciudad. Nada íntimo había en él, no tenía esa clase de disposición. El registro consignaba las poblaciones estimadas por barrio, las densidades de construcción, las anchuras de las callejuelas, las alturas de fachadas, la superficie de los mercados. A ello se añadían observaciones sobre los flujos de circulación, los horarios de apertura de los zocos, la geografía del agua, las fuentes y sus pilas.

La noche del 20 de octubre, víspera de la revuelta, había salido con su linterna para medir la plaza de Ezbekiyeh. La plaza era el corazón de la presencia francesa en la ciudad. Allí había instalado Bonaparte su cuartel general, allí se celebraban los mercados, las fiestas oficiales, las concentraciones militares. Los habitantes cairotas la cruzaban en su mayoría sin detenerse, con la mirada a media altura y el paso rápido.

Medía los ángulos de la plaza y anotaba las distancias con una cuerda graduada cuando advirtió que un grupo de hombres sentados junto a una fuente lo miraban trabajar.

Uno de ellos se levantó y se acercó. Pronunció unas palabras en árabe que Jomard no entendió. Luego señaló la cuerda de medir y dijo otra frase. Jomard la interpretó como una pregunta sobre lo que hacía.

Le mostró el plano parcial de la plaza que había dibujado. El hombre lo examinó con atención, dio la vuelta al cuaderno, lo sostuvo con el brazo extendido. Luego dijo una frase a sus compañeros. Se rieron. Una risa que no era burlona, sino más bien sorprendida.

Jomard nunca supo lo que habían dicho. Habían reconocido, pensaba, su lugar en el dibujo. Sin duda era la primera vez que alguien les mostraba su propia ciudad vista desde arriba. O quizá reían porque el joven francés con su cuerda intentaba medir algo que no necesitaba medirse.

El 21 de octubre de 1798, la hostilidad latente de la población cairota estalló. La chispa había sido un nuevo impuesto sobre las propiedades. El general Dupuy, comandante de la plaza, fue muerto por la multitud.

Desde el amanecer, millares de amotinados armados con sables, lanzas y palos habían invadido las calles de El Cairo. Los soldados aislados fueron masacrados, decapitados. Los barrios insurrectos, donde la cólera maduraba desde hacía tres semanas, se atrincheraron.

Bonaparte, que se hallaba entonces en El Viejo Cairo, supo del levantamiento a lo largo de la mañana. Como unos grupos le cerraban el paso a las puertas de la ciudad, tuvo que dar un rodeo y solo entró por la puerta de Bulaq. Ordenó a todas las tropas disponibles recuperar la ciudad barrio por barrio.

—Aplasten esto sin demora —gritó a sus generales—. La menor debilidad y nos diezmarán antes de esta noche. Fuego sobre toda concentración hostil. Sin previo aviso.

La artillería bombardeó los barrios insurrectos. Las casas de adobe se derrumbaban en nubes de polvo. Los soldados de infantería peinaban las calles. La mezquita de Al-Azhar fue invadida, y la profanación horrorizó a todo el Egipto musulmán.

La represión duró tres días. Bonaparte ordenó la ejecución de todos los cabecillas de la revuelta capturados con vida. Durante varias noches fueron decapitados en la Ciudadela y sus cuerpos arrojados al Nilo.

Denon no había esperado al final de la represión para salir. Su criado egipcio, despavorido, le aconsejó que volviera a casa. No le hizo caso.

En las arterias del barrio donde se alojaba vio grupos de hombres armados, tiendas que ardían. El olor del humo y otra cosa debajo, que reconoció y no nombró. Un soldado francés yacía muerto en una callejuela. Unas mujeres gritaban desde las ventanas, un niño corría. El ejército francés, sorprendido, tardaba en organizar su respuesta.

—Vuelva a casa, por el amor de Dios —le gritó un oficial al verlo con su cuaderno de bocetos—. No es el momento de dibujar.

—Al contrario, querido amigo, es ahora o nunca. Dentro de cincuenta años, ¿quién sabrá lo que ocurrió aquí? Nadie, si nadie lo anota.

Acabó regresando pasada una hora y observó lo que siguió desde la ventana de su primer piso. Unos soldados franceses cercaban a un grupo de insurrectos en una callejuela. Una mezquita abrió sus puertas para acoger a los fugitivos.

Denon cerró la ventana. En las calles, los disparos continuaban. En el Instituto, a unos cientos de metros de allí, la misma jornada se vivía de otro modo.

Nadie había ordenado a los sabios que permanecieran en el Instituto. En la precipitación de los combates, Bonaparte no se había preocupado de sus desplazamientos. No hacía falta. Soldados franceses masacrados a doscientos metros de allí, amotinados armados en todos los barrios, disparos sin interrupción desde el alba bastaban para mantenerlos encerrados.

Fourier se instaló en la gran sala del Instituto con sus cuadernos y trabajó en sus ecuaciones. Pensaba, sin haberlo convertido en teoría, en el modo en que el calor se propaga por los cuerpos. El calor obedecía a leyes precisas e inmutables. Los motines, no. Era una razón más para preferir la física.

Hacia medianoche, Jomard se le unió con una linterna.

Berthollet entró hacia las tres de la madrugada, sin anunciarse. Tomó una silla y observó un rato cómo trabajaban los otros dos.

—¿Qué calcula usted? —preguntó a Fourier.

—La manera en que el calor se propaga en un medio no homogéneo. Aún no tengo las ecuaciones.

—Útil. El edificio de la izquierda arde desde esta mañana. Con un poco de suerte, sus reflexiones predecirán si el nuestro será alcanzado antes del alba.

—Sigan trabajando —añadió al salir—. Sigue siendo lo único que distingue nuestra presencia aquí de una… en fin. De una ocupación corriente.

Trabajaron en silencio hasta el amanecer, cada cual con sus cálculos. Fuera, la ciudad ardía. Jomard tuvo que despabilar dos veces la mecha de su linterna.

Monge, por su parte, escribió una carta a su esposa. Ya no había correo regular desde Abukir. La escribió de todos modos. Lo que contenía, nadie lo sabría jamás. La selló con esmero y la llevó en su chaqueta hasta la salida de Egipto, diez meses más tarde.

El 24 de octubre, los sabios salieron con cautela del Instituto. La mayoría llevaba tres días atrincherada, escuchando los disparos. Varios barrios eran ya solo ruinas humeantes.

Denon salió a las calles devastadas y dibujó.

Al menos lo intentó. Ante él, una casa derrumbada, la fachada volada por una bala de cañón, las vigas de madera calcinadas, atravesadas en la calle, un zapato de niño en el polvo. Trazó la línea de cumbrera de lo que seguía en pie. En Guiza había dibujado las pirámides desde todos los ángulos. En Malta había dibujado las obras que se llevaban y las que se dejaban. Denon siempre había considerado que dibujar era testimoniar, y que testimoniar era neutral. El lápiz no tenía bando; lo que había existido quedaba fijado, nada más.

Pero aquella casa la habían destruido soldados franceses. La artillería del ejército con el que viajaba. Del que dependía para comer, desplazarse, trabajar. El documento que produciría al dibujar esas ruinas sería el documento de una represión que su presencia allí, en cierto modo, avalaba.

Denon dibujó de todos modos, más por reflejo que por convicción. La página se llenó. Cuando cerró el cuaderno, no habría sabido decir si el gesto había sido necesario o indigno, o ambas cosas. Tenía ceniza hasta las muñecas.

Más adelante, en la callejuela, una puerta de madera tallada yacía arrancada de sus goznes. Una tienda del zoco reventada, los estantes volcados, un cofre de cobre abierto y vacío. Denon pensó en el palacio de Hassan-Kashif, en los comisarios que llenaban sus listas. El mismo gesto, sin los criterios ni el discernimiento. Aquí se decía saquear, allá coleccionar. Cerró con el pie la tapa del cofre.

Hassan caminaba delante de él para abrir camino. Cerca de la mezquita de Ibn Tulun encontraron a dos soldados franceses ocupados en vaciar una tienda de tejedores. Las telas salían por la puerta en fardos, apiladas sobre una carretilla de madera. Sedas, algodones teñidos, lino blanco guardado para los días señalados. Uno de los soldados descolgaba un telar de su soporte mural.

La propietaria estaba en el vano de la puerta del fondo, una mujer vestida de negro. Miraba sin hablar. Ni súplicas ni gritos. Solo los ojos que seguían cada fardo. El soldado pasó junto a ella con la carretilla y ella retrocedió exactamente un paso, ni más ni menos.

Hassan se quedó en la calle. Nada que traducir. Denon lo miró un instante, a Hassan observando a la mujer que observaba a los soldados, y comprendió que el intermediario también veía, y que ver sin poder actuar tenía un color particular en un rostro. No tomó ninguna nota.

Esa noche, Hassan regresó a su casa, en el barrio copto donde el ejército le alquilaba una habitación. Ni del lado de los soldados ni del lado de los insurrectos. Del lado de la lengua. Traductor a ambos lados de una línea que no podía cruzar. Órdenes francesas traducidas. Súplicas árabes traducidas. Algunos días ya no sabía en qué lengua pensaba. Esa noche no pensó en ninguna.

En la calle, Denon había dibujado la tienda vaciada. Los clavos en la pared de los que habían colgado las telas, la marca más oscura en el suelo donde el telar había reposado durante años, el marco de la puerta con la mujer de negro que miraba. Un trabajo rápido, sin leyenda, sin fecha. Cuando terminó, los soldados se habían marchado con la carretilla. La mujer volvió a entrar en la tienda y cerró la puerta interior.

Terminada la represión, Bonaparte convocó a los notables supervivientes y a los ulemas que no habían participado activamente en la insurrección para hacerles comprender lo que les costaría cualquier nuevo intento de revuelta.

—Han visto lo que ocurre. Sus barrios destruidos. Sus jefes ejecutados. Al-Azhar bombardeada. Si vuelven a rebelarse, arraso la ciudad entera.

—Esta revuelta, ya lo ve, general, esta revuelta lo demuestra bien, nuestra situación es insostenible —dijo Monge a Bonaparte en el consejo que siguió a la represión—. No se gobierna este país con la sola fuerza militar. No indefinidamente, en todo caso. La población nos es hostil. Lo seguirá siendo mientras estemos aquí como ocupantes extranjeros.

Aquel consejo terminó tarde. Bonaparte convocó a Monge a la mañana siguiente, lejos de los oficiales, en el patio interior de una casa requisada cerca de la plaza de Ezbekiyeh. Había café y dos taburetes. Bonaparte estaba de pie.

—Has dicho que no podemos gobernar solo por la fuerza. De acuerdo. ¿Qué propones?

Monge no había previsto que lo consultaran sobre este punto. Dijo lo que pensaba de todos modos.

—Instituciones. ¡No proclamas, instituciones! Tribunales que juzguen según normas conocidas, escuelas y, además —es lo más importante—, un sistema de propiedad de la tierra que proteja a

los fellahs de la arbitrariedad. Lo que la Revolución ha hecho en Francia, pero aquí.

—¿En cuánto tiempo?

—Una generación como mínimo.

—No tenemos una generación. Tenemos quizá dos años.

—Entonces no gobernará este país. No de verdad. Lo ocupará, que es… otra cosa.

Bonaparte lo miró largo rato.

—Ocupar bastará. Para lo que quiero hacer.

Monge no preguntó qué quería hacer Bonaparte.

Aquella noche, Monge escribió en su diario. «Bonaparte sabe que no gobierna. Una ocupación se administra. La distinción le importa poco. A mí me importa mucho. Sigo sin saber si les importa a los egipcios».

Durante las semanas que siguieron a la represión, se reinstaló una suerte de normalidad precaria. Los mercados reabrieron. Las mezquitas acogieron de nuevo a sus fieles, salvo Al-Azhar, que permaneció cerrada. Los soldados franceses reanudaron sus rondas. Los sabios volvieron a salir por la ciudad con sus cuadernos y sus instrumentos.

Los sabios, por su parte, ya no vivían del mismo modo su presencia en El Cairo. La ilusión de una convivencia pacífica con la población no había sobrevivido a esos tres días. Seguían trabajando, frecuentando los mercados, manteniendo contacto con algunos notables cairotas, bajo la amenaza de una violencia que podía resurgir en cualquier momento.

A ojos de los cairotas, Denon seguía siendo lo que siempre había sido. Un francés, por tanto un ocupante, por tanto un enemigo potencial.

En los zocos, la mayoría de las tiendas habían reabierto y los artesanos trabajaban.

En una callejuela detrás de Al-Azhar, Denon encontró una escuela coránica cuyos alumnos retomaban sus lecciones. Niños sentados en círculo alrededor de un viejo maestro que leía en voz alta y se los hacía repetir. El maestro levantó la vista cuando pasó, lo miró y luego reanudó su lectura sin cambiar de expresión.

Los niños recitaban un texto que sin duda seguían sin comprender, en una lengua que sus padres quizá ya no leían. Venture de Paradis, orientalista que había trabajado mucho tiempo en las Escalas del Levante y de Berbería, le había dicho que la transmisión precede a la comprensión. Las palabras entran primero en el cuerpo, el sentido llega después. El gesto, en cambio, se entendía. La lección se reanudaba en el versículo donde se había interrumpido.

La ciudad cicatrizaría a su manera, a un ritmo que los franceses no controlaban y no comprenderían del todo. Los niños, por su parte, recitaban sus lecciones sin esperar a que los ocupantes terminaran de combatir.

VII - La Esfinge y las necrópolis

En noviembre, Denon organizó una expedición a la Esfinge. Partieron antes del alba para llegar con la luz rasante de la mañana, la única que haría resaltar los detalles de la piedra.

La Esfinge apareció primero como una masa. Más oscura que la arena, más compacta que la noche. Luego la luz llegó por el este y la cabeza emergió, con la nariz ausente y los ojos huecos. El monumento, de setenta y tres metros de largo y veinte de alto, seguía sepultado hasta los hombros. La superficie de la caliza se mostró en sus matices. Gris beis donde el viento había pulido la roca, más oscura en los huecos donde la arena se había acumulado en finos estratos. Unas grietas recorrían la frente, desde lo alto del cráneo hacia las sienes, algunas del ancho de varios dedos, otras apenas visibles. La piedra no era homogénea. Bancos de caliza más blanda alternaban con capas más duras, creando líneas

horizontales que estriaban el rostro. Quedaban visibles en las mejillas huellas de herramientas, golpes de cincel repetidos que habían modelado las curvas y dejado facetas regulares que la erosión aún no había borrado. La arena subía a lo largo de los flancos, formando una pendiente suave que el viento remodelaba sin cesar, grano a grano.

El ojo derecho retuvo largamente la atención de Denon. La caliza había sido trabajada en hueco, el globo vaciado para dar una mirada que ya no existía, el párpado superior legible bajo la erosión. Alguien había querido que aquella cabeza mirara, y que mirara hacia algún lugar.

Cabeza vuelta hacia el este, hacia el punto preciso por donde salía el sol.

—Esto no es una estatua —dijo Denon en voz baja—. Es… cómo decirlo, un instrumento. Un reloj de sol grande como una colina, cuyo rostro sería el gnomon. Vean adónde mira, en el equinoccio. Geometría, la verdad, más que devoción. Volney nos habría hablado de la nariz ancha, de los labios carnosos… Yo no me pronuncio. Pero quien talló esta cara sabía medir.

Terminada la documentación del sitio, la expedición se dirigió a Saqqara. La necrópolis se extendía varios kilómetros por el desierto, cementerio del Imperio Antiguo donde la pirámide escalonada, la más antigua jamás construida, alzaba sus seis gradas a sesenta y dos metros de altura. Pasaron allí dos días. Denon dibujó. Jomard midió. Geoffroy escrutaba los bajorrelieves para leer en ellos lo que los textos no decían. Las paredes de las mastabas conservaban por tramos su policromía. El azul egipcio —ese pigmento de cobre y calcio que los artesanos preparaban por cocción— persistía en los huecos protegidos de la luz. El rojo ocre de los cuerpos masculinos, el amarillo de los femeninos, convenciones pictóricas repetidas a lo largo de kilómetros de muros funerarios. Los jeroglíficos estaban grabados en hueco y luego pintados, cada signo excavado varios milímetros en la piedra antes de recibir el color. Los escribas habían trabajado de

derecha a izquierda en aquellas columnas verticales, y sus errores se veían a veces allí donde un signo había sido borrado y vuelto a grabar ligeramente desplazado. Las escenas de la vida cotidiana se desplegaban en registros superpuestos. Arriba, las actividades nobles, audiencias, ceremonias, ofrendas; abajo, el trabajo de los campos, la carnicería, la panadería. Geoffroy se había agachado ante un panel que representaba a unos pescadores tirando de una red. Los peces eran identificables por especie. Perca del Nilo, tilapia, mújol.

Geoffroy, por su parte, solo veía los animales.

—Ibis. Cocodrilo. Hipopótamo… y ahí, leones. Avestruces. Varios que ya no se encuentran en Egipto —en tiempos de los faraones aún vivían allí—. El clima ha cambiado. O la caza.

Descendieron a los pozos con antorchas. Veinte metros, treinta metros bajo el desierto. El descenso se hacía por escalones tallados en la roca, irregulares, pulidos por milenios de pasos. Las paredes del pozo se estrechaban a medida que bajaban, y el círculo de luz del día se empequeñecía sobre sus cabezas hasta no ser más que un punto blanco en la oscuridad. El aire se espesaba. La llama de las antorchas vacilaba en las débiles corrientes que aún circulaban entre la superficie y aquellas cámaras profundas. El olor mezclaba salitre, polvo mineral y un tufo animal. Las paredes del pozo conservaban las marcas de la excavación, golpes verticales que descendían en bandas paralelas. Habían hecho falta meses para cavar aquellos pozos, quizá años. Equipos de obreros trabajando en la oscuridad, sacando los escombros cesta a cesta. Las cámaras funerarias no eran grandes, tres metros por cuatro a lo sumo, apenas lo justo para el sarcófago y las ofrendas. El techo bajo obligaba a agachar la cabeza, y el humo de las antorchas se acumulaba allí. Fragmentos de cerámica cubrían el suelo, restos dejados por los saqueadores. Sobre las paredes corrían jeroglíficos y pinturas murales, el viaje del difunto trazado sobre la roca.

Entre dos estancias en Saqqara, Denon regresó unos días a El Cairo. Conocía en el barrio copto unos talleres de tejedores que frecuentaba con regularidad.

La técnica era sencilla y antigua. Un telar manual, dos lizos alternados, la lanzadera pasando entre los hilos. El ruido del telar llenaba el taller, chasquido regular del batán que apretaba los hilos de la trama, rechinar de los lizos cuando el tejedor accionaba los pedales. La lana conservaba la suarda a pesar del lavado, y su olor se mezclaba con el de los tintes vegetales que se secaban en tinajas alineadas contra la pared. De las vigas del techo colgaban madejas clasificadas por tonos. Los azules profundos del índigo, los rojos carmín de la rubia, los amarillos verdosos del sen. En un rincón, un aprendiz preparaba un baño de mordiente, disolviendo alumbre en agua caliente para fijar los colores en la fibra. El procedimiento no había cambiado. Remojo en el mordiente, escurrido, remojo en el tinte, aclarado en el Nilo. Los mismos gestos que en la época faraónica. Lana y lino tejidos según motivos geométricos, rombos, galones, cruces potenzadas, motivos florales estilizados.

Denon había comparado un tejido copto contemporáneo con los dibujos de los frescos de Saqqara, tumbas de los dignatarios del Imperio Antiguo. El motivo del rombo inscrito en un círculo era idéntico, como también la combinación de lana y lino y el ancho de la tela, unos sesenta centímetros.

Cuatro mil años separaban el fresco del tejido, y el ancho no había variado ni un dedo.

Compró varias piezas. Fragmentos de tejido copto, algunos aún con sus dibujos de caza o de pesca en el borde. Siluetas rígidas, perfiles nítidos, el estilo hierático del arte popular egipcio, pasado casi intacto a través del cristianismo y la conquista árabe. El tejedor las dobló en un paño.

Cerámicas también. Ánforas de dos asas, jarras de cuello estrecho, copas con pie, reproducidas en la misma arcilla del Nilo, cocidas

en los mismos hornos. Interrogado, el alfarero se encogió de hombros. Su padre las torneaba así, y el padre de su padre.

Berthollet había obtenido cuatro momias humanas de Saqqara.

Los cuerpos no lo ocupaban, la medicina los estudiaría. Lo que le interesaba era la química de las resinas de embalsamamiento. Aquellas materias negras y brillantes que impregnaban las vendas de lino constituían un conjunto de sustancias orgánicas cuyos componentes quería identificar.

A su regreso a El Cairo, hizo fundir muestras raspadas, disolvió otras en alcohol, analizó los vapores, anotó las temperaturas de fusión. Sobre su mesa de trabajo se alineaban los instrumentos. Alambique de vidrio de Venecia, termómetros de mercurio, balanzas de precisión protegidas bajo campana. Trabajaba a la luz de cuatro velas dispuestas en cuadrado, cuyas llamas no temblaban cuando tomaba sus medidas. Las muestras de resina estaban clasificadas por momia, etiquetadas en latín, conservadas en frascos cerrados con cera. Algunas eran de un negro profundo, otras pardorrojizas, otras casi translúcidas. Tomaba un fragmento con una espátula, lo depositaba en un crisol, lo calentaba lentamente anotando a qué temperatura cambiaba de estado el material. La resina se reblandecía primero, luego se fundía, luego humeaba desprendiendo un olor acre a madera quemada y a pez. Los vapores se recogían en un tubo refrigerado donde se condensaban en gotitas aceitosas. Resina de terebinto, grasa animal, cera de abeja, natrón, betún de Judea. La combinación variaba de una momia a otra. La lógica, nunca. Nada de lo que hace pudrir sobrevivía allí.

A las tres de la madrugada levantó los ojos de su registro hacia los cuatro cuerpos tendidos sobre sus mesas.

Aquellas gentes habían muerto hacía miles de años. Sus nombres figuraban quizá en las inscripciones de sus ataúdes. Lo que quedaba eran sus cuerpos conservados.

Aquella permanencia lo turbaba. Nada de metafísico, Berthollet era materialista, una turbación de sabio. Aquellos embalsamadores habían resuelto un problema de química orgánica por observación, por ensayo, por transmisión de técnicas de generación en generación, más de cuatro mil años antes de toda teoría. Cortó la pluma.

Anotó en su informe. «Las técnicas de embalsamamiento egipcias constituyen un conjunto de conocimientos químicos empíricos de una sofisticación notable, cuyo estudio sistemático podría aportar información sobre propiedades conservadoras todavía insuficientemente conocidas».

En Saqqara, Geoffroy Saint-Hilaire había explorado con Denon los alrededores de la necrópolis de los animales sagrados, donde se decía que reposaban los toros Apis de Ptah. Entre los escombros se veían fragmentos. Se detuvieron ante una lasca de granito negro.

Denon escribió estas líneas. «Los antiguos saqueadores dejaron estos bloques. Es ahí donde nos parecemos a ellos. Ellos se llevaban lo que creían tesoros. Nosotros nos llevamos lo que creemos conocimiento. Dentro de dos mil años, si alguien desciende aquí con una linterna, verá las tapas todavía fracturadas. Y se preguntará, como me lo pregunto yo ahora, cuál es la diferencia entre un saqueador y un sabio en una galería oscura».

A sus pies, entre las lascas esparcidas en el polvo, un fragmento conservaba aún dos signos jeroglíficos grabados en hueco, un pájaro, una línea quebrada. Recogió el fragmento y lo deslizó en el bolsillo.

Aquella noche, mientras Denon regresaba a la mastaba donde dormían, el mercado de Saqqara continuaba en la oscuridad. Solo dos linternas, posadas en la arena entre los puestos. Fellahs de las aldeas vecinas esperaban en cuclillas tras sus esteras. Los soldados llegaban en grupos de dos o tres, sin armas. Sopesaban, regateaban, se marchaban con algo envuelto en la chaqueta. El aire nocturno era fresco tras el calor del día. La arena conservaba

todavía algo de tibieza, pero el viento del desierto arrastraba ya el frío de las horas profundas. Las conversaciones se hacían en voz baja, regateos llevados en un árabe rudimentario o por gestos. Un soldado acercaba un escarabeo a la linterna para examinar los jeroglíficos grabados en la base. Otro negociaba el precio de un amuleto de loza, una pequeña figurilla turquesa de Anubis con cabeza de chacal.

Berthollet estaba allí también, sentado en un asiento plegable que se hacía llevar desde Alejandría. Ante él, una pequeña mesa de campaña cubierta con sus formularios de la Comisión, y Hassan le iba presentando las piezas una a una con la lámpara. Berthollet examinaba, anotaba en su registro el número, la descripción en latín, la localización en el monumento, el estado de conservación. Seis piezas aquella noche, entre ellas tres escarabeos reales, una paleta de escriba de madera de sicomoro, una figurilla de granito, un vaso canopo de alabastro con su tapa de cabeza de chacal. Escribió «Restos de resina negra en el cuello». Luego se detuvo, alzó la cabeza hacia Hassan.

—¿Qué contiene esta urna, la de la tapa de chacal?

—El estómago —dijo Hassan.

—Ah. Eso también lo anotaré.

Berthollet había pedido momias de animales a Saqqara. En El Cairo, a principios de febrero de 1799, los fellahs le trajeron seis. Dos ibis sagrados, dos gatos, un cocodrilo juvenil, una musaraña. Las instaló en la gran sala que el Instituto le había asignado como laboratorio.

Analizó las vendas de lino, impregnadas de una sustancia parda que identificó como betún mezclado con resinas vegetales. Se habían tomado muestras del relleno de las cavidades, natrón, sal gema, polvos minerales. Sobre todo le ocupaba el natrón. Carbonato de sodio hidratado, presente en estado natural en los lagos del desierto al oeste de El Cairo. Había hecho allí en enero una excursión de cinco días con el general Andréossy. Los lagos de

Natrún. Extensiones blancas en cuyas orillas cristalizaba aquel polvo alcalino que los egipcios recogían para embalsamar a sus muertos.

Al analizar la disolución del natrón en las aguas salobres del lago, había observado algo inesperado. La reacción entre la sal marina y el carbonato de calcio podía invertirse según la temperatura y la concentración. Los químicos de su época pensaban que las reacciones iban siempre en un solo sentido, con el ácido más fuerte desplazando al más débil. Berthollet empezaba a percibir que era falso. Que se trataba de equilibrios.

París recibiría aquellas notas. Aún harían falta cuatro años, y el *Essai de statique chimique* de 1803, para extraer de ellas la teoría completa.

Las momias de animales, por su parte, le planteaban a Berthollet otra cuestión.

—Estos ibis momificados son nuestros ibis —lanzó Geoffroy—. ¿Recuerda lo que decíamos a orillas del Nilo, que los egipcios los veneraban porque observaban la naturaleza? Ahí lo tiene. Inalterados en tres mil años.

—Idénticos —corrigió Berthollet.

—Eso dice Cuvier. Las especies están fijadas desde la Creación. Las momias lo prueban. Ningún cambio.

—¿Y Lamarck?

—Lamarck dice que tres mil años son demasiado poco para ver una transformación. Que haría falta un tiempo… inmenso.

Berthollet tomó en sus manos una de las momias de ibis. El animal estaba rígido, perfectamente conservado, el plumaje aún reconocible a través de las vendas.

—Ninguno de los dos lo probará jamás —dijo Berthollet al volver a dejar la momia—. Habría que vivir demasiado tiempo.

Durante la estancia de noviembre, habían pasado dos noches enteras en Saqqara, durmiendo entre las ruinas de una mastaba para

estar en el lugar desde el alba. La pirámide escalonada se alzaba en el centro de aquel paisaje fúnebre.

—Un siglo más antigua que las de Guiza —dijo Jomard, que había cotejado como pudo los retazos de cronología real de que disponían los sabios—. Más o menos. Aquí aún buscaban la forma. En Guiza, la encontraron.

Las gradas superpuestas tenían algo de zigurat mesopotámico, como si dos pueblos, sin conocerse, hubieran tenido la misma idea, apilar para subir hacia el cielo.

Denon pasó la segunda noche copiando las escenas de una mastaba de un alto funcionario. Aquellos bajorrelieves representaban las actividades de la vida cotidiana —la pesca, la caza, las faenas agrícolas, la carnicería, la fabricación de cerveza— con una exactitud que servía a los naturalistas de la Comisión tanto como a los artistas.

Al volver de Saqqara a El Cairo, Denon dio un rodeo por las orillas del Nilo al atardecer. La luz era distinta a aquella hora. Anaranjada y densa, casi espesa sobre la piedra. Se sentó sobre un bloque de caliza junto al agua e intentó dibujar el río a contraluz. El ejercicio era difícil. La luz se movía demasiado deprisa.

Jomard se reunió con él y esperó a que terminara. No se hablaba a Denon cuando dibujaba.

—Vuelvo a pensar en ese siglo —dijo Jomard cuando Denon guardó el lápiz—. Un ensayo de un lado, una perfección del otro. Cien años. ¿Cómo se progresa tan deprisa?

—La velocidad… no estoy seguro de que esa sea la cuestión. Creo que los egipcios tenían una manera distinta de pensar el tiempo. Para nosotros, un siglo es mucho tiempo. Para ellos, quizá era solo el tiempo que hace falta para aprender.

Regresaron a El Cairo en la oscuridad, guiados por las luces de los minaretes. Los perros del desierto ladraban a lo lejos. En algún lugar de las callejuelas del barrio copto, el simandro de una iglesia dio la hora.

VIII - Los debates científicos

La sesión del 16 de noviembre enfrentó a Monge y a Fourier. Monge quería volúmenes y ángulos, Fourier contextos y significados. Bonaparte, vicepresidente del Instituto, asistía a la sesión y zanjó dando la razón a ambos, lo que equivalía a no zanjar.

—La ciencia verdadera, amigos míos, es la medida —dijo Monge al abrir el debate, con las dos manos planas sobre la mesa—. ¡Las dimensiones de una pirámide, su volumen, sus proporciones, eso es lo bello! Los mitos que la rodean… dejémoslos a los poetas. La descripción y la significación son dos disciplinas. Estamos aquí para la primera.

—Las pirámides no son simplemente volúmenes que calcular, Monge —respondió Fourier sin levantar los ojos de sus papeles—. Son tumbas reales, actos de fe en la inmortalidad. Si solo conserva sus dimensiones, describe el cofre y no lo que contiene. Y corre el riesgo… de creer que ha comprendido porque ha contado.

Bonaparte levantó la mano.

—Los dos tienen razón —dijo, mirando al uno y luego al otro—. La obra contendrá ambas cosas. Las medidas de Monge. El sentido, Fourier lo encontrará.

La misma sesión vio a Berthollet presentar una primera memoria sobre la química del natrón del desierto egipcio. Había analizado muestras compradas a los mercaderes de El Cairo y había determinado su composición exacta.

—¿El natrón? Una mezcla de sales, nada más. Carbonato, bicarbonato, cloruro de sodio. Setenta días en ese polvo, la humedad se absorbe, el cuerpo se deseca sin pudrirse. Muy sencillo, muy eficaz. Nada milagroso, me temo.

Geoffroy Saint-Hilaire presentó a continuación sus observaciones sobre los ibis, vivos y momificados, estos últimos descubiertos por millares en las necrópolis de animales sagrados cercanas a Saqqara.

—Una sola especie de ibis. He comparado las momias con las aves vivas. Es el mismo ibis sagrado, blanco y negro, que seguimos viendo en las orillas del Nilo. Tres mil años, y ni un rasgo ha cambiado. Si las especies se transforman, no es a esa escala como lo veremos.

Vino a continuación una presentación de Jean-Joseph Marcel, orientalista y director de la Imprenta Nacional establecida en El Cairo, sobre los progresos de la impresión en caracteres árabes. La impresión del *Courrier de l'Égypte* se hacía ahora en francés, y solo las proclamas se imprimían en árabe.

—Podemos imprimir en árabe clásico, y con esmero —anunció—. Proclamas, decretos, avisos… La población puede leernos en su lengua.

Fourier tomó luego la palabra para un estudio sobre la distribución de las temperaturas en el desierto egipcio, tema que le habían inspirado sus observaciones durante las marchas militares. Su análisis de los flujos de calor en un medio no homogéneo prefiguraba las investigaciones sobre el calor que realizaría más tarde en Francia. Se le escuchó con tanta más atención cuanto que todos, en la sala, habían sufrido el fenómeno en su carne.

—El calor del desierto… no es solo la temperatura del aire —explicó Fourier—. Son flujos. Intercambios entre el suelo, el aire y los cuerpos expuestos. Creo —bueno, espero— que un día podrá preverse cómo se propaga, en el tiempo y en el espacio.

Bonaparte, por su parte, se interesaba menos por el calor que por el espectáculo de esos hombres de formaciones radicalmente distintas —matemáticos, químicos, naturalistas, artistas, ingenieros— que lograban hablarse en torno a un mismo objeto, Egipto.

—¿Y los antiguos egipcios, en todo esto? —preguntó.

—Nada, directamente —admitió Fourier. Buscó un instante la continuación—. Pero su entorno, sí. Cómo funcionaba. Para comprender por qué construían sus casas de cierta manera, orientaban sus templos según ciertos ejes, excavaban sus tumbas a

ciertas profundidades, hay que comprender las limitaciones térmicas que padecían.

Bonaparte felicitó a los oradores y los instó a ir más lejos.

—Excelente —lanzó a la asamblea—. Pronto el Alto Egipto. Tebas, los templos. Denon abrirá el camino.

Fourier detuvo a Denon en el pasillo del palacio de Hassan-Kashif. Bajo el brazo, un fajo de levantamientos que la Comisión había producido desde la llegada a El Cairo. Medición de la Gran Pirámide, planos de la Esfinge, cortes de las tumbas de Saqqara. Ochenta y tres hojas.

—Estos levantamientos —observó Fourier—. ¿Piensa llevárselos?

—Ese es el objeto de la expedición —dijo Denon—. La *Description* no se hará aquí.

—Hablo de los objetos. De las estatuillas que compra en el mercado de Saqqara. De los amuletos en su equipaje. Estamos aquí para comprender Egipto, no para vaciarlo de sus restos.

Denon contempló el fajo de levantamientos en las manos de Fourier. Medidas. Planos. Ángulos. Todo aquello permanecería aquí, en las piedras, a disposición de cualquiera que viniera a medir después de ellos. La estatuilla de madera pintada que había comprado en el mercado de Saqqara, la de los brazos cruzados sobre el pecho en la actitud de Osiris, esa nadie volvería a encontrarla allí dentro de treinta años. Estaría en París, o perdida.

—La diferencia entre usted y yo, Fourier, es que usted cree que comprender basta. Yo pienso que ciertas cosas deben ser vistas para ser comprendidas. Y para ser vistas, deben viajar.

Fourier recogió su fajo y volvió a su habitación, dos puertas más allá en el pasillo del primer piso. Denon se quedó en aquel pasillo vacío. Se acostó tarde en la habitación que ocupaba en el palacio desde la revuelta. A la mañana siguiente encontró sobre su mesa de trabajo el *ushebti* de madera pintada que creía guardado en su equipaje, colocado de pie, bien a la vista, con el rostro vuelto

hacia él. Fourier debía de haber entrado durante la noche. Tenía por costumbre deambular por el palacio a horas intempestivas cuando sus ecuaciones no acudían. Pero en el suelo, justo delante de la mesa, había un grano de arena. Uno solo, bien visible sobre las baldosas pulidas. Como si Fourier hubiera querido decirle que esa arena venía de alguna parte.

O como si fuera simplemente un grano de arena. Con Fourier, nunca se sabía si la intención precedía al gesto o si era lo contrario. El *ushebti* permaneció sobre su mesa todo el día.

Aquella misma sesión de noviembre de 1798 había acogido también, al margen del programa oficial, una presentación informal de Venture de Paradis, el principal intérprete de la expedición, que hablaba árabe, turco, persa y hebreo con la fluidez de un nativo, y que pasaba los días traduciendo para Bonaparte y las noches escribiendo un diccionario árabe-francés que nunca terminaría. Moriría de disentería en Siria, en San Juan de Acre, en mayo de 1799.

Había tomado la palabra al final de todo.

—Quisiera someter una observación al Instituto. Un comentario, más bien. Desde hace casi cinco meses que estamos en Egipto, una cosa se me ha ido haciendo evidente poco a poco. El árabe que hablan los egipcios de hoy y el árabe clásico del Corán son dos lenguas distintas. No hablo de dialectos. Son dos sistemas, tan alejados uno del otro como el latín de Cicerón y el francés de Molière. Un fellah del Delta no comprende el texto coránico que recita. Lo recita fonéticamente, sin captar su sentido.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Monge.

—Que el islam, en Egipto, es en parte… cómo decirlo… una religión cuyos fieles no comprenden los textos sagrados en su forma original. La fe se transmite por la autoridad de los ulemas, por la tradición oral, por el ritual. No por la lectura directa del texto. Un poco como el latín en la Iglesia católica antes de Lutero.

Bonaparte, que había escuchado sin intervenir, formuló una pregunta.

—¿Y los ulemas? ¿Ellos sí lo comprenden, el texto clásico?

—Los más eruditos, sí. Los demás también recitan. Una cadena. Cada eslabón transmite lo que ha recibido, no necesariamente lo que comprende.

Denon anotó aquella observación en su cuaderno. Coincidía con algo que había visto en la callejuela de la escuela coránica tras la revuelta. Los niños que recitaban frases cuyo sentido seguramente seguían sin conocer, pero cuyo sonido y cuyo ritmo eran ya, en ellos, una forma de conocimiento. Pensó en sus propios dibujos, en las pirámides copiadas antes de haberlas comprendido, en la Esfinge dibujada al alba antes de haber medido su sentido. Él también empezaba por la línea. Subrayó dos veces la frase de Venture.

—Dicho de otro modo —observó Fourier, como para sí mismo—, se transmite primero, de memoria. El sentido viene después. O no viene. No está tan lejos de lo que hacemos nosotros con los jeroglíficos, ¿no? Copiamos signos que no comprendemos… Otros, después de nosotros, quizá los lean.

—Con una diferencia —dijo Venture de Paradis—. Los jeroglíficos ya no tienen hablantes vivos. El árabe clásico sí los tiene. Entre los ulemas y los fellahs, entre el texto y el rito, la lengua sobrevive, de otro modo que como fue creada. Reunió sus hojas.

Aquella noche, la sesión había terminado tarde. Las lámparas habían ardido hasta quedar bajas. Los sabios salieron al patio del Instituto, donde el aire de noviembre era por fin fresco, el primer frío verdadero desde su llegada a Egipto. Denon se detuvo un momento en el patio y alzó los ojos. Las estrellas sobre El Cairo. Las mismas que sobre Tolón seis meses antes, pero la estrella Polar había descendido sobre el horizonte.

Bonaparte abandonó el Instituto tras la sesión en compañía de Berthollet. Caminaron un rato por el jardín del palacio, con la grava crujiendo bajo las botas. Bonaparte habló primero.

—Monge me dijo un día que la ciencia busca lo que es verdadero con independencia de lo que es útil. ¿Lo cree usted?

Berthollet se tomó su tiempo. La pregunta, se la había planteado toda su vida, sin llegar nunca a zanjarla.

—Creo que la distinción es menos nítida de lo que él pretende. Nuestro trabajo aquí es verdadero. Las mediciones de Jomard, los análisis químicos de las momias, los dibujos de Denon. Pero lo que hacemos aquí es también útil, para Francia, para el conocimiento europeo de Egipto, para usted en lo político. La verdad y la utilidad no se excluyen. Caminan juntas, pocas veces en la misma dirección, pero juntas. Vaciló y luego añadió :

—Lo único que me niego a decir es que lo que hacemos sea inofensivo. No es cierto. Y Monge lo sabe tan bien como yo.

Bonaparte no respondió enseguida.

—Fourier me ha dicho esta noche que sus investigaciones sobre las ecuaciones no tienen aplicación militar inmediata. Parece enorgullecerse de ello.

—Tiene razón. Dentro de veinte años sus investigaciones tendrán aplicaciones que aún no imagina. La ciencia va por delante. Cuánto… nunca se sabe de antemano.

—Un explorador, pues. Que ignora para qué ejército reconoce el terreno.

—Exacto.

Se detuvieron junto al estanque del patio. El agua no se movía.

—Sigan trabajando —dijo Bonaparte—. Todo lo que produzcan aquí sobrevivirá a la expedición, suceda lo que suceda. Es la única certeza que tengo en este momento.

Berthollet volvió a su laboratorio y reanudó sus análisis.

Berthollet le había dicho una frase a Bonaparte aquella noche, antes de volver a entrar. Una frase casi sin entonación, como la observación de un químico sobre el color de un precipitado.

—En Italia, en 1796, elegíamos lo que iba al Louvre. Monge elegía, yo validaba. Teníamos tiempo, listas, comisarios. Aquí no tenemos nada de eso. Cuando nos marchemos, será a toda prisa. Lo que esté en las cajas en el momento de la partida, eso es lo que partirá. Lo demás se quedará. No hay que contarse otra cosa.

En 1796, en Italia, era Francia quien se llevaba. Aquí, nada garantizaba que siguiera siéndolo. Berthollet enjuagó una probeta, luego otra.

A las tres de la madrugada, Denon volvió a encender su lámpara y retomó su cuaderno.

Pasaba las páginas despacio, sin releerlas de verdad. Los dibujos desfilaban. Las velas de la flota en la rada de Tolón, el puerto de La Valeta desde el puente de la *Junon*, la columna de Pompeyo en Alejandría, las espaldas de los soldados en el desierto, las pirámides al crepúsculo, vistas de lejos.

Tenía además otra lista, que no había escrito. Cosas que había hecho sin anotarlas. Había dibujado monumentos que no podrían llevarse, había visto a unos soldados deslizar escarabeos en sus bolsillos sin decir nada, había visto a un fellah mirar partir su *ushebti* y había preferido no anotar lo que había dicho. Aquella lista era más larga que los doscientos cuarenta y tres dibujos. No tenía fin.

Se detuvo en el primer retrato del viaje.

Era Bonaparte. Perfil derecho, iluminado por la luz de la mañana en el muelle de Tolón, pocos minutos antes del embarque. Lo había dibujado deprisa, sin que el general se diera cuenta. Una decena de trazos de carboncillo. El perfil enjuto, la frente alta, la barbilla proyectada hacia delante en esa postura de quien mira lo que aún no existe.

Tomó una hoja en blanco y dibujó a Bonaparte de memoria. Tal como lo había visto en El Cairo a mediados de agosto, al día siguiente de la noticia de Abukir. El mismo perfil, los mismos rasgos fundamentales. Pero ya no era el mismo hombre. Buscó la diferencia con el carboncillo, borró con el pulgar, volvió a empezar.

No eran las arrugas. Tres meses no envejecen a un hombre de veintinueve años. Ni la delgadez. Bonaparte siempre había sido delgado. Estaba en la tensión del cuello, quizá. O en la mandíbula, más cerrada. El hombre de Tolón miraba algo que aún no existía. El hombre posterior a Abukir miraba algo que había perdido.

Denon colocó las dos hojas una junto a otra sobre su mesa de trabajo.

Los dibujos eran parecidos. Un observador apresurado no habría visto la diferencia. El mismo perfil, la misma postura, la misma mano de dibujante. Pero uno tras otro, ya no decían lo mismo.

Era la primera vez desde Tolón que dibujaba a Bonaparte en su ausencia. Hasta entonces, sus bocetos del general habían sido documentos. La postura del mando, el gesto de la autoridad, la escena histórica que fijar antes de que pasara. Aquel boceto nocturno era otra cosa. Un retrato sin el consentimiento del modelo, sin testigo, sacado de la memoria más que de lo real.

Deslizó las dos hojas juntas en el mismo cuaderno, una tras otra. Tolón, luego Abukir.

¿Valía algo lo que contenían aquellos cuadernos? La pregunta le parecía ahora menos evidente que al principio. En Tolón, al subir a la *Junon*, había sabido con certeza por qué estaba allí. Para documentar una expedición histórica, para ver Egipto antes de que lo vieran los demás europeos, para llevar a Francia imágenes de un mundo aún desconocido. El programa cabía en una línea.

Seis meses después, ya no estaba seguro. Había visto la miseria de los soldados en el desierto, a los habitantes de Alejandría mirar al ejército francés con la resignación de quienes han visto

demasiado como para conmoverse, la revuelta de El Cairo y su represión. Lo había dibujado todo con la misma atención que dedicaba a las pirámides y a los bajorrelieves. ¿No eran sus dibujos, a pesar suyo, las piezas de una ocupación tanto como los archivos de un descubrimiento?

No resolvió esa cuestión aquella noche. Su *Voyage dans la Basse et la Haute Égypte* tampoco la resolvería.

Apagó y se tendió en la oscuridad. Por la ventana, las estrellas sobre El Cairo eran las mismas que Heródoto había visto desde las orillas del Nilo, las mismas que los astrónomos faraónicos habían empleado para orientar sus monumentos, las mismas que los marinos franceses habían observado durante la travesía desde Tolón. Eso lo reconfortaba un poco. El cielo egipcio iluminaba las pirámides y los vivaques con la misma indiferencia. Denon cerró los ojos. Mañana dibujaría otra vez.

CAPÍTULO II : LA REMONTADA DEL NILO

I - Dendera

El 16 de diciembre de 1798 por la noche, la división de Desaix salió de Beni Suef en dirección al sur. Tres mil infantes y doscientos jinetes para conquistar el Alto Egipto. Denon, que había partido de El Cairo a principios de diciembre para reunirse con ella, era de la partida con su cuaderno.

A principios de diciembre, Desaix había pasado por la capital antes de volver a Beni Suef, y Bonaparte lo había recibido.

—Dos misiones. Destruir a Murad Bey. Abrir el Alto Egipto a los sabios. Trátelos como a colaboradores. Lo que traigan vale tanto como sus victorias.

Desaix tenía treinta años, un espíritu práctico y ningún gusto particular por las antigüedades. Comprendía las órdenes, y eso bastaba.

—Los protegeré como a mis soldados. Pero Murad Bey no nos dará tregua, avíseles. Meses, quizá hasta Asuán. Sus sabios tendrán que soportarlo.

Antes de que Denon dejara El Cairo para reunirse con la división, unos días después de la sesión del Instituto, Bonaparte lo había retenido un instante. Había abierto el cajón de su mesa de campaña y sacado un documento doblado. La lista de cuatro páginas que le había mostrado a Denon antes de Tolón, completada desde entonces.

—Esto es lo que debe volver. Lo que Francia merece traer.

Denon recorrió las primeras líneas. Categorías y descripciones. Obeliscos portátiles, fragmentos de bajorrelieves de calidad excepcional, papiros documentados, escarabeos reales, bronces de la Baja Época, momias de dignatarios identificables. Cada categoría acompañada de una nota de valor estimado y de un destino, el Louvre, la Biblioteca Nacional o el Instituto de Francia.

—Hicimos lo mismo en Italia —prosiguió Bonaparte—. Monge y Berthollet conocen el método. Lo que ellos traen con sus formularios va al Louvre. Lo que los soldados se llevan en sus morrales, no puedo impedirlo. Lo que usted documenta con sus cuadernos se queda en Francia bajo otra forma. Tres niveles. Cada uno, su legitimidad.

—¿Y si los niveles se mezclan?

—Siempre se mezclan. Por eso el primer nivel tiene que ser irreprochable. Si la Comisión hace su trabajo con rigor, el resto se vuelve tolerable en comparación. Es la lógica de todas las adquisiciones de Estado desde el Renacimiento. Francia no saquea. Selecciona, documenta y conserva. Los soldados saquean. La distinción es real, aunque resulte incómoda.

—¿Y si alguien la cuestiona?

—Nadie la cuestionará mientras ganemos la guerra. Si la perdemos, el debate no se planteará del mismo modo.

Denon guardó la lista en su cartera. Una orden de selección, no de saqueo. Habría querido que el matiz bastara. Bonaparte, cuyo tiempo estaba contado, mantenía ya abierta la puerta de su despacho, y Denon salió sin haber formulado lo que tenía que decir.

La noche de la partida, la columna, de una legua de largo, tomó el camino del sur por la orilla izquierda del Nilo. El aire aún era frío a esa hora, un frío seco, sin bruma. El polvo levantado por la tropa se veía de lejos. La artillería avanzaba bordeando los campos cultivados. Los caballos de la caballería relinchaban al notar la partida. Unos fellahs, de pie sobre los tejados planos de las casas, veían pasar la columna sin moverse.

Denon cabalgaba junto a Desaix.

—Pococke, Norden… ¿Los ha leído, general? Descripciones aproximadas, dibujos inexactos. Esta vez mediremos.

—Me gusta su entusiasmo. Pero avíseme antes de apartarse de la columna. Murad Bey todavía no ha renunciado.

Denon suspiró.

—Entendido, general. Dibujaré deprisa. Siempre es mejor que nada.

Los días siguientes, el calor subía desde la segunda hora de marcha a pesar del invierno. La franja verde a lo largo del río tenía unos cientos de metros de ancho, luego empezaba el desierto, inmediato y absoluto. Los soldados marchaban en silencio, con la cantimplora en la mano. Denon dibujaba mientras caminaba —bocetos rápidos, siluetas de aldeas, una palmera, el perfil de un acantilado calcáreo— sin detenerse, sin perder el paso. Los mamelucos hostigaban y desaparecían sin librar jamás una batalla decisiva. Más al sur, en Asiut, la antigua Licópolis, exploró unas tumbas excavadas en el acantilado que domina la ciudad, con paredes cubiertas de jeroglíficos y de adornos de una finura que no había visto en ningún otro lugar.

Los colores se mantenían. Rojos ocre, azules de frita egipcia, verdes de malaquita, amarillos de oropimente. El desierto había secado el aire a su alrededor. Pensó en las pinturas de París, ennegrecidas por los barnices, apagadas por siglos de humedad.

Dibujó varias de aquellas escenas durante las pocas horas que Desaix le concedió antes de reanudar la marcha. Sus bocetos eran veloces. Había aprendido a captar lo esencial en diez minutos, la rigidez de los cuerpos, la viveza de lo que hacían.

Pasó así de un hipogeo a otro mientras la columna instalaba su vivac.

Dibujaba durante las paradas, y por la noche, bajo las tiendas, a la luz de las antorchas, con el cuaderno sobre la rodilla. Los oficiales al principio lo habían tenido por una carga.

—Su sabio resiste mejor que mis reclutas —dijo un día Desaix a uno de sus ayudantes, señalando a Denon, sentado en una roca durante una pausa del ejército.

—Es porque tiene algo que hacer —respondió el ayudante.

El 25 de enero de 1799, Denon fue uno de los primeros sabios en ver Dendera, que él escribía Tintyra. El templo, que tendría por el de Isis, se alzaba al borde del desierto, al pie de la cadena líbica, su mole visible desde lejos en el aire seco del Alto Egipto.

—Mire —dijo Denon a Belliard, que había detenido su caballo junto al suyo. Más allá de una puerta monumental medio sepultada bajo los escombros, el templo aparecía.

Desaix, que una hora antes había respondido con malhumor a la petición de un alto, no dijo nada. Nadie había ordenado detenerse. Oficiales y soldados habían abandonado el camino por su cuenta. Se quedaron hasta la noche. El campamento se estableció en la aldea vecina, Dendera, a tres cuartos de legua del templo. Los fellahs miraban desde sus umbrales sin acercarse. Habían visto pasar otras columnas. Esta llevaba hombres con instrumentos de medición y cuadernos. No resultaba más tranquilizador.

Denon entró el primero. En el umbral contó veinticuatro columnas de unos quince metros de altura, con capiteles de cabeza de Isis —así los llamaría él— que miraban en las cuatro direcciones. Sacó su cuaderno y volvió a cerrarlo. ¿Por dónde empezar? En las ciudades de Europa, siempre lo había sabido. Ante una pirámide, ante una columna aislada, la pregunta ni siquiera se planteaba. Aquí la sala entera obedecía a una sola lógica, y cualquier punto de entrada sería arbitrario. Acabó por atacar la columna más cercana.

—Es extraordinario —murmuró Belliard a su espalda—. Esos drapeados…

Denon dibujó hasta el último rayo del día. Jomard, ingeniero geógrafo del estado mayor, medía lo que las horas permitían. Anotaba las dimensiones, los ángulos, las orientaciones. Quince metros por columna, las juntas tan finas que apenas cabía en ellas la hoja de un cuchillo. El techo apoyado sobre ellas. Los muros de bajorrelieves. En el otro extremo de la sala, Denon tenía las manos negras de carboncillo.

—¿Cómo lo hicieron sin nuestras herramientas? —preguntó Jomard en voz baja.

—Tiempo. Mano de obra. Y una organización capaz de sostener el esfuerzo durante decenios —respondió Belliard—. Este templo tardó generaciones en construirse. El proyecto pasaba de padre a hijo, como una herencia sagrada.

—Y las estrellas, las conocían mejor de lo que nosotros las conocemos todavía —prosiguió Jomard, señalando el techo ennegrecido por el humo, donde se adivinaban figuras celestes—. Mire. Esta bóveda es un mapa del cielo nocturno del antiguo Egipto.

Más temprano, esa misma tarde, Jomard había reparado en un detalle que no había anotado en sus mediciones. Lo consignó en su diario personal, por la noche, bajo la tienda.

Tres soldados del batallón de cabeza habían pasado la tarde en las salas laterales del templo. No estaban de servicio. A su regreso, uno de ellos llevaba en la mano una figurilla de fayenza azul. Un gato sentado, de orejas puntiagudas, con los ojos incrustados de vidrio negro. Se la enseñaba a sus camaradas. Reían.

Jomard los vio pasar. El gato de fayenza tenía dos o tres mil años. Lo había depositado en el templo, como ofrenda votiva, un artesano cuyo nombre no había sobrevivido, por una plegaria de la que ya ni se recordaba el tenor. Dentro de menos de tres años estaría en Marsella. La cadena era corta. No dejaba rastro. Jomard pensó en la gravedad, que hace caer siempre hacia abajo los objetos ligeros. Aquí, abajo era el norte.

Ese mismo día, en el patio del templo, el ciudadano Vasseur, matemático de la Comisión de Ciencias y Artes adscrito a la división, estaba manos a la obra.

Por la tarde había seleccionado seis piezas según las categorías de la lista de Bonaparte. Dos escarabeos, un amuleto de oro, una figurilla de Sekhmet, todas conformes a los criterios de la lista. Pero dos piezas sobresalían del conjunto. Una paleta de escriba

de madera de sicomoro con sus cálamos aún en sus estuches de caña. Dado que la madera casi nunca sobrevivía, era una pieza rarísima. Y un vaso canopo de alabastro con su tapa de cabeza de halcón intacta, que representaba a Qebehsenuf, guardián de los intestinos. Las seis piezas alineadas sobre la piedra, numeradas, etiquetadas.

Jomard se acercó desde la entrada del patio. Vasseur rellenaba su formulario a la luz del día, sin prisa, sin esconderse. Toda la diferencia con lo que hacían los soldados residía en ese formulario.

—Ciudadano Vasseur —dijo Jomard—. Estas piezas… son de primer orden.

—En efecto. La paleta no tiene equivalente conocido. Los cálamos están intactos. La madera de sicomoro resistió porque estaba envuelta en un lino que encontré en un compartimento lateral del nicho. Dos mil quinientos años de conservación en condiciones ideales.

Siguió escribiendo, con la nariz pegada a la hoja. Una letra de científico, precisa, abreviada, sin adorno.

—El vaso canopo interesará a los químicos para el análisis de las resinas de momificación —prosiguió—. He extraído un fragmento de la capa de resina interior. Encontrará el número de esa muestra bajo la referencia ciento catorce-B en el registro de la Comisión.

Anotó el sexto número en su formulario, firmó, arrancó el talón y se lo tendió a Jomard.

—Repertorio de la Comisión, sección de adquisiciones oficiales. Por si quiere una copia para su propio expediente de sección.

Jomard tomó el papel. La forma era impecable. Lo dobló en dos y lo deslizó en su propia cartera.

Un hombre de la aldea se acercó a observar a Jomard mientras medía. Hassan, el intérprete que la Comisión había tomado en El Cairo, se mantuvo apartado. Unos instantes después, el hombre se fue.

Volvió antes de la puesta del sol, se sentó apoyado en un pilar y miró trabajar a Jomard durante una hora. Luego se marchó y reapareció casi enseguida con una pequeña vasija de barro cocido llena de agua fresca. La dejó junto a los instrumentos de Jomard.

Jomard bebió. El agua estaba fría, ligeramente mineral. Dijo gracias en árabe, una de las pocas palabras que conocía. Por mediación de Hassan, intercambiaron unas frases.

El hombre conocía los nombres de las columnas. No los nombres que los sabios prestaban a las divinidades del lugar —Isis, Osiris, Horus—, sino nombres árabes transmitidos de padre a hijo durante generaciones. La columna del ángulo nordeste se llamaba, en la aldea, «la columna que sangra con la crecida», porque una grieta en la caliza dejaba correr a veces un agua rojiza cargada de hierro durante las crecidas del Nilo. La columna central se llamaba «la columna de la voz», porque, si se la golpeaba con la palma abierta a cierta altura, producía un sonido grave que se propagaba por toda la sala.

Jomard consignó los dos nombres. Sabía que no figurarían en la *Description*. No tenían valor mensurable. Pero decían lo que sus propias mediciones no decían, a saber, que aquel templo habitaba desde hacía mucho la memoria de la aldea. No era una ruina. Era un vecino.

Cuatro meses más tarde, en mayo, Denon debía volver a Dendera. Dejaría entonces Qena, donde la división había establecido su cuartel, con una escolta de treinta hombres, una vela y sus cuadernos. Quería por fin dibujar el zodiaco de la capilla superior, que solo había entrevisto en el crepúsculo de enero.

La capilla de Osiris, una pequeña sala a la que se accedía por una escalera practicada en el grosor de los muros, ocupaba el tejado del templo. El techo era bajo y la vela solo daba una luz anaranjada insuficiente. Se tendió sobre la piedra fría. Sobre él, esculpido en el gres, se extendía el mapa del cielo, un disco inscrito en un bloque de dos metros y medio de lado. En el centro, las constelaciones circumpolares, la Osa Mayor en forma de pata

delantera de toro, una diosa hipopótamo que blandía un arpón. En la circunferencia, los doce signos del zodiaco griego mezclados con iconografía egipcia, con Aries, Tauro, pero también Acuario representado como Hapi, el dios inundador, que sostenía dos vasos de los que manaba el Nilo.

Aquel techo no podía llevarse tal cual. Varias toneladas de gres encastradas en la bóveda. Antes de partir, en Qena, Denon había sometido el problema a Jomard, el espíritu más inventivo del estado mayor. Jomard había visto el zodiaco en enero con ojo de técnico más que de artista.

—Es factible —había dicho al desplegar el croquis de Denon—. No con lo que tenemos. Harían falta sierras de dientes de acero templado, gatos de tornillo, cal viva, un armazón de izado de veinte metros. Seis semanas de trabajo como mínimo, con veinte hombres. Y un navío especialmente acondicionado para transportar el bloque. Varias toneladas, las bodegas corrientes no bastan.

—¿Merecería el resultado el esfuerzo?

Jomard había vuelto a mirar el croquis, recorriendo con los ojos el disco de constelación en constelación.

—Es la representación más completa del cielo antiguo que he visto jamás. Sí, merece el esfuerzo. Pero no es ahora. Quizá dentro de treinta años, si alguien vuelve con material y tiempo.

Denon había anotado la conversación en un memorándum dirigido al estado mayor científico. El primer documento oficial que mencionaba la posibilidad de extraer el zodiaco de Dendera. Aquel memorándum viajaría a El Cairo, dormiría en una caja, a la espera de medios que el ejército no tenía.

Dibujó durante dos horas, tendido de espaldas. Su vela se apagó. Encendió otra. Cuando volvió a bajar, caía la noche y los soldados llevaban una hora impacientándose.

—¿Tiene lo que quería? —le preguntó un subteniente.

—Un primer dibujo. Inexacto por partes, me temo. Para un levantamiento de verdad harán falta otras manos.

Denon señaló al estado mayor científico la necesidad de enviar ingenieros para completar su trabajo. Dos jóvenes politécnicos, Jollois y Devilliers, de la misión del ingeniero jefe Girard, de los cuales el primero ya se encontraba en el Alto Egipto, concluirían el levantamiento con sus instrumentos de precisión.

Pero solo era la primera noche. Ese 25 de enero, Jomard tenía que resolver un problema de requisa de raciones. Buscó al sargento mayor Aubert, el hombre que gestionaba la intendencia del batallón de cabeza. Lo encontró en una tienda apartada del vivac principal, sentado ante una mesita con un farol y un cuaderno.

Aubert llevaba una lista dividida en tres columnas, intituladas objeto, compañía, soldado. Las líneas estaban apretadas. Jomard leyó desde donde estaba, sin aparentarlo, y retuvo esas líneas. «Figurilla de piedra azul, 2.ª compañía, Racine. Fragmento de bajorrelieve, 3.ª compañía, Duplessis. Escarabeo de fayenza, 1.ª compañía, Marin. Vasija de barro pintada, 4.ª compañía, Lefèvre.» Había más de ochenta líneas.

Aubert no pareció sorprendido de que lo observaran.

—Ciudadano sabio. ¿Puedo hacer algo por usted?

—Las raciones suplementarias… para las faenas de medición. Nada urgente.

Jomard no hizo preguntas sobre la lista. Ya sabía lo que era. Un inventario oficioso, ni ordenado ni prohibido por nadie, llevado por un suboficial que había comprendido que algo circulaba por su batallón y que había decidido saberlo, por precaución. Si alguien hacía preguntas más adelante, Aubert sabría responder. Y si nadie las hacía —lo que era más probable—, la lista se quedaría en su cuaderno.

Resolvió su asunto de las raciones en tres frases y se marchó.

Esa noche, Jomard no puso en limpio sus mediciones. Se puso con otra cosa.

Empezó por lo que sabía con certeza. La lista del sargento mayor Aubert contenía, solo para la 2.ª compañía, veintitrés objetos en una jornada. Cuatro compañías por batallón, y más de ochenta líneas en la lista solo para el batallón de cabeza. Dos batallones de infantería que se relevaban en el templo. Más los oficiales, que tomaban objetos de otro modo. Con más selección, menos cantidad, pero piezas de mayor valor. Más las adquisiciones oficiales de Vasseur. Seis piezas documentadas, otras quizá sin documentación formal.

Elaboró una estimación. Hipótesis conservadora de veinte objetos por compañía para la tarde de alto. Cuatro compañías. Dos batallones. Eso daba ciento sesenta objetos como mínimo solo para ese templo. Sumando las compras a los habitantes y lo que los oficiales recogían discretamente, se rozaban los doscientos.

Doscientos objetos que abandonaban Dendera. Examinó la cifra. Luego miró el templo, visible en la noche clara a tres cuartos de hora de camino del vivac. El templo era inmenso. Doscientos objetos eran una fracción de lo que aún contenía. Pero el cálculo correcto era el del número de altos en el número de templos, multiplicado por doscientos.

Había al menos doce grandes yacimientos entre Dendera y Asuán. Escribió estas líneas al pie de la página. «Total estimado, campaña completa, orden de magnitud dos mil quinientos objetos. Estimación baja. No verificable».

Luego se detuvo en lo que acababa de escribir. Dos mil quinientos. Sobre la página, la cifra no pesaba nada. Designaba sin embargo dos mil quinientos objetos que habían estado durante siglos en un templo o en una tumba egipcia, y que dentro de seis meses ya no estarían allí.

Mientras cargaba las mulas, buscó con la mirada al soldado que llevaba el gato de fayenza en la mano. No lo encontró entre los

miles de rostros. El hombre existía. El gato existía. En algún lugar dentro de aquella cifra de dos mil quinientos.

Antes de abandonar Dendera, Jomard fue a buscar a Vasseur.

Vasseur supervisaba el clavado de sus cajas. Se interrumpió, con un clavo entre los dedos.

—Ciudadano Vasseur. He hecho una estimación. El volumen de las sustracciones, para este templo y para la campaña que sigue.

Le tendió el cuaderno abierto por la página del cálculo. Vasseur lo leyó. Se tomó el tiempo de verificar las hipótesis y rehízo mentalmente la aritmética.

—Su estimación baja es razonable —dijo al fin—. Ligeramente subestimada en el caso de los oficiales.

—¿No le parece problemática esa cifra?

Vasseur le devolvió el cuaderno.

—Me parece una cifra exacta, o cercana a la realidad. ¿Problemática para quién? ¿Para la Comisión? No. Nuestras adquisiciones están documentadas. ¿Para el ejército? Eso le corresponde juzgarlo a Desaix. ¿Para este templo? Sin duda. Pero ya tomaron de él los griegos, y también los romanos. No somos los primeros, y Egipto sigue ahí.

—Eso no es una razón.

—No. Es un contexto. Y en ese contexto, la única cuestión es saber si lo que hacemos nosotros —la Comisión— es defendible. Creo que sí. En cuanto al resto, no soy ni policía ni magistrado.

—Usted es matemático. Un matemático no dice que un cálculo es defendible. Dice si es exacto.

—Nuestras cuentas son exactas —respondió Vasseur, que ya había vuelto a sus cajas—. Archivos, descripciones, objetos para el Louvre.

—Eso es lo que pidió Bonaparte. No es lo que habría pedido yo.

Al día siguiente, al amanecer, Desaix dio la señal de partir. Jomard guardó sus instrumentos. Denon se volvió largo rato hacia el templo.

—Si alguna vez volvemos en paz… —dijo Jomard—. Seis meses. Este templo merece seis meses él solo.

Jomard no volvería. Denon, en cambio, volvería en mayo, apenas unos días. Sus dibujos permanecerían.

El camino hacia Tebas bordeaba el Nilo durante dos días. Por la noche, en el vivac, los oficiales empezaban a hablar de los templos que iban a ver. Karnak. Luxor. Los nombres pasaban de una hoguera a otra, nombres oídos durante toda una vida.

II - Tebas

El 27 de enero a última hora de la tarde, la división de Desaix desembocó ante las ruinas de Tebas. El ejército se detuvo por sí mismo. Esa noche Denon apenas tuvo tiempo de dibujar a caballo. El resto esperaría al día.

Jomard bajó a la orilla y no se movió más, con los ojos fijos en los pilonos negros bajo la luz del ocaso, al otro lado del Nilo.

Al día siguiente, cruzado el río en barcas requisadas, descubrieron Karnak, que superaba todo lo que habían imaginado. La sala hipóstila del templo de Amón-Ra contaba con ciento treinta y cuatro columnas, las doce centrales de veintiún metros de altura. Jomard franqueó el umbral y se quedó inmóvil varios minutos. Aquella sala tenía una superficie de unos cinco mil doscientos metros cuadrados, uno de los mayores espacios cubiertos de la Antigüedad.

—Nunca dibujaré esto —murmuró Denon—. Nadie podrá hacerlo.

La noche que siguió a su primera jornada en Karnak, Jomard se instaló en el patio del templo con su linterna y empezó a poner en orden las cifras. La sala no se había hecho grande solo para la

gloria de un faraón. Había que alojar en ella una procesión, una multitud, un ritual. Cada dimensión respondía a una exigencia acústica, lumínica, litúrgica.

Su nota cabía en unas pocas frases. «La regularidad de las proporciones en esta sala sugiere un sistema de medida transmitido durante varias generaciones con una precisión absoluta. La longitud de la sala es aproximadamente el doble de la anchura. La separación entre las columnas centrales corresponde a su diámetro. Estas proporciones no son fortuitas.»

Fuera, un chacal aulló en algún lugar del desierto. Las estrellas sobre las columnas eran muy brillantes.

Luego, al girar con su teodolito para anotar el acimut de una estrella de referencia, comprendió algo que no había previsto comprender. No llegó al término de una demostración. Llegó de golpe, casi un vértigo, como cuando un cálculo largo desemboca en un número redondo y se sabe, incluso antes de comprobarlo, que es correcto.

El eje principal del templo —el eje que unía la entrada con el santuario más recóndito— estaba orientado veintiséis grados al sur del este. Comprobó el cálculo dos veces. Veintiséis grados. Tenía esa cifra en sus mediciones desde la mañana, anotada maquinalmente como un dato más. Pero ahora, en la oscuridad, bajo las estrellas, supo lo que significaba esa cifra.

Era el acimut de la salida del sol en el solsticio de invierno a la latitud de Tebas.

Permaneció inmóvil varios segundos. Nadie, que él supiera, había formulado aún ese resultado, y quería asegurarse de no equivocarse antes de escribirlo.

El templo era también un instrumento astronómico, orientado para que, en la mañana del día más corto del año, la luz del sol naciente entrara en el santuario y recorriera el eje hasta la gran sala hipóstila.

Escribió febrilmente en su diario una nota de varias páginas, detallando el cálculo y las mediciones hasta la conclusión. La enviaría a El Cairo, a Fourier, con el primer correo. El más riguroso de los matemáticos de la Comisión sabría verificarla. La respuesta llegaría un mes después, solo dos líneas. «Su cálculo es correcto. Anótelo para la publicación.»

A las dos de la madrugada, Jomard regresó al campamento, cinco horas después de haber salido de su tienda. Le temblaban ligeramente las manos al enrollar las hojas del cuaderno. Y no era de frío. De ordinario, sus descubrimientos confirmaban una hipótesis. Aquella noche, por primera vez, la hipótesis había salido de la propia medición, sin que la hubiera buscado. Durmió con las botas puestas.

Denon dedicó la jornada a recorrer el complejo de Karnak, diez horas seguidas, sabiendo que tenía el tiempo contado. Los pilonos, de cuarenta metros de altura, llevaban bajorrelieves de batallas faraónicas. Los obeliscos de granito rosa se alzaban rectos, monolitos transportados desde Asuán, doscientos kilómetros al sur. Uno de ellos, erigido por la reina faraón Hatshepsut, de la decimoctava dinastía, alcanzaba una altura de veintinueve metros y medio. Sus caras estaban cubiertas de columnas verticales de jeroglíficos finamente grabados, indescifrables.

Los había por todas partes, en los fustes, en los muros, en los sarcófagos. Denon copiaba hileras enteras, con el lápiz lento, sin leer ni uno solo —nadie podía hacerlo—.

En el gran patio de Karnak, Denon se había apostado ante un registro de bajorrelieves que representaban animales ofrecidos en tributo. León, jirafa, monos, antílopes. Copiaba las especies con la precisión del dibujante, anotando las que ya no existían en Egipto.

—Mire este león —dijo a Jollois, que pasaba—. No es el cráneo del león del África subsahariana —perfil más plano, melena más

larga, parece un retrato—. O el escultor se equivocó, o los leones del antiguo Egipto formaban una población distinta. Apostaría por la segunda.

Jollois miró el relieve, luego a Denon, y reanudó su camino. Denon no esperaba respuesta. Ya añadía, al margen, una segunda melena.

Otra noche, Jomard trabajaba en sus mediciones de Karnak cuando oyó ruido.

Golpes sordos, regulares, el roce de algo pesado sobre las losas —ruido de obra, no de combate—. Cogió su linterna.

En la sala, tres soldados trabajaban a la luz de dos antorchas. Habían vaciado un nicho que contenía fragmentos de estatuas —cabezas de divinidades, manos, bustos— y los clasificaban sobre las losas en dos montones, las piezas que valían la pena llevarse a un lado, las demasiado pesadas al otro. Uno de ellos sostenía con ambas manos una cabeza de halcón en granito negro, probablemente de Horus, con los ojos incrustados de una materia oscura que la antorcha no permitía identificar. La giraba, intentando calcular su peso.

Jomard no pasó de la entrada de la sala. La autoridad de un miembro de la Comisión le permitía prohibir las sustracciones no autorizadas. Habría podido intervenir. No lo hizo. Eran tres, había tres mil en los batallones de Desaix, un hombre solo con una linterna no detendría nada, y no tenía afición a los gestos de principio. Bajó la mecha y retrocedió en la oscuridad.

Por la tarde, en el patio, al norte del complejo, Jollois hizo un descubrimiento. Unos fragmentos de bajorrelieves de la duodécima dinastía, dispersos entre los escombros, mostraban un estilo radicalmente distinto, más pequeño, más íntimo, con la figura del rey menos hierática y más humana. El rostro de uno de aquellos reyes tenía una expresión de fatiga que ningún faraón de las grandes dinastías habría tolerado en sus monumentos.

—Mire los ojos —dijo Jollois a Denon, que llevaba una hora dibujando—. Nunca había visto un faraón tan… fatigado. —Guardó silencio un momento—. El agotamiento del poder.

Denon dejó de dibujar. Jollois tenía razón. Volvió a empezar el rostro desde el principio, con los párpados más pesados.

El 29 de enero, la división reanudó la marcha hacia el sur y se detuvo en Luxor, tres kilómetros más allá, durante dos noches. Denon y Jomard obtuvieron permiso para quedarse atrás a su partida, con una escolta, para alcanzarla después a marchas forzadas. Templo de Amenhotep III y Ramsés II. La avenida de esfinges que unía los dos templos había quedado sepultada bajo la arena y las casas del pueblo construido encima.

Denon esbozó la gran columnata que conducía desde el patio de entrada hasta el santuario interior. Catorce columnas papiriformes de diecinueve metros de altura, de una elegancia que decía el refinamiento de la decimoctava dinastía. Los muros mostraban bajorrelieves de la procesión de Opet, la estatua de Amón que cada año se transportaba en barca de Karnak a Luxor. Copió la escena en varias páginas.

Otros bajorrelieves representaban la batalla de Qadesh entre Ramsés II y los hititas en el pilono de entrada. Sesenta y cinco metros de anchura, cubiertos desde el suelo hasta diez metros de altura con escenas esculpidas con un dinamismo notable. El desenlace de la batalla seguía siendo discutido. Ramsés había estado a punto de ser rodeado antes de lograr zafarse. El pilono solo mostraba el triunfo, grabado a una altura donde nadie vendría a corregirlo.

Ante el pilono se alzaban dos obeliscos. Eran los mismos de los que Mehmet Alí regalaría uno a Francia en 1830. Este navegaría hasta París en 1833, en un navío concebido expresamente, y sería erigido en la plaza de la Concordia en 1836. Denon lo contemplaba, en 1799, sin saber que acabaría allí. Anotó sus dimensiones, sus inscripciones, los cartuchos que se repetían en las cuatro caras.

Desaix, que pasaba con la cabeza de la columna, se detuvo ante los obeliscos. Echó la cabeza hacia atrás para mirar la punta del primero, veinticinco metros por encima de él, y luego miró a Denon, que dibujaba a su lado.

—Esas columnas verticales, ¿podríamos llevárnoslas?

—Son obeliscos, mi general. De granito. Unas doscientas treinta toneladas cada uno.

—Con el río debajo y unas palancas, los egipcios sí lo lograron.

—Hace tres mil años, y en el sentido de la corriente, de sur a norte, con la crecida. Para llevarlos a Francia haría falta un navío construido expresamente. Nada de lo que tenemos en el Mediterráneo bastaría.

Desaix volvió a mirar el obelisco.

—Alguien encontrará la manera. Pero no de inmediato.

Volvió a montar a caballo y se reunió con su estado mayor.

En las salas laterales del templo de Luxor, allí donde los saqueadores ya habían trabajado antes que ellos, Denon encontró lo que los excavadores apresurados habían dejado. Fragmentos de estatuillas de bronce, pies, manos, y un rostro completo de Osiris en bronce dorado de quince centímetros. El rostro tenía la serenidad característica de los bronces de la Baja Época. Ojos almendrados algo inclinados, boca delgada, barba postiza trenzada. El metal había sido fundido a la cera perdida y luego trabajado con buril. Las cejas y los contornos de los ojos estaban incrustados de oro fino, las pupilas de vidrio negro.

Los bronces de este tipo se habían producido en serie a partir del siglo VII antes de nuestra era. Millares de figurillas votivas depositadas por los fieles en los templos a cambio de la protección divina. Estos objetos nunca habían pertenecido a un individuo. Eran dones al dios, propiedad del templo. Cuando los saqueadores habían vaciado los almacenes, era a Amón a quien habían robado, y Amón no había reclamado ante nadie.

Denon recogió el rostro de Osiris y le dio la vuelta. En el reverso, una línea de jeroglíficos grabados con buril, el nombre del donante, probablemente. Copió los signos. Luego guardó la pieza en su morral. Al hacerlo, pensó en la lista de Bonaparte. Un rostro de Osiris en bronce dorado correspondía sin discusión a la primera categoría. Habría debido declararlo, para que partiera hacia El Cairo y se uniera a las colecciones oficiales cuyo registro llevaba Fourier. No hizo nada de eso. Desde Dendera, la frontera entre lo que tomaba para la Comisión y lo que se quedaba para sí se había borrado sin que él se diera cuenta. Una treintena de entradas en su inventario personal. Otros tantos objetos que, seis meses antes, no existían todavía en ningún repertorio europeo.

No era lo mismo que robar. Casi estaba convencido de ello.

Aquella noche, Jomard permaneció aún una hora ante la fachada del templo. Karnak había sido construido a lo largo de dos mil años, cada faraón añadiendo un pilono, una avenida, una sala, sin ruptura de estilo ni cuestionamiento del proyecto. Egipto había logrado algo que Europa nunca había resuelto, transmitir un proyecto arquitectónico de generación en generación sin que nadie decidiera su final.

Y ahora unos soldados se llevaban pedazos de aquel proyecto en sus morrales, entre la escudilla y la camisa de repuesto, sin intención de vándalos, sin duda. Los fragmentos que partían hacia París o hacia las colecciones privadas de los oficiales salían de aquel conjunto para convertirse en curiosidades, en recuerdos.

Antes de volver, Jomard anotó esto. «Karnak es un sistema. Cada elemento tiene su lugar en el conjunto. Desplazar un elemento no destruye Karnak, pero destruye ese elemento en cuanto parte del sistema. Será en otro lugar algo distinto —un objeto, una pieza de colección— y ya no aquí algo preciso.»

Al salir de Luxor aquella noche, Denon vio a un anciano sentado a la entrada del templo. Vestía una galabiya blanca y observaba a los soldados que se llevaban bloques del patio. No parecía enfadado. Era el rostro de quien contempla algo que ya ha visto.

Denon se detuvo. Hassan interpeló al hombre. Intercambiaron unas palabras.

—Dice que su padre era guardián de este templo. Y su abuelo. Y su bisabuelo. No sabe cuántas generaciones. Dice que vinieron los otomanos. Vinieron los mamelucos. Ahora están aquí los franceses. Cada vez se llevan piedras.

Denon pidió a Hassan que tradujera su respuesta. Los franceses habían venido para estudiar, no para destruir. Hassan tradujo. El hombre replicó que los otomanos también decían que venían por otras razones. Aun así, tomaban.

Denon no tuvo nada que responder. Dibujó al hombre de espaldas. La galabiya blanca, el bloque de granito, los soldados en el patio tras él.

Lo que Denon no veía, tras la escena, era lo que hacía Hassan después de las horas oficiales de trabajo.

Hassan era el intérprete oficial de la Comisión. Un egipcio de El Cairo que había comprendido enseguida que su posición le abría los dos mundos. Traducía a los fellahs las preguntas de los sabios. Traducía con menos gusto lo que los fellahs se decían entre sí sobre lo que los sabios querían de verdad.

Jomard lo había comprendido tras la primera semana. Hassan facilitaba las compras de los sabios a los mercaderes locales y se quedaba con su parte por el camino. Jomard la estimaba en un quince por ciento. Ni los vendedores ni los compradores sabían que el otro extremo del mercado pasaba también por su mano.

Una noche en Karnak, Jomard se levantó y siguió a Hassan a distancia. Este atravesó el vivac principal hacia el sector donde se alojaban los oficiales superiores, se detuvo ante una tienda y cambió unas palabras en voz baja con un criado. El criado entró en la tienda y salió con dos oficiales, un coronel y un capitán de estado mayor. Hassan abrió un saco de lona. A la luz de una lámpara de aceite, dispuso sobre una alfombra doblada cuatro objetos, más hermosos que los que mostraba de día a los suboficiales.

Un escarabeo real de lapislázuli, raro y pesado. Una copa de alabastro translúcido. Una estatuilla de Ptah en fayenza azul de diez centímetros. Un amuleto de oro macizo que representaba a Bastet sentada.

Los oficiales examinaron las piezas. El coronel regateó. Hassan cedió en el precio con una facilidad que demostraba que había incluido el margen desde el principio. Las cuatro piezas cambiaron de manos. Hassan guardó el dinero sin contarlo.

Jomard volvió al campamento sin haber sido visto. Por la mañana, interrogó a Hassan sin rodeos.

—Lo vi —dijo Jomard—. Esta noche. Los oficiales, la alfombra, las cuatro piezas.

Hassan no pareció incómodo. Esperó a que continuara.

—¿De dónde proceden esas piezas?

—De Gurna. Un hombre que cruzó el Nilo durante la noche. Conoce tumbas que los franceses aún no han visitado. Vende lo que encuentra desde hace años.

—Y su comisión. ¿Cuánto?

—El diez por ciento. Los oficiales pagan más que los soldados, el estado mayor más que la línea.

—¿Y de día, sobre lo que vende a los sabios? Yo calculo quince.

—Quince, sí. El volumen compensa. Ellos quieren vender, ustedes quieren comprar… Las tumbas, yo no las excavo. Yo traduzco precios.

Hassan se alejó. Era de El Cairo, hijo de un copista del tribunal religioso, letrado en árabe y lo bastante en francés para trabajar para aquellos hombres. Había aceptado ese trabajo porque pagaba bien y porque los franceses, como los otros antes que ellos, no se quedarían.

Lo que Hassan no le había dicho a Jomard era que había entrado en la gran sala del templo de Karnak dos días antes, solo, al amanecer, antes de que los sabios se levantaran.

Nunca había visto Karnak antes de aquella expedición. Sus antepasados no habían construido todo aquello. No tenía más clave para esos jeroglíficos que Denon. Pero nadie le pedía que los descifrara. Le pedían que tradujera los precios.

III - El Valle de los Reyes

El 29 de enero, Jomard fue el primero en cruzar el Nilo hacia la orilla occidental. Había pedido partir antes del alba, para disponer del lugar a solas antes de que el ejército se pusiera en movimiento.

La necrópolis tebana se extendía varios kilómetros por el desierto montañoso. Jomard la conocía por los relatos de Pococke y de Norden, pero esas narraciones no habían preparado su ojo de cartógrafo para la realidad del terreno. Era un valle calcáreo excavado en el acantilado, a cinco kilómetros del río, en el que cada abertura en la roca marcaba la entrada de una tumba. Decenas visibles. Sin duda otras más, bajo la arena.

Trepó a una cornisa rocosa que dominaba la entrada del valle. Desde aquella posición lo veía todo. Las aberturas de las tumbas en el acantilado, los caminos de los canteros, las huellas de la antigua explotación de aquella roca. Los faraones habían renunciado a las pirámides por tumbas excavadas allí, supuestamente más discretas. Los saqueadores las habían encontrado de todos modos, y casi todas habían sido vaciadas ya en la Antigüedad. Quedaban la roca y los ángulos, que nadie había podido robar. Jomard calzó el trípode de su teodolito entre dos piedras.

Practicaba lo que él llamaba la «triangulación de campo».

Desde un punto central, apuntar sucesivamente con el teodolito a todos los puntos de referencia identificables, anotar los ángulos, calcular las distancias a partir de la base medida sobre el terreno. Aquella mañana trabajó desde el alba sin interrupción. Un soldado le subió la ración hacia las siete. Jomard se lo agradeció sin apartarse del ocular, y el pan quedó sobre la piedra. Jollois

trabajaba de otra manera. Allí donde Jomard buscaba los ángulos y las distancias, Jollois buscaba las relaciones, lo que una dimensión decía de la otra, lo que una proporción revelaba de la intención. Sus cuadernos no tenían las columnas de cifras de Jomard, sino croquis anotados, fracciones, remisiones de un yacimiento a otro. Procedían, sin embargo, de la misma escuela.

Más abajo, fuera de la vista de Jomard, los guías de Gurna conducían a Denon y a Jollois de tumba en tumba.

Los fellahs de Gurna conocían cada entrada del Valle de los Reyes desde hacía generaciones. Su pueblo estaba construido sobre las propias tumbas. Las casas descansaban sobre hipogeos, los niños crecían sobre los difuntos de las dinastías. Habían explotado discretamente las tumbas durante siglos, vendiendo a los comerciantes de El Cairo, a los escasos viajeros europeos que osaban aventurarse hasta allí. El comercio era modesto, continuo, equilibrado por el riesgo de llamar la atención de las autoridades otomanas.

La llegada de los franceses alteró ese equilibrio.

Los sabios querían verlo todo, de inmediato. Pedían guías para tumbas que nunca habrían encontrado solos. Al guiar a Denon y a Jollois, los hombres de Gurna revelaban entradas que habían evitado mostrar a las autoridades. Tras el paso de los franceses, las tumbas quedaban «descubiertas», conocidas, cartografiadas. La discreción que los saqueadores habían mantenido durante siglos desaparecía en pocos días.

—Estamos creando nuestro propio mercado —dijo Jollois—. Un ejército, cuadernos… y el saqueo que encontramos al llegar va más deprisa.

—Vamos, después de todo no somos nosotros quienes saqueamos —dijo Denon.

—No he dicho eso. Pero al ritmo que llevamos… Lo que a ellos les llevaba un siglo les llevará diez años.

Denon y Jollois descendieron a las tumbas con los guías. El corredor bajaba en pendiente pronunciada, tan estrecho que en algunos tramos había que arrastrarse, con los codos en el polvo calcáreo. El aire se volvía más frío, luego inmóvil, un aire que no se había movido en siglos y que parecía resistirse a que entraran. Desembocaron en una antecámara de muros cubiertos de pinturas de una frescura asombrosa.

Jollois adivinaba las escenas que más tarde se llamarían el *Libro del Amduat* y el *Libro de las Puertas*. Había leído a Kircher antes de la partida. Cada hora de la noche correspondía a una prueba, cada prueba a un dios guardián. Dibujaba sin comprender. Anotaba las correspondencias al margen de sus mediciones.

—Magnífico. Y no entiendo nada —dijo Jollois mientras dejaba su lámpara—. Anubis, la cabeza de chacal, bien. Isis, las alas. El resto… esos gestos… Es hojear una enciclopedia sin la clave.

Visitaron siete tumbas en una jornada. La más impresionante era la de Ramsés III, que Bruce había visitado treinta años antes. Largos corredores descendían profundamente bajo tierra, y cada sala correspondía a una hora del viaje nocturno del sol por el más allá —un calendario funerario tallado en la roca—.

Las pinturas de aquella tumba detuvieron en seco a Denon. Había visto la Sixtina, los Rafael de Italia. No les eran inferiores, y no se parecían en nada. Una elegancia lineal, una seguridad en el trazo, una paleta de seis colores que daba la impresión de contenerlas todas.

—En París se cuelgan cosas de trazo menos seguro —dijo Jollois.

La cámara funeraria contenía todavía el sarcófago de granito rojo, esculpido con escenas religiosas. Demasiado pesado para los saqueadores antiguos.

—Mire los jeroglíficos —dijo Denon sin apartar los ojos del sarcófago—. Cada signo tallado como por un joyero. Es lo último que el muerto debía ver.

—Pensaban la muerte como un viaje. Pruebas, puertas, guardianes… Nuestros teólogos nunca lo han hecho tan complicado, y Dios sabe que lo han intentado.

—Otros comprenderán —respondió Jollois—. Necesitarán nuestras copias para verificar.

En la tercera tumba de la jornada, fuera del valle, en la ladera de la colina de Gurna, allí donde reposaban los particulares —una cámara modesta, probablemente la de un funcionario de rango intermedio—, Denon encontró en el suelo un rollo de papiro parcialmente desenrollado. Los saqueadores lo habían dejado, sin oro ni valor comercial inmediato. Lo recogió con precaución. El papiro estaba seco, quebradizo en los bordes, pero el corazón del rollo había resistido. Lo desplegó sobre la rodilla.

El documento medía cuarenta centímetros de alto por más de dos metros de largo. Estaba cubierto de columnas de jeroglíficos en negro, con viñetas ilustradas en tinta roja y ocre, entre ellas una balanza en uno de cuyos platillos había una pluma y en el otro un corazón humano; un hombre arrodillado ante cuarenta y dos jueces; Anubis, con cabeza de chacal, sosteniendo un cetro uas. Era lo que más tarde se llamaría el capítulo ciento veinticinco del *Libro de los Muertos*. La psicostasia, el juicio del alma.

Denon no sabía leer aquel texto, nadie entonces sabía, pero reconoció las viñetas por haberlas visto en otros muros. Enrolló el papiro con cuidado y lo envolvió en el lino de su pañuelo. En París, Marcel lo estudiaría, cosa para la que el papiro no se había hecho. Denon deslizó el paquete al fondo de su morral.

En la cuarta tumba de la jornada, Denon encontró un segundo papiro. Este era más grande que el primero. Se inclinó para cogerlo.

El soldado de la escolta había llegado antes que él, o casi. Habían visto el papiro al mismo tiempo, pero el soldado había dado un paso mientras Denon aún calculaba, y su mano ya estaba encima. Se miraron un segundo. Entonces Denon tomó el papiro de las

manos del soldado. Sin brusquedad, pero también sin vacilar. Dijo solamente : «Comisión de Ciencias y Artes». El soldado lo soltó. No tenía en realidad ningún argumento que oponer.

La Comisión de Ciencias y Artes era una autoridad legítima. Denon tenía derecho a requisar documentos científicos.

El soldado había abandonado la cámara. Denon se quedó solo con su antorcha y el nicho vacío. Su gesto había sido legal, rápido, decidido, sin consulta, y había reproducido el del soldado. La mano tendida hacia un objeto que no le pertenecía, el valor estimado en un instante, la incautación. La única diferencia era el nombre que se daba a ese gesto según quién lo hiciera. Salió de la cámara sin volverse. Su diario personal conservó una sola línea : «Cogido el papiro antes que el soldado».

El soldado, por su parte, no se marchó con las manos vacías. Volvió a la cámara y recogió lo que Denon había dejado. Tres amuletos de fayenza rotos, un fragmento de cartonaje dorado, una esquirla de caliza pintada con un ojo udjat legible. Objetos de segunda categoría que Denon no había juzgado dignos de su zurrón. El soldado los metió en el suyo y volvió a bajar silbando.

Al mediodía, Jomard bajó de su cornisa y se reunió con Denon.

—Su tumba de Gurna se halla a ciento treinta y dos metros al este del punto que he medido como cima del acantilado.

—¿Y eso sirve de algo? —preguntó Denon, que se limpiaba las manos cubiertas de polvo calcáreo.

—Cuando alguien quiera excavar este valle, mi mapa le dirá por dónde empezar. Por ahora nadie sabe cuántas tumbas permanecen aún ocultas bajo la arena.

Denon miró las columnas de cifras del cuaderno de Jomard sin comprender los cálculos.

—¿Usted ya piensa en quienes vendrán después de nosotros?

—Desde el primer día. No lo haremos todo. Que puedan al menos retomar la tarea allí donde nos hayamos detenido.

De vuelta en el campamento, no fueron las tumbas del Valle de los Reyes lo que ocupó a Jomard, sino el saqueo.

Había visto actuar al mismo tiempo cuatro lógicas distintas. Los guías de Gurna explotaban las tumbas que los sabios les hacían revelar, y un comercio antiguo se desbocaba bajo la nueva demanda. Los soldados recogían lo que podían cargar, sin organización, sin criterio. Los oficiales compraban con discreción y dinero limpio. Los comisarios requisaban con autoridad, método y documentación. Y él mismo, con sus mediciones. Y Denon, con sus cuadernos y sus zurrones.

Las cuatro desembocaban en el mismo resultado. Objetos que habían estado en Egipto ya no estaban allí. Lo que le turbaba, más que la cantidad, era la ausencia de una línea divisoria nítida entre lo legítimo y lo que no lo era. La Comisión tenía el mandato de recoger especímenes científicos, pero nadie había definido ese mandato. No decía qué se podía tomar. Decía que se estaba allí por la ciencia, y la ciencia decidía.

En su diario escribió : «La distinción entre colección y saqueo es una distinción de destino, no de acto. Nosotros recogemos para París. Ellos saquean para sí mismos. El Valle de los Reyes no hace la diferencia». Deslizó el diario bajo su equipaje y no habló de ello con nadie.

En la llanura, al pie del acantilado, Desaix se detuvo ante el coloso derribado de Ramsés II. El rostro sereno miraba al cielo. El pecho llevaba inscripciones que proclamaban sus títulos : Dueño del universo, Señor de las dos tierras.

—Este Ramsés mandaba sobre decenas de miles de hombres —dijo Desaix—. Construía para la eternidad. Y ahí lo tiene, en la arena, con la nariz rota.

Jollois dejó en el suelo su cadena de agrimensor y examinó la estatua con ojo de ingeniero.

—Granito de Asuán. Doscientos kilómetros al sur. Bloque en bruto extraído allí, transportado flotando hasta Tebas con la crecida, esculpido aquí. Fue la montaña la que vino al templo.

El 30 de enero, antes del alba, Jomard y Denon esperaron ante los Colosos de Memnón a que saliera el sol. Los primeros rayos tocaron la piedra. No ocurrió nada. El coloso llevaba casi dieciséis siglos sin cantar. Se miraron.

—Ya no canta —dijo Jomard—. Dicen que enmudeció cuando un emperador romano lo mandó reparar. Quizá la piedra, al dilatarse con el calor repentino de la mañana, hacía vibrar sus fisuras. Un fenómeno físico, nada más.

—Sin duda. Pero los peregrinos que lo oían no tenían su explicación térmica. Para ellos, la estatua hablaba. Vaya usted a quitarles eso con un termómetro.

Desaix pasó a ver los colosos a primera hora de la mañana y contempló un momento los rostros impasibles.

—Impresionante —dijo—. Los mamelucos me ocupan más. La columna levanta el campamento esta noche. Reúnanse con nosotros cuando hayan terminado. Y se marchó.

Jomard se quedó ante los Colosos de Memnón tras la partida de Desaix. Dieciocho metros de cuarcita sentada en la llanura, sin templo alrededor, sin contexto arquitectónico visible, en medio de la nada, y sin embargo visibles a cinco kilómetros. Eso era lo que ni los soldados ni los mercaderes de Gurna podrían llevarse, y lo que solo tenía sentido allí, en aquel paisaje concreto.

Los objetos portátiles rompían ese vínculo desde el instante en que se los cogía. Un *ushebti* de fayenza en una tumba del Valle de los Reyes estaba en su lugar. Se había fabricado para estar allí, para acompañar a aquel muerto concreto en aquel viaje concreto.

Después guardó su cuaderno, recogió sus instrumentos y volvió a bajar hacia el campamento. Tras él, los colosos seguían mirando hacia el este.

IV - Asuán

Desaix, por su parte, no había esperado. Ya la noche del 30 de enero había hecho levantar el campamento, y Denon, que se había quedado rezagado con Jomard y Jollois, había tenido que cerrar sus cartones de Tebas para alcanzar la columna a marchas forzadas, cosa que hicieron el 31. Devilliers no recorrería ese camino hasta más tarde.

La columna remontó hacia Asuán, doscientos kilómetros al sur. El paisaje se estrechaba.

A medida que se avanzaba hacia el sur, la población cambiaba. Los nubios, de piel más oscura, sustituían poco a poco a los fellahs árabes. Los cultivos también. El dura, sorgo africano, desplazaba al trigo. Las casas se volvían más bajas, construidas con adobe, con las fachadas sin ventanas. El ejército francés atravesaba una región a la que ningún ejército europeo había llegado desde los romanos.

Los habitantes de las aldeas veían pasar la columna desde las azoteas. No huían. Observaban. Desde hacía siglos, los fellahs del Alto Egipto habían aprendido a esperar a que los ejércitos pasaran. Sabían lo que costaba la resistencia y lo que valía la cooperación, y no ofrecían ni una ni otra. Jollois anotó esa diferencia en su cuaderno, sin apearse del caballo.

La columna se llevaba objetos desde el principio. Jollois lo había comprendido observando las bestias de carga. A la salida de Tebas, las mulas transportaban las raciones, el material de campamento, los cofres de municiones. Dos días después, las mismas mulas llevaban cargas suplementarias. Sacos de lona, cajas de madera improvisadas atadas encima como sobrecarga. Los soldados las habían fabricado ellos mismos en los vivacs vespertinos.

Una tarde, Jollois se detuvo junto a una mula especialmente cargada. El saco de lona estaba mal cerrado. Asomaba una esquina de caliza esculpida, un fragmento de bajorrelieve de unos sesenta centímetros por cuarenta, que representaba la parte inferior de

una figura en procesión. El bajo de la túnica, los pies, la parte baja de un cetro. Reconoció el estilo. Época ptolemaica, probablemente material reutilizado del yacimiento.

El soldado que guiaba la mula advirtió su mirada. Volvió a cerrar bien el saco, sin prisa, y reanudó la marcha.

—Egipto se va hacia el norte a lomos de mula —dijo Jollois a Denon en el vivac.

—Una parte de Egipto. La más ligera.

—Y la más portátil. Eso es lo que decide qué se va y qué se queda. No el valor. No la importancia histórica. El peso.

Jomard, que cabalgaba junto a ellos, reflexionó un momento.

—Lo cual significa que la historia de Egipto que verá París será la historia de lo que pesaba menos de veinte kilos. Todo lo demás se quedará aquí.

Aquella noche, sentado a orillas del Nilo, Jomard evaluó maquinalmente la anchura del cauce. Trescientos metros, a ojo. Corriente moderada.

El Nilo iba hacia el norte. Y lo que ellos se llevaban, también. El ejército tenía sus vías de abastecimiento, sus convoyes fluviales, sus embarcaciones que descendían hacia El Cairo con los informes y la correspondencia. En esos mismos barcos viajaban las cajas oficiales de la Comisión y los bultos oficiosos de los oficiales, mientras que los sacos atados a las bestias de carga seguían la orilla.

El Nilo era la vía de transporte desde hacía cuatro mil años. Los faraones habían hecho descender el granito de Asuán hacia Tebas por sus aguas. Los romanos habían hecho bajar los obeliscos hacia Alejandría, con la corriente. Ahora los franceses hacían bajar hacia El Cairo lo que los siglos habían dejado en el Alto Egipto, en barco cuando lo había, a lomos de mula el resto del tiempo.

El ejército se había detenido en una docena de lugares desde su salida de El Cairo. Cada alto producía su contingente de objetos. Todo lo que podía transportarse se deslizaba hacia el norte, atraído por el mercado parisino, las colecciones privadas, el Museo Central de las Artes. No había un responsable único. Había una pendiente, y los objetos seguían la pendiente.

El 1 de febrero, alto para pasar la noche en Kom Ombo.

Jollois distinguió el templo antes de apearse del caballo. Estaba casi sepultado bajo la arena.

Pasó la tarde de alto, y luego el amanecer siguiente, tendiendo su cadena de agrimensor en las partes despejadas del templo. Los bajorrelieves tenían una gran nitidez —el arte egipcio había conservado su lenguaje visual más tiempo que cualquier escuela europea— y la arena le llegaba a los tobillos.

—Estos instrumentos —dijo Jollois, deteniéndose ante un registro en una sala interior—. Escalpelos, pinzas, sondas. Sus médicos operaban. Ningún autor antiguo habla de ello con tanta precisión.

Denon copiaba los instrumentos uno a uno en su cuaderno, anotando dimensiones y función probable.

El cirujano militar del batallón —un tal Bruyant, antiguo alumno de la Escuela de Cirugía de París— vino a ver las copias de Denon. Examinó los dibujos en silencio durante largo rato.

—Este escalpelo curvo, ahí. —Señaló el muro—. Se utiliza para las incisiones abdominales profundas. La curvatura permite deslizarlo bajo los órganos sin perforarlos. Creía… me enseñaron que era un invento de los últimos diez años.

—Estas sondas con oliva —dijo Denon, con el lápiz tendido hacia el muro—. ¿Las reconoce?

—Para el cateterismo uretral. Misma forma, mismo tamaño. Bronce en lugar de acero, pero es el instrumento. Alguien aquí tropezó con el mismo problema anatómico, solo, dos mil años antes que nosotros.

Bruyant se entretuvo otra hora sobre los dibujos, identificando los instrumentos uno por uno y explicando su uso, y Denon anotaba las explicaciones al margen de sus bocetos, con una letra cada vez más apretada.

—Debería venir mañana por la mañana —dijo Denon—. Hay más registros médicos en las salas del fondo.

A la mañana siguiente, Bruyant y Denon recorrieron juntos las salas interiores del templo, el cirujano identificando los instrumentos y dictando sus usos mientras Denon dibujaba y copiaba. Aquel trabajo de una tarde y una mañana se quedaría en los cartones de Denon. Las láminas de Ombos de la *Description* las dibujarían más tarde Jollois y Devilliers.

Mientras tanto, Jollois medía. La arena que había enterrado el templo también lo había salvaguardado. Cada levantamiento se lo confirmaba. Se lo comentó a Desaix durante una pausa.

—Si de verdad queremos preservar este templo —dijo Jollois—, hay que dejarlo como está. No despejar nada. La arena lo protege mejor que nosotros.

—¿Me aconseja que no haga nada? —dijo Desaix con un asomo de diversión.

—Le aconsejo… —Jollois buscó las palabras—. Que considere que nuestra presencia aquí no es necesariamente beneficiosa para lo que hemos venido a estudiar.

Desaix no respondió. Tenía un ejército que alimentar y una guerra que terminar, y ya miraba hacia los caballos.

Jollois observó lo que salía del templo. Unos soldados emergían de las salas interiores con sacos más pesados, unos oficiales compraban piezas al mercader de Edfu venido expresamente, el propio Denon adquiría dos piezas tras una negociación llevada a cabo por Hassan.

Así había ocurrido en Dendera, en Tebas. Así ocurriría en Asuán. Los soldados tomaban, los mercaderes locales abastecían, los

intermediarios facilitaban y los sabios compraban, sin que nadie les discutiera ese derecho.

Dos entradas, dos salas hipóstilas, dos santuarios. El templo estaba dedicado a dos dioses —Sobek y Haroeris— con una simetría rigurosa, y Jollois, con la cadena en la mano, encontró los dos ejes ligeramente desplazados, lo justo para alojar a dos dioses iguales sin que uno pasara por delante del otro.

—Uno diría que está bajo un arco de triunfo, en Roma —dijo Denon a Jomard, señalando los registros de prisioneros arrodillados ante el faraón victorioso.

—Quizá no haya cien maneras de mostrar quién ha ganado.

En la mañana de la partida de Kom Ombo, Denon vio a dos suboficiales forzar a mazazos un bajorrelieve de la pared interior del santuario. La losa representaba instrumentos quirúrgicos semejantes a los que Bruyant había identificado. Un hombre podía cargar con ella.

—Deténganse —dijo Denon.

—Tenemos autorización. El capitán Lachèze dijo que se podía.

Denon fue a buscar a Desaix. Desaix hizo llamar al capitán Lachèze. Este no lo negó. Había visto a otros oficiales hacer lo mismo en Tebas, en Dendera. No sabía que estuviera prohibido.

—Estos monumentos pertenecen a la Comisión —dijo Desaix—. No tocarán nada sin mi orden por escrito.

Lachèze se retiró. La losa estaba fracturada en la base. Los mazazos ya habían hecho su trabajo. No había modo de volver a colocarla en su sitio. Denon la tomó con ambas manos y la dejó en el suelo, plana. No era mejor. Pero era menos grave que dejarla caer.

Una vez marchado Lachèze, Denon se reunió con Desaix, que se había quedado un poco apartado, antes de que la columna se pusiera en marcha.

—¿Ocurre a menudo?

—Más a menudo de lo que sé. Un soldado que lleva dos meses marchando, que ve piedras cubiertas de signos… toma lo que puede levantar. No puedo vigilar cada templo.

—Y la diferencia entre lo que usted no puede vigilar y lo que la Comisión recoge oficialmente, ¿cómo la formula?

—Ustedes tienen formularios. Sus comisarios tienen mandatos. Los soldados tienen sacos. No es lo mismo.

Miró a Denon.

—Es insuficiente. Yo lo sé, usted lo sabe. Pero es la única distinción que puedo ofrecerle.

Dio unos pasos hacia su caballo, luego se detuvo y se volvió hacia el templo.

—Este. Entré anoche, solo. Veinte minutos en la oscuridad, ante esas columnas. No sé qué comprendí. No lo olvidaré. —Tomó las riendas—. Nos reencontraremos en Asuán.

Cuando la columna se puso en marcha, Denon volvió a ver la losa fracturada. Había desaparecido. Alguien —no Lachèze, el oficial llamado al orden estaba vigilado— se la había llevado de todos modos. Presentó una declaración escrita ante Desaix. Desaix la archivó sin más trámite. Denon no tenía testigo, ni nombre, ni prueba. La losa iba en el equipaje de alguien entre Kom Ombo y Asuán.

Ese día, a una hora de marcha de Kom Ombo, Jollois desvió su caballo hacia una pequeña capilla de arenisca visible a cincuenta metros del camino. Había quedado parcialmente despejada de arena al paso de los batallones de cabeza.

Los muros seguían en pie. El techo de madera se había hundido. En el interior, las pinturas murales eran visibles en tres caras. Procesiones, divinidades en barca, inscripciones jeroglíficas que corrían en dos registros. Unos nichos habían albergado estatuillas. Estaban vacíos. En el suelo había esquirlas de fayenza, fragmentos de figurillas rotas al arrancarlas de sus pedestales.

Soldados de un batallón de cabeza habían pasado al amanecer, deprisa y sin vacilar. Jollois lo dedujo por las huellas recientes de botas en la arena y por el mortero todavía blanco en el borde de los nichos vaciados.

Empezó a describir en su cuaderno las pinturas murales, las únicas que nadie había tocado, demasiado altas para alcanzarlas con facilidad. Entonces algo atrajo su atención. En el registro superior, a la derecha del tercer panel, una inscripción cursiva se extendía a lo largo de cuatro líneas. La copió signo por signo, con una precisión maniática, en tres cuartos de hora de trabajo bajo el calor del día.

Sería la única copia existente. La capilla se derrumbaría en los años siguientes. El cuaderno, en cambio, permanecería en los archivos.

Jollois guardó el cuaderno en su cartera y volvió al trote a unirse a la columna.

La progresión hacia Asuán, después de Kom Ombo, dejó poco tiempo para las paradas. Jollois dibujaba a caballo lo que podía, esbozando las siluetas de templos entrevistos desde el camino. Aquellos croquis rápidos tenían una viveza que los levantamientos no siempre lograban. La luz de un momento preciso, la relación entre un monumento y su entorno inmediato.

—Dibuja usted como un soldado que marcha —dijo un joven oficial que observaba trabajar a Jollois—. Sin detenerse.

—Los templos no me esperarán —respondió Jollois sin levantar el lápiz.

El 2 de febrero, la expedición llegó a Asuán. La primera catarata hacía difícil la navegación hacia el sur. Era la frontera natural de Egipto desde la Antigüedad. Desaix estableció su campamento y dejó que los sabios exploraran.

—Concédame unos días para Filé —dijo Denon—. Norden la dibujó hace más de sesenta años —y mal, entre nosotros—. Podemos hacerlo mejor.

En Asuán, antes de la partida hacia Filé, el mercado de antigüedades fue el más activo que Jollois había observado desde el comienzo de la campaña. La noticia de que el ejército iba a reanudar pronto la ruta del norte se había extendido por las aldeas de la región. Los vendedores llegaban de lejos. Se instalaban en los aledaños del campamento desde el alba, con sus sacos y sus cofrecillos. Ya no se trataba del mercado discreto de un solo intermediario. Se regateaba a voz en cuello, y el precio cambiaba según el comprador y el vendedor.

Jollois observó las transacciones durante una hora. Vio pasar de mano en mano *ushebtis* de madera pintada, figurillas de fayenza que representaban a Horus, Isis, Anubis, escarabeos de todos los tamaños, amuletos de piedra, un fragmento de cartonaje dorado que procedía probablemente de un ataúd, dos estatuillas de bronce con pátina antigua, varios vasos de alabastro calizo, uno de los cuales conservaba aún su tapa.

Los precios eran más elevados que en Dendera o en Tebas. Los vendedores sabían que era la última ocasión. Después de la marcha de los franceses, habría que esperar al siguiente paso.

Los objetos pasaban de una mano a otra al ruido de las piastras contadas.

V - Filé

En febrero, Denon embarcó en una faluca rumbo a Filé, acompañado de Hassan. La travesía de la catarata se hizo a pértiga, entre las rocas a flor de agua y los remolinos, y los marineros nubios gritaban cada paso antes de alcanzarlo. Luego la isla emergió. Cuatrocientos metros por ciento cincuenta, ocupada casi por completo por los templos ptolemaicos.

—Dios mío —murmuró Denon.

—Todo el ritual está aquí —dijo Denon al terminar el croquis de una sala lateral—. Cada gesto, cada ofrenda. Si se descifran los textos de al lado… se sabrá lo que significa cada uno.

—Y aquel —añadió, señalando con el lápiz el pequeño pabellón de columnas en el extremo de la isla—. Los grandes templos abruman. Este convence.

El quiosco de Trajano —llamado así porque sus bajorrelieves representaban a este emperador romano como faraón— era la estructura más ligera de la isla. Catorce columnas de capiteles florales que sostenían un entablamento de arenisca fina. En el interior, los emperadores romanos de los primeros siglos cumplían los ritos faraónicos tradicionales, en las mismas posturas que sus predecesores. Bloques de tamaño modesto, transportables por unos pocos hombres, y bajorrelieves de una finura poco común.

Denon permaneció largo rato ante el quiosco. Desmontar unos cuantos bloques decorados era factible. La escolta estaba allí, los soldados podían cargarlos, Hassan podía negociar con los marineros el transporte hasta Asuán. Sería legal, tenía sus formularios de la Comisión en la cartera. Ningún bloque pesaba más de unos cientos de kilos.

Decidió no hacerlo.

No por principio moral. Ya no se concedía esa virtud después de lo que había tomado desde Dendera. No quería que Filé se pareciera a los demás yacimientos cuando otros llegaran allí. Algo en aquella ligereza arquitectónica, en aquella elegancia a escala humana, pedía permanecer entero. Sin sus bloques, el quiosco ya no sería lo que era, un pabellón, una conversación entre la columnata y el cielo, sino una ruina entre las ruinas.

Era la primera vez desde la partida de El Cairo que tomaba esa decisión de forma consciente, nombrando las razones, sopesándolas. Lo consignó en su diario aquella noche, tan inusual le parecía el gesto. «Filé. El quiosco. Decidido no tomar. No por escrúpulo. Por negarme a destruir lo que me conmueve».

Las rocas que rodeaban Filé llevaban inscripciones de peregrinos antiguos. Nombres, fechas, oraciones. Denon copió varias, anotando su posición y estado de conservación, y luego copió las

demás. Incluso las menos legibles. Incluso las medio borradas por el Nilo en crecida. El sol calentaba tanto la piedra que tuvo que apoyar el cuaderno en la rodilla.

—Esos los prefiero a los templos —dijo Hassan—. Peregrinos corrientes. Venían a rezar a Isis, grabaron su nombre. No para la posteridad. Para… haber pasado.

—Como nuestros cuadernos —dijo Denon—. Pasamos por aquí, vimos esto. Solo que nosotros lo llamamos ciencia.

—Y la hacemos, ¿no?

Denon se tomó el tiempo de soplar sobre la página para quitarle la arena.

—Sí. Pero dejamos otras huellas. Los nichos vacíos. Las cajas a lomos de mula. Esas… no se encontrarán en ningún informe.

El 25 de febrero, Denon abandonó Asuán a caballo con la columna, mientras el equipaje y las cajas descendían en las barcas que sesenta jinetes de escolta bordeaban por la orilla. Desaix, lanzado tras las huellas de Murad Bey, había confiado la columna a Belliard. Cerca de novecientos kilómetros lo separaban de El Cairo, adonde no volvería antes del verano. Hassan viajaba con él como intérprete. Las tropas retomaban el camino que habían hecho al subir.

El viaje hasta Hermontis duró nueve días. La columna descendía el río a razón de una veintena de kilómetros diarios, deteniéndose en las aldeas para aprovisionarse de agua y víveres. Cerca de treinta grados a la sombra. La marcha se hacía del alba al mediodía, y se reanudaba tras cuatro horas bajo las lonas, donde las moscas no dejaban dormir.

Cerca de una aldea cuyo nombre nadie conocía, un soldado se desplomó durante la marcha. Un golpe de calor. Lo llevaron a la sombra de una palmera. El cirujano mayor le dio de beber y le mojó la cabeza con agua del Nilo. El hombre recobró el conocimiento al cabo de una hora, pero no podía caminar. Lo cargaron

en un mulo. Murió durante la noche. Lo enterraron al amanecer en la arena, a cien metros del vivac. Ni cruz ni lápida. El sargento anotó el nombre y la fecha en el registro de la compañía.

Entre Kom Ombo y Edfu, dos soldados se pelearon por una figurilla de fayenza comprada en el mercado. El primero sostenía que la había visto antes que el otro, el segundo la había pagado. Llegaron a las manos delante de la tienda del sargento mayor. Este salió, los separó, confiscó la figurilla, la guardó en su propio saco. Los dos hombres protestaron. El sargento dijo que el objeto pasaba a ser propiedad de la compañía y que el primero que volviera a hablar de él tendría diez días de faenas. El asunto quedó ahí.

Unos días después, la columna atravesó una aldea abandonada. Treinta casas de adobe, todas vacías. Ni rastro de combate. Los habitantes se habían marchado antes de la llegada del ejército. Un teniente mandó registrar las casas. Hallaron jarras enterradas en tres patios distintos. Grano, dátiles, aceite. Las jarras se añadieron a las requisas. En una cuarta casa, un escondrijo bajo el suelo contenía seis escarabeos de fayenza, tres brazaletes de cobre y un espejo de bronce. El teniente entregó los escarabeos al capitán, se quedó con los brazaletes y dejó el espejo a los soldados que habían encontrado el escondrijo.

Al caer la tarde, cuando la columna se acercaba al desfiladero de El Kab, un jinete llegó al galope desde la vanguardia, con el caballo cubierto de espuma. Buscaba al general Belliard. Lo condujeron a la cabeza de la columna. Habló deprisa. Belliard hizo una seña a los oficiales para que se acercaran.

—Hay un bloqueo en el camino. Fellahs armados. Una veintena de hombres. Cortan el paso a la altura del desfiladero.

—¿Piden algo?

—No hablan francés. El intérprete no ha podido acercarse. Han disparado al aire.

Belliard reflexionó unos segundos.

—¿Rodeamos por el este?

—Imposible. El terreno es intransitable. Habría que dar un rodeo de tres días.

—Bien. Forzamos el paso. La caballería delante, la infantería detrás. Denon, usted se queda en medio de la columna con las mulas.

La columna se puso de nuevo en marcha. Una hora más tarde llegó al desfiladero. Los fellahs estaban allí, armados con palos, lanzas y unos pocos mosquetes viejos. Se habían apostado de lado a lado del camino, inmóviles.

Belliard hizo avanzar a la caballería al paso. Los fellahs no se movieron. A cincuenta metros, Belliard alzó la mano. La caballería se detuvo. Hizo una seña a Hassan para que se acercara.

—Diles que solo queremos pasar. No tocamos nada. No requisamos nada en su aldea.

Hassan avanzó a pie, solo, con las manos abiertas ante sí. Habló en árabe. Uno de los fellahs respondió. Hassan volvió.

—Dicen que el ejército se llevó todo su grano hace dos semanas. No les queda nada. Quieren que les devolvamos el grano o que paguemos.

—Hace dos semanas no nos llevamos nada. No fuimos nosotros.

—Dicen que eran soldados franceses. No distinguen entre destacamentos.

Belliard permaneció en silencio un momento. Luego sacó una bolsa de su silla de montar y se la lanzó a Hassan.

—Treinta y cinco piastras. Diles que es todo lo que tengo. Si quieren más, tendrán que dejarnos pasar de todos modos.

Hassan regresó junto a los fellahs con la bolsa. Habló con el mismo hombre. El hombre tomó la bolsa, la sopesó y deliberó con otros dos. Luego se apartaron del camino sin decir palabra. La columna pasó. Los fellahs miraron desfilar a los soldados en

silencio. Cuando pasó la última carreta, los fellahs regresaron a su aldea.

En Hermontis, la columna hizo alto durante dos días. Belliard quería esperar noticias de los mamelucos, de los mequíes y del resto del ejército, dispersado en numerosos puntos. El vivac se instaló al pie del templo. Los soldados dormían a la sombra de sus muros. Algunos subían a los tejados para ver el Nilo. Otros se quedaban bajo las tiendas, demasiado cansados para moverse, con las botas todavía puestas.

La noche de la llegada, un soldado de la segunda compañía robó la ración de pan de otro durante el reparto. El robado se dio cuenta, alcanzó al ladrón y le rompió dos dientes de un puñetazo. El ladrón respondió y sacó el cuchillo. Hicieron falta cuatro soldados para separarlos. El sargento los hizo poner en grilletes por la noche. A la mañana siguiente los juzgó el capitán. El ladrón recibió veinte palos. El robado fue puesto en libertad sin sanción.

La noche siguiente, Belliard convocó a los oficiales en su tienda. Sus espías acababan de informarle. Osman Bey y los mequíes, decían, iban a cruzar el Nilo en Qena; tenían cañones, habían destruido la flotilla del Nilo, y Desaix, que había salido en persecución de Murad Bey, no podía ser localizado. Bonaparte había partido hacia Siria con el grueso del ejército. Había que marchar al encuentro del enemigo lo más deprisa posible. Belliard puso el dedo sobre el mapa, a la altura de Qena.

—No habrá más paradas después de Hermontis. Qus, luego Qena. Tres días como máximo.

—¿Y Tebas? —preguntó un teniente—. Los sabios querían…

—Pasamos de largo.

Denon, que estaba presente, no esperó a que le dieran la palabra.

—Entonces una parada aquí, mañana por la mañana. El templo de Hermontis. Seis horas.

—Imposible.

—Seis horas, general. No pido nada más.

Belliard lo miró largo rato y luego dobló el mapa.

—Seis horas en el templo, mañana, desde el alba. Ni una más. Si a mediodía no ha vuelto, partimos sin usted.

Al día siguiente, desde el alba, Denon se dirigió al templo con Hassan y dos soldados de escolta. Fue directamente a la sala del fondo, medio cubierta de arena, al final del corredor principal. La arena crujía bajo sus suelas. En el muro oeste, hileras de cartuchos grabados, decenas de nombres de soberanos alineados en registros.

Permaneció de pie ante el muro durante dos horas, mirando las inscripciones que no podía leer. Hassan se había sentado en el suelo junto a la entrada. Fuera, los dos soldados jugaban a los dados.

Un hombre entró en la sala. Un fellah de unos cuarenta años, turbante blanco, sandalias de cuero. Llevaba un bulto envuelto en un paño basto. Se acercó a Denon y desenvolvió el paño ante él. Un fragmento de caliza de cuarenta centímetros de lado que mostraba tres cartuchos completos.

El hombre señaló el fragmento. Cinco dedos levantados.

—Cinco piastras.

Alzó los ojos hacia la parte alta del muro, que la penumbra le había ocultado hasta entonces. Un hueco reciente en la hilera decimoséptima, allí donde estaban esos tres cartuchos. Los bordes de la caliza eran blancos, recién cortados. El hombre había extraído la pieza durante la noche o de madrugada.

Denon sacó cinco piastras de su bolsa y se las dio. El fragmento fue a parar a su morral de cuero. El hombre tomó el dinero y se marchó.

Denon no volvió a salir de la sala. A las once y media, uno de los soldados entró corriendo, sin aliento.

—Señor, el general manda ensillar los caballos.

Salió del templo. La columna ya estaba en formación de marcha. Montó a caballo y alcanzó la cabecera al galope, con el morral golpeándole el muslo. Belliard lo vio pasar sin hacer comentario alguno. La columna se puso en camino.

La columna atravesó Tebas esa misma tarde, sin detenerse. Denon vio deslizarse a lo lejos los pilonos de Karnak y de Luxor, sin poder medir uno solo, y dejó allí más pesar que en ningún otro lugar del camino. Circulaban noticias contradictorias. El ejército turco avanzaba, los ingleses bloqueaban todos los puertos, decía uno. Otro juraba lo contrario.

Todavía hubo el combate de Benut, la reconquista de Qena, un segundo viaje a Dendera, la marcha sobre Quseir con Belliard a finales de mayo. Denon dejó el Alto Egipto el 5 de julio y no volvió a ver El Cairo hasta el 20. Los soldados fueron alojados en los cuarteles de la Ciudadela. Él fue directamente a la dependencia norte del palacio de Hassan-Kashif, donde se hallaban los equipajes de la Comisión.

El almacén estaba cerrado. Esperó una hora a que llegara un intendente con la llave. Olor a paja y a polvo caliente. Sus doce cajas estaban allí, contadas entre las noventa y seis del inventario, alineadas contra el muro sur, etiquetadas de su puño y letra. Abrió la primera, comprobó rápidamente el contenido y la cerró. No faltaba nada. Se dirigió al palacio.

El general Dugua, que mandaba El Cairo, lo recibió de inmediato. Estaba de pie junto a una mesa cubierta de mapas del Delta y de la costa de Abukir. Un gesto hacia una silla.

—¿Ha terminado su campaña en el Alto Egipto?

—Sí. De Dendera a Asuán. Todos los monumentos principales.

—¿Sirven los dibujos para la *Description*?

—Cincuenta y tres folios. Templos, tumbas, colosos, bajorrelieves.

—Bien. Escúcheme. El general en jefe ha partido para detener al ejército turco que acaba de desembarcar en Abukir, antes de que

llegue hasta aquí. Sus órdenes no cambian. Usted se queda en El Cairo. Coordina el Instituto con Monge y Berthollet. Las exploraciones del Delta continúan. Las excavaciones de Saqqara continúan. La *Description* continúa. ¿Me comprende?

—Comprendo.

—Si los ingleses desembarcan también durante su ausencia, hará evacuar las colecciones hacia el sur, hacia el Alto Egipto que el ejército aún controla. Lo perderá todo salvo eso. ¿Está claro?

—Está claro.

—Entonces salga. Tengo trabajo.

Dugua ya estaba inclinado sobre sus mapas cuando Denon cerró la puerta.

Bonaparte, de regreso de Siria a mediados de junio, había salido de El Cairo unos días antes rumbo a la costa. Denon se quedó en El Cairo con Monge, Berthollet, Fourier y la treintena de sabios que se habían quedado allí.

Durante la ausencia de Bonaparte, Denon organizó el trabajo del Instituto. Monge supervisaba las exploraciones de la región menfita, Berthollet redactaba sus observaciones sobre el natrón, Geoffroy Saint-Hilaire proseguía sus estudios zoológicos en el Delta. Fourier se ocupaba de la correspondencia con las secciones de provincias.

Pocos días después de su regreso, Denon convocó una reunión. Todos los miembros presentes en El Cairo acudieron. Treinta sabios e ingenieros apretujados en la gran sala, con las ventanas abiertas al calor. Abrió la sesión a las diez.

—Señores, Bonaparte está en la costa, donde han desembarcado los turcos. No tenemos noticias precisas. Los ingleses siguen controlando el Mediterráneo. Propongo que preparemos un plan de transporte por si se presenta una ocasión.

Monge levantó la mano y habló antes de que le dieran la palabra.

—¡Esperemos a Bonaparte, vamos! Él decidirá, siempre decide, y además le gusta que se le espere…

—¿Y si no regresa? —dijo Fourier, sin levantar la vista de sus columnas de cifras.

Nadie respondió. Berthollet se quitó las gafas.

—Denon tiene razón. Preparar un plan nunca hundió un navío. El día en que tengamos uno, estaremos listos. Suponiendo que ese día llegue.

La propuesta fue aprobada. La sesión se levantó a mediodía.

De Siria, Bonaparte había traído menos de diez mil de los trece mil hombres que habían partido con él, los demás muertos, enfermos o apestados. La ofensiva había fracasado, y todos, en el Instituto, lo sabían sin decirlo.

Unos días después, Dugua mandó llamar de nuevo a Denon al palacio. Tenía las facciones cansadas, la corbata deshecha, mapas amontonados sobre las sillas. Ni un saludo.

—¿Su plan de transporte?

—Listo, sobre el papel. Solo faltan los navíos.

—Se quedará así. Los ingleses continúan bloqueando la costa. No habrá transporte hasta que cambie la situación.

—Entendido.

Dugua ya había vuelto a sus mapas.

Aquellas semanas fueron tranquilas. Las exploraciones y las excavaciones proseguían, la *Description* avanzaba despacio. Al anochecer, en las terrazas, se aguardaba a los correos de la costa.

VI - La piedra de Rosetta

El 15 de julio de 1799, un teniente de ingenieros llamado Bouchard supervisaba la demolición de un viejo muro del fuerte Julien, cerca de Rosetta. Un pico topó con algo.

Bouchard tenía veintiocho años y era antiguo alumno de la Escuela Politécnica. Comprendió enseguida que no era un sillar corriente. Una estela de piedra negra, de ciento doce centímetros de alto, con tres inscripciones paralelas. Hizo poner la piedra a resguardo en el fuerte, avisó al general Menou, que mandaba la plaza, y Lancret, politécnico como él, entonces en Rosetta, escribió al Instituto de Egipto, en El Cairo.

El fuerte estaba apartado de las obras corrientes. Bajo una lona, contra un muro, la piedra estaba allí a salvo.

Jean-Joseph Marcel y Rémi Raige fueron enviados a Rosetta en cuanto la carta de Lancret fue leída en el Instituto. Marcel era orientalista, especializado en las lenguas semíticas. Raige era helenista y leía con soltura el griego antiguo. Examinaron la piedra desde todos los ángulos a partir del 1 de agosto.

El texto griego, situado en la parte inferior de la estela, estaba relativamente bien conservado. Raige lo leyó en voz alta mientras Marcel tomaba notas.

—Este decreto honra al joven Ptolomeo V. Exenciones fiscales para los templos, donaciones al clero. Esas cosas que se graban en tres lenguas para asegurarse de que todo el mundo se entere.

Marcel humedeció una hoja de papel muy fino y la apretó con suavidad contra la superficie inscrita con una bola de algodón empapada en tinta diluida. Se obtenía una huella exacta, en blanco sobre fondo negro, de cada signo. La operación requería varias horas para cubrir toda la superficie.

La carta de Lancret, leída en el Instituto el 29 de julio, había sugerido que las tres inscripciones eran tres versiones de un mismo texto, una de ellas legible. El informe de Marcel y Raige lo confirmó. Denon no había visto semejante fiebre desde la llegada a Alejandría, un año antes. Si la piedra permitía descifrar los jeroglíficos, tres milenios de historia volvían a ser legibles, y con ellos todo lo que los viajeros llevaban dos siglos copiando sin comprender.

—Señores —había dicho Denon ante el Instituto, la noche en que se leyó la carta de Lancret—, quizá estemos… en fin, creo que estamos en los albores de una revolución científica.

Monge había propuesto enseguida enviar una expedición a Rosetta.

—¡Moldes de yeso! Improntas sobre papel, tantas como se pueda… Y rápido, amigos míos, antes de que alguien la dañe o la traslade.

Jomard, que había hecho el viaje desde El Cairo con ellos, asistió a las primeras improntas.

La piedra de Rosetta medía ciento doce centímetros de alto, setenta y seis de ancho y veintiocho de grosor. Peso estimado a partir del volumen y de la densidad conocida de la granodiorita, unos setecientos sesenta kilogramos. Jomard tomó él mismo esas medidas, sin que hubieran de servir de inmediato, con la cinta de cuero tendida de una arista a otra, dos veces cada una.

La estela estaba incompleta. Faltaba la parte superior, arrancada en una época indeterminada. Solo subsistían las últimas catorce líneas jeroglíficas, y aun así incompletas. Se había perdido aproximadamente la mitad del texto jeroglífico, mientras que el demótico estaba casi completo. Esa laguna complicaría el trabajo del futuro descifrador, pero la sección griega era legible en lo esencial, pese a una rotura abajo a la derecha, lo que bastaba para trabajar.

—El griego, abajo, podemos leerlo de inmediato —dijo Marcel—. Es un decreto del Consejo de los sacerdotes de Menfis en el año noveno del reinado de Ptolomeo V Epífanes. Ciento noventa y seis antes de nuestra era.

—¿Y los jeroglíficos? —preguntó Jomard.

—Probablemente el mismo texto. En fin… es lo que esperamos.

—Si es así —dijo Jomard—, podemos empezar a establecer correspondencias. Cada palabra griega tiene su equivalente

jeroglífico. Comparando las longitudes de los grupos de signos, identificando las repeticiones…

—Precisamente. Pero cuente con años.

Jomard tomó un lápiz y, en su cuaderno, empezó a anotar la frecuencia de ciertos grupos de signos en la banda jeroglífica. Cada signo, localizado, contado, tabulado. La distribución no era aleatoria.

—Mire. Este grupo de signos, encerrado en un cartucho, aparece seis veces en la parte conservada de los jeroglíficos. Ptolomeo aparece once veces en el griego… pero falta una parte del texto egipcio.

Marcel dejó de trabajar y miró.

—Es posible. Muy probable, incluso. Pero nada dice que la correspondencia sea directa, signo por signo. La escritura jeroglífica no es, con toda probabilidad, alfabética.

—Sí. Pero es un punto de partida.

Jomard subrayó dos veces el cartucho en su cuaderno.

Jomard ayudó a Marcel a tender la última hoja de impronta sobre la sección demótica. La noche estaba avanzada y la lámpara echaba humo. Fuera, el puerto de Rosetta dormía.

Jomard volvió a visitar la piedra tres veces durante los días siguientes, en Rosetta.

La primera vez trajo su cinta de cuero y midió todo lo que podía medirse. La segunda trajo su cuaderno de frecuencias y contó los grupos de signos de la banda jeroglífica, construyendo una tabla de distribución. La tercera vez no trajo nada. Se sentó frente a la piedra en un taburete. La granodiorita era fría y mate. Sin brillo, sin color. Una losa oscura, fea en el sentido corriente del término. Puso las manos planas sobre las rodillas y se obligó a no calcular. A mirar solamente. Las huellas del cincel seguían visibles en algunas letras. Alguien había grabado aquello letra a letra, durante horas. Ese trabajo seguía allí, y perduraba. Como quien mira un

mapa cuya lengua sigue sin entender, pero en el que ve trazados los caminos.

Sentado allí, veía lo que separaba aquella piedra de todo lo que la Comisión había recogido o intentado recoger desde hacía más de un año. Los *ushebtis*, los escarabeos, los papiros, los fragmentos de bajorrelieves, los tomaban porque eran bellos, raros, antiguos.

La piedra no tenía belleza. Solo valía por lo que decía, una correspondencia entre tres escrituras, una de las cuales era legible y las otras dos todavía no. Para quien trabajaba en el desciframiento, una hoja de impronta aún alabeada valía tanto como la piedra.

Un *ushebti* sacado de su tumba perdía su contexto. Esta, sacada de un muro de fortificación, no perdía nada. Hacía dos mil años que ya no tenía ninguno.

—Sigue usted aquí —dijo Marcel al entrar—. Es la tercera vez esta semana.

—Reflexiono. Los objetos que uno se lleva pierden algo. Esa… no veo qué podría perder.

Marcel se sentó a su lado.

—Salvo que se la lleven los ingleses.

—Sí. Salvo eso. Pero aun así, las improntas permanecen. Lo que dice permanece. Quizá sea lo único de toda la expedición que no se puede… robar de verdad.

Marcel había tomado una decisión sin informar a nadie.

Además de las improntas oficiales realizadas en Rosetta, hizo treinta más, ni para el Instituto ni para la *Description*, sino para distribuirlas. Preparó cinco para corresponsales europeos, a razón de una para Londres, dos para París, una para Berlín y una para Copenhague, que un oficial que regresara a Francia, quizá un ayudante de campo de Bonaparte, llevaría a través del bloqueo. Cinco científicos que estudiaban las lenguas antiguas y sabrían, con un poco de suerte, reconocer algo en ellas.

Se guardó veinticinco en reserva. Si los ingleses se llevaban la piedra, si el desciframiento había de hacerse en Londres, esas improntas permitirían a los franceses trabajar en paralelo, en igualdad de armas.

—Distribuye usted la llave antes de abrir la cerradura —dijo Denon cuando se enteró.

—Distribuyo copias de la llave. La cerradura se queda aquí. Y si los ingleses se llevan la cerradura, aún tendremos nuestras copias.

El anuncio del descubrimiento, y luego el regreso de Marcel y de Raige, provocaron una reunión extraordinaria del Instituto el 8 de agosto. Acudieron todos los miembros presentes en El Cairo. Monge presidía. Denon presentó las improntas de Marcel y el informe técnico de Raige sobre el texto griego.

La sala estaba llena. Una treintena de sabios, ingenieros, naturalistas, algunos de los cuales no habían asistido a una sesión desde hacía meses y a quienes la piedra había sacado de sus laboratorios, de sus obras, de sus misiones en el Delta.

Berthollet tomó la palabra tras la presentación.

—Si esta piedra permite el desciframiento… y digo bien si… tendremos acceso a tres mil años de archivos. Las listas reales, las batallas, los textos religiosos. Todo lo grabado en los monumentos que llevamos más de un año dibujando se volverá legible.

Geoffroy Saint-Hilaire, que nunca intervenía en los debates filológicos, levantó la mano.

—¿Cuánto tiempo hará falta para descifrar? Aproximadamente.

Marcel respondió desde el fondo de la sala.

—Años. Diez, veinte quizá. La escritura jeroglífica no es alfabética, no se pasa de un signo a una letra.

—Pero es factible —dijo Jomard—. Tenemos la correspondencia. Lo demás es trabajo.

Un ingeniero de Puentes y Calzadas, Chabrol, pidió la palabra.

—Una cuestión práctica. Si los británicos desembarcan, esta piedra será su primer objetivo. Saben lo que vale. ¿Tenemos un plan?

La sala guardó silencio. Alguien tosió al fondo. Nadie había formulado aún la pregunta de forma tan directa.

Monge miró a Denon.

—Las improntas viajan —dijo Denon—. Marcel ha preparado cinco para Europa. Aquí tenemos veinticinco de reserva. Si los británicos se llevan la piedra, el desciframiento se hará en París a partir de las copias.

—¿Y si perdemos también las improntas?

—Entonces habremos perdido.

La respuesta no satisfacía a nadie, pero no había otra. La situación militar se les escapaba, y Monge, ya, acercaba hacia sí el tintero.

Monge redactó una resolución formal según la cual la piedra de Rosetta sería trasladada a El Cairo lo antes posible, conservada en el Instituto bajo vigilancia permanente, reproducida mediante improntas tantas veces como fuera necesario y estudiada con prioridad por Marcel y Raige. La resolución fue aprobada por unanimidad.

Denon se quedó después de la sesión. Ayudaba a recoger las sillas cuando entró Fourier, con un fajo de papeles.

—¿Ha leído el último despacho?

—No.

—Kléber, en Alejandría, sigue reclamando refuerzos. Nadie le responde. Desde Siria, todo el mundo hace como si… como si el ejército se hubiera recuperado.

Denon dejó la silla que sostenía.

—Y nosotros descubrimos la clave de los jeroglíficos.

—Sí. Dos curvas. La ciencia sube mientras la expedición se derrumba.

Fourier lo había dicho sin amargura, como quien lee un registro.

Denon volvió a las improntas y las extendió sobre la gran mesa del Instituto. Jeroglíficos arriba, demótico en el centro, griego abajo. Siguió con el dedo la línea de los signos jeroglíficos. Pájaros, serpientes, ojos, manos. Formas que había copiado cien veces en Dendera, en Tebas, en Filé, sin saber nunca lo que decían.

Pensó en Bonaparte. De vuelta de Siria desde junio, quizá ya vuelto hacia Francia, sin saber que sus sabios acababan de encontrar lo que nadie había encontrado en dos mil años.

El 9 de agosto, Jomard pasó el día entero con las improntas. Había traído sus cuadernos de levantamientos de Guiza y de Saqqara, cubiertos de cartuchos dibujados durante los meses anteriores. Retomaba en ellos la hipótesis ya anotada en Rosetta, la de los cartuchos portadores de nombres, común entre los viajeros desde el siglo XVIII.

Esta vez podía comprobarla sobre las piezas.

El recuento de Rosetta seguía en pie, once Ptolomeo en griego, seis cartuchos en la banda mutilada. Puso en limpio la correspondencia en su cuaderno : «Hipótesis. Cartucho igual a nombre propio. Si se confirma, todos los cartuchos de los monumentos de Egipto contienen nombres de faraones o de divinidades».

Un año antes, la idea andaba por los relatos de viaje; ahora se apoyaba en un recuento, en una página de cuaderno manchada de hollín.

Las exploraciones continuaban. La piedra no detenía el resto.

Ni la guerra.

El 10 de agosto, un oficial pasó por el Instituto para anunciar el balance oficial de la batalla de Abukir del 25 de julio. Bonaparte había aplastado el desembarco otomano en la playa. Diez mil jenízaros muertos o ahogados, el resto capturado. Una victoria rotunda, tras el fracaso de Siria, y el ejército de Oriente conservaba Egipto. Pero Abukir, por brillante que fuese, no cambiaba nada de su aislamiento.

Denon supo la noticia por Kléber, llegado de Alejandría para el día.

—¿Bonaparte regresa a El Cairo?

—Sí. Dentro de unos días, quizá menos. No ha escrito nada claro. Pero el ejército está al límite. Eso es seguro.

—¿Y después?

—Después, ya veremos. O consolida Egipto. O regresa a Francia.

Kléber no nombró la tercera posibilidad. Bonaparte podía también seguir perdiendo hombres en campañas inútiles hasta que no quedara nada del ejército de Oriente.

Kléber miró las improntas extendidas sobre la mesa del Instituto.

—¿Esa es su piedra?

—Esa es.

—¿Y qué dice?

—Un decreto sobre los impuestos de los templos. Nada militar.

Kléber sonrió.

—Han encontrado la clave del Egipto antiguo con un texto sobre impuestos. Me gusta.

Partió hacia Alejandría aquella misma noche. Denon no volvería a verlo jamás.

El 12 de agosto llegó un mensaje de Rosetta anunciando que la piedra estaba lista para el transporte. Bouchard había supervisado la construcción de una caja reforzada. El convoy militar estaba organizado. Salida prevista el 14.

Denon escribió una nota a Bouchard : «Transporte por vía fluvial si es posible. Evitar las sacudidas del camino. Si es necesario el transporte terrestre, suspensión máxima. La piedra no debe agrietarse».

Bouchard respondió al día siguiente : «Vía fluvial imposible. Todas las barcas están requisadas para los heridos de Abukir.

Transporte terrestre con refuerzo de paja bajo la caja. Tres días de camino. Llegada prevista el 17 de agosto».

La tarde del 17 de agosto, el convoy entró en el patio del Instituto. Quince soldados de escolta, tres carretas. La piedra iba en la segunda, envuelta en lona y sujeta con correas sobre un lecho de paja.

Denon, Marcel, Jomard y seis soldados la descargaron. Setecientos sesenta kilogramos. Hicieron falta palancas, cuerdas, una rampa improvisada y algunos juramentos. La operación duró una hora. Al final, la piedra reposaba sobre un pedestal de madera en la sala principal del Instituto, contra el muro este.

Marcel retiró la lona. Apareció la granodiorita negra, con sus tres bandas de escritura grabada.

—Ni una fisura —dijo Jomard mientras inspeccionaba la superficie.

La instalaron bajo una lámpara de aceite que ardía de forma permanente. Dos centinelas día y noche. Sin consigna escrita, pero todos comprendían que aquella piedra no debía desaparecer.

A la mañana siguiente, Denon volvió para ver la piedra. Estaba solo. El Instituto aún dormía. La lámpara proyectaba una luz amarilla sobre la granodiorita. Los jeroglíficos arrojaban pequeñas sombras en sus huecos.

Posó la mano sobre la superficie fría. El gesto no servía de nada. Lo hizo de todos modos.

Un día alguien leería aquel texto como se lee el griego, y los nombres de los faraones saldrían de sus cartuchos.

Retiró la mano.

VII - Negociaciones, victoria y muerte de Kléber

La noche del 18 de agosto, Denon vio por casualidad a Bonaparte cruzar solo el patio del Instituto. Sin ayudante de campo, sin

escolta. Llevaba algo en la mano. Un libro, no mapas. Caminaba deprisa, como quien no quiere ser visto.

Denon lo observó desde el vano de una puerta. Había en aquella silueta apresurada una prisa que no le conocía, y que parecía huida, menos ante un peligro que ante una situación que se había vuelto demasiado pequeña para él.

Dobló la esquina del patio y desapareció.

Pensó en el libro que Bonaparte llevaba. Algo sobre Roma, sin duda, o sobre Alejandro.

Una hora más tarde, un ayudante de campo fue a buscar a Denon. Bonaparte había examinado sus dibujos por la tarde y quería llevárselo. Denon enrolló sus dibujos en cuatro tubos de cobre, confió a Jomard las llaves de sus cajas y tomó asiento en la berlina junto a Monge y Berthollet. Aquella noche, algunos los vieron partir. Otros oyeron cómo los caballos se alejaban hacia el norte.

A la mañana siguiente se confirmó la noticia. Bonaparte había partido hacia Francia. Había hecho llegar a Kléber una carta que le traspasaba el mando del ejército de Egipto. Monge, Berthollet y Denon se habían marchado con él. Se embarcarían en Alejandría en la noche del 22 al 23 de agosto en una de las dos fragatas, y Denon desembarcaría en Fréjus el 9 de octubre con sus dibujos. Casi nadie había sido advertido.

El primer pensamiento de Jomard aquella mañana no fue para Bonaparte ni para Francia. Fue para las cajas. Noventa y seis cajas almacenadas en las dependencias del palacio de Hassan-Kashif. Setenta y tres oficiales y veintitrés sin etiqueta en el ángulo noroeste, todavía allí, todavía sin nombre. Sin Bonaparte para ordenar un transporte militar, aquellas cajas quedaban a merced de cualquier negociación futura.

Recorrió las dependencias antes de que saliera el sol. Las setenta y tres cajas oficiales estaban allí, apiladas, clavadas, etiquetadas según su sistema. Una letra, un número, un contenido sumario.

Aquellos objetos procedían de todas partes, de Saqqara, de Karnak, de Dendera, del Valle de los Reyes, del mercado de Menfis, de Guiza. Algunos habían sido extraídos conforme a procedimientos establecidos. Otros habían sido comprados en los mercados que seguían al ejército. Otros habían llegado por vías menos documentadas. Juntos representaban trece meses de saqueo organizado, de saqueo accidental, de saqueo tolerado y de recolección científica, categorías que nadie había llegado a separar nunca de manera formal.

Partido Bonaparte, las distinciones ya no se sostenían ni siquiera políticamente. Con él se había evaporado el proyecto de Estado que hacía legítima la extracción. Lo que quedaba eran objetos, soldados, sabios. Y unos ingleses que tarde o temprano se acercarían.

Guardó el inventario y se sentó sobre una caja. A su alrededor, en la penumbra, las noventa y seis cajas. Se quedó allí hasta que el día se coló bajo la puerta.

Kléber mandaba ahora el ejército de Egipto. Bonaparte se había guardado bien de anunciarle su partida de viva voz.

Marcel se lo tomó con calma. Tenía sus improntas, y que Bonaparte estuviera o no allí no cambiaba nada. Costaz preguntó a Fourier si los trabajos de la Comisión continuaban. Fourier dijo que sí. Costaz no hizo ningún comentario. Geoffroy Saint-Hilaire recibió la noticia inclinado sobre su disección y no soltó el bisturí. «¿Se ha ido? Sea», dijo sin levantar la cabeza. Para él, el objeto que tenía sobre la mesa primaba sobre todo lo demás.

—Se ha servido de nosotros —decía Costaz aquella mañana a quien quisiera oírlo—. Nuestros trabajos… una garantía, eso es lo que eran. Tiene lo que quería, se marcha. Y nosotros nos quedamos.

Fourier encontró a Costaz solo en su despacho del Instituto, la misma tarde del anuncio de la partida.

—¿Trabaja usted?

—No.

—Podría habernos avisado —dijo Costaz—. Tengo una familia en París. Les prometí unos meses. Ya van quince meses. Y él ha vuelto, mientras que…

Dejó la frase inacabada. Los celos no tenían ninguna parte en ello. Había creído en la ciencia al servicio de la República, en la República al servicio de la ciencia, y descubría que lo habían empleado como se emplea a un figurante.

La Comisión de Ciencias y Artes se reunió esa misma noche. Nadie la había convocado. Los sabios se habían encontrado en el Instituto sin haberse puesto de acuerdo. Estaban allí Fourier, Marcel, Jomard, Costaz, Geoffroy Saint-Hilaire y una docena más. Conté había llegado el último.

La situación se resumía en una pregunta. ¿Qué pasaba ahora que Bonaparte se había ido y Kléber mandaba?

Kléber no tenía con la Comisión la misma relación. Jomard lo había sondeado, antes de la campaña de Siria, sobre el estatuto de las colecciones. Kléber había dicho que estudiaría el asunto.

—Cuando Kléber dice que estudiará, es que no piensa en ello —dijo Jomard.

—Kléber tiene tres preocupaciones —dijo Fourier contándolas con los dedos—. Un ejército que mantener, otomanos que vigilar, ingleses en el Mediterráneo. Las colecciones vienen… después.

—Entonces deben ser las nuestras —respondió Jomard—. Si no, otro decidirá, y no a partir de un inventario.

Sobre la mesa estaba el inventario general de las noventa y seis cajas. Jomard lo había hecho circular. Cada uno lo leía en silencio. Los nombres de los templos, las categorías de objetos, las estimaciones de peso. Era la primera vez que la Comisión contemplaba en un solo documento el conjunto de lo que había reunido.

Nadie hizo ningún comentario. Costaz pasó las hojas más despacio que los demás, con el dedo sobre la columna de los pesos, como quien lee un balance de saqueo.

—Debemos establecer una prioridad de transporte —dijo Jomard—. En caso de evacuación, no todo podrá partir. Hace falta una jerarquía.

—Los papiros y las inscripciones copiadas —dijo Marcel—. Irremplazables.

Fourier vaciló antes de formular la pregunta.

—¿Y las veintitrés cajas sin etiqueta del ángulo noroeste del almacén?

Jomard y Marcel intercambiaron una mirada.

—Las he anotado —dijo Jomard—. No sé a quién pertenecen.

—Yo tampoco —dijo Marcel.

La reunión terminó sin decisión formal sobre ese punto. Los sabios regresaron a sus trabajos. El inventario quedó sobre la mesa, y las veintitrés cajas sin nombre en el ángulo noroeste del almacén, en la oscuridad.

Kléber consideraba que su predecesor había huido para no asumir la responsabilidad de una rendición; en su informe al Directorio del 26 de septiembre de 1799, le reprochó no haber dejado ni un sou en caja.

Vista desde el Instituto, la situación militar parecía no tener salida. El ejército francés controlaba Egipto, pero no tenía ningún contacto con Francia. La flota inglesa bloqueaba el Mediterráneo. Kléber sabía que no podía resistir indefinidamente ni recibir refuerzos. Tomó la decisión que Bonaparte no se había atrevido a tomar y negoció la evacuación. En diciembre de 1799, Kléber envió un emisario al gran visir otomano, que acampaba en Siria. Las negociaciones comenzaron a bordo del buque británico el *Tigre*, frente a Damieta. El negociador británico era el comodoro

Sidney Smith, que se presentaba como plenipotenciario de la Corona, función que el almirante Keith pronto le disputaría. Los plenipotenciarios franceses eran el general Desaix y el administrador Poussielgue. Los franceses exigían la evacuación honrosa del ejército con armas y bagajes. Smith aceptó tratar los puntos urgentes, la evacuación de los heridos y de los sabios de Egipto así como una tregua mientras llegaban los plenipotenciarios otomanos. Las conversaciones se alargaron. Kléber apremiaba a sus negociadores para que concluyeran, y el 24 de enero de 1800 se firmó la convención de El Arish. Preveía la evacuación completa del ejército francés de Egipto en tres meses, con armas, bagajes y colecciones científicas. Los franceses abandonarían progresivamente sus posiciones, comenzando por el este del Delta y terminando por Alejandría. El Cairo debía quedar evacuado a más tardar el día cuarenta y cinco. La noticia llegó a El Cairo el 28 de enero, día en que la convención fue promulgada allí oficialmente. El efecto sobre los sabios fue inmediato.

—Señores —dijo Kléber en una reunión extraordinaria de la Comisión—, he negociado nuestro regreso con los otomanos. Tres meses, y estamos en Francia. Embalen sus colecciones. Clasifiquen.

Jollois pasó días enteros clasificando y embalando, con los dedos grises de polvo y de paja. Estatuas de bronce, estatuillas de madera pintada y fayenza, amuletos, papiros, monedas, joyas. Cada objeto catalogado, descrito, envuelto en lino. Trabajaba deprisa, como si fueran a quitarle ese tiempo. Por primera vez en veinte meses, el regreso se volvía real. Las cajas salieron de los almacenes. Se redactaron las etiquetas. La piedra de Rosetta fue embalada en varias capas de lona. Fourier, que había seguido de cerca las negociaciones, volvió a El Cairo con el texto de la Convención y lo leyó en voz alta en una sesión del Instituto. Cuando llegó a la cláusula que garantizaba las colecciones, un murmullo de alivio recorrió la asamblea.

—¿Eso significa que la piedra de Rosetta, los papiros, las improntas, todo lo que hemos reunido, podrá regresar a Francia con nosotros? —preguntó Marcel.

—La Convención lo garantiza —dijo Fourier—. La cláusula es… explícita. A condición, naturalmente, de que los ingleses acepten sus términos.

Fourier había elaborado un inventario completo, con doscientos diecisiete objetos catalogados, de los cuales ciento treinta y ocho tenían un valor museístico directo y setenta y nueve un valor científico documental. Esas doscientas diecisiete piezas constituían el núcleo de las noventa y seis cajas. Los clasificó por orden de prioridad, sabiendo que, si el transporte era limitado, habría que elegir. Prioridad uno, los levantamientos de Jomard, que no se volverían a hacer. Doscientos kilos como máximo, en cajas estancas. Los cuadernos de Jollois, en tubos de cobre, añadían cincuenta kilos. Prioridad dos, los objetos pequeños, *ushebtis*, escarabeos, amuletos, papiros. Ligeros, de gran valor por kilo. Prioridad tres, las improntas de Marcel. Prioridad cuatro, las colecciones naturalistas de Geoffroy, pesadas, frágiles, voluminosas. Prioridad cinco, las grandes piezas del Instituto, la estatua de granito, los sarcófagos de tamaño medio.

La esperanza duró cerca de siete semanas. En marzo de 1800 llegó la noticia. Los británicos se habían negado a ratificar la Convención. El almirante George Keith Elphinstone, comandante de la flota británica en el Mediterráneo, había declarado que Sidney Smith se había excedido en sus poderes y que la convención era nula. Keith exigía una rendición sin condiciones. Los franceses debían deponer las armas y constituirse prisioneros. Kléber convocó a sus generales. Leyó en voz alta el mensaje de Keith y luego lo dejó sobre la mesa.

—Señores, a semejante insolencia solo se responde con victorias. Prepárense para combatir.

Los bagajes se deshicieron. Las cajas regresaron a los almacenes del Instituto, y Jomard las recontó. Faltaban treinta y tres, perdidas, destruidas o extraviadas en los desplazamientos del ejército; quedaban sesenta y tres. Las etiquetas siguieron pegadas. Aquellos objetos ya no partían, hasta la próxima ocasión de partir, o hasta la capitulación que los entregaría a los ingleses. Británicos y otomanos creían que el ejército de Oriente era demasiado débil para resistir. El gran visir Yusuf Pachá se puso en marcha hacia El Cairo con un ejército de cuarenta a ochenta mil hombres, según las estimaciones. En el propio El Cairo, la población se levantó a su llamada.

Nassif Pachá, al frente de la vanguardia otomana, ocupó la aldea de El-Matarieh con cinco o seis mil jenízaros y varios millares de jinetes, y fortificó su posición con dieciséis piezas de artillería. Kléber solo disponía de diez mil hombres. En la noche del 19 al 20 de marzo de 1800, los llevó por delante de El Cairo y los instaló en la orilla derecha del río, cada una de las cuatro brigadas de su pequeño ejército formando su propio cuadro. Al amanecer del 20 de marzo, el ejército francés atacó cerca de las ruinas de Heliópolis, a unos quince kilómetros de El Cairo. La batalla duró todo el día. Los cuadros franceses resistieron todas las cargas. La artillería francesa quebró las líneas otomanas. Al final de la tarde, el ejército otomano se desintegró. El gran visir huyó hacia Siria con lo que le quedaba de tropas. Los franceses contaron unos seiscientos muertos o heridos. Los otomanos dejaron nueve mil sobre el terreno. Kléber regresó a El Cairo y sofocó la rebelión. El bombardeo duró varios días. Cientos de civiles murieron en los combates. El 21 de abril, la ciudad capituló. La victoria de Heliópolis consolidó la posición francesa en Egipto. Murad Bey, que se había separado de los otomanos al ganar el desierto sin tomar parte en el combate, firmó en abril un acuerdo con Kléber que lo convertía en una especie de virrey del Alto Egipto. Egipto parecía más firmemente que nunca en manos de los franceses. Kléber reanudó sus funciones de comandante en jefe. En el

Instituto se reanudaron los trabajos donde se habían dejado, y las cajas siguieron donde estaban.

—Trabajemos mientras podamos —repetía Fourier en las reuniones semanales que siguieron, sin levantar los ojos de sus papeles—. Lo que está escrito no se deshace.

Kléber había negociado, intentado repatriar al ejército, fracasado, reanudado los combates. Los sabios lo veían poco. A veces acudía al Instituto, escuchaba los informes sin interrumpirlos y luego volvía a su cuartel general.

La situación militar se había estabilizado sin mejorar. El ejército conservaba Egipto, pero no podía ni avanzar ni marcharse. Los británicos bloqueaban el Mediterráneo, Francia estaba lejos y la expedición se había convertido en una guarnición.

El 14 de junio de 1800, por la mañana, Kléber pasó revista a la legión griega y luego fue a El Cairo para examinar unas obras en el palacio de Elfi Bey, su cuartel general de la Ezbekieh. Antes de visitarlas, asistió a un almuerzo en casa del general Damas, su jefe de estado mayor y amigo íntimo. Miembros del Instituto y oficiales se habían reunido en aquella comida. Kléber se mostró más alegre que de costumbre. El éxito que coronaba sus esfuerzos, el desarrollo de los establecimientos franceses, los testimonios de afecto que recibía de la población habían disipado su frialdad habitual, y se mostró amable, expansivo. Ninguno de los que lo rodeaban podía saber que aquella era su última comida.

A las dos de la tarde, el general, acompañado únicamente por Protain, el arquitecto del ejército, se dirigió a su palacio. Para llegar, siguió una larga galería sombreada por una espesa parra que unía la residencia del jefe de estado mayor con la del general en jefe. Conversaba con Protain sobre las mejoras que proyectaba y daba órdenes para la reparación del cuartel general y del jardín, a fin de hacer desaparecer las huellas de proyectiles que había dejado la última insurrección.

Un joven sirio llamado Soleyman el-Halabi se había ocultado en el jardín del palacio desde la mañana. Tenía veinticuatro años, estudiaba teología en la mezquita de Al-Azhar y observaba el palacio de Kléber desde hacía un mes. Se había procurado un puñal en Guiza. Disfrazado de mendigo, esperaba junto a una cisterna abandonada.

Cuando Kléber entró en la galería con Protain, Soleyman salió de su escondite, se acercó por detrás y hundió un puñal en el corazón del general.

Kléber se desplomó gritando «¡A mí, me asesinan!».

Protain se arrojó sobre el asesino con el pequeño bastón que tenía en la mano. Intentó detener los golpes y recibió él mismo seis puñaladas. Soleyman lo dejó desvanecido, volvió junto a Kléber, ya en el suelo, y lo hirió otras tres veces. El primer golpe había sido mortal. El general murió en pocos minutos sin poder hablar.

Cundió la alarma. Los guardias, los oficiales, todos aquellos hombres con los que Kléber había brindado por la República unas horas antes lo rodearon, tratando de obtener de él algunas palabras, en vano. Trasladaron el cuerpo a los aposentos del jefe de estado mayor.

Unos soldados registraron el palacio y los jardines de arriba abajo. Dos guías trajeron a un joven al que habían sorprendido escondido bajo un nopal frondoso. Protain, vuelto en sí a pesar de sus heridas, reconoció al asesino. Soleyman fue arrojado a prisión junto con tres ulemas de la gran mezquita que habían tenido conocimiento de su proyecto y no habían denunciado el atentado.

El ejército fue presa de una consternación que pronto se transformó en cólera. Toda la ciudad se agitó. Los comercios cerraron. Los soldados franceses, extraviados, recorrían las calles lanzando en derredor miradas amenazadoras. La noche fue difícil.

A la mañana siguiente, la noticia llegó al Instituto. Fourier convocó una reunión inmediata. Dieciséis sabios se reunieron en la

sala. Se hablaba poco, y en voz baja. Alguien había dejado la puerta abierta al patio, y nadie se levantó para cerrarla.

Fourier tomó la palabra sin preámbulos.

—Kléber ha muerto. El general Menou, el más antiguo de los generales de división, asume el mando. Lo conocemos poco… como jefe, quiero decir. Kléber, a su manera, respetaba las órdenes de Bonaparte sobre nuestros trabajos. Menou no tiene ese vínculo con nosotros.

Jomard no esperó.

—Nuestras colecciones están almacenadas, nuestros levantamientos archivados. Si Menou decide que se quedan en Egipto o que ya no tienen importancia militar, perdemos dos años de trabajo.

Marcel dijo entonces, lentamente.

—El trabajo de documentación está casi terminado. Lo que importa ahora es traerlo todo a Francia. Si los objetos se dispersan aquí, serán revendidos en los mercados y todo lo que hemos hecho…

Fourier se levantó.

—Continuamos. Terminamos lo que pueda terminarse.

Los sabios regresaron a sus tareas sin saber nada de lo que Menou decidiría.

Soleyman el-Halabi fue interrogado bajo tortura. Confesó haber sido alentado por el agá de los jenízaros del ejército otomano. Había confiado su proyecto a cuatro ulemas de la mezquita de Al-Azhar, que habían intentado disuadirlo pero no lo habían denunciado. Un consejo de guerra los condenó a todos. A Soleyman le quemaron la mano derecha y después fue empalado vivo. Sufrió cuatro horas antes de morir. Los tres ulemas fueron decapitados. El cuarto fue condenado en rebeldía.

Las exequias tuvieron lugar con rapidez. Fourier, en nombre del Instituto, pronunció el elogio del héroe al que se lloraba.

Los soldados arrojaron a porfía coronas de ciprés y de laurel. Tras los funerales públicos, un pequeño grupo compuesto mayoritariamente por oficiales se reunió discretamente en torno a la sepultura del difunto. Eran miembros de la logia masónica «*Isis*», de la que Kléber había sido Venerable Maestro. Un sabio de la Comisión se les unió. Aunque no era oficial, era también masón, miembro del taller parisino «*La parfaite réunion*». Fue el único civil presente. Monge habría podido estar, pero había huido con Bonaparte. Sacaron sus mandiles y los volvieron del lado negro reservado a las ceremonias fúnebres. Batieron tres veces las palmas pronunciando la fórmula ritual «¡Gemamos! ¡Gemamos! ¡Gemamos!», seguida de inmediato por la tradicional batería de alegría «¡Pero esperemos! ¡Esperemos! ¡Esperemos!». Se depositó una rama de acacia sobre la tumba. Su hermano se había unido al *Oriente Eterno*.

El general Jacques-François Menou, general de división y el más antiguo después de Kléber, asumió oficialmente el mando del ejército de Egipto.

CAPÍTULO III : EL TIEMPO DE LOS SABIOS

I - Las últimas campañas

El cambio de mando no interrumpió los trabajos del Instituto.

Las exploraciones arqueológicas proseguían por todo el Delta y el Bajo Egipto. Las colecciones se enriquecían y se organizaban mejor. Las publicaciones científicas en *La Décade égyptienne* continuaban con regularidad.

El general Menou tenía una personalidad muy distinta de la de su predecesor. Pretendía gobernar Egipto en nombre de una alianza franco-árabe que no tenía ninguna realidad política. Sus oficiales, que lo respetaban menos que a Kléber, lo seguían por disciplina más que por convicción. Menou se había convertido al islam, adoptado el nombre de Abdallah y casado con una egipcia llamada Zobeïda. Los sabios lo conocían desde la campaña de 1798, pero aún no lo habían visto mandar como comandante en jefe.

Para los sabios, Menou se mostró al principio a la vez más entrometido y menos útil que Kléber. Quería orientar sus trabajos hacia temas que servían a su política, y sus prioridades casi no tenían nada en común con las suyas.

Fourier ideó una estrategia sencilla para convivir con Menou sin comprometerse, a saber asociar su nombre a algunos descubrimientos y publicaciones menores, entregarle con regularidad informes lo bastante técnicos como para resultar ininteligibles y continuar tranquilamente los trabajos sustanciales sin informar de ello al comandante en jefe.

—Eso es diplomacia —dijo Jomard cuando Fourier le explicó su estrategia.

—Eso es supervivencia —respondió Fourier.

Sobre el terreno, las exploraciones se reanudaron.

El Instituto de Egipto siguió celebrando sus sesiones regulares, aunque el ambiente era distinto del de los primeros años. La

estancia se alargaba, en un país cuya lengua corriente y cuyas sutilezas culturales los sabios no dominaban. Las exposiciones eran menos entusiastas, los debates menos vivos.

Fourier trataba de mantener el impulso intelectual. Proponía temas de reflexión colectiva, organizaba lecturas de textos antiguos para recordar a sus colegas en qué contexto histórico trabajaban. Aquellos esfuerzos no eran vanos. Varias de las comunicaciones presentadas en el Instituto durante aquellos años difíciles se convirtieron en importantes artículos científicos.

La sesión del Instituto de mediados de junio fue una de las más animadas desde la partida de Bonaparte y la muerte de Kléber.

Fourier había propuesto un tema deliberadamente abstracto —la noción de memoria en las civilizaciones— y la discusión había desbordado pronto los límites académicos.

Jomard había intervenido el primero. Tenía veintidós años y la irritante precisión de los jóvenes que tienen razón.

—Una civilización que olvida sus propias medidas está condenada a empezar de nuevo. El Egipto antiguo conservó las suyas durante tres mil años. Tres mil. Eso es, creo, una gran civilización, no tanto la grandeza de los monumentos como el tiempo durante el cual transmite el conocimiento sin desnaturalizarlo.

Marcel lo había rebatido.

—¡Pero en fin, los monumentos son precisamente lo que transmite! Sin Karnak, sin las pirámides, las medidas de Jomard no transmitirían nada. El soporte y el saber no se separan.

—Por eso estamos aquí —replicó Jomard—. Para sustituir el monumento por un documento que viaje mejor.

Fourier había escuchado sin intervenir, con la pluma inmóvil sobre una columna de cifras. Pensaba en lo que sería de sus trabajos si el ejército capitulaba mañana.

—Sus levantamientos, Jomard… ¿Están en condiciones de ser copiados, si tuviéramos que evacuar, precipitadamente?

—Copia doble, desde Alejandría. Si el barco se hunde, una versión sobrevive.

Fourier lo miró un momento. Aquel muchacho había comprendido que, en campaña militar, un trabajo que existe en un solo ejemplar está ya medio perdido.

—Debería decírselo a los demás.

—Ya lo dije. A la mayoría les ha parecido excesivo.

—La mayoría se equivoca.

Fourier pensó en los británicos. No sabía a quién enviarían, pero sabía que enviarían a alguien. Alguien, al otro lado, que prepararía también sus listas.

Aquella noche, Jomard se quedó solo copiando sus cuadernos de medidas. La pluma rascaba el papel, la lámpara humeaba. La ciudad susurraba al otro lado de las contraventanas, un muecín llamaba a la oración y Jomard no oía nada. Copiar era lo único seguro que hacía allí, pensaba a veces. Se podía medir mal, dibujar mal. Una copia fiel no engañaba, y sobrevivía al original. Desde Alejandría, cada medida existía en dos ejemplares o no existía. El primero en el cuaderno de campo, tomado de pie, con viento. El segundo aquí, en la mesa, releído, verificado, hecho legible.

El 25 de junio de 1800, Jollois partió de nuevo con Jomard, Geoffroy y dos dibujantes rumbo a Tanis, en el nordeste del Delta, para reconocer los vestigios de la antigua capital de los faraones de la dinastía vigesimoprimera.

Descubrieron un vasto campo de ruinas. Montículos dispersos bajo los cuales se apilaban siglos de ciudad. Bloques de granito. Fragmentos de estatuas. La humedad del Delta había corroído lo que la arena del Alto Egipto había preservado. Nada que se pareciera a Karnak o a Dendera. Era el Egipto sin su puesta en escena. Solo la materia, dispersa, sin orden aparente y, sin embargo, organizada según una lógica que únicamente la excavación podría revelar. Estrabón mencionaba el sitio, recordó Jollois,

pero desde los griegos nadie había intentado un levantamiento sistemático. «Es porque nadie sabía que había tanto que ver», añadió Jomard. Jollois dibujó durante tres días, sin detenerse sino al caer la noche, y cartografió todo el yacimiento anotando la posición de cada bloque significativo.

A la entrada del yacimiento, un anticuario esperaba con su alforja. El hombre se llamaba Suleiman al-Qabbani y había venido de El Cairo tras enterarse de que la Comisión iba a Tanis. Había hecho el camino la víspera y no esperaba a nadie en particular, sino a alguien que supiera qué comprar.

Jollois se detuvo ante los objetos que el hombre había extendido. Entre los *ushebtis*, dos eran auténticos, lo veía por la pátina y por las inscripciones. Compró uno.

De Tanis, la expedición se dirigió a Bubastis, a dos días hacia el suroeste. Ciudad santa de Bastet, la diosa gata. Las ruinas de su templo impresionaban por sus dimensiones. Heródoto lo había descrito como uno de los más magníficos de Egipto, y la fiesta anual atraía a multitudes inmensas, lo cual resultaba creíble a la vista de la extensión del yacimiento.

Columnas de granito rosa de diez metros de altura yacían derribadas sobre la arena, con los fustes cilíndricos quebrados en varios tramos por el derrumbe. Fragmentos de bajorrelieves cubrían el suelo, procesiones de sacerdotes, escenas de fiestas, divinidades estilizadas. El estilo de la Baja Época.

Alrededor del templo, una necrópolis de gatos sagrados. Millares de momias en galerías de caliza. El mismo esmero que con los humanos, natrón, vendas, sarcófagos de madera o de bronce.

Al abrir una de las momias, Geoffroy descubrió que el cuerpo se conservaba de manera notable, piel, pelo, huesos y tendones intactos tras dos mil años de sepultura. Un gato doméstico de tamaño corriente.

Los saqueadores ya habían trabajado allí. Fosas reventadas, momias dispersas, jirones de vendas esparcidos sobre el suelo calcáreo como una nieve parda.

Lo que los saqueadores buscaban en las necrópolis de gatos eran los amuletos de fayenza o de oro depositados con las momias, y los pequeños sarcófagos de bronce con forma de gato sentado, de orejas erguidas y ojos incrustados de vidrio. Esos sarcófagos tenían un valor comercial inmediato. Los comerciantes de Alejandría los revendían a los viajeros europeos desde hacía un siglo. Los saqueadores dejaban las propias momias, sin valor una vez despojadas de sus amuletos, y los sarcófagos de caliza corrientes, demasiado pesados y demasiado comunes para justificar el transporte.

Geoffroy tomó seis momias de gatos en buen estado. Las envolvió en lino limpio y las identificó. Para él eran especímenes zoológicos, la fauna egipcia antigua, comparable a los ejemplares vivos de la casa de fieras del Museo. Pensó en lo que diría Cuvier al verlas, hallando en ellas la prueba de la fijeza de las especies, el gato inalterado en dos mil años. Y en lo que diría otro naturalista, que se atreviera a pensar que dos mil años no cuentan en la escala del cambio. Para los saqueadores que las habían dejado, eran desechos una vez extraídos los amuletos. Para los sacerdotes de Bastet que las habían enterrado, eran ofrendas a la diosa, destinadas a permanecer allí para la eternidad.

Jollois encontró en la necrópolis, semienterrado en la tierra, un pequeño sarcófago de bronce con forma de gato sentado. Medía veinte centímetros de alto. La cola recogida sobre las patas, en la postura característica de los gatos de Egipto. Bajo la luz rasante del atardecer, los contornos del rostro emergían con una precisión que la pátina no disimulaba, los músculos de las mejillas, el caballete de la nariz, la línea de los labios cerrados.

El sarcófago estaba vacío. Jollois dio vueltas al bronce entre las manos. En la base, grabada con buril, una línea de jeroglíficos. El nombre de la oferente, probablemente, la mujer o el hombre que

había ofrecido ese gato a Bastet a cambio de un favor o por piedad corriente. Otro lo leería más tarde, si ese bronce llegaba alguna vez a París. Ese nombre esperaba en la tierra desde la dinastía vigesimosexta.

Lo guardó en su bolsa. Pesaba trescientos gramos. En Alejandría valdría quizá veinte piastras, si se encontraba a un comprador inglés con gusto por los bronces egipcios. Para la ciencia, no tendría precio, si ese nombre pudiera leerse algún día. Jollois sabía que las dos cuentas no se encontrarían nunca, y que su propia mano, que acababa de recoger el bronce, no arreglaba nada.

Geoffroy se reunió con Jollois al anochecer en el campamento, con sus seis momias en la caja. La noche caía deprisa. Se sentaron ante el fuego y pusieron sus hallazgos entre ambos. Geoffroy, que había pasado el día decidiendo qué podía llevarse y qué debía dejar, examinó una última vez las momias y luego cerró la tapa.

—¿Qué va a hacer con él? —preguntó Geoffroy mirando el bronce.

—Llevármelo. Dibujarlo, describirlo. En el Louvre, cuando haya una sala para Egipto.

—¿Y en la capitulación? Si los británicos…

Jollois no respondió. Deslizó el bronce en su bolsa, bajo los cuadernos. Ambos lo sabían. Si llegaba la capitulación, el bronce iría a Londres, a una vitrina del British Museum.

La expedición regresó a El Cairo el 12 de agosto, tras siete semanas en el Delta. Traía dibujos de Tanis y de Bubastis, yacimientos decepcionantes desde el punto de vista arqueológico, pero ya documentados.

—Conté ha hecho de Egipto su laboratorio —dijo Jollois a Fourier—. Dondequiera que vamos, observa, experimenta, mejora. Si alguien ha de sacar de todo esto un beneficio duradero, es él.

Nicolas-Jacques Conté se había impuesto como el inventor de la expedición. Molinos, forjas, talleres de fabricación. Aquel

antiguo aerostero no dibujaba los templos, resolvía los problemas que su exploración planteaba.

Otros sabios, menos resistentes al desánimo, redujeron su actividad al mínimo. Algunos cayeron enfermos. La disentería crónica, la fiebre y las oftalmías causadas por la arena y el sol habían hecho estragos en las filas de la Comisión. Varios murieron en Egipto antes del regreso.

A finales del verano de 1800, Jollois organizó nuevas exploraciones en el desierto oriental, en lugares distintos de los que había recorrido hasta entonces. Esta vez quería alcanzar los monasterios coptos perdidos en los acantilados, entre el Nilo y el mar Rojo.

El 15 de septiembre de 1800, Jollois partía hacia el este con Jomard y treinta jinetes de escolta. Tres días de desierto oriental, árido y rocoso.

En la mañana del 18 de septiembre, la expedición llegó al monasterio de San Antonio, habitado desde el siglo IV.

Los monjes coptos acogieron a los visitantes con recelo y curiosidad. Una cincuentena de anacoretas de hábito negro, que vivían en una pobreza extrema, miraban a aquellos sabios parisinos sin decir palabra.

—Padre —dijo Jollois al superior por mediación de Hassan, el intérprete de la Comisión—, no venimos a quitarle sus manuscritos. Quisiéramos verlos y copiarlos, si usted lo permite.

El padre superior escuchó y se retiró durante una hora. Volvió con una condición. Podían ver la biblioteca, pero nada saldría del monasterio sin su autorización.

La biblioteca del monasterio ocupaba una pequeña sala abovedada. Los manuscritos coptos —algunos de varios siglos de antigüedad— se conservaban en arcones de madera.

—Mirad este —murmuró Jomard—. Un salterio bilingüe, griego a la izquierda, copto a la derecha. Línea por línea. Si se pueden comparar las dos columnas, se empieza a leer.

Recorrió el manuscrito. Las letras coptas eran redondas, derivadas del griego, con siete signos suplementarios tomados del demótico. Jomard las contó dos veces, con la punta de la uña.

—¿Aceptaría cedérnoslo? —preguntó Jollois, casi a pesar suyo—. ¿O al menos dejar que lo copiemos?

El padre superior negó con la cabeza.

—Este manuscrito pertenece a nuestro monasterio desde hace siglos. Nuestros padres lo han preservado de generación en generación. No saldrá de aquí.

No había alzado la voz. Sus manos seguían apoyadas, planas, sobre la tapa del arcón.

Jollois aceptó las condiciones y pasó tres días copiando el salterio copto-griego. Trabajo meticuloso, letra por letra, sobre un texto del que solo entendía una lengua de cada dos. Se marchó con su copia, con la tinta de los últimos folios apenas seca, contando con que alguien, más adelante, sabría qué hacer con ella.

Mientras él copiaba el salterio, Jomard exploraba los acantilados de los alrededores. Descubrió cuevas que habían servido de morada a los ermitaños de los primeros siglos, con las paredes cubiertas de grafitis grabados a punta, nombres, fechas, plegarias.

—Estas cuevas me turban —dijo Jomard—. Unos hombres vivieron aquí años, solos, en oración. Nada más. ¡Qué concepción de la existencia…!

Se interrumpió. Pensaba en los grafitis, en aquellos nombres grabados en la roca por ermitaños que no esperaban ser leídos. Él mismo había pasado dos años anotando medidas.

—Su ascesis tenía su coherencia —prosiguió—. Una apuesta por la eternidad. La nuestra… en fin, por la ciencia. Con otros medios.

El 21 de septiembre, la expedición partió hacia el monasterio de San Pablo, unos treinta kilómetros al este. La biblioteca era allí más grande. Jollois copió, Jomard midió.

La expedición regresó a El Cairo el 29 de septiembre, con copias de manuscritos coptos y varios objetos de arte cristiano que los monjes habían aceptado vender. Iconos sobre madera, cruces de bronce, incensarios de plata. Jollois los catalogó.

—Estos objetos coptos son el eslabón que nos falta —dijo Jollois—. Los coptos descienden directamente de los antiguos egipcios. Su lengua deriva del egipcio faraónico. Estudiar el copto es acercarse a los jeroglíficos por abajo.

II - El Delta y la ciudad

Menou se mostró, con el tiempo, más benévolo con los sabios. La muerte de Kléber había dejado en los pasillos del palacio una ausencia que la actividad de la Comisión llenaba, al menos en la superficie. Menou proporcionaba las escoltas, asignaba fondos y participaba a veces en las sesiones del Instituto.

La noticia de la muerte de Desaix en Marengo llegó a El Cairo a principios de octubre. Jollois se enteró de ella en su despacho. Desaix, vuelto a Francia en marzo, había sido el mejor compañero de aquella expedición. El que había dejado trabajar a los sabios sin apremiarlos, el que había mirado él mismo los templos con una atención que Jollois no había visto en ningún otro general.

La noticia había llegado por un correo otomano, cerca de cuatro meses después de los hechos. Desaix había muerto en Marengo el 14 de junio de 1800. El mismo día que Kléber, a miles de kilómetros de distancia, cargando al frente de su división para enderezar una batalla que Bonaparte creía perdida. La bala le había alcanzado en el pecho. Murió en el acto, a los treinta y un años.

Jollois permaneció largo rato en su despacho sin encender ninguna lámpara. La luz menguaba. Dejó que menguara. Fuera, El

Cairo seguía con su ruido de final de tarde. Las voces de los vendedores, un muecín a lo lejos, el chirrido regular de las sakiehs que giraban en los jardines. Buscó en sus cuadernos las notas tomadas durante la campaña del Alto Egipto con Desaix. Dos cuadernos y medio, cubiertos por ambas caras. Dendera, Tebas, el Valle de los Reyes, Filé. En los márgenes, a veces, anotaciones de Desaix, todas prácticas. Cuánto tiempo para excavar aquel sitio, cuántos hombres para mover aquel bloque, cuál era la resistencia de aquel tipo de arenisca a la humedad.

Aquellas anotaciones habían irritado a Jollois en su momento. Un general que planteaba cuestiones de logística ante Dendera, le había parecido reduccionista. Releía aquellas páginas a la luz declinante, con los folios crujiendo levemente en la corriente de aire de la ventana abierta. La letra de Desaix era pequeña, regular, inclinada hacia la derecha. Ahora las leía de otro modo. Desaix había mirado las mismas cosas que él, con los mismos ojos, y se había preguntado qué sería de ellas —cómo protegerlas, cuánto tiempo resistirían si no se hacía nada.

Pensó en los cuadernos personales de Desaix. El general había llevado un diario de campaña desde el embarque. Jollois se lo había visto en la mano varias noches, tras el vivac, a la luz de un farol. No sabía qué había escrito Desaix en él. Nunca lo sabría. Aquellos cuadernos habrían vuelto a Francia con sus efectos personales. O se habrían quedado en el campo de batalla. O alguien se los habría llevado. Jollois tenía en su propio equipaje una navaja que Desaix le había prestado en diciembre de 1798 y que nunca se le había ocurrido devolver. Una navaja corriente, mango de madera, hoja corta. Había servido para sacar punta a los lápices durante cerca de dos años. Ya no sabía qué hacer con ella. ¿Devolverla, a quién? La dejó en su equipaje.

¿Qué ocurría con los cuadernos de un hombre muerto en combate? Nadie lo sabía. Desaix no tenía colección, ninguna bolsa repleta de *ushebtis* y de escarabeos. Solo papeles de campaña, de esos que se recuperan, se pierden, se venden o se queman.

Jollois siguió organizando nuevas exploraciones, esta vez en el Delta occidental, lejos de los sitios de comienzos del verano. Primero Sais, luego Buto. Tells planos, pocos monumentos visibles.

El 15 de octubre partió con Jomard y Geoffroy Saint-Hilaire. Doce días por las llanuras cultivadas, buscando las huellas de las grandes ciudades faraónicas del norte, pero también las especies animales que representaban los bajorrelieves. Geoffroy tenía el método del naturalista —no suponer nada desde el gabinete, ver primero— y, desde el primer día, inscribía bajo su nombre latino las aves de los canales.

Tras dos días de viaje llegaron a Sais. El aire era allí más húmedo, más pesado, cargado del olor de los campos inundados. La luz era blanca, sin la sequedad del desierto. No quedaba nada de la gran capital de los faraones de la dinastía vigesimosexta. Unos pocos bloques de granito dispersos por los campos, reutilizados por los campesinos como soportes de sus canales.

—Dos kilómetros cuadrados —dijo Jomard—. Más o menos, habrá que retomar la cadena mañana. Milenios de ocupación estratificada, ninguna excavación. Toda una ciudad comprimida en una colina.

No había nada que dibujar. Ningún monumento visible, ningún obelisco. Solo la superficie de la colina, sus dimensiones, sus altitudes tomadas con el barómetro. Pero en los canales y en los muros de las casas, bloques de granito reutilizados. Fragmentos de columnas, trozos de dinteles esculpidos, secciones de arquitrabe.

Jomard se detuvo ante el borde de un canal y pasó la palma de la mano sobre uno de los bloques. Granito rosa de Asuán, pulido por una cara, en bruto por las otras.

—No los llevaremos —dijo Jollois—. Son los muros de sus casas. No se demuele un pueblo por unas piedras.

—Ellos son los verdaderos conservadores de Sais —dijo Jomard—. Sin saberlo, claro. Sin sus casas, estos bloques… —

golpeó suavemente el granito— hace mucho que habrían desaparecido.

Miró sus propios bocetos. Los bloques en los muros. Las inscripciones copiadas línea por línea. Había hecho lo mismo que los fellahs —tomar de Sais lo que podía tomar, en el soporte que le convenía—. Ellos, en el granito. Él, en el papel.

La expedición regresó a El Cairo el 27 de octubre, tras pasar por los tells de Buto, aún más desnudos que los de Sais. Pocas piedras en su sitio, pero levantamientos completos.

En noviembre y diciembre, Jollois catalogó las colecciones. Varios centenares de objetos acumulados en dos años. Estatuas, amuletos, papiros, monedas, joyas, especímenes naturales. Elaboraba fichas, corregía las atribuciones. Tras meses de campo, la tinta había sustituido al polvo en sus puños.

Jollois había descubierto por casualidad un taller de copistas coptos en el barrio de El Cairo Viejo, donde aún se copiaban a mano libros litúrgicos y donde se preparaba el papel según las técnicas de los escribas árabes. Un anciano y sus dos hijos. Preparaban cuadernillos que se vendían a los comerciantes, y estos los revendían a los sabios de la Comisión. Jollois había comprado allí varios lotes.

Una mañana pidió quedarse a observar el trabajo.

La preparación del papel obedecía a un proceso bien rodado. Encolar la hoja con almidón, dejarla secar y luego alisarla largo rato con una piedra o una concha para que el cálamo se deslizara sin beber la tinta. Jollois posó el dedo sobre la superficie de una hoja terminada —lisa como una piel, todavía fresca, con un olor a almidón y a caña que no había percibido en ningún otro lugar—. El resultado, una hoja flexible de un blanco cremoso, nada tenía que envidiar al mejor papel europeo. La técnica, heredada de los copistas árabes y coptos de la Edad Media, pasaba por no haber cambiado un solo gesto en siglos.

Dibujaba las manos del viejo artesano, que hacían ese trabajo desde la infancia y lo habían recibido de un padre, que a su vez lo había recibido del suyo. La piedra iba y venía sobre la hoja sin que los ojos la siguieran.

—¿Desde cuándo hacen esto? —preguntó Jollois al intérprete.

El intérprete planteó la pregunta. El viejo artesano respondió sin levantar los ojos.

—Dice que se lo enseñó su padre. Y que su padre lo había aprendido de alguien que decía haberlo recibido de los antiguos.

—Los antiguos. ¿Quiere decir los faraones?

Nueva pregunta. Respuesta breve.

—Dice que no lo sabe. Que no tiene importancia. —El intérprete buscó la palabra—. Lo que cuenta es que las manos saben.

Jollois anotó la frase. El nombre del inventor del papel, el artesano lo ignoraba y se las arreglaba muy bien sin él. Jollois miró sus propias manos, las manchas de tinta en los pliegues de las articulaciones, el callo del pulgar derecho formado por años de carboncillo.

Esa memoria, la obra de la Comisión no podría reproducirla. Las láminas grabadas mostrarían la forma de las hojas y de las herramientas. El gesto —la presión exacta, el ángulo del cálamo, la duración del alisado juzgada a ojo— eso no iría a ninguna parte. Moriría con aquel hombre y sus hijos, a menos que sus hijos tuvieran a su vez hijos que quisieran aprender.

Examinó las manos del hijo mayor. Hacían exactamente los mismos gestos que las del padre.

Se marchó con tres hojas nuevas y el dibujo de las manos, que más tarde enmarcaría en su piso de la calle Saint-Dominique. Pensó en el viejo vendedor de caligrafía del Khan el-Khalili que, la noche de la entrada en El Cairo, había vendido tres hojas a Geoffroy y le había ofrecido una cuarta en señal de bienvenida.

Aquellos dos hombres no pertenecían al mismo mundo. Tenían el mismo gesto.

La benevolencia de Menou tenía su reverso. Menou se interesaba cada vez más por los trabajos de la Comisión, hasta el punto de inmiscuirse en su organización y de pretender decidir qué merecía ser estudiado.

—El general Menou querría más mezquitas y menos faraones —informó Jollois a Fourier—. El Egipto islámico sería políticamente más pertinente. Para nuestras relaciones con la población, dice.

—No le falta del todo la razón —dijo Fourier sin levantar los ojos de su hoja de cálculos—. En el fondo. Pero nuestras prioridades científicas… —dejó la pluma— nos corresponde a nosotros decidirlas. No a él.

Llegaron a un compromiso. Algunos sabios, entre ellos Chabrol y Lancret, dedicaron parte de su tiempo al estudio del período islámico, documentando las mezquitas medievales de El Cairo y las técnicas arquitectónicas de los albañiles árabes. Estos estudios, incluidos en la *Description*, hicieron de ella uno de los primeros trabajos europeos serios sobre la arquitectura islámica de Oriente Medio.

Mientras tanto, Jollois proseguía su documentación de los monumentos faraónicos. Con los años había desarrollado un método de trabajo refinado, que comenzaba por un croquis de conjunto para captar las proporciones generales, proseguía con levantamientos detallados de los elementos significativos y concluía con copias de las inscripciones jeroglíficas con todas las imperfecciones visibles, para permitir una comparación posterior entre distintas versiones de un mismo texto.

—Copiad lo que veis —repetía a sus jóvenes ayudantes—. Las grietas, las lagunas, todo. Un jeroglífico idealizado vale menos que un jeroglífico agrietado. Lo que debería ser es asunto vuestro, no de la piedra.

Una mañana de noviembre, mientras recorría el casco antiguo islámico de El Cairo para dibujar las fachadas de las casas medievales, Jollois vio un detalle que no olvidó. Un soldado francés —veinteañero, uniforme gastado, fusil en bandolera— estaba detenido ante el nicho exterior de una casa del barrio copto. En el nicho, una estatuilla de bronce, quizá de veinte centímetros, una Isis sentada. Antigua, sin duda. La pátina era gruesa e irregular.

El soldado la miró. Luego la cogió. Sin vacilar, sin mirar a su alrededor. La deslizó en su cartuchera y se alejó por la callejuela. Quince segundos en total. El nicho estaba vacío.

Jollois se quedó donde estaba sin decir nada. No tenía autoridad sobre aquel soldado, ni era oficial. Y aunque lo hubiera sido, ¿qué habría dicho? ¿Que ese objeto pertenecía a la casa? ¿Que el propietario iba a volver? No sabía quién vivía allí ni si la casa seguía habitada. Sabía que la estatuilla había estado en ese nicho el tiempo suficiente para que su base dejara marcado un círculo de piedra más limpio que el resto.

Sacó su cuaderno y dibujó el nicho vacío. El contorno de la ausencia. La mancha más clara allí donde la base de la estatuilla había reposado durante años. Era todo lo que podía hacer. Documentar lo que acababa de desaparecer. La *Description de l'Égypte* contendría quizá un dibujo de una Isis semejante, tomada de las colecciones de la Comisión. Pero no de esa Isis. Esa estaría en la cartuchera del soldado hasta la costa, luego en un bazar y luego en un salón marsellés, si alguien la compraba en el puerto.

Permaneció allí un momento más, con el cuaderno abierto sobre el dibujo del nicho vacío, y luego volvió al palacio por las callejuelas del barrio copto. En las tiendas todavía cerradas, unos niños jugaban en el umbral. Caminó sin sacar el cuaderno, sin dibujar.

III - La agricultura y el riego

Durante el invierno de 1800 a 1801, los ingenieros y agrónomos de la Comisión se dedicaron a la agricultura egipcia, un ámbito que hasta entonces la fascinación por los monumentos había eclipsado y cuya eficacia les impresionó. Conté presentó sus trabajos de hidráulica en el Instituto desde la primera sesión del invierno, con un fajo de dibujos bajo el brazo.

—La agricultura egipcia cabe en una frase. La crecida del Nilo fertiliza los campos cada verano. Todo lo demás —los canales, las cuencas, los dispositivos mecánicos— no es más que la gestión organizada de ese hecho natural.

Describió el shaduf, simple balancín con contrapeso para sacar agua, y la sakieh, rueda accionada por un buey para volúmenes mayores. Dos máquinas que cualquier fellah sabía construir y reparar con madera local y cuerda.

—Parecen primitivos. Intenten, pues, construir otros mejores con la madera, la cuerda vegetal y la arcilla del país.

Conté lo sabía por experiencia —una máquina simple bien concebida vale por cien máquinas complejas mal adaptadas. Los egipcios lo habían aprendido milenios antes que él.

Hizo circular dibujos técnicos de la red de canales que distribuía el agua del Nilo por todo el valle cultivable. Las hojas pasaron de mano en mano. Un árbol hidráulico ramificado a lo largo de cientos de kilómetros, mantenido colectivamente por decenas de pueblos.

—El canal que no se limpia muere en tres años. El limo lo atasca. Aquí es la tarea del invierno. Cientos de hombres metidos en el agua hasta la cintura. Un solo pueblo no puede mantener un gran canal. Hace falta una autoridad que mande sobre todos los pueblos, faraón, califa o bey. No digo que el agua haya hecho al rey; digo que no se las arregla sin él.

Paralelamente al riego, varios sabios estudiaban las plantas cultivadas y las prácticas agrícolas. Jollois dedicaba sus jornadas a los

campos, observando los ciclos estacionales, las técnicas de labranza, las variedades locales, y regresaba por la noche con las botas grises de barro.

—Las mismas plantas, las mismas herramientas, los mismos gestos —dijo Jollois—. Es la agricultura del Imperio Antiguo. Cuatro mil años no han cambiado en ella nada esencial.

—Los egipcios no necesitaban abono —dijo Conté—. El Nilo se lo traía cada año desde las montañas de Etiopía. Conducían el agua hacia los campos, esperaban a que se depositara el limo y luego dejaban que se retirase antes de la siembra.

Marcel, que no era ingeniero, descubrió en aquella explicación una clave para comprender la arquitectura de los templos faraónicos. Los grandes santuarios estaban orientados a menudo perpendicularmente al Nilo, con sus ejes principales dirigidos hacia el río o hacia los puntos cardinales según el calendario agrícola. La astronomía religiosa egipcia era inseparable del calendario agrícola, ajustado a su vez a los ciclos del Nilo.

—Ya lo ven… el templo no da la espalda a los campos. Mira al río, de donde viene la vida. Y el sol se pone del lado del desierto, allí donde se entierra a los muertos. Así que su religión, en el fondo, es —cómo decirlo— una cosmología hidráulica. La palabra es horrible, perdónenmela.

—El Níger, el Indo… cualquier río limoso, si se adaptara este sistema, daría efectos comparables —dijo Conté—. Nada de local en ello. Los egipcios solo han tenido tiempo de perfeccionarlo.

Abdallah ibn Youssef, que solo tenía en común el nombre de pila con el general Menou, era *wakil* del canal de Guiza desde hacía dieciséis años. Supervisaba la limpieza anual de siete kilómetros de canal principal y de sus ramificaciones, coordinaba el trabajo de catorce aldeas y arbitraba los conflictos sobre el reparto del agua entre los fellahs.

Aquella mañana, dos de los ingenieros de la Comisión se habían instalado a orillas de su canal principal. El alto y flaco, que era

Jollois, con sus instrumentos. El otro, inclinado sobre sus hojas. Dibujaban, medían, hablaban entre ellos. El intérprete que habían traído no era muy bueno. Traducía las palabras, pero no el sentido. Abdallah lo sabía por cómo vacilaba ante los términos técnicos.

Los había observado trabajar durante una hora desde la otra orilla, oculto entre los juncos del borde. Quería comprender qué buscaban. Medían la anchura del canal, la altura de las márgenes, la pendiente del fondo. Lo veía por los gestos del alto y flaco con su instrumento de mira. Unos soldados habrían vigilado los alrededores. Aquellos hombres solo miraban el canal.

El alto y flaco se había acercado a él. Por medio del intérprete, le había preguntado cuántos días de trabajo suponía la limpieza anual, cuántos hombres, cómo se organizaban los equipos entre las aldeas. Preguntas propias de un *wakil*.

Abdallah había respondido con esmero. Sabía que aquellos franceses lo anotaban todo. El alto y flaco anotaba sus respuestas con una rapidez que delataba que entendía lo que se le decía, aunque al intérprete le costara. Cuando Abdallah le explicó el sistema de turnos de limpieza —cada aldea responsable de un tramo, con rotación cada tres años—, el alto y flaco había hecho ese breve movimiento de barbilla de los hombres a quienes se les confirma lo que ya suponían.

La curiosidad de los franceses no incomodaba a Abdallah. Lo que le incomodaba era que trataran el canal como un objeto, como algo que se podía medir, describir, meter en un libro y comprender después. Abdallah llevaba dieciséis años aprendiendo que el canal no se dejaba reducir a sus medidas. Tenía sus humores. En año de crecida fuerte, se desbordaba por puntos donde nunca se había desbordado. En año de aguas bajas, dejaba al descubierto pasos difíciles que nadie había visto en treinta años. Para dominar todo aquello hacía falta memoria —la memoria que su padre le había transmitido y que él transmitiría a su hijo—, no instrumentos de mira.

Los había dejado trabajar. No reclamaban nada. No perturbaban nada. Al final de la mañana, el alto y flaco le había mostrado su dibujo del canal, un corte transversal preciso, con las cotas en cifras. Abdallah lo había mirado sin decir nada. Era exacto. Era el canal. Pero no decía por qué la margen izquierda, en el tercer kilómetro, era más frágil que la derecha, ni cómo se adivinaba por el color del agua si el limo de aquel año sería bueno o demasiado arenoso. El dibujo mostraba el canal. Él conocía el canal.

Les había indicado, por medio del intérprete, dos puntos del canal donde las mediciones serían más interesantes. Puntos que su padre le había enseñado y cuya importancia él no sabía explicar. Lo sentía, nada más. El alto y flaco había ido sin vacilar. Debió de encontrar lo que buscaba, porque había pasado dos horas en cada uno.

Al final de la tarde, antes de marcharse, el alto y flaco le había preguntado —siempre por medio del intérprete— cuánto tiempo duraba el aprendizaje de un *wakil*. Toda la vida, había respondido Abdallah. El intérprete lo había traducido. Abdallah habría querido añadir que el aprendizaje nunca terminaba porque el canal tampoco dejaba nunca de cambiar, y que la sabiduría de un *wakil* consistía en saber que lo que aún ignoraba era más grande que lo que sabía.

Jollois regresó a El Cairo con setenta y dos saquitos de limo y páginas de mediciones hidrológicas. Pensaba en aquel *wakil*, en su manera de observarlos trabajar desde la otra orilla, en su precisión al responder a las preguntas, en los dos puntos del canal que les había indicado. Aquel hombre no se limitaba a soportar a los franceses. Calculaba. Jollois pensó en su propia manera de ver aquel país, en medidas, en cotas, en secciones transversales, y no la encontró tan distinta.

—¿Y su *wakil*… dieciséis años en ese canal, qué le dijo? —preguntó Conté al día siguiente, durante la presentación de los resultados.

—Que el aprendizaje dura toda la vida. Lo demás no lo dijo. Creo que pensaba que lo que aún ignora supera lo que sabe.

Conté dejó el lápiz atravesado sobre la hoja y miró los saquitos de limo alineados sobre la mesa. Setenta y dos muestras tomadas a lo largo del canal y de sus ramificaciones, etiquetadas, numeradas, listas para partir hacia París. La tierra egipcia en saquitos de tela francesa. Se imaginó a Jollois de rodillas junto al canal, con los dedos hundidos en el limo aún húmedo, sintiendo la textura de cada muestra antes de medirla.

—Sus tierras, sus estatuas… —dijo—. Es lo mismo. Tomamos lo que nos interesa y lo llamamos ciencia.

Jollois tardó un momento en responder. Limo, un *ushebti*… en ambos casos algo abandonaba Egipto, y la diferencia no era tan clara como él habría querido.

—La diferencia —dijo al fin— es que se puede tomar limo sin empobrecer el campo. La crecida lo repone cada año. Las estatuas, el Nilo no las repone.

—Es una línea práctica. No moral.

Permanecieron en silencio. Fuera, en el patio, se oía a los criados egipcios, el ruido regular del mortero, voces en árabe, y se sentía el olor del comino. Aquellos hombres también habían aprendido su oficio de su padre. No partirían hacia París en saquitos de tela.

La limpieza del canal principal comenzó en la tercera semana de diciembre. Jollois preguntó a Abdallah si podía observar. Abdallah aceptó con una expresión que no decía nada.

Los equipos trabajaban por aldeas, cada uno en su tramo asignado. Hombres metidos en el agua hasta la cintura, que arrancaban el limo del fondo con anchas palas de madera y lo cargaban en cestos trenzados que otros llevaban a las márgenes. El limo depositado en las márgenes se repartiría por los campos, hasta el último cesto.

Jollois estuvo cinco horas mirando. Contó a los hombres, midió el volumen de limo extraído por hora, anotó la profundidad de

los tramos antes y después. La productividad era constante. Ni un movimiento desperdiciado, ni desorganización entre los equipos. Aquellos hombres lo hacían desde la infancia. Ninguno miraba su pala.

A mediodía, Abdallah fue a sentarse a su lado en la margen. Observó a Jollois anotar sus cifras sin decir nada durante unos minutos. Después habló, y el intérprete tradujo en frases cortas.

—Dice que su abuelo le mostró un lugar, más abajo, donde el fondo del canal es de roca viva. Cuando el fondo es de roca viva, el canal resiste mejor los años de crecida fuerte. Su padre lo sabía. Él lo sabe. Quería saber si usted lo sabía.

Jollois miró al intérprete y luego a Abdallah. Detrás de la pregunta, él oía otra. ¿Sabían lo que medían?

—No —dijo—. No lo sabía. Muéstreme ese lugar.

Abdallah se levantó sin prisa. Caminaron juntos a lo largo del canal durante veinte minutos. Abdallah se detuvo ante un tramo donde el fondo afloraba. Una roca oscura, pulida por siglos de corriente, estriada de líneas de depósito mineral. Jollois se arrodilló. Sacó su cuchillo y rascó suavemente la superficie. Caliza compacta. El canal se había excavado allí siguiendo el afloramiento natural. Alguien, tres mil años antes, había elegido aquel emplazamiento por esa razón.

Jollois anotó el emplazamiento e hizo un croquis de la roca con sus estrías. Abdallah lo observaba. Cuando Jollois terminó, dijo algo que el intérprete tardó un momento en traducir.

—Dice que los franceses escriben lo que los egipcios hacen desde siempre. Que quizá sea útil. Pero que la escritura no sustituye el haberlo hecho durante mil años.

Jollois guardó el lápiz. Era justo. No encontró nada que responder.

Al anochecer, Abdallah acompañó a Jollois hasta el límite de la aldea donde la escolta francesa había instalado su campamento. Caminaron uno junto a otro sin hablar, con el intérprete

siguiéndolos a pocos pasos. El sol estaba bajo sobre el desierto occidental, la luz larga y amarilla sobre los campos ya descubiertos por el retroceso de las aguas.

Abdallah se detuvo. Miró los campos un momento y luego dijo algo que el intérprete trasladó así. En la esquina del campo más próximo —lo señalaba con el dedo— había un montón de bloques calizos que había encontrado al limpiar el canal el invierno anterior. Bloques inscritos. No sabía leer los signos. Los había puesto allí porque no sabía qué hacer con ellos.

Jollois fue a verlos. Cuatro bloques de caliza blanca, del tamaño de melones, amontonados en el ángulo del campo, a ras de la margen. Cada uno llevaba jeroglíficos en relieve, de buena factura. Una inscripción administrativa, sin duda, o una fórmula votiva, del período del Imperio Nuevo. Procedían de un templo desmontado, reutilizados en un muro y caídos después al canal.

Jollois los dibujó. Luego los anotó en su registro, con el emplazamiento exacto y la descripción de los signos. Tomó el más pequeño de los cuatro —tres kilos, una cara inscrita y tres caras en bruto— y lo metió en su bolsa de campo.

Abdallah lo vio hacer. No dijo nada. Había mostrado aquellos bloques porque le parecían importantes, no porque esperase que se los llevaran. Pero el francés había dibujado primero. No había tomado de buenas a primeras.

—El dibujo permanecerá aunque el bloque se pierda —dijo Jollois por medio del intérprete—. Me llevo el bloque para estudiarlo en París. Si no me lo llevo, el canal se lo llevará el año que viene y no quedará nada ni del bloque ni del dibujo.

Abdallah escuchó la traducción y se encogió de hombros —el gesto de quien no está convencido pero no tiene energía para debatir— y echó a andar de nuevo hacia la aldea.

IV - El tiempo que se estrecha

El 8 de marzo de 1801, unos dieciséis mil soldados británicos desembarcaron en Abukir y marcharon hacia Alejandría. La guerra que se había creído zanjada por el convenio de El-Arich acababa de reanudarse. Los sabios de la Comisión, reunidos en El Cairo, comprendieron que su salida de Egipto dependería en adelante de una capitulación militar.

Menou movilizó a sus tropas. Pero sus hombres estaban dispersos entre Alejandría, El Cairo y el Alto Egipto, y la concentración era imposible a tiempo. El 21 de marzo se libró una batalla desafortunada cerca de Alejandría, en Canope. Los franceses lucharon bien. Los británicos tenían la superioridad numérica y los navíos —los que faltaban a los franceses desde el 1 de agosto de 1798—.

Del nordeste llegaban noticias alarmantes. Un gran ejército otomano avanzaba a las órdenes del gran visir Yusuf Pachá, veinte mil soldados reforzados por los mamelucos. La capitulación se volvía inevitable. En los pasillos del Instituto ya no se preguntaba si se capitularía, sino cuándo y en qué condiciones sobrevivirían las colecciones.

Fourier había convocado una reunión extraordinaria de la Comisión la noche del 14 de marzo. Todos los sabios presentes en El Cairo estaban allí. Una veintena de hombres sentados alrededor de la gran mesa de la biblioteca del Instituto. Fuera se oían los pregones de los mercaderes que cerraban sus tenderetes.

—Señores —comenzó Fourier—, debemos preparar la defensa de nuestras colecciones. Los tratados de capitulación estipulan por lo general que los vencedores pueden apoderarse de los bienes pertenecientes al Estado vencido. Si nuestras colecciones se consideran propiedad del Estado francés, los británicos tendrán derecho a reclamarlas. El derecho, digo bien.

Un silencio. Luego tomó la palabra Jomard.

—Debemos lograr que se las reconozca como propiedades científicas… internacionales, no como propiedades militares francesas. Nuestros trabajos pertenecen a la ciencia universal, no a un gobierno particular.

—Los británicos tienen naturalistas —dijo Geoffroy—. También tendrán comisarios que conocen las antigüedades. Sabrán exactamente lo que tenemos.

Marcel intervino.

—Todo se jugará en una distinción. Propiedad de la institución, propiedad personal. Lo que se ha comprado de nuestro bolsillo puede defenderse como tal. Lo que se ha reunido en nombre de la Comisión… será más difícil de proteger.

La conversación se prolongó durante tres horas. Los sabios fijaron las grandes líneas de su estrategia. No se opondrían a la incautación por la fuerza, por falta de medios y de autoridad, pero harían valer sus derechos ante los comisarios británicos, presentarían sus argumentos y negociarían objeto por objeto si hacía falta.

Pasaron la noche del 14 al 15 de marzo elaborando un inventario paralelo. Un inventario oficial de todo lo que poseía la Comisión y un inventario personal de lo que cada sabio tenía a título propio. Marcel trabajó hasta las cinco de la madrugada. Abrió su registro por la página cien. Releyó las entradas recientes. Una estatuilla de Anubis de bronce, de veintidós centímetros de altura, comprada en el Khan el-Khalili el 3 de septiembre de 1799 por ocho piastras al mercader Youssef ibn Khalil. Un papiro funerario fragmentario, de quince centímetros por veinte, comprado a un fellah de Saqqara el 17 de noviembre de 1799 por tres piastras. Un escarabeo de esteatita verde, de época ptolemaica, comprado en el bazar de Ezbekiyeh el 2 de febrero de 1800 por una piastra y media. Cada transacción podía verificarse, y no tenía otra protección.

Su registro de compras abarcaba ciento doce páginas y ciento sesenta y dos entradas desde el primer mercado de Alejandría, casi tres años antes. Cada objeto adquirido a título propio figuraba en él con la fecha, el lugar, el precio pagado y, cuando lo conocía, el nombre del vendedor. Aquel registro se había llevado desde el principio con el rigor de un notario, porque Marcel había comprendido de entrada que esa distinción acabaría importando.

—¿Resiste ese registro? —preguntó Fourier, que leía por encima de su hombro.

—Resiste en lo que es cierto. En lo demás… resiste si el comisario británico no aprieta demasiado. Un comisario que quiera llevárselo todo siempre encontrará un pretexto. Un comisario razonable aceptará esto como prueba suficiente. Marcel golpeó con los dedos la encuadernación, donde la tinta de la víspera no había acabado de secar.

—Entonces todo depende del comisario.

—Sí, todo depende del comisario.

La cuestión de la piedra de Rosetta preocupaba especialmente a los sabios. Era el objeto más importante que habían encontrado. Si partía hacia Londres, el desciframiento de los jeroglíficos se convertiría en una victoria británica. Pero Marcel había tomado sus precauciones. Más de un año antes había sacado en El Cairo improntas de la inscripción, que el general Dugua había llevado a París. Habían llegado. Silvestre de Sacy, el gran especialista francés en textos orientales, las tenía en sus manos. Aunque la Piedra partiera hacia Londres, las improntas permanecerían en París.

—La información viaja —dijo Marcel—. El objeto… el objeto, no. Esa batalla, quizá ya la hayamos ganado.

En las semanas siguientes, los sabios sistematizaron la duplicación de sus trabajos, hasta entonces practicada de forma esporádica. La biblioteca del Instituto se transformó en taller de copia. Se instalaron mesas a lo largo de las paredes, cada una destinada a un tipo de documento. Una mesa para los calcos de dibujos.

Otra para la copia de las mediciones topográficas. Otra para las transcripciones de textos coptos. Otra para las descripciones botánicas y zoológicas.

El trabajo era minucioso y agotador. Jollois supervisó la producción de ciento ochenta y tres calcos de sus dibujos más importantes. Los templos del Alto Egipto, las pirámides de Guiza y de Saqqara, las tumbas del Valle de los Reyes. Había reclutado a tres jóvenes dibujantes del ejército que sabían sostener un lápiz y seguir un trazo. Les mostraba un dibujo original, les pedía que hicieran un calco rápido, solo los contornos, sin sombras ni detalles superfluos, lo bastante para transmitir lo esencial de la arquitectura.

Aquellos calcos se enrollaron en tubos de bambú y se confiaron a un mercader griego que se comprometió a enviarlos a París en el primer navío neutral. Jollois le pagó cincuenta piastras por adelantado y le prometió otras cincuenta si los tubos llegaban a su destino.

—¿Confía usted en él? —preguntó Jomard mientras veía partir la caravana.

—No. Jollois miró cómo el polvo volvía a caer detrás de las bestias. No había elección. Si un envío se pierde, quizá llegue otro.

Jomard, por su parte, pasó sus mediciones topográficas más recientes a su segundo juego de hojas. El trabajo le llevó nueve días. Trabajaba por las noches, a la luz de una lámpara, copiando cifra por cifra, ángulo por ángulo. Cada medida se verificaba dos veces. Una sola cifra errónea podía inutilizar toda una serie de cálculos. Sus cuadernos se llenaban de números en filas apretadas, de croquis geométricos, de anotaciones al margen. Las copias irían en una caja distinta de la de los originales, y Jomard anotó en cada una el número de la caja gemela.

Geoffroy no podía duplicar sus frascos de peces. Un espécimen en alcohol no admitía copia. Pero dibujó cada espécimen con la precisión suficiente para que un naturalista pudiera reconocer la

especie solo por el dibujo. Doscientas cuarenta especies, una por una, con anotaciones detalladas sobre la procedencia, el tamaño, los caracteres anatómicos distintivos. Dibujos fríos, precisos, desprovistos de expresión, documentos de trabajo más que arte. Si los frascos se destruían, las hojas quedarían.

El 25 de marzo llegó a El Cairo una noticia más precisa. El ejército otomano del gran visir Yusuf Pachá avanzaba desde Siria y se acercaba a la frontera de Egipto. Su unión, tarde o temprano, con las fuerzas británicas desembarcadas en Abukir parecía inevitable. El Cairo se vería pronto amenazado por dos lados.

Fourier convocó a los sabios esa misma noche.

—Señores, debemos acelerar la duplicación. Todo lo que pueda copiarse debe copiarse, y rápido. Después… después será demasiado tarde.

El ritmo se intensificó. Se trabajaba de la aurora a medianoche. Las lámparas de aceite ya no se apagaban, y la tinta fresca olía hasta en los pasillos. Los sabios trabajaban por parejas, uno dictando y el otro escribiendo. Se requisaron escribas militares para ayudar en la copia de los documentos administrativos.

El 8 de abril, un incidente interrumpió el trabajo. Jomard copiaba una serie de mediciones angulares tomadas en Dendera cuando su codo golpeó el tintero. La tinta se derramó sobre la hoja. Tres horas de trabajo perdidas. Miró la página arruinada, el negro que devoraba las cifras. Luego tomó una hoja nueva y empezó de nuevo, línea tras línea. Geoffroy, en la mesa contigua, alzó los ojos y volvió a inclinarse sobre su pez.

En la biblioteca ya solo se oía el ruido de las plumas sobre el papel, el crujido de las páginas al pasarlas, los cuchicheos entre copistas. A veces, una maldición ahogada cuando una mancha de tinta estropeaba una página casi terminada. Entonces había que empezar de nuevo.

En abril, Jollois envió un segundo lote de calcos con una caravana mercantil que partía hacia la costa. Pagó de nuevo cincuenta

piastras por adelantado al jefe de la caravana, que contó las monedas dos veces, como hombre que sabía que los navíos se hundían, que las cajas se caían de los carros y que los ladrones merodeaban por los caminos.

Paralelamente al trabajo de copia, los sabios elaboraban su estrategia jurídica para el enfrentamiento con los comisarios británicos. Redactaron una lista de los objetos que defenderían con prioridad. La piedra de Rosetta a la cabeza, seguida de los grandes sarcófagos, las estatuas monumentales, las colecciones naturalistas de Geoffroy, los levantamientos cartográficos de Jomard y los cuadernos de Jollois. Para cada categoría prepararon argumentos basados en la distinción entre propiedad institucional y propiedad personal, entre objetos reunidos y obras creadas.

Marcel formuló la doctrina que guiaría su defensa. Los cuadernos de dibujo no eran curiosidades, sino herramientas de trabajo. Las improntas no eran antigüedades, sino papel y tinta producidos por los propios sabios. Los instrumentos científicos eran útiles profesionales, no trofeos de guerra. Los especímenes naturalistas pertenecían al reino de la naturaleza, no a un Estado particular.

—Los tratados de este género hablan de curiosidades naturales y artificiales —dijo Marcel—. Muy bien. Nuestros trabajos no son curiosidades, son producciones científicas. A nosotros nos toca demostrarlo.

—Los británicos querrán llevárselo todo —respondió Jomard—. No creo que unos argumentos…

—Zonas grises —cortó Fourier—. Nuestros argumentos las crearán. En una zona gris se negocia. Un comisario razonable aceptará dejar algunas cosas. Ahí es donde hay que concentrar el esfuerzo.

—¿Y si el comisario no es razonable? —preguntó Geoffroy.

—Entonces lo perderemos todo. Fourier hizo un gesto vago con la mano. Lo habremos intentado. Y las copias sobrevivirán.

También se debatió la cuestión moral del expolio. En una reunión de abril, Jomard planteó el problema que los preocupaba a todos sin que nadie osara formularlo con claridad.

—Hemos reunido objetos de tres naturalezas distintas. Primero, lo que hemos producido nosotros mismos. Mediciones, dibujos, notas. Eso nos pertenece, creo, sin discusión. Después, los especímenes naturalistas. Peces, plantas, minerales. No pertenecen a nadie; nuestra recogida no priva a nadie. Por último… los objetos extraídos de las tumbas, de los templos, de las necrópolis. Esos pertenecían a Egipto. Los hemos tomado.

Geoffroy intervino.

—En teoría, sí. En la práctica… Los fellahs que saquean las tumbas para vendernos objetos, las habrían saqueado de todos modos. No hemos hecho más que acelerar lo que ya existía.

—Eso atenúa —respondió Jomard—. No justifica nada.

Jollois, que había permanecido callado durante todo el debate, tomó por fin la palabra.

—Hay también la cuestión práctica. Si admitimos que esos objetos pertenecen a Egipto, ya no tenemos ningún argumento contra los británicos. Si los decimos nuestros, hay que ir hasta el final. Los hemos tomado. Nos los quedaremos. Publicaremos.

Fourier asintió.

—Haber tenido razón o no al tomarlos —dijo—, es una discusión de academia. Tenemos esos objetos. Los británicos van a reclamarlos. ¿Piensa alguien aquí que deberíamos cedérselos de buen grado, en nombre de principios morales?

Nadie respondió. Ningún sabio de aquella sala estaba dispuesto a ceder de buen grado años de trabajo. Geoffroy miraba la mesa, Marcel sus manos.

—Entonces estamos de acuerdo —dijo Fourier—. Defenderemos nuestras colecciones. Pero sabiendo por qué. Porque son

nuestras, por supuesto —y porque la ciencia francesa, lo creo, hará de ellas mejor uso que los militares británicos.

Marcel añadió una reserva.

—¿Y si los británicos hacen de ellas mejor uso que nosotros? El British Museum es una institución seria. Sus sabios son competentes. Nuestro argumento de superioridad científica solo se sostiene si de verdad publicamos nuestros trabajos. Si nuestras colecciones acaban en cajas en París durante veinte años, los británicos habrán tenido razón en quitárnoslas.

—Cierto —reconoció Fourier tras un momento—. Habrá que publicar. Sin eso nada de lo que hemos hecho aquí se justifica.

El 12 de mayo, un oficial escapado de un puesto del Delta llegó a El Cairo con noticias. Los británicos, dueños de Rosetta desde finales de abril, se informaban por medio de prisioneros y mercaderes sobre lo que el Instituto de Egipto había reunido. Fourier le hizo repetir su relato dos veces. Los comisarios británicos vendrían, pues, con exigencias precisas, y su inventario probablemente ya estaba listo.

En mayo, las noticias militares se fueron precisando. Los británicos remontaban lentamente el Nilo. Los otomanos progresaban desde el nordeste. La convergencia sobre El Cairo era inevitable, a unas semanas de diferencia.

Los sabios intensificaron aún más sus esfuerzos. Cada día traía su cuota de restricciones y de decisiones que tomar. ¿Qué copiar en primer lugar? ¿Qué dejar? ¿Cómo repartir el papel, la tinta, el tiempo, entre unos proyectos que parecían todos igualmente urgentes?

Fue en esos momentos cuando la diferencia entre los sabios se hizo visible. Algunos se dejaban llevar por el pánico, querían salvarlo todo, emprendían diez proyectos de copia simultáneos sin terminar ninguno. Otros, como Jomard, conservaban su método, establecían prioridades claras y se atenían a ellas.

Fourier observaba todo aquello de cerca. Tomaba notas, sobre los hombres más que sobre los objetos. Cómo reaccionaba cada uno ante la presión. Quién conservaba la lucidez. Quién la perdía. Aquellas notas no servirían jamás en las láminas de la *Description de l'Égypte*. Lo ayudarían, años más tarde, a redactar el prefacio histórico de la obra.

A finales de mayo, Fourier pasó por el taller pasada la medianoche. Las lámparas seguían encendidas. Tres copistas trabajaban en silencio, inclinados sobre sus hojas. Uno copiaba mediciones topográficas. Otro calcaba el dibujo de un templo. El tercero transcribía descripciones botánicas. Fourier se detuvo en el vano de la puerta. Si los británicos se lo llevaban todo, aquellas copias serían lo que quedaría. Se quedó un momento allí, sin que ninguno de ellos levantara la cabeza, y luego se marchó.

A mediados de junio se convocó una última reunión. Los ejércitos enemigos ya no estaban sino a unos días de marcha de El Cairo. Los sabios debían tomar sus últimas disposiciones.

Jollois hizo el inventario final de sus tubos el 20 de junio. Veintitrés tubos de cobre que contenían dos mil ochenta y siete dibujos. Doscientos treinta y siete cuadernos de notas. Ciento ochenta y tres calcos en el primer lote, otros en el segundo, todos ya expedidos. Redactó la lista en una hoja que dobló en cuatro y se guardó en la chaqueta.

—Señores —dijo Fourier—, hemos hecho lo que podíamos. Nuestros trabajos están duplicados. Nuestros inventarios, completos. Nuestros argumentos, listos. Los británicos llegarán con sus listas. Nosotros tenemos las nuestras. Lo que ocurra después dependerá de la negociación. Pero estamos tan preparados como es posible estarlo.

Jollois tomó la palabra.

—Hasta el final. No acabarán en los almacenes de un museo británico sin haber servido a la ciencia.

Nadie añadió nada. Se plegaron las hojas, se apagó una lámpara. La reunión se dispersó antes de medianoche.

En los últimos días de junio, las tiendas de El Cairo abrían tarde y cerraban temprano. Las patrullas francesas se cruzaban sin hablarse. En el Instituto se embalaba y luego se desembalaba para comprobar.

V - La derrota de El Cairo

El 27 de junio de 1801, la situación militar era insostenible. Menou, bloqueado en Alejandría, no podía socorrer El Cairo. El general Belliard, que mandaba la guarnición, había abierto pocos días antes negociaciones de capitulación con el general Hutchinson y el gran visir Yusuf Pachá.

Ese mismo día se firmó un convenio. Regulaba la evacuación del ejército con sus armas y su equipaje, sin decir nada preciso sobre las colecciones de la Comisión. Ese silencio no era más que una prórroga. La cláusula que de verdad las amenazaría se firmaría en septiembre, en Alejandría, con el número dieciséis.

La palabra que contaba cabía en una frase. El ejército saldría de El Cairo con sus armas y su equipaje. Esa frase, leída en voz alta por Fourier en la sesión extraordinaria del 28 de junio de 1801, fue seguida de un silencio que Jollois comparó después, en su diario, con el de una habitación de enfermo cuando el médico acaba de callar. Luego todos hablaron a la vez, Geoffroy, Marcel, Jomard, voces sobre voces, hasta que Fourier levantó la mano.

—El equipaje… ¿Abarca eso mis frascos? —dijo Geoffroy—. Tres años de colecciones. La fauna completa del Nilo. Doscientas cuarenta especies que nadie ha descrito todavía.

—Y mis cuadernos —dijo Jollois—. Doscientos treinta y siete. Los únicos levantamientos completos de los templos del Alto Egipto que se hayan hecho jamás.

—¿Y la piedra de Rosetta? —dijo Marcel—. Está en Alejandría, con Menou. La única clave de los jeroglíficos que se haya hallado en tres mil años, y ella…

Fourier había releído el artículo. El ejército se llevaría sus armas y su equipaje. Buscaba una grieta en la formulación. El equipaje no abarcaba, evidentemente, ni los colosos ni los sarcófagos. Pero ¿los papiros, las monedas, los frascos de Geoffroy, los herbarios, las osamentas? ¿Eran los cuadernos de dibujo equipaje, o colecciones hechas para la República? ¿Podía considerarse el cuaderno de trabajo de un artista otra cosa que un efecto personal en el sentido de un tratado de capitulación? Fourier dejó el texto. Volvió a leerlo.

La piedra de Rosetta, en Alejandría, no dependía de ese convenio. Las improntas de Marcel —papel y tinta fabricados por él mismo—, ¿correspondían al equipaje, a la colección o a la obra intelectual?

—La palabra es vaga —dijo Fourier—. Han escrito «equipaje» sin definir el término. Un término sin definir es… una variable. A nosotros nos toca fijar su dominio, lo que cubre y lo que no cubre.

La estrategia jurídica de marzo encontraba por fin un texto en el que ejercitarse. Una resistencia militar quedaba excluida, puesto que no tenían armas y no habrían sabido usarlas. Quedaba una resistencia textual, que consistía en encontrar en las palabras del convenio los intersticios por donde hacer pasar sus colecciones. Los cuadernos pasaban a ser herramientas de trabajo, las improntas documentos, los instrumentos científicos efectos profesionales. Cada categoría de objeto tuvo su línea de defensa.

En los días que siguieron a la lectura del convenio, las callejuelas en torno al Instituto cambiaron de visitantes. Mercaderes del Khan el-Khalili empezaron a rondar cerca de la puerta, no los vendedores de telas y especias, sino los que llevaban años vendiendo antigüedades y sabían leer en los gestos de un europeo lo que quería comprar antes de que él mismo lo supiera.

Suleiman al-Qabbani —el mismo que había acudido a Tanis un año antes con su zurrón de lona— se presentó a la puerta del Instituto la mañana del 30 de junio con una caja de madera. En su interior, veintidós *ushebtis* de piedra caliza pintada, cinco escarabeos de fayenza azul, tres amuletos de oro de la Baja Época. Había dejado la caja sobre la mesa del guardián anunciando, por medio de un chiquillo que hacía de intérprete : «Precio normal. Antes de que los ingleses se lo lleven todo».

Marcel, que pasaba por allí por casualidad, había examinado el contenido de la caja. Los *ushebtis* eran auténticos, de época tebana, de la dinastía XVIII o XIX, de piedra caliza pintada con pigmentos aún vivos. Los escarabeos, de fayenza de calidad, y los amuletos de oro también lo eran.

—¿De dónde proceden estos objetos? —había preguntado.

El chiquillo había traducido. Suleiman al-Qabbani había respondido sin vacilar. De Tebas, de la tumba de un funcionario hallada el invierno anterior por unos fellahs que cavaban para ampliar su bodega. Él los había comprado. Ahora los revendía porque sabía que la Comisión abandonaba Egipto y que los británicos, menos conocedores, pagarían peor.

Marcel había comprado la caja entera por cuarenta piastras y redactado un recibo fechado el 30 de junio en su registro personal. Los veintidós *ushebtis* habían pasado al inventario personal de Marcel —no a las colecciones del Instituto— y escaparían, por tanto, en teoría, a toda requisa dirigida contra las colecciones del Instituto. El mercado local había leído el tratado más rápido que los diplomáticos.

Geoffroy respondió de otro modo. Los intersticios jurídicos lo aburrían. Quería una correlación de fuerzas.

Geoffroy escribió al general Belliard una carta de una página. Sobria, sin lirismo. En ella explicaba que sus colecciones naturalistas representaban un trabajo de campo sin equivalente, que doscientas cuarenta especies de la fauna del Nilo y del Delta no habían

sido descritas aún por la ciencia europea, y que, si los comisarios británicos las confiscaban, estaba dispuesto a destruirlas antes que cederlas.

—No los amenazo —dijo a Fourier, que leía el borrador por encima de su hombro—. Les advierto. Eso es lo que ocurrirá si se aplica «equipaje» al pie de la letra a mis colecciones.

—¿Y piensa que le creerán?

—Las habré quemado antes de que decidan si me creen o no.

Fourier dobló el borrador. Geoffroy no era de los que farolean. Había pasado su estancia saliendo de galerías a rastras, con las manos en el barro, transportando él mismo sus frascos de alcohol bajo el calor. Había sopesado aquella amenaza mucho tiempo antes de escribirla. Era la única respuesta coherente con lo que pensaba de su trabajo, que le pertenecía a él, y no al ejército que lo había financiado. Más valía que esos frascos no existieran, antes que dormir en Londres en un sótano, abiertos por alguien que no sabría por qué importaba un *Polypterus bichir*.

—Envíe la carta —dijo Fourier.

Las copias, por lo demás, viajaban desde hacía mucho tiempo. Desde la noche en que la flota francesa ardió y se hundió en Abukir, los sabios sabían que estaban cortados de París. Ningún navío francés en los puertos. Los correos partían por rutas terrestres inciertas, de caravana en caravana y de puerto en puerto, y tardaban seis meses en llegar.

Desde 1799, algunos habían empezado a enviar paquetes en navíos neutrales —buques daneses, suecos, norteamericanos— que hacían escala en Alejandría para el comercio de cereales. Los británicos, que controlaban el mar pero trataban con miramientos a los neutrales, rara vez inspeccionaban esos navíos.

Fourier había enviado así, en un bergantín danés, en octubre de 1799, un rollo de papel con treinta hojas de notas lingüísticas sobre la lengua copta. Su primer ensayo de gramática. Cuando

regresó a París en 1801, las treinta hojas lo esperaban en el Instituto, ligeramente mohosas pero legibles.

Marcel había procedido de otro modo. Desde el invierno de 1799-1800, había tirado él mismo, en la imprenta que dirigía en El Cairo, pruebas de la piedra de Rosetta, auténticas improntas obtenidas entintando la piedra antes de aplicar el papel. El general Dugua se llevó esas pruebas a París en la primavera de 1800, donde el Instituto las confió a los orientalistas, entre ellos Silvestre de Sacy. Europa podía ya empezar a leer la inscripción que el ejército no estaba seguro de conservar.

Jollois había intentado enviar un legajo de dibujos en un navío norteamericano en enero de 1800. El navío fue interceptado por una fragata británica a la altura de Creta y registrado. Los papeles de Jollois fueron confiscados, examinados y luego devueltos, al no haber visto los británicos en ellos más que levantamientos artísticos sin interés militar. Había tenido suerte, y lo sabía.

Como no se podía confiar en los neutrales, Jollois adoptó otro método. Todos los documentos esenciales —sus dibujos más importantes, los levantamientos de Marcel, las mediciones de Jomard— se copiaron por duplicado. Un original se quedaba con el sabio. Una copia partía en la primera ocasión disponible. Si la copia llegaba, bien. Si era interceptada, el original sobrevivía.

Jomard había resumido la lógica en una nota a Fourier. La Comisión se hallaba en la situación de los soldados que entierran sus municiones en varios lugares antes de una batalla. Si se capturaba el primer depósito, quedaba otro. El precio de una captura era la pérdida de un año de trabajo y no de todo.

La duplicación había funcionado con la mayoría de los lotes. No con todos. Dos cuadernos de Jollois, cuyas copias no estaban terminadas y que había expedido en original, por falta de tiempo, en un navío sueco a finales de 1800, no llegaron nunca a París. Solo sobrevivieron las copias inacabadas, que se quedaron en El Cairo. Nunca se supo qué había sido de los originales. Hundidos

en el mar, confiscados, perdidos en los vaivenes del comercio levantino.

Aquellos dos cuadernos desaparecidos representaban unos doscientos dibujos de la región del Delta. Los yacimientos de Sais, de Bubastis, de Tanis, que Jollois había visitado durante el verano y el otoño de 1800 y que no volvería a ver jamás. Sus copias, menos detalladas, figurarían en la *Description de l'Égypte* con la discreta mención «según copias, al haberse perdido los originales».

Fue la única huella pública de la pérdida. En sus memorias, Jollois no dice una palabra.

Había ahí, Fourier lo veía, una asimetría fundamental entre lo que los franceses tomaban de Egipto y lo que los británicos quitarían a los franceses. Los franceses tomaban objetos —piedras, bronces, papiros— y copias de esos objetos. Los británicos, cuando llegara la capitulación, tomarían los objetos y dejarían las copias. Papel y tinta no tenían valor ni en los inventarios de un tratado de paz ni en las galerías de un museo.

Fourier la había resumido en una sesión del Instituto, en tres frases.

—Se llevarán los originales. Nosotros, las copias. Y las copias… son ellas el verdadero botín.

Lo había dicho de pie, frente a las cajas, sin vacilar. Lo que no había dicho —y que formularía años más tarde, en sus notas para la *Description*— era que aquella asimetría no era accidental. La precaución del vencido, aplicada desde antes de la derrota. Era sin duda la única forma de inteligencia estratégica que los sabios habían ejercido de verdad desde el principio. Pero, al sentarse después, se preguntó si era cierto o si era simplemente lo que uno se cuenta para soportar aquello que no ha podido impedir.

Los sabios habían tenido diecisiete días.

Entre la firma del convenio y la partida de la columna, ni uno más. Nadie dijo que fuera demasiado poco.

Lo que aquellos hombres hicieron durante ese tiempo no se parecía a lo que habían preparado. Habían preparado argumentos —listas, memorias, distinciones jurídicas entre curiosidad y obra, entre propiedad personal y colección del Instituto—. Trabajaron sin hablar. Pronto no hubo más sesiones. Cada uno en sus almacenes, junto a sus cajas. Las conversaciones que hubo fueron breves y técnicas, sobre la cuerda que emplear, el peso por rueda, el número de capas de lienzo para los frascos.

En el Instituto ya solo se oían los martillos y el crujir de la paja.

Una noche, Fourier fue a ver a Jollois y le habló de la larga cadena que atravesaba la historia. Los romanos que habían vaciado Egipto de sus obeliscos, los cruzados que habían saqueado Bizancio, los reyes que habían llenado sus gabinetes de curiosidades. Cada época con sus justificaciones. La víctima, en cambio, seguía siendo la misma. Jollois lo escuchó hasta el final. «Sin duda», dijo, y volvió a su caja. Fourier se marchó.

Luego, la mañana del decimoséptimo día, cuando los carros estuvieron listos, nadie dio una orden. Los hombres salieron al patio, se organizaron por sí mismos y ocuparon su lugar en la columna sin que se les pidiera, como soldados, por primera vez desde Tolón.

Un olor a madera, cola y alcohol flotaba en los pasillos del Instituto cuando la columna empezó a formarse en el patio. Jollois recorrió por última vez las salas. Las paredes conservaban las huellas de las colecciones que habían ocupado las mesas durante tres años. Círculos de polvo allí donde habían reposado los frascos, líneas de tiza allí donde Jomard había fijado sus hojas de mediciones. Agujeros de clavos en las vigas donde se habían colgado las momias para los dibujos anatómicos.

Jollois salió al patio. La columna esperaba. Los carros estaban cargados. Las bestias de carga resoplaban en el calor de la mañana.

Jollois comprobó por última vez que sus alforjas estaban sujetas al flanco del caballo que le habían asignado.

El Egipto que Francia conservaría cabía en lo que un hombre podía llevar sobre una silla de montar. Lo que había tomado a Egipto rodaba tras él, en las cajas que los británicos abrirían dentro de dos meses. Apretó la cincha. Nadie daría ninguna señal, y no esperó ninguna. Salió del patio el primero.

VI - El descenso hacia Rosetta

A mediados de julio comenzó la evacuación de El Cairo. Trece mil hombres, entre ellos cinco mil enfermos o convalecientes, doscientos civiles, los sabios de la Comisión que se habían quedado en El Cairo, todos saliendo de la ciudad en columna bajo el mando del general Damas. Algunos se volvían. La mayoría tenía los ojos fijos en la espalda del que marchaba delante.

El primer día, a última hora de la tarde, una patrulla otomana cortó el camino a la columna. Veinte jinetes turcos de uniforme, al mando de un bey que hablaba francés. Venían del campamento del gran visir.

El general Damas avanzó solo para hablar. El bey desmontó. El intercambio duró diez minutos. Los sabios, agrupados en el centro de la columna, no podían oír, pero veían los gestos. El bey señalaba hacia el norte. Damas mostraba un documento, probablemente el convenio de evacuación firmado con los generales aliados.

Fourier se acercó al alcance de la voz y oyó al bey.

—Abandonan El Cairo. Está bien. Pero sus cajas se quedan en Egipto.

Damas respondió algo que Fourier no captó. El bey insistió.

—Esos objetos pertenecen a Egipto. Ustedes los han tomado de nuestros templos, de nuestras tumbas. No partirán.

—Señor, hemos firmado un convenio con los generales aliados, incluido su gran visir. Es con ellos con quienes debe discutir esas cuestiones.

El bey hizo un gesto hacia sus jinetes. Veinte lanzas se alzaron. Damas no se movió.

—Si intenta detener esta columna, viola un convenio que sus propios jefes han firmado. No creo que Constantinopla se lo haya ordenado.

El bey vaciló. Miró las cajas de los carros, los soldados franceses desplegados en orden de batalla, y luego el horizonte vacío a su espalda. Ningún refuerzo otomano a la vista.

Volvió a montar a caballo.

—Los acompañamos un trecho. Para vigilar.

—Como quiera.

La patrulla turca siguió a la columna a cien metros de distancia durante dos días. Los jinetes no hablaban con nadie. Al alba del tercer día habían desaparecido. Damas supuso que habían regresado a rendir cuentas al gran visir.

La noche del tercer día, Jollois preguntó a Fourier, sin demasiada convicción.

—¿Cree que volverán?

—¿Los otomanos? No. Tienen la ciudad. Lo que querían saber es si de verdad la habíamos… vaciado. Ahora lo saben.

—¿Y entonces?

—Entonces esperarán a que los británicos nos quiten nuestras cajas. Después, reclamarán esos mismos objetos a los británicos. Es más sencillo que quitárnoslos a nosotros.

Jollois buscó una objeción, no la encontró, y atizó el fuego con la punta de un palo.

Los sabios marchaban en medio de la columna con su equipaje en carros. El alivio de haber escapado al peligro y la tristeza de abandonar Egipto cedían ya, en la mayoría, ante la inquietud por las colecciones.

No se avanzaba deprisa. Trece mil hombres con carros en la arena avanzan despacio, a un ritmo marcado por las paradas y las

redistribuciones de carga cuando un animal cojeaba o una rueda se hundía.

Jollois caminaba a pie la mayor parte del tiempo para no fatigar a su caballo. Cada vez que el animal tropezaba con una piedra o en un hueco de arena, oía los tubos golpear sordamente contra la silla y se volvía.

La principal inquietud de Geoffroy era el calor sobre sus frascos de alcohol. El vidrio se dilata con el calor, el alcohol también, pero no al mismo ritmo. Y si la dilatación provocaba una fisura microscópica, el alcohol se evaporaría y los especímenes se degradarían en pocos días. Había envuelto cada frasco en dos capas de lienzo húmedo que sus ayudantes renovaban en cada parada, sacando agua de sus reservas.

—Está desperdiciando agua —le dijo un oficial que había reparado en la maniobra.

—El agua se reemplaza. Estos especímenes, no.

El oficial se alejó sin insistir. Con el calor de julio, con hombres que padecían sed, el argumento no resultaba convincente. Geoffroy continuó.

El cuarto día, una de las cajas de Jomard resbaló del carro al cruzar un dique y se entreabrió en la arena. Los hombres se detuvieron. Jomard saltó del caballo, apartó a los soldados que intentaban ayudarle y examinó los rollos uno por uno. Tres de ellos tenían ligeras trazas de arena en los pliegues de la tela encerada. Nada había penetrado en el papel.

Jomard volvió a clavar la caja, la hizo cargar de otra manera, tumbada, con una cuerda adicional.

—Tiene usted suerte —dijo Fourier, que había presenciado toda la escena.

—No es suerte. Es cuerda.

Al anochecer del quinto día, dos soldados de la guardia trajeron de vuelta al campamento a un desertor. Un joven de unos veinte años, originario de Lyon a juzgar por su acento, que había huido de El Cairo tres días antes de la evacuación. Lo habían encontrado escondido en un palmeral, hambriento, con los pies ensangrentados.

El general Damas lo hizo llevar a su tienda. Fourier, que pasaba cerca, oyó el interrogatorio.

—¿Por qué desertaste?

—Quería quedarme en Egipto, mi general. No volver a Francia.

—¿Quedarte para hacer qué?

—Trabajar. Casarme, quizá. Aquí puedo vivir. En Francia vuelvo a la fábrica.

Damas lo miró sin decir nada durante un largo rato.

—¿Sabes lo que les ocurre a los desertores?

—Sí, mi general.

—¿Lo sabes y desertaste de todos modos?

—Tengo veintitrés años. He pasado tres años aquí. He aprendido árabe. Ahora conozco El Cairo mejor que Lyon. ¿Qué voy a hacer en Francia?

Damas hizo salir al desertor y llamó a su ayudante de campo. Fourier oyó la sentencia. Ni consejo de guerra ni ejecución, a una semana de Rosetta. El desertor marcharía encadenado hasta Rosetta, y luego sería reintegrado en las filas. Un sargento le remachó los grilletes en los tobillos. El martillo sonó dos veces. El hombre no gritó.

A la mañana siguiente marchaba con su compañía, con los tobillos desollados por los grilletes. Geoffroy, que tenía conocimientos médicos, le dio un bálsamo.

—Póngase esto esta noche. Evitará la infección.

—Gracias, señor.

—¿Por qué desertó usted de verdad?

El soldado vaciló.

—Porque… no quiero ver lo que va a pasar con los ingleses. Les vamos a dar nuestros descubrimientos. Yo cargaba las cajas del señor Jomard en Tebas. Vi lo que se midió, lo que se dibujó. Y ahora lo entregamos todo. Así que prefería quedarme aquí.

Geoffroy no respondió y volvió a tapar el bote de bálsamo. El soldado volvió a su compañía arrastrando los grilletes.

Esa noche, Geoffroy contó a Marcel la conversación.

—Ese muchacho ha comprendido algo que muchos oficiales aún no han comprendido. No volvemos como vencedores. Volvemos… ¿cómo decirlo? Desposeídos.

—Lo ha comprendido, sí. Y por eso ha acabado encadenado.

—Sí —dijo Geoffroy, y no añadió nada.

El desertor marchó con la columna hasta Rosetta. Fourier supo más tarde que había aprovechado la confusión de la llegada para desaparecer en una aldea de la orilla del río. No regresó jamás a Francia.

El sexto día, una tormenta de arena se abatió sobre la columna en el momento en que hacía alto en una aldea del Delta. Los soldados se resguardaron como pudieron en las casas abandonadas o bajo los carros volcados. La arena venía de todas partes a la vez, arremolinándose, buscando los resquicios, las bocas abiertas, los ojos entornados. Los hombres se cubrían el rostro con los capotes y respiraban a través de la tela. Los caballos volvían la grupa al viento cerrando los ojos, con los ollares apretados. Los camellos se arrodillaban y esperaban, pacientes e indiferentes, como si llevaran esperando tormentas de arena desde siempre, lo cual era más o menos el caso.

Los sabios cubrieron sus cajas con mantas y tiendas improvisadas y pasaron horas manteniendo las protecciones contra el viento,

recuperando las correas que las ráfagas arrancaban. La arena se infiltraba por todas partes. En la ropa, en los ojos, bajo los tapones de corcho. Jollois sostenía a su caballo con una mano y con la otra mantenía una manta sobre sus alforjas, con el rostro vuelto contra el cuello del animal para poder respirar.

Geoffroy iba de caja en caja gritando instrucciones que el viento se llevaba antes de que llegaran a su destino. El peligro, esta vez, ya no era el calor. Un tubo de Jollois mojado eran dibujos borrosos. Un rollo de Jomard cubierto de arena eran mediciones recuperables con un poco de trabajo. Pero un frasco roto dentro de una caja, el alcohol derramándose sobre los demás frascos, al contacto con una linterna, era toda la colección de la fauna del Nilo la que se convertía en humo. Hizo apagar todas las linternas en cincuenta metros a la redonda. Se trabajó en la oscuridad absoluta, a tientas, reconociendo las cajas por sus formas y por el modo en que respondían a los golpes con el puño.

Sus ayudantes —dos jóvenes estudiantes de la Escuela Politécnica que habían soportado mal el calor del desierto durante todo el trayecto— trabajaron aquella noche sin quejarse. Cada caja comprobada, cada correa apretada de nuevo, cada tapón revisado en la oscuridad. Cuando la tormenta amainó hacia las cuatro de la madrugada, Geoffroy aún tenía las manos crispadas sobre la correa de la última caja.

Por la mañana, el balance se resumía en un tapón arrancado en un tubo de Jollois, tres hojas con las tintas ligeramente corridas y un frasco de pescado que presentaba una microfisura en la base. Los especímenes fueron trasladados a un frasco de repuesto.

Geoffroy lo había traído de El Cairo para eso, y para nada más.

El séptimo día, hacia mediodía, la columna se cruzó con un convoy de refugiados coptos que huían hacia la costa. Una treintena de familias con sus asnos cargados de bultos, niños que caminaban descalzos sobre la arena, ancianos transportados en parihuelas improvisadas.

Su jefe, un sacerdote que hablaba francés, se acercó a Damas.

—Mi general, huimos de las represalias. Desde que los franceses abandonan El Cairo, las milicias otomanas queman nuestras iglesias. Vamos a la costa a ponernos bajo protección británica.

Damas mandó repartir agua. El sacerdote la rechazó.

—Guarde su agua para sus soldados. Tenemos pozos a dos horas de aquí. Pero dígame, ¿protegerán los británicos a los cristianos cuando ustedes se hayan ido?

—No lo sé, padre. No es asunto mío.

—Era asunto suyo cuando nos prometieron la libertad religiosa en 1798. Ahora ustedes se van y nosotros nos quedamos.

Damas no respondió. El sacerdote regresó junto a su convoy.

Marcel había escuchado el intercambio. Se volvió hacia Fourier.

—Prometimos muchas cosas al llegar. La liberación de los egipcios, el fin de los mamelucos… El fin de la opresión de los coptos. La modernización del país. Y nos vamos dejando Egipto como lo encontramos. Peor, quizá.

—Pese a todo, dejamos algo. Las mediciones de Jomard, los dibujos de Jollois… Nuestros trabajos serán publicados.

—Sí. Dejamos libros. Ellos se quedan con las represalias.

Los refugiados coptos iban a reanudar su camino hacia el norte, la columna francesa hacia el noroeste, cada uno en su bifurcación de la pista.

Jomard, que no había dicho nada durante todo el intercambio, preguntó al sacerdote antes de que se alejara :

—Su iglesia de El Cairo, la de San Sergio, ¿ha ardido?

—No, señor. Todavía no. Pero arderá.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque siempre arde. Cada veinte años, cada treinta. Es la historia de Egipto. Ustedes solo estaban de paso.

El octavo día de marcha atravesaron una aldea cuyos habitantes habían huido. Casas cerradas, calles vacías, olor a pan caliente procedente de una panadería abandonada hacía apenas unas horas. La columna no se detuvo. Los soldados marchaban con la mirada al frente.

Unos soldados se apartaron de la columna. Dos minutos después salieron de un patio. Uno de ellos llevaba una tinaja de barro cocido, de un metro de alto. En su interior, el tintineo de algo metálico. Un oficial los hizo volver. La tinaja quedó abandonada al borde de la pista.

Jollois se detuvo. Levantó la tinaja. Dentro había siete monedas de bronce ptolemaicas, tres escarabeos de fayenza y un amuleto de Upuaut de caliza pintada, todo el tesoro doméstico de una familia que se había ido con lo que podía llevar.

—¿Qué hacemos con esto? —preguntó Jomard.

Jollois examinó las monedas una por una, les dio la vuelta, las fechó mentalmente. Ptolomeo IV o V, a juzgar por el perfil. Los escarabeos eran de buena factura. En el amuleto de Upuaut, los ojos estaban trazados en ocre rojo.

Jollois volvió a meterlos en la tinaja. La tinaja no podía quedarse en la pista, donde la recogería el primero que pasara. La dejó a la sombra, al pie del muro de la casa más cercana, en un hueco que hizo ligeramente con el talón de su bota para que la tinaja no rodara, allí donde el dueño la encontraría al regresar, si regresaba.

—Sigamos.

Se reincorporaron a la columna. La tinaja se quedó junto al muro.

El décimo día vieron el mar por primera vez en meses. Algunos soldados gritaron. Los sabios miraron en silencio. La luz sobre el agua era distinta de la que había sobre la arena. Más fría, más móvil, un azul mediterráneo que Jollois había intentado pintar al partir de Tolón, tres años atrás, sin dar con el color exacto.

—El mar —dijo Fourier.

No dijo más. Quería decir «y ahora los británicos».

El undécimo día por la mañana, a unos veinte kilómetros de Rosetta, dos oficiales británicos a caballo alcanzaron la columna. Venían del campamento del general Hutchinson con una orden de misión firmada que los encargaba de inspeccionar el equipaje francés antes de la entrada en la ciudad.

Damas los recibió con una cortesía glacial.

—Señores, entraremos en Rosetta con nuestras cajas selladas. La inspección tendrá lugar en el embarque, como prevé el convenio, no antes.

El teniente británico, un joven de unos treinta años llamado Thornton, insistió.

—Tenemos orden de comprobar que no transportan municiones ni material de guerra. Es una formalidad.

—Una formalidad que esperará al embarque. Hasta entonces, mis carros no se abren.

Thornton miró las cajas alineadas sobre los carros. Podía ver los números pintados en los costados, de I a LXIII. Sesenta y tres cajas bajo lonas.

—General, si rechaza la inspección, podemos retrasar su embarque varios días.

—Retrásenlo. Acamparemos aquí mientras tanto.

El otro oficial británico, de más edad, intervino.

—Teniente, déjelo. Son sabios, no contrabandistas. Sus cajas contienen piedras y dibujos. El general Hutchinson lo sabe.

Thornton dudó, luego saludó y se marchó con su colega.

Fourier se volvió hacia Damas.

—¿Cree que de verdad van a bloquearnos?

—No. Querían ver nuestras reacciones. Saber si teníamos algo que ocultar. Ahora saben que defenderemos nuestras cajas.

—¿Y eso es bueno?

—Depende del comisario. Un negociador, sí. Un saqueador…

La columna reanudó la marcha. A las once, las palmeras de Rosetta aparecieron en el horizonte, y luego la boca del río. Las fragatas británicas fondeaban mar adentro. El humo de sus cocinas subía recto hacia el cielo sin viento.

Acamparon aquella noche a dos horas de marcha de Rosetta. Se veían las luces de la ciudad en el horizonte. Aún no formas, solo una claridad baja y difusa. En las primeras semanas de la expedición, una luz así en el horizonte habría significado una ciudad por tomar, un mapa por trazar, trabajo. Aquella noche significaba los británicos.

Fourier releyó, a la luz de una linterna sostenida muy baja, las primeras páginas de la memoria de Jomard. El argumento era sólido. Lo que le impedía dormir era saber si el comisario británico dispondría de un margen de interpretación en sus instrucciones. Un diplomático con instrucciones estrictas no escuchaba los argumentos. Los registraba y los transmitía a Londres. Un diplomático con margen de maniobra podía dejarse convencer. Fourier no tenía modo alguno de saberlo antes de tenerlo delante. Dobló las hojas y bajó la mecha.

Geoffroy había comprobado sus cajas dos veces desde que se instaló el campamento. Los tapones aguantaban. Ya no había nada que hacer salvo dormir. Jomard escribió en su cuaderno la lista de los objetos cuya clasificación pensaba defender como instrumentos científicos. No como curiosidades embargables. Treinta y dos entradas. Luego se durmió vestido.

Jollois se quedó sentado fuera después de que se apagara el fuego del campamento. El cielo estaba despejado. Guardaba las alforjas contra sí, con los cuadernos más preciosos dentro. Mañana, los británicos, su comisario, la memoria, las discusiones sobre qué pertenecía a quién según qué artículo.

La columna llegó a Rosetta a finales de julio de 1801. Doce días de marcha desde El Cairo. Las tropas de Belliard se embarcaron

en Abukir en las semanas siguientes, en navíos británicos. Los sabios, por su parte, obtuvieron que se les condujera por mar a Alejandría con sus cajas, bajo pabellón parlamentario, para seguir allí la suerte de las colecciones del Instituto. Menou aún mantenía la ciudad, bloqueada por los británicos desde la primavera y sitiada desde el 17 de agosto. Los sabios fueron alojados en almacenes del puerto, con sus cajas apiladas a su alrededor. Las discusiones sobre las colecciones esperarían a la capitulación de Menou, cuando los británicos estuvieran en condiciones de exigirlas. Durante más de un mes, mientras Menou negociaba y los británicos aguardaban, los sabios guardaron sus cajas.

CAPÍTULO IV : EL DESASTRE Y EL REGRESO

I - Las grandes antigüedades

El 3 de septiembre de 1801, al día siguiente de la firma del convenio de capitulación de Alejandría, el comisario británico William Richard Hamilton se presentó en el almacén del puerto donde se alojaban los sabios franceses, acompañado de Edward Daniel Clarke, anticuario designado por el general Hutchinson para dirigir el examen físico de las colecciones.

Hamilton, secretario de lord Elgin, de veinticuatro años, formado en antigüedades clásicas en Cambridge, coordinaba la negociación diplomática. Clarke había recibido el encargo de identificar y catalogar las colecciones francesas pieza por pieza. Llegaron con un secretario y dos soldados que llevaban registros en blanco.

Jollois y Fourier representaban oficialmente a la Comisión en estas negociaciones. A Jomard le correspondía defender los levantamientos cartográficos y los instrumentos de medición. Había anticipado todos los argumentos adversos.

La víspera de la primera reunión con Hamilton, había refundido en términos jurídicos la memoria redactada en abril. Toda la noche. En la Politécnica le habían enseñado a prever la objeción antes de que se formulara. Lo había comprobado en Egipto, medición discutida tras medición discutida, y no veía por qué el derecho habría de obedecer a otra lógica. La nueva versión distinguía, en lo que concernía a Jomard, tres categorías de objetos.

Primero, las antigüedades en sentido estricto, objetos preexistentes a la expedición y cuya presencia en Egipto era independiente de todo trabajo francés. Categoría embargable, sin discusión.

Segundo, las producciones intelectuales, mediciones, cálculos, observaciones, dibujos realizados por miembros de la Comisión. Esos trabajos no existían antes de ser producidos. No podían equipararse a objetos hallados.

Tercero, una zona gris, los instrumentos científicos traídos de Francia. Ni antigüedades ni trabajos de la Comisión, sino herramientas de trabajo cuya incautación privaría a la Comisión de su capacidad de trabajar en el futuro.

—Es muy claro —había dicho Fourier sin levantar los ojos de la última hoja—. Queda por saber si Hamilton es sensible a la claridad. No es una magnitud que se mida bien.

—Si no lo es —añadió Jomard—, será porque sus instrucciones le imponen ignorar las distinciones jurídicas. Y en ese caso, ningún argumento será eficaz.

—Es usted pesimista.

—Preciso.

Fourier había sonreído.

Clarke entró en el patio del almacén. Se detuvo en el centro, giró lentamente sobre sí mismo, contó las cajas con una mirada circular. Sesenta y tres. Más los objetos sin embalar. Estatuas, sarcófagos, columnas apiladas contra el muro norte. Su secretario, un joven de Cambridge llamado John Marten Cripps, sacó un cuaderno y empezó a tomar notas. Lo anotaba todo. El número de cajas, sus dimensiones aproximadas, el estado de las cuerdas que las cerraban.

Jollois observaba a Clarke, que observaba las colecciones. Era la primera vez que un británico veía el conjunto de lo que la Comisión había reunido en tres años. Clarke no mostraba nada. Ni sorpresa ni satisfacción. Contaba.

—Señores —dijo Clarke volviéndose hacia Jollois y Fourier—, conforme al artículo dieciséis de la convención de capitulación firmada el 2 de septiembre, tengo el encargo de tomar posesión de los manuscritos árabes, de las estatuas y de las demás colecciones hechas para la República Francesa, en adelante propiedad pública a disposición de los generales del ejército aliado.

El silencio que siguió duró tres segundos. Jollois dejó lentamente el registro que sostenía.

—¿El conjunto, señor Clarke? ¿Cada objeto, cada dibujo, cada espécimen… recogidos durante tres años?

—Es lo que dice el artículo dieciséis.

—El artículo dieciséis —respondió Jollois con voz cortante— habla de las colecciones hechas para la República. No de nuestras producciones intelectuales. No de nuestros instrumentos científicos. No de las colecciones que algunos de nosotros hemos adquirido con nuestro propio dinero.

Clarke abrió su propio registro por la primera página. Hamilton, que se mantenía ligeramente apartado, intervino antes de que Clarke respondiera.

—Señores —dijo Hamilton—, nadie discute que hayan trabajado. Nadie discute el valor de sus trabajos. Pero los términos de la capitulación son… claros. El señor Clarke examinará sus colecciones pieza por pieza, y ustedes presentarán sus argumentos para cada categoría de objetos. Escucharemos. Resolveremos con equidad.

Fourier tomó la palabra. Su voz era más pausada que la de Jollois, pero no menos firme.

—En tal caso, señor Hamilton, establezcamos un método de trabajo. Propondremos una clasificación de los objetos en varias categorías distintas. Ustedes examinarán nuestros argumentos categoría por categoría. No rechazaremos ninguna inspección. Pero exigimos que cada incautación esté justificada.

Hamilton asintió.

—Es razonable. ¿Señor Clarke?

Clarke cerró su registro.

—Acepto este procedimiento. Pero les advierto que mis instrucciones son estrictas. No tengo ninguna latitud para interpretar el artículo dieciséis más allá de lo que dice explícitamente.

Jollois no se movió.

—Y nosotros, señor Clarke, no tenemos ninguna intención de dejarle confiscar tres años de nuestra vida sin discutir cada pieza.

Durante los diecinueve días que duró el enfrentamiento con Clarke y Hamilton, cada vez que un objeto disputado requería una peritación científica —un mapa, un levantamiento, un instrumento—, era a Jomard a quien se llamaba. Hablaba poco, desplegaba sus documentos sobre la mesa, respondía a las preguntas con una economía que desconcertaba a Clarke, acostumbrado a los argumentos más retóricos de los franceses. El papel le convenía. La negociación se parecía a la medición más de lo que habría creído —atenerse a los hechos, no conceder nada que no se pudiera verificar, saber en qué momento callar.

—Su colega es temible —dijo Clarke a Jollois una noche—. No concede nada y no sobrevalora nada. Es raro en una negociación.

—Es matemático.

—Se nota.

El 4 de septiembre por la mañana, Clarke volvió acompañado de varios ayudantes y comenzó el examen de las colecciones del Instituto. Hamilton estaba presente como observador.

La primera categoría examinada fue la de las grandes antigüedades monumentales. Los sarcófagos de granito y de basalto, las estatuas colosales, los bajorrelieves desprendidos de los templos. Sobre estos objetos, los sabios franceses no podían presentar ningún argumento creíble de propiedad personal. Esos monumentos existían mucho antes de la Comisión, que no había hecho más que descubrirlos.

—No discutimos su derecho legal sobre las grandes antigüedades —dijo Fourier, con los ojos fijos en un punto por encima del hombro de Hamilton—. Solo queremos que la historia recuerde que fue la Comisión francesa quien las descubrió. No el ejército británico.

Hamilton asintió.

—Les doy mi palabra de que el British Museum reconocerá que estas antigüedades fueron descubiertas por su Comisión.

Clarke redactó el inventario de las grandes antigüedades, y Hamilton validaba cada entrada en el registro. Jollois, junto a ellos, miraba cada pieza salir del patio rumbo al registro.

La piedra de Rosetta faltaba en el recuento.

Hallada en julio de 1799 por los soldados franceses que reforzaban las defensas del fuerte Julien, cerca de Rosetta, empotrada en un muro del viejo fuerte mameluco, reutilizada como material de construcción. Un decreto real de 196 antes de nuestra era grabado en tres escrituras, con los jeroglíficos arriba, el demótico en medio y el griego abajo. El griego, sabían leerlo. El resto esperaba ser descifrado. Pero el general Menou la reivindicaba como su propiedad personal, y nadie, en el almacén, sabía dónde estaba.

Clarke lo inscribió de todos modos en el registro, a título provisional, reservándose completar la entrada cuando se encontrara la pieza. El general Hutchinson resolvería, y Hutchinson, se sabía, no resolvería a favor de Menou.

Marcel miraba a Clarke escribir en su registro. La pluma rascaba el papel con un ruido seco, definitivo. «Piedra de Rosetta. Granito negro. Inscripción trilingüe. Reivindicada por el general Menou como propiedad personal. A incautar en virtud del artículo 16, Convención de Alejandría, septiembre de 1801».

Marcel no dijo nada. En El Cairo, en los meses que siguieron al descubrimiento de la piedra en julio de 1799, había pasado dos noches enteras tumbado de espaldas, con los brazos alzados sobre la cabeza, golpeteando papel húmedo para obtener improntas. Sus hombros habían conservado el dolor durante una semana. Sus dedos habían sentido durante mucho tiempo la tinta de imprenta mezclada con resina de trementina. Aquel olor acre y pegajoso que no se iba, ni siquiera después de lavarse las manos tres veces.

Le quedaban veinticinco improntas completas en una carpeta plana, bien protegidas entre hojas de papel absorbente. Las demás habían sido enviadas a los cuatro rincones de Europa. Cada signo, cada grieta, cada irregularidad de la superficie estaba reproducido con una fidelidad que el mejor dibujante jamás habría podido alcanzar. Clarke podía llevarse la piedra. Marcel estaba decidido a conservar el texto.

Jomard, a su lado, no se movía. No miraba la piedra. Miraba a Clarke.

Fourier, por su parte, tomaba notas, con una letra pequeña y apretada, en el margen. Ya estaba calculando qué se podría negociar a cambio de esta primera concesión.

Jollois observaba a Clarke sin dejar traslucir nada. Ya había aceptado que la piedra se iría. Quedaba por salvar el resto. Los dibujos. Los cuadernos. Las improntas de Marcel. Las colecciones de Geoffroy.

Clarke levantó los ojos de su registro.

—La piedra sigue inscrita. El general Hutchinson lo juzgará.

Marcel se volvió y encajó la carpeta plana bajo el brazo. No quería imaginar a los soldados británicos montando guardia ante la piedra de Rosetta. Era mezquino. Lo imaginaba de todos modos.

Aquella piedra la había tocado. Conocía cada aspereza, cada grano de su superficie. Sabía dónde estaba ligeramente más lisa, allí donde unas manos antiguas la habían frotado, quizá sacerdotes que la leían hacía dos mil años. Sabía dónde estaba rugosa, allí donde se había roto para ser luego reutilizada en un muro de un fuerte mameluco.

Jollois cerró los ojos un instante. La habían hallado los hombres de Bouchard, Marcel había obtenido sus improntas, estaba catalogada en los registros de la Comisión. Dentro de unos días, unos artilleros del ejército de Su Majestad la izarían sobre un afuste.

No era distinto de lo que Francia había hecho en Italia, ni de lo que los romanos habían hecho antes que ellos. La cadena era larga.

Clarke añadió a continuación en el margen de su registro la mención «Descubierta por la expedición francesa en 1799».

Jollois observaba. Descubierta. No tomada. No extraída de un muro. Descubierta.

Después, el sarcófago de Nectanebo II, último faraón de Egipto de estirpe egipcia, que había reinado de 360 a 342 antes de nuestra era. La brecha verde estaba fría. Jollois había apoyado la mano en el interior durante su primera visita, allí donde habría reposado el cuerpo. El fondo era pulido, liso, suave como el metal. Su reinado había sido interrumpido por la segunda invasión persa. No se sabía dónde había muerto, ni si su cuerpo había sido repatriado. Aquel sarcófago probablemente había sido preparado antes de su huida y nunca había servido. Hallado en Alejandría en el patio de la mezquita de Attarine, donde hacía de pila para las abluciones. La decoración, en las paredes, recogía secciones del Amduat, el viaje nocturno del sol a través de las doce horas del inframundo. Jollois había copiado esas mismas escenas en el Valle de los Reyes. Las reconoció al primer vistazo. Los mismos dioses, el mismo viaje, grabados para un rey que nunca tuvo tiempo de morir en ese sarcófago.

Clarke lo examinó. Preguntó el peso.

—Varias toneladas. Más de tres metros de largo —dijo Jomard.

—¿Y su interés histórico?

—La tumba del último faraón indígena de Egipto —dijo Jollois—. Nunca sirvió.

Clarke lo anotó en su registro sin comentar.

Había también una estatua de un gran sacerdote de Amón en granito gris, de tamaño natural, con las manos juntas ante sí en la actitud eterna del servidor divino, la que Jollois había visto reproducida decenas de veces en los templos del Alto Egipto. Un puño

colosal de granito, fragmento de una estatua real cuyo resto nunca había sido hallado. Jomard había estimado que la estatua completa debía de medir entre doce y quince metros. El puño solo llegaba a la altura del hombro de un hombre de pie.

Luego, estelas, inscripciones conmemorativas de caliza y de basalto con cartuchos reales y textos jeroglíficos. Clarke se contentó ese día con contarlas. El examen de las inscripciones vendría más tarde. El peso total era considerable.

—Estos objetos —declaró Hamilton— serán conservados en el British Museum y puestos al alcance de los sabios de todo el mundo. Su contribución científica será reconocida. Las cartelas llevarán la mención «Descubierto por la expedición francesa, cedido a las fuerzas británicas en la capitulación de Alejandría».

La mañana del 4 de septiembre había zanjado la cuestión de las grandes antigüedades. El sarcófago de Nectanebo II, la estatua del gran sacerdote de Amón y las estelas estaban inscritos en el registro, y la piedra de Rosetta no tardaría en reunirse con ellos. Quedaba todo lo demás. Jollois estaba agotado por las semanas que acababan de transcurrir. No tenía la menor intención de ceder.

—Estoy dispuesto a discutirlo todo. Pero les advierto que no aceptaré ninguna incautación sin discusión previa de cada categoría de objetos. Tenemos tiempo. La capitulación nos concede semanas antes de la evacuación.

Hamilton, que había seguido el intercambio en silencio, intervino. Prefería una negociación a una confrontación brutal. Clarke examinaría, y él resolvería los puntos litigiosos. Ambos bandos expusieron sus posiciones iniciales, identificaron los puntos de acuerdo y de desacuerdo, y convinieron un calendario de trabajo, que Cripps pasó a limpio.

Se supo esa misma noche que un oficial, miembro del Instituto, había conducido a Clarke, Cripps y Hamilton por las callejuelas

detrás de la residencia de Menou, donde la piedra de Rosetta dormía bajo unas alfombras, entre el equipaje del general. El general Hutchinson había sido avisado de inmediato. Todo eso se había decidido en una jornada.

La noche del 4 de septiembre, los sabios franceses se reunieron en una sala contigua al almacén. Una pieza de techo bajo, amueblada con una mesa y unas pocas sillas desparejadas. Fuera se oía a los soldados británicos montando guardia. El tintineo regular de las armas contra los tahalíes.

Fourier planteó la pregunta que nadie quería formular.

—Las grandes antigüedades están perdidas para nosotros. La piedra de Rosetta, los sarcófagos, las estatuas… Hay que defender lo que todavía pueda defenderse.

Jollois lo miró sin responder. Marcel intervino de inmediato.

—Mis improntas. Eso no es negociable. Tengo veinticinco improntas completas de la piedra de Rosetta.

—Las colecciones naturalistas tampoco —añadió Geoffroy—. Las serpientes atrapadas en el desierto, los insectos recogidos a cuarenta grados —he arriesgado la vida por cada espécimen. Me tumbaré delante de las cajas si hace falta.

Fourier suspiró. Había previsto que cada uno abogaría por sus propias cajas.

—Señores —dijo, midiendo sus palabras—, seamos… realistas. Las grandes piezas se han ido. Hamilton tiene el derecho y la fuerza. Nosotros tenemos la paciencia, y un poco de astucia. Propongo que concentremos nuestros esfuerzos en lo que todavía es defendible — lo insustituible, intelectualmente hablando. Los dibujos. Las notas. Los manuscritos.

Jollois se levantó.

—No.

Jollois permanecía de pie, con las manos apoyadas de plano sobre la mesa.

—No —repitió—. Lo defenderemos todo. Cada objeto, cada dibujo, cada espécimen. Clarke tendrá que justificar cada incautación, argumentar cada confiscación. Lo ahogaremos en detalles, en categorías, en excepciones jurídicas. ¿Lo quiere todo? Pieza por pieza.

Jomard asintió.

—Jollois tiene razón. Si cedemos de entrada, aceptamos el principio de la incautación. Después, Clarke vendrá a por el resto. Hay que resistir en todo y ceder solo cuando ya no se pueda resistir más.

Geoffroy lo miró fijamente.

—¿Y en concreto? ¿Que dejamos que Clarke se lleve lo que queda sin pelear?

—Al contrario —dijo Jollois—. Peleamos por todo. Perdemos lo que tengamos que perder. Pero habremos hecho pagar cada concesión. Hamilton recordará que no hemos regalado nada.

Fourier miraba a Jollois, con el lápiz detenido sobre la hoja. Perderían. Al menos cada metro de terreno habría sido defendido.

—De acuerdo —dijo Fourier—. Lo defendemos todo. Pero seguiremos coordinados. Nadie negociará por su cuenta en un rincón. Cada argumento pasará por esta mesa antes de llegar a Hamilton.

Los demás asintieron. Marcel tomó la palabra, con más suavidad.

—¿Y si lo perdemos todo? ¿Y si Hamilton se incauta incluso de las improntas?

Jollois volvió a sentarse. Había recobrado la calma.

—No lo perderemos todo. Hamilton no es un saqueador. Es un diplomático. Tiene instrucciones… y cierto sentido de la equidad. Cederá en lo que sea defendible jurídicamente. Todavía hace falta que nuestros argumentos sean irrebatibles.

Nadie añadió nada. Fuera, el relevo de la guardia pasó bajo la ventana.

II - Las colecciones salvadas

Los instrumentos científicos personales de los sabios —telescopios astronómicos, teodolitos, barómetros, termómetros, balanzas de precisión, microscopios— fueron reconocidos sin dificultad como propiedad personal no incautable. Hamilton admitió que aquellas herramientas de oficio no guardaban relación alguna con el Egipto antiguo. En todo lo demás, los británicos iban a discutirlo todo hasta el último detalle.

El 9 de septiembre, Clarke examinó las colecciones naturalistas de Geoffroy Saint-Hilaire.

—Señor Geoffroy Saint-Hilaire —dijo Clarke—, he recibido la orden de examinar sus especímenes. Le ruego que me facilite el acceso a sus cajas.

Geoffroy reaccionó de un modo distinto al de Jollois y Fourier.

—No tocarán esas colecciones —gritó, interponiéndose entre los soldados y sus cajas—. Si dan un paso más, lo quemo todo.

—Las recogió usted como miembro oficial de la Comisión —dijo Clarke—. Por tanto, son propiedad pública francesa y, por tanto, botín de guerra británico. Es la cadena lógica. No la he inventado yo.

Geoffroy Saint-Hilaire no quiso escucharlo.

—Quieren robar mi trabajo para enriquecer sus museos. Sin haber hecho ustedes mismos un solo esfuerzo de descubrimiento, ni uno. Llámenlo como quieran. Yo lo llamo robo.

—No le creo —dijo Clarke—. No destruiría usted tres años de trabajo.

Geoffroy atravesó la habitación, abrió una de las cajas de especímenes secos, sacó un yesquero, lo golpeó dos veces y lo encendió. La llama estaba a diez centímetros de la paja seca.

—No es un farol. Un paso más y prendo fuego. La historia recordará que ustedes también quemaron una biblioteca en Alejandría.

Clarke miró la llama. El naturalista tenía veintinueve años y la mano firme. Más valía dejar que Geoffroy se marchara con sus frascos que volver a Londres con cenizas. Dio un paso atrás.

—Su pasión me impone respeto —dijo Clarke, retrocediendo—. Aunque sus métodos sean teatrales. La ciencia universal saldrá ganando si estas colecciones sobreviven en Francia. Abogaré por ello ante el general Hutchinson.

—Bien defendido —dijo Jollois a Geoffroy Saint-Hilaire esa misma noche—. Para las grandes antigüedades, habría hecho falta actuar como usted. Quizá.

—Las grandes antigüedades se veían desde demasiado lejos. Mis peces en frasco jamás hicieron soñar a un oficial británico. A veces es una ventaja no ser comprendido.

El asunto tuvo un efecto de arrastre sobre las demás negociaciones. Los sabios habían visto que una resistencia firme podía dar resultados, a condición de elegir sus batallas.

Jollois, animado por este ejemplo, insistió más en la cuestión de la publicación de los dibujos de la Comisión. Una carta de Bonaparte llegó a Alejandría el 10 de septiembre, ocho días después de la firma de la capitulación. Escrita en París en primavera, había viajado durante meses por correo diplomático, a través de intermediarios otomanos. Fourier la recibió a última hora de la mañana, mientras Clarke examinaba las estelas.

Era breve. Bonaparte escribía como Primer Cónsul, no como general. El título había cambiado, y el tono también. En ella elogiaba el trabajo de la Comisión, expresaba su confianza en la capacidad de esta para defender las colecciones frente a las reivindicaciones británicas, prometía que sus trabajos serían publicados con el apoyo total del gobierno consular y añadía, en la última línea, que París esperaba su regreso.

París esperaba su regreso. Fourier leyó la frase tres veces. Bonaparte no sabía lo que costaba leer «París espera» mientras uno contemplaba la piedra de Rosetta bajo custodia británica. Ni

crueldad ni indiferencia, solo París, que ya veía lo que seguiría. Bonaparte no escribía «lamento las colecciones que pierden», ni «yo habría obrado de otro modo». Escribía «París espera». Como si todo lo ocurrido aquí —los tres años, los muertos, la piedra de Rosetta que Clarke acababa de inscribir en su registro— no fuera más que el preludio de algo que empezaría allá.

Fourier dobló la carta y la deslizó en la carpeta de las improntas de Marcel. Viajaría con las improntas. No estaba seguro de lo que haría con ella una vez en París. Probablemente nada. No se responde a una carta del Primer Cónsul para decirle que su formulación le ha parecido ligera.

Volvió a las negociaciones. Clarke había terminado con las estelas. Jollois reclamó la libertad de publicar en Francia los dibujos de la Comisión sin restricción alguna, lo que equivalía a pedir a Hamilton que renunciara a todo control británico sobre la difusión de las imágenes de las antigüedades egipcias.

Hamilton vaciló. La concesión era amplia, pero negar a la Comisión el derecho a publicar sus propios dibujos sería indefendible, jurídica y moralmente. Aceptó, poniendo como única condición que se enviara al British Museum, para sus archivos, una copia de cada lámina publicada.

—Una copia de cada lámina —dijo Jollois—. Sea. De todos modos habrá que tirar varios ejemplares para la venta.

Este acuerdo garantizaba la publicación de la *Description* y abría también el camino al *Voyage dans la Basse et la Haute Égypte* que Denon, de vuelta en Francia desde 1799, daría a la imprenta en 1802, antes incluso de que la *Description* estuviera lista, y que se convertiría en el primer gran éxito editorial sobre el Egipto antiguo.

Los herbarios suscitaron un debate menos ruidoso que el de las colecciones naturalistas, pero revelador de lo que estaba en juego en la negociación. Los botánicos de la Comisión habían reunido herbarios de varios miles de especímenes de la flora egipcia.

Plantas del desierto, vegetales del Nilo, especies cultivadas en los jardines de El Cairo.

Clarke quiso incautarse de la mitad. Los botánicos alegaron que aquellos herbarios formaban series coherentes y que dividirlos reduciría considerablemente su valor científico, puesto que un herbario cortado en dos ya no permitía los estudios comparativos.

Hamilton respaldó a Clarke. A los sabios no les quedó más remedio que aceptar.

Clarke pasó luego a la categoría más ambigua, la de las pequeñas antigüedades que los sabios franceses afirmaban haber adquirido con su propio dinero a fellahs o a mercaderes de antigüedades, en lugar de haber sido descubiertas oficialmente por la Comisión.

Había centenares. Estatuillas funerarias de madera pintada y de fayenza esmaltada, amuletos de piedra semipreciosa, escarabeos grabados, fragmentos de papiro, pequeñas estatuas de bronce, cerámicas, joyas, herramientas antiguas, fragmentos de tejidos. Los sabios franceses sostenían que esos objetos constituían adquisiciones personales realizadas en el mercado local y no descubrimientos oficiales.

Clarke permaneció escéptico.

—Probar que cada objeto fue comprado y no hallado será imposible —dijo—. Dudo que hayan conservado los recibos del bazar.

Fourier admitió la dificultad.

—Nuestros registros… no siempre han sido rigurosos, no. Clasificar objeto por objeto llevaría semanas. Propongo un compromiso. Una mitad, elegida por nosotros, que conservamos. La otra para el British Museum.

Hamilton aceptó.

—Razonable. Y más rápido. Procederemos así.

Los sabios franceses dedicaron los días siguientes a seleccionar los objetos que conservarían, privilegiando el valor documental y

la significación histórica más que el brillo. Conservaron, entre otros, varios papiros con textos jeroglíficos y demóticos, series completas de estatuillas funerarias procedentes de una misma tumba, colecciones de escarabeos con cartuchos de distintos faraones.

Hamilton, por su parte, retuvo las piezas más espectaculares, las que impresionarían al público del British Museum. Estatuas de bronce de divinidades egipcias, joyas de oro y plata, amuletos finamente esculpidos en lapislázuli y cornalina, cerámicas pintadas de alta calidad.

Esta división, aunque privó a Francia de numerosos objetos valiosos, permitió sin embargo salvar una parte sustancial, que enriquecería más tarde el Museo Egipcio del Louvre, inaugurado en 1827.

Las momias plantearon un problema particular. Hamilton sostuvo que las momias constituían, a todas luces, antigüedades egipcias incautables. Los sabios franceses replicaron que las momias tenían un valor anatómico más que un valor museístico, y que servirían mejor a la ciencia si permanecían con los naturalistas franceses, que podrían estudiarlas.

Hamilton, tras reflexionar, aceptó un acuerdo. Los sabios franceses conservarían algunas momias de animales y una momia humana de calidad mediocre para sus estudios, mientras que los británicos se llevarían las momias reales o nobles mejor conservadas para la exposición.

—Eso me satisface —dijo Hamilton—. Tenemos una solución para cada categoría.

Fourier respondió con una cortesía seca.

—Una solución… Hemos sido constructivos, señor Hamilton, porque la fuerza estaba de su lado. Les pido solamente que permitan dejar constancia, para los archivos de la Comisión, de que consideramos esta incautación un expolio injusto. Tres años de trabajo. Y de sufrimientos.

Hamilton no replicó. No pretendía borrar el resentimiento de los franceses, solo ejecutar sus instrucciones sin daño innecesario. Aquella protesta ya la había oído, y sabía que sería transmitida a París, consignada en las memorias, quizá publicada algún día.

Los días siguientes se dedicaron al inventario práctico de las pequeñas antigüedades. Cada objeto se inscribió en dos listas simultáneas, una llevada por un secretario británico y la otra por Marcel. Por la noche, a la luz de la lámpara, se cotejaban ambas listas línea por línea para comprobar que nada se había omitido ni desplazado sin acuerdo mutuo. Fastidioso. Después no hubo ninguna impugnación.

Las improntas de inscripciones jeroglíficas resultaron más litigiosas. Hamilton sostuvo que esas improntas constituían reproducciones de inscripciones egipcias y podían, por tanto, considerarse incluidas en la categoría de «otras colecciones» mencionada en el artículo dieciséis.

Marcel, que había preparado su defensa, rebatió aquella interpretación extensiva.

—Estas improntas son papel y tinta —dijo—. No son antigüedades exponibles. Son documentos de trabajo para filólogos. El British Museum no sabría qué hacer con ellas. Déjennoslas.

Hamilton reflexionó un momento antes de responder.

—Sus notas son sus notas. No es eso lo que busco aquí.

Dejó la pluma con un gesto seco.

—Quédeselas. Nosotros tenemos el original.

Las improntas seguirían en manos francesas. Marcel lo había previsto desde el primer día.

La Comisión había salvado lo esencial, y lo esencial no cabía en las grandes cajas. Cabía en los tubos de cobre y en las carpetas de cuero. Pesaría poco en las bodegas del navío. Pesaría más en las décadas venideras.

Los manuscritos y las notas científicas se resolvieron de manera todavía más favorable. Hamilton reconoció sin dificultad que esos documentos constituían trabajos intelectuales personales, distintos de las antigüedades materiales y, por tanto, no incautables como botín de guerra.

El 15 de septiembre, Hamilton pidió examinar todos los dibujos realizados por Jollois y sus colegas artistas durante la expedición. Jollois le presentó sus cuadernos.

—Señor Hamilton. Una estatua faraónica existía sin mí. Estos dibujos, no. No existían antes de que yo los trazara. Confiscar una obra personal no es una requisa. Es un robo.

Hamilton examinó los dibujos largo rato.

—Sus dibujos son obra suya, no antigüedades. Consérvelos. Solo pediré una cincuentena de copias para el British Museum. Los originales siguen siendo suyos.

Jollois escogió él mismo las copias que debía entregar. Luego se quedó un momento con la mano posada sobre sus cuadernos.

Las monedas antiguas estuvieron a punto de reabrir un conflicto que se creía resuelto. Los sabios de la Comisión poseían colectivamente varios centenares de monedas griegas, ptolemaicas y romanas recogidas en yacimientos del Delta y del valle del Nilo. Hamilton las reclamó como antigüedades incautables. Los sabios alegaron que se trataba de adquisiciones personales hechas para sus propias colecciones numismáticas.

—Cada moneda fue comprada por un sabio —dijo Marcel, sacando un cuaderno en el que había anotado, con una previsión que nadie le había pedido, cada compra con su precio, su fecha y el nombre del vendedor—. Aquí están los registros.

Hamilton examinó el cuaderno con atención. Era evidente que la llevanza de aquel registro era anterior a las negociaciones y que no debía nada a un documento fabricado para la ocasión. Aceptó el argumento y dejó las monedas a los sabios, salvo una quincena de piezas notables que Marcel accedió a cederle a cambio de

facilidades de transporte adicionales para las cajas más voluminosas.

Hamilton procedía así, firme en las grandes líneas de sus instrucciones y flexible en los detalles.

Jollois, cuando lo supo, se lo agradeció sin dejarlo ver. Al comienzo de las negociaciones había temido a un confiscador.

—Prefiero dejar pasar algunos objetos antes que crear un precedente de arbitrariedad —explicó Hamilton—. Si los franceses sospechan que confiscamos bienes al margen de toda norma, perderemos su cooperación en lo sucesivo.

III - La ética de los expolios

La mañana del 17 de septiembre, Jollois salió solo a recorrer Alejandría. No tenía nada en particular que dibujar. Quería caminar. Las negociaciones habían durado catorce días. El acta se firmaría dentro de unos días. Después, ya no habría nada que defender.

Atravesó el barrio de los mercaderes sin detenerse. La ciudad seguía su curso, y eso era lo que más le impresionaba, como si nada hubiera pasado. Las mujeres junto a los pozos. Las mulas en las callejas estrechas. El olor del pan caliente y del jazmín.

Se detuvo ante la tienda de un encuadernador. El hombre trabajaba en el umbral, cosiendo cuadernillos con el cuidado lento de alguien cuya mano conoce el gesto desde la infancia. Alzó los ojos hacia Jollois y volvió a bajarlos sobre su labor, sin especial curiosidad. Otro francés. Había visto pasar a muchos durante tres años. Vería pasar a otros. Otomanos, ingleses, mamelucos. La aguja volvió a entrar en el cuadernillo.

Jollois lo observó trabajar. Las herramientas gastadas, los gestos automáticos, el banco de trabajo pulido por años de roce. El olor de la cola caliente en su bote flotaba en la calle. Dulce, ligeramente acre.

Jollois no le habló. Sin intérprete, se quedó mirándolo trabajar antes de seguir hasta el puerto. Los navíos británicos estaban allí, en la rada, a la espera. Las cajas se amontonaban en los muelles. Las grandes antigüedades partirían dentro de unos días. Él partiría poco después, en uno de aquellos navíos. En sus alforjas, sus cuadernos. En las cajas de los ingleses, la piedra de Rosetta y el sarcófago de Nectanebo II.

Pensó en el encuadernador. El encuadernador hacía cuadernos. Él los llenaba. Los cuadernos partirían a París, las cajas a Londres. Dentro de cien años —dentro de doscientos— alguien abriría aquellos cuadernos y vería Egipto tal como era en 1801. Columnas de templo e hipogeos reales, pero ni al encuadernador ni a la calle. Eso era lo que Jollois había elegido dibujar. Lo que había dejado de lado —la ciudad cotidiana, la gente corriente, el trabajo de las manos— no estaría en ninguna parte.

Dibujó el puerto, los muelles, los navíos en la rada. Después, en la esquina de la página, de memoria, las manos del encuadernador sobre su cuaderno. No sabía por qué. Aquellas manos no partirían a ninguna parte. Se quedarían allí, en aquella calle, haciendo cuadernos.

Examinó el dibujo. Las manos, rápidas, seguras, con los callos en los lugares justos. Manos que nunca habían salido de aquella calle. Que no necesitaban salir de ella. El gesto aprendido tan pronto que se había convertido en el cuerpo mismo. Pensó en sus propias manos manchadas de tinta. En Abdallah ibn Youssef, que conocía el canal de un modo distinto al que dan las mediciones. En el artesano copto cuyas manos conocían el papel.

Aquella noche, Hamilton les hizo llegar una nota. Pedía cenar con ellos al día siguiente, sin secretario. Jollois le enseñó la nota a Fourier.

—Viene solo —dijo Fourier, sin levantar los ojos de la nota—. Sin secretario.

—Como hombre, entonces —dijo Jollois—. No como comisario.

Fourier dejó la nota. Le dio la vuelta y buscó en ella una fecha que no estaba. Ir a casa del adversario sin secretario ni protocolo era querer decir lo que ningún informe contendría. Aceptaría en nombre de todos.

La noche del 18 de septiembre, Hamilton se presentó en casa de los franceses, como se había acordado. Venía solo.

La mesa era una puerta colocada sobre unos caballetes. Pan, queso de cabra, una botella de vino local que nadie juzgó. Fourier estaba allí, Geoffroy, Marcel. Fuera, los soldados cargaban cajas en carros. Se oía la madera rozar contra la madera.

Comieron un rato sin hablar. Era Hamilton quien había pedido venir. Esperaban saber por qué.

—El sarcófago de Nectanebo II —dijo por fin—. El que ustedes estudiaron aquí, en Alejandría. Mañana sale hacia el puerto. Quería decírselo en persona.

Jollois dejó el vaso lentamente. El sarcófago de Nectanebo era de brecha verde, de más de tres metros de largo, cubierto de inscripciones del Amduat. Había pasado un día entero dibujándolo. Recordaba la luz sobre la brecha. No un reflejo, sino una absorción, como si la piedra retuviera la luz para sí. Los jeroglíficos habían sido tallados con una precisión que, tras veinte siglos, aún permitía distinguir las plumas de las aves y las articulaciones de las serpientes.

—Este sarcófago —dijo Fourier— estaba en Alejandría antes que nosotros. Los árabes lo habían reutilizado como pila de abluciones. Nosotros lo sacamos de allí. Lo estudiamos.

—Lo sé. Nosotros también lo habíamos encontrado mencionado en la relación del viaje de Pococke. Es una de las razones por las que quería decírselo. No son ustedes los primeros en moverlo.

Fuera, una caja chocó contra otra. Alguien maldijo en inglés.

—Lo que me molesta… —dijo Jollois—. No es que se lo lleven. Dentro de cien años, un egipcio tendrá que venir a Londres para ver el sarcófago de uno de sus faraones.

Hamilton miraba su vaso. Fourier observaba a Hamilton, que miraba su vaso.

—Si dentro de cien años hay un egipcio que quiere ver este sarcófago —dijo Hamilton—, será que alguien le habrá enseñado lo que es. Y esa persona habrá trabajado probablemente a partir de sus dibujos y de sus mediciones. No de la piedra.

—Eso es una justificación.

—Sí. Como todas las que nos damos, aquí.

Durante un rato nadie comió. Marcel llenaba su vaso con la precisión que ponía en todo lo que hacía.

—Este sarcófago —dijo Marcel sin levantar la cabeza— ya había cambiado de manos antes de los árabes. Nunca recibió el cuerpo de Nectanebo y acabó en Alejandría. Hicieron de él una pila. Los árabes, más tarde, lo habían instalado para las abluciones en el patio de la mezquita de Attarine. Nosotros lo hemos medido y dibujado. Ustedes lo van a exponer. Cada época tiene su manera de apropiarse de Egipto.

—Y Egipto, por su parte, no tiene voz en el asunto.

Geoffroy miraba el techo.

—No fue Egipto quien nos invitó.

La conversación acababa de tocar algo que Hamilton no había previsto. Pensó en sus instrucciones. Incautar las antigüedades, mantener la equidad. Sus instrucciones no hablaban de los egipcios. A nadie se le había ocurrido incluirlos. No respondió a Geoffroy.

—Si Egipto se constituyera algún día en nación —prosiguió Fourier— y reclamara sus bienes, ¿qué respondería el British Museum?

—No seré yo quien responda. Será otro, en otras circunstancias. No puedo comprometer el siglo próximo.

Fourier anotó aquella respuesta. La respuesta era honesta, e insuficiente, pero era todo lo que un hombre en la posición de Hamilton podía decir aquella noche.

Dentro de unos años, en sus notas para el prefacio de la *Description*, volvería a encontrar aquella frase. No la incluiría. Era demasiado personal, demasiado ligada a una velada que no había tenido testigo oficial. Pero pensaría en Hamilton al escribir.

Hamilton fue el primero en levantarse. Dio las gracias por la cena. En la puerta, se detuvo.

—Si un sabio francés desea examinar el sarcófago en Londres, le facilitaré el acceso.

Jollois lo vio marchar. Fuera, los soldados seguían cargando. La noche alejandrina entraba por la ventana. Voces en árabe, un perro, el olor del puerto.

—Nos ha dado la razón en todo lo que le hemos dicho —dijo Marcel—. Y se ha llevado el sarcófago de todos modos.

A la mañana siguiente, cuando Jollois cruzó el patio, el sarcófago de Nectanebo ya no estaba allí. En su lugar, una marca rectangular en la arena.

El 22 de septiembre, temprano por la mañana, un comerciante egipcio se presentó a las puertas del almacén y pidió hablar con Hamilton.

Se llamaba Mahmoud al-Tawil. Tenía una tienda de antigüedades en el barrio copto de Alejandría, a dos calles del puerto. Lo acompañaba su hijo de quince años, que haría de intérprete. Jollois, que pasaba por el patio en el momento en que llegaban, se detuvo.

Hamilton los recibió en la estancia que le servía de despacho. Una mesa, cuatro sillas, las pilas de actas que el secretario llevaba dos semanas clasificando. Mahmoud al-Tawil dejó sobre la mesa un

trozo de papel doblado y esperó a que el hijo terminara de traducir.

Aseguraba que varias estatuillas incluidas en el lote de las pequeñas antigüedades británicas le habían sido robadas por soldados franceses en 1798. Reclamaba su restitución.

—Dice que su padre había adquirido esas piezas de su propio padre —tradujo el hijo—. Llevaban tres generaciones en la familia. Unos soldados se las llevaron de la tienda la primera semana de la ocupación. Tiene testigos.

Hamilton escuchó. Miró el papel doblado. Una lista de ocho objetos descritos en árabe, con anotaciones en piastras, los precios que el padre había pagado al adquirirlos. Pidió ver a los testigos. El hijo salió y regresó con dos hombres del mismo barrio, que confirmaron que Mahmoud al-Tawil poseía, en efecto, esos objetos antes de la llegada de los franceses.

Jollois se había acercado a la puerta. Reconoció la descripción de una de las estatuillas, una figurilla de bronce que representaba a Osiris de pie, con los brazos cruzados, de unos veinte centímetros de altura. La había dibujado. No en casa de aquel hombre, sino en una caja abierta en el vivac, en 1798, durante los primeros días. No había preguntado de dónde venía.

—No puedo devolverles esos objetos —dijo Hamilton—. Forman parte de una incautación oficial validada por la capitulación. El procedimiento de restitución individual en este contexto es jurídicamente inextricable.

El hijo tradujo. Mahmoud al-Tawil escuchó sin cambiar de expresión. Formuló una pregunta breve.

—Pregunta quién posee ahora esos objetos. ¿Los ingleses o los franceses?

—Los ingleses. Están en las cajas de la incautación británica.

Otra pregunta breve.

—Entonces pregunta por qué los ingleses no pueden devolverlos, si los tienen.

Hamilton se tomó el tiempo de formular su respuesta. No ponía en ello ninguna mala fe. El sistema no había sido concebido para esa clase de preguntas.

—Porque esos objetos forman ya parte de una incautación de Estado, regulada por un tratado internacional. Los derechos individuales, por legítimos que sean, no pueden tratarse en este marco. Sería abrir un procedimiento que no acaba nunca.

El hijo tradujo. Mahmoud al-Tawil escuchó, asintió una sola vez y dijo algo.

—Dice que lo comprende. Y dice que, aun así, anote su nombre.

Hamilton lo anotó. Inscribió el nombre, la dirección, la descripción de los ocho objetos, los nombres de los dos testigos. Firmó la página y entregó una copia a Mahmoud al-Tawil.

El comerciante tomó el papel, lo dobló con cuidado y se lo deslizó bajo la túnica. Dio las gracias con frialdad y salió con su hijo. En el patio se detuvo un instante y miró las cajas apiladas contra el muro. Luego volvió hacia la ciudad, con su hijo un paso detrás.

Jollois permaneció en el vano de la puerta. Pensaba en la figurilla de bronce de Osiris. En la página de su cuaderno donde la había dibujado. La figurilla partiría hacia Londres. El dibujo partiría hacia París. El nombre de Mahmoud al-Tawil quedaría en un registro británico que probablemente nadie volvería a encontrar jamás. Todo aquello estaba consignado. Nada de aquello sería devuelto.

Propietarios desposeídos, reclamaciones legítimas, y ni Francia ni Inglaterra estaban en condiciones de responder a ellas con equidad.

Al atardecer del 22 de septiembre se firmó el acta final en el patio del almacén.

Habían dispuesto una mesa en el patio, en el mismo lugar que las semanas anteriores, bajo el mismo toldo de lona que el sol de

septiembre iba desteñendo por abajo. El secretario de Hamilton había colocado las dos copias del documento una junto a otra, redactadas una en francés y otra en inglés, cada cual con sus anexos numerados. Veintidós páginas por ejemplar. El secretario había alineado las plumas, los tinteros, el sello de lacre. Lo hacía con el cuidado meticuloso de quienes saben que su trabajo será archivado.

Hamilton llegó el primero, con dos oficiales como testigos. Fourier representaba a los franceses junto con Jollois. Jomard estaba también allí, apartado, sin cargo oficial, pero había querido presenciarlo.

Hamilton firmó el primero. El protocolo lo exigía. La parte que había impuesto sus condiciones firmaba antes. Lo hizo sin vacilar, con el gesto de quien ha firmado ya muchas cosas en muchos países.

Fourier tomó la pluma. La sostuvo un instante sin escribir. La decisión estaba tomada desde hacía mucho, sin alternativa. Solo quedaba el tiempo que tarda la mano en aceptar lo que el espíritu ya ha aceptado. Firmó. La tinta se secó rápidamente con el calor de la tarde.

Después firmó Jollois. El secretario selló las dos copias con el lacre de las dos partes, rojo para los británicos, azul para los franceses. Cada sello dejaba una huella nítida en el lacre blando, con un ruido sordo.

Jomard contó maquinalmente los anexos, cuarenta y cuatro páginas en total. En aquellas hojas figuraban la lista de las grandes antigüedades incautadas por los británicos, la lista de las colecciones científicas reconocidas a los franceses, las cláusulas de acceso mutuo, las garantías de transporte. Nada en aquellas páginas decía cuánto pesaba el sarcófago de Nectanebo, ni cuánto había durado la jornada en que Jollois lo dibujó.

Las dos copias fueron entregadas a las partes. Hamilton guardó la suya en la cartera sin volver a mirarla. Fourier sostuvo la suya

un momento entre las manos, como si calculara su peso. Londres por un lado, París por el otro. Lo que seguía allí, en aquellas callejas, en aquellos mercados y en aquellas excavaciones, no pertenecía a nadie de este lado de la mesa.

Nadie dijo nada durante unos segundos. Luego uno de los oficiales británicos carraspeó y todos se movieron a la vez.

Hamilton hizo una última observación que Jollois juzgó acertada en su formulación.

—Lo que hemos hecho aquí lo juzgarán las generaciones futuras. No necesariamente a nuestro favor. Habremos intentado al menos… una cierta equidad.

Jollois no respondió. Estaba demasiado cansado para la filosofía. Pero anotó la frase en su cuaderno esa misma noche, con la fecha y el contexto. No figuraría en ninguna obra publicada.

IV - Las despedidas

Una vez fijado el reparto de las colecciones, los sabios franceses y los comisarios británicos pasaron los últimos días de septiembre embalando lo que cada uno se llevaría.

Del lado británico, las grandes antigüedades estaban inscritas en el registro desde el 4 de septiembre. A los hombres de Clarke solo les quedaba encajonarlas y verificar las correas y los precintos. En el patio del almacén, las cajas, los sarcófagos restantes y las estatuas sobre sus carros aguardaban la carga. Nadie los abría ya.

Jollois observaba aquellos preparativos en silencio, amargado y resignado. Aquellos objetos partirían hacia Londres. No volvería a verlos jamás. Le quedaban sus dibujos, que conservarían la memoria de unos monumentos perdidos para Francia.

El 24 de septiembre, Hamilton fue a agradecer a Jollois y a Fourier su relativa cooperación durante las negociaciones.

Los sabios franceses, por su parte, embalaron las colecciones que habían logrado salvar.

Los inventarios se hicieron objeto por objeto, manuscrito por manuscrito, dibujo por dibujo, cada uno por lo que se llevaba.

El 25 de septiembre tuvo lugar una inspección preliminar bajo la supervisión conjunta de un oficial británico y de Fourier. Cada caja fue abierta, su contenido comprobado con el inventario y cerrada de nuevo.

Al caer la tarde del 26 de septiembre, el embalaje estaba concluido. Los sabios franceses estaban listos para embarcar rumbo a Francia. Solo esperaban los navíos británicos.

En las últimas horas de aquella jornada, Jollois reunió a sus ayudantes para una verificación final. Hizo desembalar y examinar de nuevo cada tubo metálico que contenía dibujos, comprobó que los tapones fueran herméticos y que los tubos no presentaran ninguna fisura. Hizo lo mismo con los legajos de papeles, los cartapacios de notas, las carpetas de improntas. Todo lo que la Comisión llevaría a Francia cabía en unas pocas cajas y unos cuantos rollos de cobre.

—¿No hemos olvidado nada?

—Nada esencial, creo. Los instrumentos de medición están en la caja número tres. Los cuadernos de levantamiento arquitectónico, en la cuatro. Sus dibujos, en los tubos del uno al veintitrés. Las improntas de Marcel, en las carpetas. Los diarios del Instituto, en la caja cinco.

Jollois miró los tubos. En su interior, enrolladas y calzadas con papel de algodón, se hallaban las láminas que representaban todo el Egipto antiguo que el ejército había recorrido, reducido a líneas y sombreados sobre papel grueso. Aquel papel era ahora más valioso que los propios monumentos, pues el grabado podría reproducirlo tantas veces como se quisiera y atravesaría el tiempo y las distancias mejor que cualquier piedra. El cobre estaba frío bajo su palma.

La noche del 26 al 27 de septiembre, Jollois permaneció sentado en su cuarto, con los tubos alineados contra la pared a su izquierda, y trabajó en la puesta a punto del índice de sus dibujos, una lista alfabética y temática de todos los monumentos documentados, clasificados por emplazamiento, por época y por tipo arquitectónico.

Aquel índice, que concluyó hacia las cuatro de la madrugada, sería la primera tabla de materias de lo que llegaría a ser la *Description de l'Égypte*. Enumeraba dos mil ochenta y siete dibujos que abarcaban ciento ochenta y seis emplazamientos distintos, desde la isla de Filé, al sur, hasta Alejandría, al norte. De cada dibujo anotaba si se trataba de una vista de conjunto, de un detalle arquitectónico, de una inscripción o de una representación figurada.

Al amanecer enrolló el índice y lo deslizó en el tubo número uno, con sus cuadernos más preciosos, y hundió el tapón con la palma de la mano.

El sello definitivo de las cajas se estampó el 27 de septiembre a las diez de la mañana, ante un oficial británico, dos testigos franceses y un notario militar improvisado para la ocasión. Aquellas cajas iban a cruzar el Mediterráneo y a incorporarse a las colecciones nacionales. Una victoria parcial, después de todo lo ocurrido. El notario sopló sobre el lacre.

Jomard se prometió describir la escena en sus memorias, por lo que cerraba. A los veintitrés años, dejaba atrás un período de su vida que no se parecería a ninguna otra.

Jollois, en cambio, no pensaba en el porvenir. Pensaba en los sitios del sur que solo había entrevisto. En todo lo que no había tenido tiempo de dibujar.

El 29 de septiembre, los sabios supieron que los navíos británicos destinados a llevarlos de regreso no podrían tomar pasajeros antes de más de un mes. Hubo que esperar.

La mañana del 31 de octubre los sabios franceses recibieron la orden oficial de estar listos para embarcar al día siguiente en los

navíos de transporte británicos que los devolverían a Francia pasando por Malta.

Antes del embarque, Hamilton hizo una última visita a los sabios franceses. Llevaba los salvoconductos que permitirían a sus cajas franquear los controles portuarios británicos, firmados y sellados. Nadie podría incautarse de sus pertenencias en el último momento.

—Aquí tienen sus salvoconductos. Les deseo un buen viaje de regreso.

Entregó a Jollois el fajo de papeles. Jollois lo tomó.

—Y yo le deseo que haga buen uso de lo que se lleva.

Hamilton esbozó una sonrisa breve. Había comprendido. Hacer buen uso de lo que se llevaban era publicar las láminas, abrirlas a los sabios de todos los países, sacar de ellas un saber que no quedaría encerrado en París. Sería la única justificación que podría dar jamás de lo que había hecho allí.

—Haremos todo lo posible.

Fue todo. No volvieron a verse jamás.

La última noche, los sabios se reunieron sin Hamilton ni los oficiales británicos. Comieron poco y hablaron largo rato. Cada uno tenía sus pesares, un sitio perdido, una inscripción sin copiar, un templo que un año más habría permitido levantar. Nadie dijo en voz alta que aquello no volvería a hacerse, pero todos lo pensaban.

La noche del treinta y uno de octubre al uno de noviembre, tendido sobre su jergón en el almacén, Jollois escuchaba el rumor del mar y los gritos de las gaviotas. Los tres años le volvían en desorden, ya lejanos, como vividos por un hombre más joven. El desembarco en Alejandría, la marcha por el desierto, la primera visión de las pirámides, la revuelta de El Cairo, los templos del Alto Egipto, la piedra de Rosetta, la muerte de Kléber, las negociaciones con Hamilton.

Se levantó al alba, fue a comprobar por última vez los tubos y salió al muelle. El mar estaba en calma bajo un cielo aún oscuro. Quedaban algunas estrellas al oeste. En los navíos fondeados en la rada brillaban linternas. Dentro de unas horas estaría a bordo. Dentro de unas semanas, en París.

En la mañana del 1 de noviembre, cada uno se despidió a su manera. Jollois hizo una última visita a un jeque de Alejandría, formado en Al-Azhar, con quien había hablado en varias ocasiones de los monumentos faraónicos. El viejo letrado, que leía árabe, persa y turco pero no francés, había examinado largamente los dibujos que Jollois le había enseñado.

—Dice que los faraones eran gigantes —tradujo el intérprete—. Gigantes que construían para la eternidad porque creían que vivirían en ella.

—Puede que no le falte razón. Esos monumentos han sobrevivido a todos los imperios que han ocupado esta tierra. A los nuestros también, sin duda.

El jeque dijo algo más. El intérprete vaciló antes de traducir.

—Dice que ustedes han mirado estas piedras como si tuvieran alma. Está bien. La diferencia cuenta, aunque se marchen.

Jollois anotó la frase en su cuaderno, a continuación de la del *wakil* Abdallah. Dos hombres que no se conocían, con un año de intervalo, y ninguno había menospreciado esa mirada puesta sobre su país.

El embarque se efectuó a última hora de la mañana. Los navíos británicos habían fondeado a unos centenares de metros del muelle, y unas chalupas hacían la lanzadera. Las cajas de los franceses se cargaron primero. Hamilton lo había concedido, conocedor de la inquietud de los sabios.

Eran transportes y buques de guerra británicos. En la rada se encontraba también la *Égyptienne*, antigua fragata francesa capturada en el puerto de Alejandría y puesta bajo pabellón británico, cuyo

nombre habían conservado los ingleses; a ella se destinaba la piedra de Rosetta.

—Cuidado —dijo Geoffroy a un marinero que levantaba por un solo lado una de sus cajas de frascos—. Son frascos. Frágil.

El marinero la tomó de nuevo con las dos manos para calcular su equilibrio y luego la depositó en la chalupa con las demás. Geoffroy no dijo nada más.

Lo que le preocupaba era la bodega. Oscura, húmeda, mal ventilada, expuesta a los golpes del cabeceo. Los frascos de alcohol planteaban el problema más serio. Una caja volcada con mal tiempo, una tabla que cede, y el alcohol se derramaba. Una linterna demasiado cerca, y era el incendio. Se lo había dicho al capitán británico, que había autorizado que se colocaran las cajas más frágiles en un espacio accesible de la cubierta inferior.

Jollois subió el último a la chalupa. Miró Alejandría por última vez desde el nivel del agua. Las casas blancas de azoteas planas, los minaretes, la ciudadela erigida sobre las ruinas del antiguo Faro, y detrás, el desierto, el valle del Nilo que se perdía hacia el sur, todos esos monumentos que el ejército no había hecho sino atravesar.

—Todavía hay tantas cosas por ver —murmuró.

—Siempre las habrá —dijo Jomard, que había subido a la misma chalupa.

La chalupa se alejó del muelle. Jollois no se volvió. Conservaba ante los ojos la imagen de Alejandría tal como era aquella mañana, nítida y luminosa en el aire seco de noviembre.

Una vez a bordo, se negó a dejar sus tubos de cobre en la bodega. Los llevó a su camarote, un cuchitril de dos metros por uno y medio en los alojamientos de los oficiales subalternos, con una litera de lona y un gancho en el techo. Veintitrés tubos, unos cincuenta kilos. Los acuñó sobre la repisa situada encima de la litera y los ató con una cuerda al gancho.

Apenas durmió la primera noche. A cada movimiento del navío, la cuerda se tensaba y los tubos golpeaban suavemente contra el tabique. Los escuchaba en la oscuridad.

Jomard colocó sus cajas de levantamientos cartográficos de acuerdo con el primer teniente, sujetas a los mamparos con cuerdas, como material de artillería. Un método militar para protegerlas del cabeceo.

—¿Ha transportado antes mapas valiosos? —le preguntó el teniente.

—No. Pero he visto cómo estiban ustedes las piezas de cañón.

El teniente asintió. Era lógico.

A bordo, los pasajeros franceses, sabios y soldados, se vieron mezclados con las tripulaciones británicas en un espacio previsto para dos tercios de ese número. Los bandos seguían separados, los franceses a proa y a babor, los británicos en el centro y a estribor. Pero en las crujías y en las escalas se cruzaban veinte veces al día sin dirigirse la palabra.

Los sabios veían en ello sobre todo un absurdo. Volvían a Francia en los navíos de quienes acababan de quitarles la piedra de Rosetta y el sarcófago de Nectanebo II. La misma flota que había hundido la suya en Abukir.

Así lo escribió Jollois por la noche, en una carta que no terminó.

«Volvemos a Francia en los buques de nuestros vencedores, con sus salvoconductos en los bolsillos y la piedra de Rosetta espera en las bodegas de la *Égyptienne*. Hemos tomado Egipto a los egipcios, ellos nos lo han vuelto a quitar. Las piedras partirán hacia Londres. Nuestros dibujos viajan hacia París en tubos de cobre que guardo encima de mi litera. Pienso que es una distinción que contará, a largo plazo».

Releyó, arrugó la hoja y la tiró. Las palabras no estaban ahí. Intentaría encontrarlas en la *Description*.

V - La travesía

El Mediterráneo de noviembre tenía sus humores. Desde el segundo día se levantó un viento del nordeste y el mar se encrespó. El navío empezó a balancearse con fuerza. Varios sabios, poco habituados a la navegación, pasaron los primeros días tumbados en sus camarotes —salvo Jomard, que bajaba a la bodega a comprobar sus cajas, y Geoffroy Saint-Hilaire, que iba a controlar sus frascos cada dos horas.

Jollois se quedó en cubierta. Había hecho la travesía de ida sin dificultad y, a lo largo de los meses egipcios, había desarrollado una relación serena con el mar. Observaba las olas, las nubes, la luz cambiante, con la misma mirada, atenta y sin juicio, que dirigía a los monumentos. Uno de los jóvenes oficiales británicos se acercó a hablarle.

—¿Qué lleva exactamente en esos tubos?

—El Egipto antiguo.

El oficial lo miró sin comprender.

—Dibujos —precisó Jollois—. Levantamientos de monumentos. Copias de inscripciones. Todo lo que he podido documentar en más de tres años. Habrá material para llenar tomos enteros.

—¿Como una enciclopedia?

—Con imágenes —dijo Jollois.

El oficial pareció satisfecho y se marchó. Jollois se quedó en cubierta una hora más, con la mano sobre la borda, mojada de espuma. En algún lugar más allá del horizonte, las pirámides seguían allí.

Al quinto día el viento amainó. El mar recuperó su movimiento regular. Los sabios reaparecieron en cubierta, todavía pálidos pero en pie. Antes incluso de que Malta estuviera a la vista, cada uno había retomado su lugar y sus cuadernos, sujetos contra el balanceo bajo un codo o una taza.

Jomard trabajaba en sus notas de medición, rastreando las incoherencias. Varias terminaban por resolverse. Dos se resistían.

—Mire —dijo, apoyando sus cuadernos en la borda, con un pulgar sobre la página para sujetarla contra el viento—. La base de la pirámide de Kefrén es ligeramente más larga en el eje este-oeste que en el eje norte-sur. No mucho. Veinte centímetros en doscientos quince metros. Pero se repite en las tres grandes pirámides de Guiza.

—¿Un error de sus mediciones?

—Es posible. Lo he pensado. Pero he medido cada lado tres veces, con cadena, y las tres veces…

—¿Entonces?

—Entonces la diferencia es deliberada. Los constructores habrían tenido en cuenta la medida de la Tierra. Siglos antes de que se la… antes de la teoría, en suma.

Jollois lo miró largo rato.

—Publíquelo.

—Ahora no. No es más que una hipótesis. Hace falta que Monge rehaga los cálculos. En París.

Monge había regresado a Francia con Bonaparte ya en agosto de 1799. Las mediciones, en cambio, viajaban con Jomard, en uno de sus tubos. Aquel trabajo, publicado en los volúmenes de la *Description*, sería discutido y retomado durante décadas. Aquella noche, en cubierta, Jomard era solo un joven que no conseguía dormir.

Lo que Jomard no decía —lo que no había dicho a nadie desde la salida de Alejandría— era que la hipótesis lo asustaba tanto como lo entusiasmaba. Si los constructores de las pirámides habían conocido la medida de la Tierra, eso significaba que algo se había perdido —no olvidado, sino destruido, disperso, vuelto inaccesible. Veinte siglos de conquistas, de saqueos, de incendios. La biblioteca de Alejandría. Los papiros que los soldados de

César habían quemado sin leer. La larga indiferencia de los sucesivos ocupantes hacia lo que los muros contenían.

Sacó de su abrigo el cuaderno número diecisiete, el que había reservado para las hipótesis sin verificar. En él había anotado, a lo largo de los meses, las observaciones que se resistían a una explicación inmediata. La orientación astronómica de los templos. La ausencia de todo error en las proporciones del gran templo de Amón en Karnak a lo largo de quinientos metros. La disposición de las cámaras y galerías interiores de las grandes pirámides, cuyos ejes le parecían responder a un cálculo que aún no había reconstruido por completo.

Las pirámides no eran solo tumbas. Quizá no fueran tumbas en absoluto, en el sentido en que se entendía la palabra en Francia. Eran instrumentos. Máquinas para medir el mundo, para fijar el cielo en la piedra, para transmitir a quienes vinieran después un saber que el papiro no podía garantizar. Porque el papiro arde. La piedra, menos.

Volvió a guardar el cuaderno en el abrigo y se abotonó el cuello. Demasiado amplia para una nota a pie de página, esa hipótesis. Diez años de trabajo, como mínimo. Tenía veintitrés años.

Había caído la noche. Las estrellas sobre el Mediterráneo eran menos luminosas que sobre el desierto. Buscó Orión y lo encontró, bajo sobre el horizonte, con las tres estrellas del cinturón ligeramente inclinadas hacia el sur. Permaneció mirándolas hasta que el frío lo obligó a entrar. En uno de sus tubos, entre dos rollos de papel aceitado, había deslizado una hojita doblada en cuatro en la que había copiado, en Guiza, las medidas exactas de las bases.

En la cubierta de popa, Fourier redactaba. Llevaba varios días buscando el comienzo de la introducción histórica de la *Description*, la frase que haría comprender al lector por qué Egipto importaba más que cualquier otra civilización antigua. La materia no presentaba dificultad, solo el tono la presentaba. Si adoptaba el del sabio, perdería al lector culto que quería conmoverse. Si

adoptaba el del orador, traicionaría el rigor que el Instituto esperaba de él.

Había llenado y roto once primeras páginas. Los once intentos tropezaban con el mismo error. Empezaba por la expedición. «El 19 de mayo de 1798, el ejército francés zarpó de Tolón». O bien «La Comisión de Ciencias y Artes, compuesta por ciento sesenta y siete miembros». Fórmulas correctas, que prometían al lector un informe, cuando quería darle algo muy distinto.

Lo que buscaba —y no encontraba— era la palabra que haría comprender al lector por qué Egipto era distinto de todos los demás países. No más bello, no más antiguo en el sentido ordinario. Antiguo de otra manera. La antigüedad como propiedad física del aire, de la piedra, del río. Tenía tres mil años de historia que hacer caber en un prefacio. Y nadie había encontrado aún cómo escribir tres mil años.

—¿Por dónde empezar? —dijo en voz alta, tanto para sí mismo como para Jomard, que lo escuchaba.

—Por lo que no cambia. El Nilo. La crecida anual. Las estaciones. Todo lo demás —los faraones, las dinastías, las conquistas— es efímero en comparación. Empiece por la geografía. Lo demás seguirá.

Fourier tomó nota. Por fin tenía su entrada. No la geografía en sentido técnico, no las latitudes, los meridianos. La geografía entendida como la forma del mundo en cuanto constriñe a los hombres. El Nilo que sube y baja. El valle entre dos desiertos. La civilización como respuesta a una limitación física. Eso sí podía escribirlo.

Empezó la duodécima página. Esta vez no la rompió. Escribió tres líneas y las releyó. Se sostenían. La tercera afirmaba que el Nilo atravesaba los siglos sin que los siglos lo atravesaran a él. Nada perfecto, pero la frase vivía. Era un comienzo. Continuó.

Geoffroy Saint-Hilaire, durante esos mismos días, redactaba las notas que se convertirían en sus primeros artículos sobre la fauna

nilótica. Trabajaba en su camarote, rodeado de unos cuantos frascos sujetos contra el balanceo. El olor del alcohol que conservaba los animales flotaba en el estrecho espacio.

—¿En qué piensa cuando escribe esas descripciones? —le preguntó Jomard una noche.

—En quienes leerán dentro de cincuenta años. Que vean lo que yo he visto, ni más ni menos. La escama, la aleta, el color de antes del alcohol. Solo lo que es.

Sin darse cuenta, acababa de formular su divisa.

El 10 de noviembre por la mañana, el navío entró en el puerto de La Valeta. Los sabios bajaron a tierra y pasearon en pequeños grupos por las calles de la ciudad fortificada. Hacía algo más de un año que la guarnición francesa había evacuado la isla bajo la presión británica, y la Union Jack ondeaba ahora sobre los baluartes en los que Jollois había visto izarse la tricolor durante el paso de junio de 1798.

—Tres días para tomarla —dijo Fourier, con los ojos puestos en las fortificaciones de La Valeta—. Dos años de asedio para perderla. Como el resto, más o menos en la misma proporción.

Jollois se instaló frente a la iglesia conventual de San Juan y dibujó con rapidez su austera fachada. No para la *Description*, que solo se ocupaba de Egipto, sino para sí mismo, como un gesto instintivo de su mano, que ya no sabía permanecer ociosa ante un edificio notable. El dibujo le llevó veinte minutos. Cuando alzó la vista, Jomard estaba de pie detrás de él.

—Todavía dibuja usted —dijo Jomard.

—Siempre. No sé mirar de otra manera.

Por la noche, los sabios se reunieron en la posada para cenar. La conversación versó sobre lo que cada uno pensaba hacer a su regreso a París. Geoffroy Saint-Hilaire quería retomar su puesto en el Museo de Historia Natural. Fourier pensaba en su cátedra de la Escuela Politécnica. Marcel evocó con nostalgia la Imprenta Nacional.

—¿Y usted, Jollois? —preguntó Geoffroy Saint-Hilaire.

—¿Yo? Trabajaré. Esos dibujos no se grabarán solos.

El 11 de noviembre, al alba, el navío levó anclas y puso de nuevo rumbo al noroeste. El Mediterráneo occidental, más fresco y más agitado que el mar oriental, les recordaba con sus colores gris verdoso las costas de Francia que habían dejado.

Durante esta última parte de la travesía —ocho días desde Malta— los sabios se reunían cada día en el gran camarote para discutir sobre la *Description*. Quién escribiría qué. En qué orden. Cuántos volúmenes.

—Esta *Description* deberá ser una enciclopedia —dijo Fourier—. No unas cuantas láminas con sus notas, sino todo lo que hemos visto, medido, observado. Los monumentos, la geografía, la historia natural, la sociedad contemporánea. Veinte volúmenes como mínimo.

—Estas láminas serán perfectas o no serán —dijo Jollois—. Los mejores grabadores de París, todo el tiempo que haga falta. Si hay un defecto, se empieza de nuevo.

Jomard quería un atlas geográfico completo, los primeros mapas exactos de todo el valle del Nilo. Geoffroy reclamaba un lugar destacado para la historia natural. Marcel pensaba en las improntas de la piedra de Rosetta.

Cada uno pensaba en lo que quedaría de sí. Jomard, en la proa del navío, alzó los ojos de sus cuadernos. La costa seguía invisible. Pensó en las mediciones guardadas en sus tubos. Dentro de cien años, alguien las utilizaría sin saber su nombre. Mojó su lápiz y retomó su columna de cifras.

El 17 de noviembre, en una límpida tarde de otoño, Francia apareció por fin en el horizonte, primero una línea oscura y baja, luego, al acercarse, el perfil de cabos y colinas. Francia. No dijeron nada.

El 18 de noviembre, al alba, el navío entró en las aguas costeras de la Provenza. La luz otoñal sobre el mar era distinta de la del

Mediterráneo oriental, más pálida, más difusa, sin la densidad que tenía en Egipto.

—Esta luz —dijo Jollois a Jomard—. Es Francia.

La costa se acercaba. Ya se distinguían los acantilados calcáreos, las calas, las primeras casas de pescadores.

—Volvemos a casa —dijo Jollois.

La palabra encerraba alivio, pesar y todo el trabajo que los aguardaba. Jomard no respondió. Ninguno de los dos creía que Egipto fuese un paréntesis que se cerraba.

VI - El regreso a Francia

El navío fondeó en la rada de Tolón el 19 de noviembre de 1801, tres años y seis meses después de que la escuadra francesa zarpara de ese mismo puerto en mayo de 1798. Las circunstancias del regreso contrastaban con las de la partida. En lugar de la flota de cuatrocientos navíos que transportaba a treinta y ocho mil soldados, unos pocos buques británicos traían de vuelta los restos de un ejército vencido.

Primero hubo que cumplir la cuarentena impuesta a los navíos llegados del Levante, que esta vez fue abreviada. Los sabios desembarcaron luego en Tolón. Francia había cambiado. Ellos más aún.

Jollois salió del lazareto y puso el pie en el muelle de Tolón. La piedra mojada, fría. El olor a sal y a alquitrán. Las gaviotas chillando sobre el puerto.

Jollois se detuvo, dejando que los demás lo adelantaran. No besó el suelo. Miró el muelle, los edificios, la colina que dominaba la ciudad, el cielo gris. El aire era frío y húmedo, un frío mediterráneo de noviembre, nada que ver con el frío seco de las noches egipcias. Lo aspiró hondo y esperó a que su cuerpo lo recordara.

Las cajas —dibujos de Jollois, colecciones de Geoffroy Saint-Hilaire, improntas de Marcel, instrumentos, manuscritos— fueron descargadas bajo su vigilancia.

Por la noche se reunieron en una posada del puerto.

—Por Egipto —dijo Jollois.

Fourier levantó su copa a su vez.

—Por los que no han vuelto.

Bebieron. Nadie añadió nada, y se acostaron temprano.

A la mañana siguiente, las autoridades portuarias enviaron a un oficial para el registro oficial de las cajas. El oficial era joven y no sabía nada de la expedición de Egipto, salvo lo que habían contado las gacetas parisinas. Examinó los manifiestos de transporte línea por línea, contó las cajas dos veces y señaló un almacén cercano al muelle.

—Estos objetos constituyen el patrimonio científico de la República —le dijo Fourier con una autoridad que no admitía réplica—. Serán conducidos a París bajo escolta lo antes posible. Cuide de que los almacenes estén secos y cerrados con llave como es debido.

El oficial se inclinó y obedeció. Fourier había recuperado sin pensarlo el tono del funcionario parisino, intacto bajo tres años de polvo.

Por la tarde, varios de los sabios se instalaron en un despacho de la prefectura marítima, bajo un retrato del Primer Cónsul aún fresco de barniz, para redactar sus primeros informes oficiales con destino al Ministerio del Interior. Esos informes debían establecer que la Comisión de Ciencias y Artes había cumplido su misión, que sus colecciones estaban intactas en la parte salvada, que el trabajo de publicación podía comenzar. Fourier redactó el informe principal con mano firme, sin mencionar las pérdidas infligidas por los británicos salvo en una nota factual anexa.

—Dejemos la política a quienes harán uso de ella —dijo sin levantar la pluma—. Exponemos lo que hemos hecho y lo que traemos. Lo demás incumbe a los historiadores. Y a los diplomáticos.

Jomard, que leía por encima de su hombro, asintió. Tenía veintitrés años y no veía nada que objetar a una nota anexa.

Las últimas horas en Tolón transcurrieron entre formularios, firmas y golpes de sello, la expedición de Egipto engullida por los circuitos ordinarios de la burocracia del Consulado.

El empleado que registraba las cajas de la Comisión las trataba como un cargamento de harina o de lana. Cajas de madera, eso era lo que veía. Jollois lo observó un momento y luego se volvió hacia Fourier.

—Así preservan las civilizaciones su memoria —dijo—. En registros que nadie lee.

Fourier sonrió. La ocurrencia era acertada, y era también en ese principio en el que descansaba su esperanza de que la *Description de l'Égypte* sobreviviría a los regímenes y a las guerras. Sería catalogada, inventariada, consultada por sabios que jamás habrían oído hablar de Fourier ni de Jomard, pero que leerían sus palabras.

A la mañana siguiente, tomaron el camino de París.

El viaje duró cerca de dos semanas, paradas incluidas, por el camino principal, que atravesaba el valle del Ródano y llegaba luego a Borgoña. Los sabios viajaban en diligencias públicas, y su precioso equipaje los seguía en carros bajo escolta.

Sabían desde Alejandría que Francia había cambiado de régimen. En el camino vieron las señales. En las postas, los carteles llevaban ahora el membrete del Consulado, y nadie hablaba ya del Directorio.

En Aviñón, una multitud esperaba ante la diligencia. Había gente que pedía noticias de hijos, de hermanos, de maridos de quienes

no sabían nada desde hacía tres años. Fourier bajó y respondió con paciencia. No sabía de todos.

Aquella escena lo marcó más que las pirámides. Entre los que esperaban había una mujer de unos cincuenta años que sostenía en la mano un retrato en miniatura. No había preguntado nada. Se había limitado a mirar los rostros de los soldados que descendían. Fourier había apartado la vista.

El paso por Lyon fue ocasión de una parada de dos días. Varios sabios tenían familia o amigos en la región y aprovecharon para reencuentros improvisados. Fourier, cuyo antiguo maestro Bonard vivía en Auxerre, algo apartado del camino, se contentó con escribirle desde Lyon que no podría pasar a verlo y que pronto estaría en París.

Jollois, por su parte, aprovechó esos dos días lioneses para visitar a un célebre grabador cuya obra había visto antes de la expedición. Quería evaluar si aquel grabador podría participar en la producción de las láminas de la *Description*.

—Aquí tiene algunos ejemplos —dijo Jollois, desplegando unos cuantos cuadernos sobre la mesa del taller.

El grabador examinó largamente los dibujos, con la lupa en la mano, siguiendo ciertos trazos con la uña. Las líneas jeroglíficas exigían una precisión extrema, los bajorrelieves tenían matices de profundidad difíciles de plasmar en un grabado plano, y las vistas de conjunto de los templos requerían un dominio de la perspectiva que no todos los grabadores poseían.

—Es un trabajo serio. Puedo hacerlo. Pero necesitaré tiempo. Mucho tiempo.

Jollois miró las manos del grabador. Anchas, firmes, con los callos justo en los lugares que solo produce el buril. Manos distintas de las suyas, que dibujaban allí donde estas grabarían. Ese paso de un gesto al otro, tendrían que aprenderlo juntos. Él aún lo comprendía mal.

—Tenemos tiempo —dijo Jollois—. Lo que no tenemos es derecho a chapucear.

Se pusieron de acuerdo en unas condiciones generales. Jollois anotó el nombre en su cuaderno y lo subrayó. Aquel grabador lionés era exactamente el hombre que buscaba.

Por la noche, al regresar a la posada, Jollois encontró a Fourier en la sala común.

—Bonaparte nos abandonó —dijo—. Y ahora… ahora va a servirse de nuestro trabajo para su gloria.

Fourier esperó a que les hubieran servido el vino antes de responder.

—Sin él, jamás habríamos ido allá. Y él tiene los medios para financiar la *Description*. Hay que mantener juntos los dos términos.

En Lyon, Jollois compró en una librería un ejemplar de su propia correspondencia con el Instituto, publicada durante su ausencia. El librero no lo había reconocido. Leer sus cartas de Egipto desde Francia le producía una impresión extraña, como si otro hombre hubiera vivido aquella experiencia y se la relatara desde lejos. Reconocía las palabras, pero no del todo la voz. Su escritura se había vuelto más directa, menos preocupada por los efectos.

—Ya no soy el mismo hombre que partió de Tolón en mayo del noventa y ocho —dijo a Jomard por el camino.

—No —dijo Jomard tras un momento—. Nadie.

La entrada en París por el arrabal de Saint-Antoine tuvo lugar al crepúsculo. En el recuerdo de Jollois, la ciudad era más grande. La había idealizado durante los meses de Egipto, hasta convertirla en símbolo de todo lo que le faltaba. Ahora lo sorprendía por su coherencia prosaica, las mismas calles, los mismos olores, las mismas carretas sobre los adoquines.

—París sigue siendo París —murmuró Jollois al bajar de la diligencia.

—¿Vuelve usted de lejos, señor? —preguntó el cochero.

—De Egipto.

—Vaya —dijo el cochero—. Dicen que es hermoso.

—Es más que hermoso. Pero eso… hay que haber vuelto para saber lo que vale.

La llegada a París el 8 de diciembre fue más discreta de lo que algunos habrían deseado. Ni desfile, ni recepción oficial, ni discursos. El ejército de Oriente había regresado vencido, y el gobierno consular no tenía motivo alguno para celebrar una capitulación. Bonaparte ya había reconstruido su leyenda sin Egipto. La campaña se había convertido, en los discursos oficiales, en un paréntesis generoso, un acto de interés científico que había debido ceder ante las circunstancias, y no en una derrota militar.

Jollois dejó que sus compañeros se dispersaran y volvió solo a su casa, en la calle Saint-Dominique. Su familia, avisada por carta desde Tolón, había hecho abrir de nuevo los postigos. Entró, dejó el abrigo, se sentó en el sillón donde solía leer. Había fuego en la chimenea. El calor sobre su rostro era suave, estable, un calor de leña quemada que nada tenía que ver con el de Egipto.

Todo estaba en el mismo sitio. La biblioteca, los cuadros, el escritorio. Tres años de Egipto, y nada allí se había movido.

Tomó de la estantería un cuaderno en blanco, el primero que encontró, y escribió al principio de la primera página «Diciembre de 1801 — Comienzan los trabajos». Luego se fue a dormir.

Los reencuentros tuvieron lugar en los días siguientes, a medida que la noticia se difundía. Los padres, los amigos, los antiguos colegas. Cada uno quería relatos. ¿Eran las pirámides realmente tan grandes como afirmaban los viajeros? ¿Era soportable el calor? ¿Habían tenido de verdad tanto miedo como dejaban entender las cartas?

Jollois ajustaba sus relatos a sus interlocutores. Con sus padres silenciaba los combates y las enfermedades. Con sus amigos sabios entraba en el detalle de los monumentos. Con los demás, se atenía al asombro y a lo maravilloso. Descubría en sí mismo ese

arte de modular un relato según el auditorio, que no creía poseer y que le serviría para la *Description*.

—Más grandes aún —respondía a quienes le preguntaban por las pirámides—. Lo que no se puede imaginar, los rumores siempre lo empequeñecen.

Esa fórmula le valió algunas miradas incrédulas y algunas invitaciones a cenar en casas de parisinos deseosos de oír sus aventuras. Las aceptó y contó, con cada vez la sensación de que las palabras traicionaban la experiencia. Egipto, por su parte, esperaba en los tubos de cobre apilados contra la pared de su despacho, con los tapones encerados, a ser traducido a láminas grabadas.

Se durmió una de aquellas noches con ese pensamiento. La verdadera obra aún no había comenzado. Duraría casi treinta años.

Pasados los reencuentros, los sabios se organizaron.

El 15 de diciembre, Bonaparte recibió en audiencia a Fourier en el palacio de las Tullerías. Los pasillos eran anchos y fríos, el calor de las chimeneas no llegaba hasta las antecámaras. Bonaparte lo esperaba en su despacho, de pie, como siempre. Fourier presentó el proyecto de publicación. Bonaparte, que veía el interés político de glorificar su expedición pese al fracaso militar, lo escuchó sin interrumpirlo y acogió favorablemente el proyecto.

—Bien. Publique eso —dijo Bonaparte—. Lo convierto en un proyecto de Estado.

Las cosas irían deprisa, más deprisa de lo que Fourier esperaba aquel día. Un decreto consular del 6 de febrero de 1802 decidiría que el Estado financiaría íntegramente la preparación y la impresión de la *Description de l'Égypte*, proyecto nacional prioritario. El 18 de febrero, el ministro Chaptal nombraría una comisión de redacción compuesta por Berthollet, Monge, Conté, Fourier, Costaz, Desgenettes, Girard y Lancret, responsables cada uno de una parte, reservándose Fourier el prefacio histórico. Conté sería su comisario general del gobierno; Jomard, Jollois y Devilliers se

unirían a ella pronto. Fourier, nombrado prefecto del Isère ese mismo año, partiría hacia Grenoble en primavera.

Mientras tanto, se proporcionaron a los sabios despachos en un edificio gubernamental de París, y créditos para emplear a grabadores profesionales, dibujantes auxiliares y secretarios copistas.

Jollois dedicó finales de diciembre a clasificar sus miles de dibujos, primera etapa antes del grabado. Los extendió por el suelo, por falta de mesas bastante grandes, y los repartió por monumentos y por tipos. Vistas de conjunto, detalles arquitectónicos, bajorrelieves, inscripciones jeroglíficas, plantas, cortes verticales.

—Sin esta clasificación —explicaba a sus ayudantes—, perderíamos semanas buscando el dibujo que vayamos a necesitar.

Con Conté, a quien todos señalaban ya como futuro comisario general, empezó a seleccionar a los mejores grabadores en cobre de París para confiarles la delicada tarea de reproducir sus dibujos. Se entrevistó con cada candidato, examinó muestras de su trabajo anterior y discutió largamente las exigencias de calidad que impondría.

Los primeros contactos revelaron una dificultad imprevista. Aquellos técnicos magníficamente formados sabían reproducir un original en cualquier estilo convencional. Pero los dibujos de Jollois y de sus camaradas no pertenecían a ningún estilo. Tenían una libertad de trazo, una urgencia, una imprecisión productiva que el grabado académico no sabía transcribir.

—Tendrán que educar la mirada —dijo Jollois a uno de ellos, que acababa de enderezar el perfil de un faraón—. Esas convenciones no son torpezas. Un grabador que ignora por qué se dibuja así un rostro egipcio lo corregirá. Y cometerá faltas graves.

Sería más largo de lo previsto. Jollois devolvió la lámina al grabador, sin transigir.

Fourier, por su parte, avanzaba en el prefacio histórico. Había adoptado un tono de deliberación erudita; sopesaba cada frase y tachaba muchas. Quería que la *Description* fuera más que un

catálogo ilustrado, un acto de pensamiento comparable a la *Encyclopédie*, que diría a la posteridad lo que Francia había comprendido de Egipto, y lo que Egipto decía de Francia.

Diciembre de 1801 transcurrió en aquellos despachos y talleres. Ninguno de los sabios podía saber entonces que los veintitrés volúmenes *in-folio* de la *Description de l'Égypte* no estarían completos hasta 1829.

La reunión del 19 de diciembre en el Instituto de Francia fue la primera reunión oficial de la Comisión de Ciencias y Artes desde su regreso. Fourier había preparado la convocatoria con esmero, escribiendo de su puño y letra a cada miembro aún con vida —una treintena había perecido en Egipto— para invitarlos a reunirse en la gran sala del Instituto.

Eran unos sesenta, llegados de toda Francia. Algunos no se habían visto desde Alejandría. Se estrechaban la mano un poco demasiado tiempo, buscaban con la mirada a los que faltaban.

Fourier presidió la reunión, recordó los trabajos realizados, las dificultades, las pérdidas, leyó los nombres de los colegas fallecidos y presentó luego el plan de publicación de la *Description*, la financiación prometida por el Primer Cónsul, el calendario previsto.

—Este trabajo llevará tiempo. Quizá diez años. Más —el cálculo es incierto, lo he rehecho varias veces—. Se solicitará a cada uno de ustedes para su parte. Lo que empezamos en Egipto, lo terminaremos aquí, en nuestros despachos y nuestras bibliotecas.

Jollois, sentado entre los asistentes, pensaba en sus tubos de cobre, en todos aquellos dibujos que esperaban ser grabados. En Egipto, no había hecho más que la mitad del trabajo, como mucho.

La última semana de diciembre se dedicó a la redacción del primer informe de conjunto de la Comisión de Ciencias y Artes al ministro del Interior. Aquel informe, de noventa y dos páginas,

presentaba un inventario de lo que la Comisión había logrado, de lo que había traído, y de lo que se proponía publicar.

Fourier redactó lo esencial, Costaz la parte de las antigüedades, Geoffroy Saint-Hilaire la parte naturalista, Marcel la relativa a las lenguas y los manuscritos. El documento, sobrio y preciso, impresionó al ministro, que lo transmitió a Bonaparte con una nota favorable.

Bonaparte, que había seguido el avance de las colecciones desde su regreso a Francia dos años antes, convocó a Fourier a una reunión de trabajo. Quería que la *Description de l'Égypte* fuera no solo un monumento científico sino también un monumento político que glorificara su campaña oriental. Los dos objetivos no eran incompatibles, pero habría que navegar con cuidado.

—Serviremos a la ciencia —dijo Fourier a Conté al salir—. Y dejaremos que el Primer Cónsul crea que servimos a su gloria. Es el precio ordinario de las grandes obras, poco más o menos.

Conté sonrió. No había oído fórmula más certera para describir su situación desde el comienzo de la expedición.

Bonaparte recibió el informe con un interés que no era fingido. Ciertos aspectos de la expedición lo conmovían de verdad, las pirámides, la piedra de Rosetta, los templos de Tebas. Leería con pasión, unos meses más tarde, el *Voyage* de Denon y hablaría de él a sus allegados.

—Su Denon escribe bien —le diría Monge—. Es raro entre los sabios —yo el primero, lo confieso de buen grado—. Sus páginas sobre las pirámides son las mejores que he leído, ¡y Dios sabe que he leído muchas!

—Ve lo que describe —interrumpiría Bonaparte—. Un artista. Tanto como un sabio.

Durante el año siguiente, Bonaparte hizo saber a Denon que tenía una idea para él, sin entrar en detalles.

Para los sabios de la *Description*, la idea de que Denon pudiera obtener un puesto elevado era una buena noticia. Tendrían un interlocutor bien situado, informado y bien dispuesto.

La financiación era generosa, pero no ilimitada. Los sabios tuvieron que enfrentarse pronto a la realidad económica de una publicación monumental. Los grabadores costaban caro, la impresión de láminas de gran formato todavía más, el papel de calidad resultaba costoso.

Conté, comisario general del gobierno, buscó el ahorro en el propio terreno del grabado. Ideó una máquina de grabar que ejecutaba los fondos, los cielos y las masas de los monumentos, y reservaba a los grabadores el trabajo delicado. Este invento permitía controlar los costes y ganar un tiempo considerable.

Denon, por su parte, negoció con un editor parisino la publicación de su *Voyage dans la Basse et la Haute Égypte* como volumen independiente, anterior a la *Description* colectiva. Aparecido ya en 1802, mantendría vivo el interés del público y prepararía la acogida de la *Description*.

—Publicamos en dos tiempos —explicaba Denon—. Primero mi *Voyage*, para el gran público. La *Description* después, para los sabios. Y para la eternidad, si ella quiere.

El nombramiento de Denon como director general del Museo Central de las Artes, dictado por decreto consular en noviembre de 1802, fue una sorpresa tanto para él como para sus colegas de la Comisión. Bonaparte lo había decidido tras leer el *Voyage dans la Basse et la Haute Égypte* y después de varias conversaciones con Denon sobre arte y colecciones.

Aquel cargo, que él no había solicitado, colocaría a Denon en el centro de una contradicción. Como director de los museos, supervisaría la adquisición de obras de arte procedentes de los países conquistados por el Imperio napoleónico. Se convertiría en el engranaje central de una política de expolio sistemático de la que, en Egipto, había sido testigo crítico e impotente.

Aceptó, sin embargo. Pensaba que desde aquella posición podría influir en el modo en que se formaban y presentaban las colecciones, y hacer hincapié en la dimensión científica antes que en la triunfal.

La contradicción no se le escapó. La anotó en su diario en tres líneas secas. Luego pasó a otra cosa.

Los trece años siguientes serían los más productivos de su vida, más sedentarios y más administrativos que los que acababa de vivir, pero igual de exigentes. Dirigir los museos de Francia exigiría una resistencia comparable a la de la expedición. Tomó el sombrero y salió a caminar por los muelles.

VII - El trabajo comienza

Jomard vivía en la rue de la Croix-Faubin desde su regreso. Una habitación fría en invierno, orientada al norte, pero con una gran mesa sobre la que había extendido sus hojas de mediciones.

En el año transcurrido desde su regreso, había transcrito, comparado, corregido. Sus levantamientos topográficos se extendían ya sobre doscientas hojas de papel cuadriculado, desde el Delta hasta las cataratas de Asuán. El mapa de Egipto más preciso que jamás se hubiera dibujado.

Calculaba la altura de la Gran Pirámide, ciento cuarenta y seis metros y medio. Los constructores habían empleado una unidad de medida precisa, y esa unidad, creía él, podía recuperarse ahora. Publicaría su valor en 1817, 0,462 metros para el codo. Los egiptólogos tendrían que corregirlo. El codo real mide 0,5236 metros, y la Gran Pirámide tiene unos doscientos ochenta.

Pensaba también en el canal de Suez. Bonaparte lo había considerado.

Lepère, el ingeniero jefe, había cometido un error monumental. Había concluido que el mar Rojo se hallaba casi diez metros por encima del Mediterráneo, lo que hacía imposible el canal sin esclusas.

Jomard dudaba ya de aquellas cifras, sin poder demostrarlo. El informe de Lepère se publicaría en la propia *Description*.

Aquel error costaría cerca de medio siglo, hasta que Bourdaloue, en 1847, repitió las mediciones y demostró que los dos mares estaban casi al mismo nivel, y Ferdinand de Lesseps abrió el canal en diez años.

Aquella noche, Jomard contemplaba su mapa del Nilo. Cada meandro levantado con brújula y teodolito, cada aldea, cada templo. El valle se extendía sobre diez hojas de norte a sur, con una precisión que permitiría a un ingeniero prever adónde iría el agua si se construyese una presa.

Un siglo después, los ingenieros británicos que construirían la primera presa de Asuán aún consultarían los levantamientos de Jomard.

Aquella noche anotó en su diario una sola frase. «Todo este trabajo para que los ingenieros del próximo siglo puedan gestionar el agua de un pueblo que nosotros no supimos gobernar».

De las doscientas hojas, ciento diez quedaban por pasar a limpio antes de que la Comisión pudiera empezar a imprimir el primer volumen de la *Description*.

Octubre trajo las primeras resistencias verdaderas del trabajo.

La más profunda tenía que ver con los jeroglíficos.

Jollois se daba cuenta de ello cada noche al releer las notas del día. Con Devilliers, había dibujado centenares de columnas de inscripciones en Karnak, en Luxor, en el Valle de los Reyes. Las habían copiado con precisión de grabador, signo tras signo, sin comprender ni uno. La *Description* publicaría aquellas columnas que millares de lectores mirarían sin que nadie supiera qué decían.

No se podía hacer nada. Todavía no.

Marcel lo dijo sin rodeos en una reunión de octubre.

—No sabemos leerlos. Eso es todo. Así que los copiamos —exactamente— y, para lo demás, un estilo estrictamente descriptivo. Lo que vemos. Lo que significa… otros lo encontrarán.

La *Description de l'Égypte* fue al principio una idea de Fourier, o casi. Kléber había alentado el proyecto, Bonaparte había ordenado publicar, Conté dirigía la ejecución, los dibujantes aportaban las imágenes. Pero fue Fourier quien primero comprendió lo que aquel libro debía ser, una enciclopedia de una civilización entera, tal como se la había encontrado.

Redactaría el prefacio histórico desde la prefectura de Grenoble durante años. Una síntesis densa de todo lo que se sabía de Egipto desde los griegos.

El volumen de imágenes era vertiginoso. Jollois y Devilliers tenían sus cuadernos, Dutertre, Denon y Cécile los suyos. Jomard tenía doscientas hojas de levantamientos, Geoffroy centenares de láminas de zoología y de botánica, los ingenieros planos arquitectónicos de cada monumento visitado. En total, ochocientas noventa y cuatro láminas, una sesentena de ellas en color. La empresa movilizó a unos cuatrocientos grabadores, a lo largo de veinte años, y a decenas de dibujantes, muchos de los cuales habían participado en la expedición.

Láminas tan grandes que ninguna prensa parisina podía imprimirlas. Conté —el mismo Conté que había fabricado lápices en Egipto— había concebido antes de su muerte, en 1805, una máquina de grabar los fondos y los cielos, que sus sucesores pusieron en práctica. Se construyeron prensas nuevas. Algunas láminas cubrían casi un metro cuadrado. Hicieron falta hojas de papel fabricadas expresamente. Algunas exigieron por sí solas dos años de trabajo.

El primer volumen apareció en 1809. El último, en 1829. Veintitrés volúmenes, impresos en papel vitela. La edición comercial Panckoucke saldría a partir de 1820 en treinta y siete volúmenes.

Fourier vería aparecer los primeros volúmenes, y después la obra concluida. Moriría en 1830.

La *Description de l'Égypte* creó la egiptología como disciplina. Documentó monumentos desde entonces destruidos, colores desde entonces borrados, yacimientos desde entonces saqueados. Permitió a un sabio francés elaborar su método de desciframiento. Lo que Francia conservó verdaderamente de Egipto fueron ciento sesenta y siete cerebros y las ochocientas noventa y cuatro láminas que habían producido. Lo que había robado —y la palabra era exacta, cualquiera que fuese la justificación— estaba en Londres. Las estatuas en Londres, el saber en París.

El consuelo no era pequeño.

Las demás dificultades —coherencia entre láminas de artistas diferentes, normalización de los nombres de los monumentos— se resolvieron mediante procedimientos de trabajo que la Comisión puso a punto según el método habitual de Fourier, claro, práctico, de aplicación inmediata. Se cotejó cada lámina con los levantamientos dimensionales. Se adoptaron los nombres árabes modernos como nombres oficiales, con los antiguos nombres griegos entre paréntesis.

Jomard propuso la regla de los nombres. La Comisión la adoptó.

En noviembre, Jollois y Devilliers comenzaron la redacción de las notas. Cada lámina debía ir acompañada de un texto que indicaba la localización, las dimensiones, el estado de conservación y la atribución dinástica probable.

Jollois redactó las notas relativas a los principales templos de Tebas que había levantado con Devilliers. Su prosa, que debía algo al romanticismo naciente, mezclaba con las medidas pasajes en los que aún pasaba lo que había sentido ante aquellos monumentos.

Su nota sobre Karnak comenzaba por las dimensiones. Un recinto de Amón de unas veinticinco hectáreas, ciento treinta y cuatro columnas en la sala hipóstila, doce columnas centrales de

veintiún metros de altura. Luego, una frase. «El efecto que produce este bosque de columnas es el de un espacio donde la grandeza humana y la grandeza divina se confunden».

Fourier tachó la frase. Jollois la restableció.

Fourier releía en Grenoble las notas que el correo le traía y tachaba los pasajes líricos. Jollois los restablecía. Fourier los tachaba de nuevo.

—Hacemos ciencia —escribía Fourier al margen, con la mirada ya en la página siguiente—. No literatura.

—¿La ciencia de qué? —respondía Jollois por correo de vuelta—. Estos monumentos se construyeron para producir un efecto. En quien los mira. Sin el efecto, catalogamos piedras.

Ninguno de los dos cedió, y los dos tonos quedaron en la *Description*, uno al lado del otro, a veces en la misma página.

Fourier vivía en la prefectura del Isère, en Grenoble, a varios días de diligencia de la Comisión.

Pensaba en Bonaparte, dejando de lado la vanidad y la ambición, a las que hacía tiempo había renunciado a oponerse. Aquel hombre había lanzado una expedición que había cambiado el modo en que Europa miraba Egipto, que había cambiado el modo en que el propio Fourier miraba la historia, y sin duda no sabía gran cosa de ello. Para Bonaparte, Egipto había sido un error militar reparado por un golpe de Estado afortunado. Para Fourier, seguiría siendo toda su vida el período más denso que había conocido.

Quienes hacen la historia, pensó, y quienes la comprenden… Buscó una proporción y no la encontró.

Se detuvo en el muelle, a orillas del Isère. Un joven vendía periódicos en medio del frío. Compró uno sin leerlo y siguió su camino.

En la rue de la Croix-Faubin, Jomard seguía trabajando. El papel de calco había acabado por cubrir toda la gran mesa, y los

cuadernos se apilaban en el suelo. Aquella noche preparaba sus hojas para el mapa que Jacotin, jefe de los ingenieros geógrafos, trazaría para el atlas de la *Description*. El valle del Nilo se extendía a lo largo de ocho grados de latitud, pero nunca superaba los veinte kilómetros de ancho. La proyección de Bonne, adoptada para este mapa, conserva las superficies y apenas deforma las distancias cerca del meridiano central. Convenía a aquella estrecha franja fértil.

Trazó el primer meridiano. Luego los paralelos. Luego la desembocadura del Nilo al norte, en Rosetta. Luego el curso del río hacia el sur, con sus meandros, que conocía de memoria por haberlos medido durante tres años.

El mapa tomaba forma. En el frío, la tinta se secaba mal.

Era medianoche cuando Jomard dejó la pluma. Apagó la lámpara de un soplo en lugar de dejar que se extinguiera —una costumbre de Egipto, donde el aceite era caro— y permaneció un rato en la oscuridad. Veinticuatro años. Había visto las pirámides, los templos de Tebas, el desierto, una batalla, una capitulación, y había medido cosas que nadie había medido antes que él.

Y ahora hacía un mapa en una habitación fría.

No sentía pesar por ello. Pensó en Abdallah, el *wakil* del canal, para quien el aprendizaje nunca terminaba porque el canal tampoco terminaba nunca de cambiar. La cosecha estaba hecha. Quedaba trillar el grano, de noche, despacio.

Geoffroy Saint-Hilaire, en su despacho del Museo, escribía a Cuvier. Eran amigos, y solo más tarde serían rivales. La carta decía simplemente lo que tenía por cierto.

Le describía los ibis momificados de Saqqara, los cocodrilos del Nilo, los gatos de Bubastis. Y le confiaba lo que había constatado durante los meses egipcios. Aquellos animales de tres mil años de antigüedad no se diferenciaban en nada de sus descendientes vivos. En ese punto, Cuvier y él seguían de acuerdo.

Geoffroy cambiaría de opinión, y Cuvier lo combatiría. Su querella estallaría a la luz del día en 1830 ante la Academia de Ciencias. Sería una de las más importantes de la historia natural europea. Aún no estaban en eso, en diciembre de 1802, en su despacho del Museo, con una carta a un hombre a quien amaba y del que sería adversario.

Lacró la carta y la echó al correo a la mañana siguiente.

Egipto seguía actuando, a distancia, sobre quienes lo habían atravesado.

En diciembre, el Ministerio del Interior comunicó a Conté que los gastos superaban las previsiones. Los grabadores absorbían el cuarenta por ciento del presupuesto. El papel de calidad, el veinte. Reducir sin sacrificar la calidad, imposible. Conté se lo dijo al ministro. El ministro dijo que lo estudiaría.

Vio. Se mantuvieron los fondos. La *Description* continuó.

Jomard, otra noche, había sacado sus notas del Fayum. Levantamientos de riego que aún no había transcrito para la *Description*. Canales, caudales, rotaciones de las sakiehs. Había pasado dos semanas allí midiendo cosas que los fellahs sabían sin haberlas escrito jamás. Un sistema hidráulico tan antiguo como los faraones, guardado entero en la cabeza de los hombres que lo practicaban desde la infancia. Lo había anotado, convertido en minutos y en caudales, dispuesto para que los ingenieros del siglo siguiente pudieran leerlo. No veía otra manera de salvarlo.

Permaneció largo rato con el cuaderno abierto sobre las rodillas. En el Fayum, los mismos bueyes, probablemente, giraban en sus círculos.

A finales de diciembre, las memorias de las cuatro partes de la obra, Antigüedades, Estado moderno, Historia natural y Geografía, se hallaban en preparación simultánea. La dirección estaba trazada, los equipos en su sitio.

La noche del 31 de diciembre de 1802, Jollois dejó el lápiz y miró los tubos de cobre alineados contra la pared de su despacho.

Veintitrés tubos de cobre, numerados con pintura negra. En el tubo número uno, sus cuadernos más antiguos, Alejandría, la marcha por el desierto, las primeras vistas de las pirámides. El número dos guardaba la continuación del viaje, el número tres los levantamientos de Tebas y del Valle de los Reyes. En el último, los últimos dibujos, hechos en Alejandría en septiembre. Se levantó, cogió el tubo número uno, desenroscó el tapón. Sacó el primer cuaderno. Se abrió por un boceto rápido. Una cubierta de navío, con las velas y la flota al fondo, dibujada durante la travesía de mayo de 1798. Cuatro años antes. Cerró el cuaderno, volvió a enroscar el tapón. Volvió a apoyar el tubo contra la pared.

Fuera, París despedía el año con el ruido ordinario de una gran ciudad. Los carillones, las voces, las ruedas de los carruajes sobre los adoquines helados. Dentro de unas horas, 1802 se convertiría en 1803. La *Description* tendría un año. Todavía harían falta veintiséis más.

Dejó morir la lámpara y salió a la calle. Anduvo un rato sin rumbo preciso, en el frío seco de la noche parisina. En la esquina de la rue de Grenelle se detuvo y alzó los ojos. El cielo estaba despejado. Orión estaba allí, sobre los tejados, exactamente donde lo había visto sobre las pirámides en el invierno de 1798.

Permaneció con la nariz levantada hasta que el frío le entumeció los dedos.

Volvió a casa, se sentó a su mesa, abrió un cuaderno en blanco. En lo alto de la primera página escribió la fecha. Y debajo. «Templo de Karnak, sala hipóstila. Columnas centrales, 21 metros. Diámetro, 3 metros 50. Capiteles papiriformes».

Retomó la nota.

Bonaparte, por su parte, no había esperado. Primer Cónsul desde brumario del año VIII, cónsul vitalicio en 1802, emperador de los franceses en 1804. El hombre que había dicho a los sabios de El Cairo que su trabajo duraría más que él estaba construyendo

algo más ambicioso y más frágil, un régimen. La *Description de l'Égypte* aparecería bajo el Imperio. Lo que la expedición había sido en la práctica —precaria, incompleta, costosa— se estaba convirtiendo, en el relato oficial, en un cimiento de la gloria nacional.

Para Denon, en el Louvre, el trabajo no hacía más que empezar. Las campañas iban a reanudarse. Austria en 1805, Prusia en 1806. Y con las campañas, las colecciones.

Fin del tomo II